Olivia Atwater



Diez Mil Puntadas



DUERMEVELA

Diez Mil Puntadas

Título original: *Ten Thousand Stitches*

TEN THOUSAND STITCHES © Olivia Atwater, 2020

THE LATCH KEY © Olivia Atwater, 2022

Todos los derechos reservados

© de la traducción: Rebeca Cardeñoso, 2025
© de esta edición: Duermevela Ediciones, 2025

Calle Acebal y Rato, 3, 33205 Gijón

www.duermevelaediciones.es

Primera edición: junio de 2025

Ilustración de la cubierta e interiores: © inthya Álvarez
Maquetación: Almudena Mtnz Viña

ISBN: 978-84-129808-6-8
Producción del ePub: booqlab

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Olivia Atwater

Diez mil puntadas

Traducción de
Rebeca Cardeñoso

Corrección de
Almudena Mtnz Viña



Indice

Dramatis Personae

Diez mil puntadas

Agradecimientos

La llave

Nota de la autora

Dramatis Personae



Euphemia Reeves: criada irascible empleada en Hartfield; también una excelente costurera

Sra. Sedgewick: ama de llaves de Hartfield; enemistada con el señor Allen

Sr. Allen: mayordomo de Hartfield; enemistado con la señora Sedgewick

Lydia: mejor amiga de Euphemia y criada empleada en Hartfield

George Reeves: hermano de Euphemia y lacayo empleado en Hartfield

Cookie: cocinera de Hartfield; famosa por sus desagradables remedios caseros para las enfermedades

Prudence: doncella personal de lady Eleanor Ashbrooke

Lord Thomas Ashbrooke: barón de Culver; cabeza de familia de Hartfield

Lady Eleanor Ashbrooke: esposa de lord Thomas Ashbrooke; también conocida como lady Culver; empleadora de Euphemia; dueña de gran cantidad

de vestidos

Sr. Edmund Ashbrooke: hermano menor de lord Culver

Sr. Benedict Ashbrooke: hermano más joven de lord Culver; recién regresado del continente

Sr. Herbert Jesson: próspero mercader de tulipanes; amigo de infancia del señor Benedict Ashbrooke; también conocido como señor Tulipán

Lord Wilford: barón de Wilford; cabeza de familia de Holly House

Srta. Mary Buckley: hermana de lord Wilford; mejor amiga de lady Eleanor Ashbrooke

Sr. Fudge: mayordomo de lord Wilford

Caesar: perro de lord Wilford; el mejor perrito

Lord Panovar: barón de Panovar; cabeza de familia de la mansión Bosquepinzón; conocido por sus incesantes quejas a sus cocineros

Lady Panovar: esposa de lord Panovar; rival en sociedad de lady Eleanor Ashbrooke; da empleo a varias doncellas francesas

Lord Negraespina: vizconde feérico de Negraespina; decidido a ser útil

Lady Vallebaldío: marquesa feérica de Vallebaldío; poseedora de media alma inglesa

Pulsosereno y Grisotoño: brownies; conocidos como los mejores sastres de todo el reino feérico; en la actualidad fingen ser los sirvientes de lady Vallebaldío

Abigail: hija de acogida adolescente de lady Vallebaldío

Robert y Hugh: jóvenes hijos de acogida de lady Vallebaldío; difuntos pero plenamente satisfechos

Diez mil puntadas



Prólogo



Euphemia Reeves era una joven muy irascible.

Esta afirmación sorprendería a casi todos los demás sirvientes de Hartfield; de hecho, si se le preguntara a la respetada ama de llaves, la señora Sedgewick, diría que Effie era una doncella casi ejemplar. Por lo que la señora Sedgewick sabía, Effie nunca holgazaneaba y siempre mantenía la compostura.

El ama de llaves se habría llevado un buen susto si hubiese oído las palabras que brotaban de sus labios en ese momento:

—… ¡sin ningún tipo de consideración, ni la más mínima! —siseaba entre dientes la joven mientras fregaba el suelo de madera de la entrada por tercera vez aquel día. La tarima volvía a estar embarrada tras la descuidada entrada de todos los hombres de la familia, que se refugiaban del desagradable día invernal—. ¡Debería estar prohibido por ley salir a cabalgar con este barro y esta nieve!

Lord Culver y su hermano menor, el señor Edmund Ashbrooke, no eran conscientes del espectacular desastre que habían dejado tras de sí. Effie habría recibido una buena regañina por entrar en su casa con las botas puestas, pero lord Culver (¡más de quince años mayor que ella!), estaba tan acostumbrado a que la porquería se desvaneciera por arte de magia tras él, que no le daba la

menor importancia a no quitarse las botas hasta llegar a su habitación. Pronto otra pobre criada tendría que ocuparse de restregar y limpiar toda su ropa.

«No sirve de nada enfadarse —la reprendía siempre su madre—. Solo te traerá problemas. Enfádate todo lo que quieras, ¡pero esos pensamientos no deben salir de tu cabeza!»

—¡Pandilla de pavos reales presumidos y embarrados! —le murmuró Effie al cepillo—. Hasta los pájaros son más listos. ¡Por lo menos ellos se limpian las plumas!

Aquel día las palabras salían atropelladamente de su boca, era incapaz de guardárselas para sí misma. «Lo siento, mamá —se disculpó—. Se me ha vuelto a acabar la paciencia».

Normalmente, cuando se enfadaba tanto, buscaba algo que remendar; la costura siempre le había resultado muy relajante. Pero los Ashbrooke iban a dar un nuevo baile al día siguiente, y el servicio corría como loco organizando los preparativos una vez más. Lady Culver se había casado con lord Culver el año anterior en Londres, y desde su llegada la dama estaba decidida a hacerse con el mando de la casa y que todo se hiciera a su manera.

Por desgracia, la manera de lady Culver parecía consistir en despedir a cualquier sirviente que le disgustara y negarse a reemplazarlo.

«Tal como se comporta, lady Culver debe de creer que ha contratado a un grupo de magos en vez de a unos sirvientes —se lamentó Effie con cansancio —. Debería ponerlo en el próximo anuncio… ¡A lo mejor se presentaba el mago de la corte de Inglaterra a hacerle la colada!»

Ese pensamiento, por supuesto, solo sirvió para enfurecer a Effie más que nunca. Suspiró y se puso a indagar en los recovecos de su memoria en busca de una canción para niños. La cocinera usaba canciones infantiles para medir el tiempo de cocinado, y ella se había acostumbrado a utilizarlas como un último recurso que calmase sus nervios. Entrecerró los ojos y recitó con esmero mirando al suelo:

La Tarara sí,
La Tarara no,
La Tarara niña

Que la bailo yo…

La larga frustración del día se atenuó al ritmo de la rima monótona y Effie relajó un poco los hombros. Acababa de empezar otra vez el verso, enfrascada en la limpieza, cuando la interrumpieron.

—¡Lydia! ¿Estás ahí, Lydia? —La voz aguda y aflautada de la señora Sedgewick atravesó el aire hasta alcanzar a Effie en el vestíbulo—. Por el amor de Dios… ¿alguien ha visto a Lydia? ¡No tengo tiempo de perseguir a las criadas una a una por toda la casa!

Effie respiró profundamente para calmarse e intentó alisar el ceño antes de que la señora Sedgewick doblara la esquina. La severa y anciana ama de llaves apareció dando largas zancadas en su dirección, las suelas de madera de sus botines repicaban contra el suelo a cada paso. La señora Sedgewick tenía un aspecto especialmente inmaculado aquel día con el pelo oscuro recogido en un moño tirante sobre la cabeza. Llevaba el vestido negro de seda propio de las amas de llaves, por supuesto, estaba orgullosísima de él y prefería utilizarlo siempre.

—¡Effie! —exclamó—. ¿Has visto a Lydia? La señora quiere que le quite el polvo al piano de la sala de baile otra vez. Dice que todavía puede escuchar el polvo en él.

Effie no pudo evitar crisparse ante la sugerencia. «¡Ya le hemos limpiado el polvo al dichoso piano dos veces! —pensó enfadada—. Quizá alguien debería examinar el oído de la señora, no vaya a estar quedándose sorda».

—El señor Allen envió a Lydia a airear otra de las habitaciones de invitados, señora Sedgewick —dijo en voz alta en cambio.

Los ojos del ama de llaves brillaron de exasperación.

—¿Eso ha hecho el señor Allen? —comentó con frialdad—. Vaya, vaya. ¿Y desde cuando obedecen las criadas las órdenes del mayordomo?

Effie se tragó un suspiro de frustración. La señora Sedgewick llevaba en pie de guerra con el nuevo mayordomo, el señor Allen, desde que lo habían contratado. Lady Culver había despedido al antiguo mayordomo, el señor Simons, y como era imposible que Hartfield funcionara sin mayordomo, la familia de la dama había insistido en enviarle al señor Allen para que ocupara

el puesto. En Londres había sido un mayordomo muy bien considerado, antes de dignarse a asumir su posición en Hartfield. Todo el mundo sabía que el único motivo por el que estaba allí era por petición de algún familiar importante. Por desgracia, la inmediata reorganización de la casa que llevó a cabo el señor Allen había enfurecido a la señora Sedgewick, acostumbrada a trabajar con el señor Simmons y muy molesta con aquel nuevo y más refinado intruso.

Solo Dios sabía quién había tenido la culpa de la pelea inicial entre el mayordomo y el ama de llaves, pero su rivalidad había ido en aumento con el paso de las semanas, hasta que incluso los mozos de cuadra se habían visto obligados a elegir un bando.

—No sé mucho más, señora Sedgewick —dijo Effie—. Pero Lydia debe estar en la planta de arriba, si la busca.

Effie se concentró en frotar una mancha de barro en el suelo, y mantuvo la mirada baja con firmeza.

—¡Dándole órdenes a las criadas! —resopló la señora Sedgewick de nuevo —. ¡Hombrecillo despreciable, esta vez se ha sobrepasado! Lady Culver se enterará de esto… ¡espera y verás!

Effie no respondió, aunque estaba segura de que la señora Sedgewick quería que lo hiciera. Había aprendido que, si no reaccionaba a las dramáticas declaraciones del ama de llaves, la mujer terminaba dándose por vencida e iba en busca de alguna otra doncella más proclive a los cotilleos.

—A este paso el señor Allen va a conseguir estropear el baile —insistió la señora Sedgewick—. Y te aseguro que no dudaré en señalarlo si lo hace.

—Sí, señora Sedgewick —murmuró Effie obediente.

El ama de llaves apretó los labios.

—Bien. Estoy hasta arriba de trabajo. No puedo estar de cháchara con las doncellas todo el día.

Lo dijo como si hubiera sido Effie quien había comenzado la conversación, y no ella misma.

—Sí, señora Sedgewick —repitió Effie cautelosa. Pero le había empezado a temblar el labio de frustración, y no se atrevió a levantar el rostro por miedo a que se le notara en la expresión.

El ama de llaves se dio la vuelta hacia el pasillo de nuevo y el repiqueteo de sus botines se esfumó tras ella. En cuanto se fue, Effie exhaló un hondo suspiro de cansancio.

—Ninguno tenemos tiempo de charlar —murmuró, dirigiéndose al cepillo una vez más—. ¡Qué ocurrencia! ¡Tiempo!

Miró de reojo el cubo de agua a su lado y suspiró una vez más, incorporándose despacio. Iba a tener que pulir todo el vestíbulo de nuevo…

La puerta se abrió de golpe.

Effie se tambaleó hacia atrás con un grito de sorpresa, se le enganchó el pie en el cubo de agua y cayó de espaldas.

—¡Dios mío! —exclamó un hombre.

Un brazo fuerte la sujetó por la cintura justo a tiempo, y unos cálidos ojos marrones la observaron desde arriba. Un aroma agradable y robusto la envolvió… «Sándalo —pensó Effie—, y una pizca del exterior». Se ruborizó al reconocer los rasgos fuertes y atractivos del señor Benedict Ashbrooke.

—¡Ah! —chilló la criada—. Lo… ¡lo siento mucho!

Benedict parpadeó. El pelo oscuro revuelto y manchado de nieve medio derretida le daba un aspecto muy atractivo. Benedict era el más joven de la familia Ashbrooke. Effie siempre había dicho que era también el hermano mejor parecido; o por lo menos lo había pensado para sí, antes de que se fuera unos años de viaje por el continente. En aquel momento, mientras el joven la observaba con una sonrisa avergonzada y la sujetaba entre sus brazos fuertes y cálidos, se quedó muda por completo.

—No hay nada de lo que preocuparse —le aseguró Benedict—. Debería ser yo el que se disculpara.

Enderezó a Effie con delicadeza… aunque sus manos se detuvieron un instante en los hombros con una ligera preocupación. La observó pensativo.

—Estoy seguro de que reconozco su rostro, señorita. ¿Nos hemos visto antes? ¿Se aloja aquí para acudir a uno de los bailes de lady Culver, por casualidad?

«¿Para el baile? —pensó Effie aturdida— ¿de qué diantres habla?».

—Imagino que me conoce, sí —respondió. No debería haberse atrevido a ser tan descarada, pero el corazón todavía le martilleaba en el pecho y se

notaba sofocada y embotada por la cercanía del atractivo joven.

—Ya lo imaginaba —respondió Benedict con aspecto abatido—. Sabe, soy un desastre para los nombres… pero suelo recordarlos mucho mejor cuando pertenecen a un rostro tan bonito.

Effie abrió los ojos de par en par. «Yo ya no comprendo lo que pasa en el mundo» pensó.

—¡Benedict, santo cielo!

La voz de lady Culver llegaba de la planta superior. La señora de la casa era poco mayor que la propia Effie, pero el gesto de desaprobación que reflejaba su semblante aristocrático y elegante la hacía parecer tan vieja como la señora Sedgewick.

—¿Así que ya has vuelto de tu viaje? —preguntó impaciente lady Culver —. ¿Por qué nadie me avisó de tu llegada? Y por otra parte… ¿qué haces intercambiando frases de cortesía con el servicio?

Benedict volvió a fruncir el ceño. Miró de soslayo a Effie, que se encogió de vergüenza bajo el escrutinio. En ese momento, reparó en el bordado antiguo y deshilachado que adornaba el cuello de su vestido.

«Llevo uno de los vestidos viejos de lady Culver —comprendió Effie demasiado tarde—. Aunque, sinceramente, nadie con una pizca de sentido común debería confundirme con una dama».

—Oh. Comprendo. —Benedict se dirigió entonces a Effie con una nueva sonrisa desvalida—. Vaya. Parece que he conseguido dejarnos a los dos como unos estúpidos. Discúlpeme, por favor.

—Está perdonado, por supuesto —farfulló Effie. Fue lo único que se le ocurrió en aquel momento.

Benedict carraspeó y volvió el rostro hacia lady Culver, en lo alto de las escaleras.

—Le envié una carta a Thomas —explicó—, pero supongo que se le olvidó mencionarlo ¿no?

Lady Culver entrecerró los ojos.

—Eso parece. En fin, Benedict… has tenido suerte de que ordenara airear las habitaciones. El pabellón de caza está inhabitable ahora mismo, pero parece que dispondrás de un dormitorio en Hartfield a pesar del descuido de

mi marido —hizo una pausa—. Hay un baile mañana por la noche, por otra parte. Deberás ofrecerte a bailar con las jóvenes damas o no nos dejarán tranquilos.

Benedict soltó una risita. Su risa tenía un tono cálido y sencillo que a Effie le resultó muy difícil de ignorar.

—Me gusta bailar —respondió Benedict—, no me supondrá la más mínima molestia.

Estuvo a punto de lanzarse a subir las escaleras, pero se detuvo un momento para mirarse los pies. Con cuidado, dio un paso atrás y se quitó las botas llenas de barro, primero una y luego la otra.

—No hay necesidad de darte más trabajo ¿verdad? —le dijo a Effie en tono de disculpa. Subió las escaleras antes de que a ella se le ocurriera una respuesta.

Cuando su silueta se desvaneció, un terrible descubrimiento sacudió a Effie.

—¡Vaya por Dios! —exclamó—. Me parece que acabo de enamorarme.

Capítulo uno



Incluso el señor Allen piensa que lady Culver debería contratar más personal para el trabajo que nos asigna —resopló Lydia apuñalando con una aguja el calcetín que tenía en el regazo. Effie y ella estaban sentadas en sus camas estrechas, en la habitación que compartían en el sótano, mientras zurcían con calma justo antes de acostarse—. Oí cómo se lo decía a George, él no me vio porque estaba detrás de la esquina. ¡También dice que es un crimen lo poco que nos paga a los demás!

Effie sacudió la cabeza, preocupada. Su hermano George trabajaba como lacayo en la casa, y muchas veces era demasiado charlatán para su propio bien.

—George y el señor Allen deberían bajar la voz —respondió, remendando una rasgadura en el dobladillo de seda que tenía delante—. Ni siquiera las referencias elegantes del señor Allen lo salvarán si lady Culver se entera de que ha hecho el más nimio comentario negativo sobre ella.

—Pero tiene razón ¿o no? —dijo Lydia impaciente—. ¡Míranos, Effie! ¡Pasada la medianoche, y solo ahora tenemos un momento para zurcir nuestras prendas! —Frunció el ceño mientras observaba a su compañera—. Pero… Ay, no, ¿qué es eso? ¡Dime que no es el vestido de la señora Sedgewick! ¡Pero si ya lo habías remendado hace unas semanas!

Effie dejó escapar un hondo suspiro.

—Es el vestido de la señora Sedgewick. Quiere que se lo adecente para el baile, por si acaso algún invitado la viera de pasada. Dice que no se fía de nadie más que de mí para la tarea.

—Y además te ofreciste voluntaria ¿a que sí? —la acusó Lydia, y arrugó la nariz en señal de desagrado—. ¿Sabes lo que te pasa, Effie? Tienes servicialitis crónica. Es una enfermedad. Hay que llamar al médico.

Effie no estaba segura del significado de «crónico», pero sí de que Lydia debía haberlo escuchado hacía poco; a la otra criada le gustaban las palabras interesantes, y muchas veces tomaba prestadas expresiones nuevas de las conversaciones que escuchaba mientras trabajaba.

—¿Es malo tener servicialitis crónica? —masculló Effie—. Tampoco es que haga daño a nadie.

—Es espantoso —la informó Lydia sin miramientos—. Nunca le dices que no a nadie, jamás. Lo único que necesitan es decir en voz alta el problema que tienen, y ya te abalanzas a intentar resolverlo por ellos. Por eso te acabas ocupando de los remiendos de todo el mundo, a pesar de que son perfectamente capaces de encargarse ellos mismos.

Effie apretó los labios. Un poco antes, aquel mismo día, justo después del extraño incidente con Benedict, había pasado unos minutos encantadores en los que sentía que flotaba por la mansión. Pero un día entero corriendo de un lado a otro sin aliento había aplastado esa breve euforia, devolviéndola a su habitual estado de frustración y abatimiento.

—No puedo decirle que no a la señora Sedgewick —suspiró. Aplastó su frustración con mucho esfuerzo. Unas pocas puntadas la calmaron algo más, aunque no ayudaron con el incipiente dolor de cabeza que le latía detrás de los ojos—. Si la señora Sedgewick o la señora decide que quiere deshacerse de mí, me encontraré de vuelta en casa y seré una boca más que alimentar para mi madre. No puede permitírselo.

Lydia emitió un ruidito hastiado.

—¡Seguro, como que te iban a despedir por eso! —murmuró—. ¿Te acuerdas de cuando la pobre Lucy se quedó embarazada y la pusieron de patitas en la calle? Me contaron que lady Culver no le dio ni un penique… ¡ni siquiera pudo irse a casa en el carruaje! —Lydia sacudió la cabeza como para

borrar un recuerdo desagradable—. Bueno… ¡imagínate ser ama de llaves! Podrías encargarle todas tus tareas a los otros sirvientes ¿a que sí? ¡Apuesto a que la señora Sedgewick está ya en la cama mientras tú le remiendas las faldas!

Una nueva punzada de ira atravesó a Effie como un rayo. Se inclinó sobre el vestido y apretó los dientes. No sirve de nada enfadarse, recordó. No puedo cambiar las cosas, así que enfadarme solo me traerá problemas.

—No vale la pena protestar —susurró Effie—. Anda, vamos a hablar de algo más agradable... ¿viste que el señor Benedict volvió a casa hoy?

—¿Eso es más agradable? —preguntó Lydia con el ceño fruncido—. Un miembro más de la familia por en medio en el próximo baile del demonio.

Effie se sonrojó.

—No es tan malo. Por lo menos alegra la vista ¿no?

—¡Ah! —sonrió Lydia—. ¿No te estarás imaginando un *affaire*?

Effie no había oído nunca la expresión, pero la entonación de Lydia dejaba pocas dudas sobre su significado.

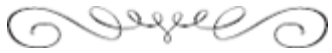
—Claro que no —respondió muy envarada—. Sería una tonta.

Lydia se encogió de hombros y apartó el calcetín.

—No sé. A veces es agradable soñar. Y si hay días que no tenemos tiempo ni para dormir, por lo menos podemos soñar despiertas.

—Sí —respondió Effie suavemente, con la vista fija en el vestido en su regazo—. Supongo.

La vela solitaria que ardía en la mesa se consumió pronto, y Effie tuvo que dejar el vestido. Cuando cerró los ojos e intentó dormirse, se descubrió fantaseando con unos cálidos ojos marrones y una sonrisa agradable y cautivadora.



Effie no pudo soñar por mucho tiempo.

Pronto llegaron las seis de la mañana y se despertó con las sacudidas de Lydia, que farfullaba algo sobre chimeneas. Se apresuraron a terminar rápido las tareas diarias, con la sombría certeza de que las preparaciones de última

hora para el baile las interrumpirían durante todo el día. En efecto, lady Culver no tardó en llamar a las criadas para que la ayudaran a peinarse, y la señora Sedgewick envió a Effie a bruñir todos los espejos de la sala de baile una última vez.

Cuando Lydia se reunió por fin con Effie para colocar las últimas flores, ninguna de las dos había conseguido desayunar, ni tan siquiera tomar un tentempié rápido a mediodía. Pero los invitados empezaron a llegar poco después, no era momento de descansar.

La señora Sedgewick entró con prisas en la sala de baile por una puerta lateral, y agarró a Lydia y a Effie por los hombros.

—¿Podéis ir alguna a ver cómo va Cookie? —les pidió casi sin aliento—. ¿Dónde están las bandejas con el ponche?

Lydia cerró los ojos y dejó escapar un pequeño gemido. Effie tuvo que luchar para no contestar lo que pensaba (¡a lo mejor están en el mismo sitio que nuestro desayuno!), y esbozó una sonrisa educada.

—Iré a ver, señora Sedgewick —respondió, haciendo gala de una paciencia infinita que no sentía en absoluto. «Por lo menos podré comer algo mientras estoy en la cocina».

Effie se escabulló por la puerta lateral y bajó por los pasillos que llevaban al piso del servicio. Desde arriba se colaban risas entusiastas, procedentes de la entrada en la que los invitados socializaban. Una extraña punzada de anhelo le atravesó el pecho al imaginarse a sí misma en el vestíbulo en lugar de en el sótano.

A lo mejor Benedict estaba ahí arriba, saludando a los invitados. Si Effie fuera una dama de verdad, como él había creído, podría estar allí con él, con su mejor vestido de noche… o, más bien, con un vestido parecido al mejor de lady Culver. Effie se imaginó con un precioso vestido color crema, lleno de encajes y bordados. Benedict sonreiría al verla y le preguntaría si podía guardarle un baile…

—¡Quítate de en medio, Effie! —siseó una voz tras ella.

Su hermano George le dio un empujoncito en la espalda, y la joven se dio cuenta de que se había quedado inmóvil en mitad del estrecho pasillo del servicio mientras escuchaba los ruidos de la fiesta de arriba.

Effie siguió su camino a toda prisa, sonrojada de vergüenza.

—¡Lo siento! —murmuró—. Estoy tan agotada que se me ha ido el santo al cielo…

—Como todos —refunfuñó George. Effie abrió la puerta de la cocina y se hizo a un lado para dejarlo pasar. George tosió con fuerza tapándose la boca con la mano.

—No me gusta como suena esa tos. ¿Estás bien? —preguntó ella preocupada.

—Sí —la tranquilizó George—. Solo cansado.

Effie rebuscó hasta encontrar el pañuelo y se lo ofreció, pero su hermano sacudió la cabeza y le enseñó el suyo.

—Ya tengo uno —dijo en voz baja—. Y el tuyo tiene un bordado muy bonito, no quiero estropearlo.

—Deberías descansar —dijo Effie con un suspiro.

—A lo mejor sí que debería —respondió George irónico—. Y a lo mejor deberían pagarme mejor. De hecho, a lo mejor debería haber menos bailes. ¿Crees que la señora se reunirá conmigo para hablarlo mientras tomamos el té?

—Ten cuidado con lo que dices, George —respondió la joven en tono cansado—. Acuérdate de lo que decía mamá.

—Mamá no está aquí ahora mismo —protestó él—. Llevo toda la semana levantándome al amanecer y acostándome a medianoche. Si no me quejara aunque fuera un poco resultaría antinatural. —Le dio un nuevo empujoncito, más fuerte esta vez—. Y ahora deja de retrasarme. Solo quiero que se acabe esta noche horrible.

Effie entró en la cocina y George se coló por su lado a toda prisa para evitar más regañinas.

La cocinera jefa de la casa, a la que llamaban Cookie de forma cariñosa, estaba emplatando algunos fiambres y galletas. Effie localizó las bandejas de ponche a un lado y agarró una con rapidez.

—¡Me llevo esta para arriba! —le dijo a la pobre cocinera, que parecía atribulada.

Cookie apenas asintió con la cabeza, suficiente señal de aprobación. Effie regresó a toda velocidad a la sala de baile.

Los invitados habían empezado a entrar, una de las damas estaba sentada al piano y tocaba una melodía alegre con aire distraído. Effie se acercó a los invitados con la bandeja de ponche en las manos y la mirada cuidadosamente centrada en sus propios pies. Lo último que le faltaba era tropezar por culpa del cansancio y tirarle el ponche por encima a alguna dama importante.

—Ah, cogeré una de esas, por favor.

Una mujer rubia con un vestido azul alargó el brazo para coger una copa de la bandeja. Llevaba el pelo recogido por una cadena dorada y un delicado colorete rosado en las mejillas.

—Creo que yo también.

La voz de Benedict venía del otro lado, y su sonido congeló a Effie en el sitio. Benedict cogió una copa de la bandeja y la joven levantó la vista hacia él. Iba vestido con tanta elegancia como el resto de los invitados, con un refinado chaleco dorado y chaqueta negra. Su cálida sonrisa brillaba de tal manera en ese rostro tan atractivo que Effie no pudo evitar mirarlo fijamente y que se le acelerara el corazón. Por el más breve instante, cuando la mirada de él se posó en ella, se sintió atrapada entre la ensoñación y la realidad. Una convicción irracional la invadió: ¡Benedict la había reconocido! ¿Iba a invitarla a bailar allí mismo?

—¡Duntham! —exclamó en ese momento Benedict en tono alegre. Miraba a alguien por encima del hombro de Effie—. ¿Cuántos años hace ya?

Pasó por su lado riéndose… y a Effie se le cayó el alma a los pies. «¿Qué esperabas? —pensó fatigada—. Esta vez llevo una bandeja, eso me convierte casi en invisible».

Como criada, estaba acostumbrada a pasar desapercibida. De hecho, pasar inadvertida se consideraba una habilidad crucial en su profesión, los nobles solían preferir que el servicio fuera lo más imperceptible posible. Pero, por algún motivo, que aquel caballero en particular la ignorara le dolió de forma inesperada. Si Benedict nunca le hubiera hablado con tanto encanto, pensó Effie, no se habría hecho ilusiones tan tontamente.

La desilusión y el hastío se mezclaron con la fatiga, y el sentimiento le subió del estómago a la garganta, donde se agazapó como una piedra. Notó que las lágrimas se le acumulaban en los ojos y se echó hacia atrás en busca de la pared, horrorizada.

—¡Ay, Lydia! —jadeó—. ¿Puedes quedarte la bandeja, por favor?

Lydia dejó caer los hombros.

—¡Pero si acabas de subirla! —se lamentó—. ¿No puedes repartir las bebidas un poco más?

—Estoy a punto de echarme a llorar —la informó Effie con el tono de voz más firme que fue capaz de usar—. Necesito que me dé un poco el aire, o no seré capaz de parar.

Lydia cogió la bandeja con un suspiro comprensivo.

—Oh, no. Venga, vete y quítatelo de encima. A lo mejor yo también necesito salir a llorar antes de que acabe la fiesta.

Effie escapó por la puerta lateral y bajó por el pasillo del servicio. De camino se le saltaron las lágrimas, y pronto se encontró llorando de rabia y vergüenza.

Las crisis de llanto se habían vuelto relativamente comunes entre los criados, pero Effie no tenía ningún interés en que la descubrieran gimoteando en uno de los estrechos corredores del piso de abajo. Salió al exterior, justo en la linde del enorme laberinto de setos que se extendía detrás de la mansión.

En condiciones normales, algunos de los invitados se estarían divirtiendo en el laberinto, pero aquella noche la nieve y el barro lo habían convertido en un escenario mucho menos placentero. Por ese motivo, Effie podía disponer del banco de enfrente para sí misma. Se acomodó en él, se limpió las lágrimas con las manos y se restregó los brazos. El aire frío y enérgico le templó los nervios, y respiró profundamente varias veces para serenarse.

Le llegaban las notas apagadas del piano de cola desde las ventanas. El baile había comenzado. Todos aquellos apuestos caballeros acompañarían pronto a

todas las damas encantadoras con sus preciosos vestidos a la pista de baile. Seguramente en ese preciso instante Benedict invitaba a bailar a alguna.

—No tiene la menor importancia —se dijo Effie—. ¿Por qué iba a importarme lo que haga? Desde luego, nadie va a sacarme a mí a bailar —parpadeó varias veces y se obligó a reír—. ¡Ja! ¡Imposible imaginarlo!

—Caramba —dijo una voz suave y curiosa a la derecha de Effie, congelándola en su sitio—. ¿De verdad es tan difícil de imaginar? ¡Ahora me siento todavía más tentado a pedírselo que antes! ¿Me concede este baile, señorita?

Effie se levantó a trompicones. Se giró para mirar al hombre que le había hablado… y se sintió más confusa si cabe.

Era un hombre alto de apariencia ágil vestido con una elegante chaqueta de terciopelo negro. Tenía el pelo tan negro como la chaqueta, un poco fosco en las puntas. Sus ojos eran de un impactante verde esmeralda, como las hojas nuevas de primavera… brillaban un poco desde dentro de una forma que lo hacía destacar bajo la luz de la luna. No llevaba pañuelo, observó Effie, sino una rosa florecida y enroscada en el cuello que servía el mismo propósito.

—Lo… lo siento mucho, señor —farfulló la muchacha—. Nunca habría salido si pensara que podía molestar a alguien…

—¡Oh, no, no estoy molesto en absoluto! —declaró el hombre con vehemencia. Le dedicó una sonrisa y el maltrecho corazón de la joven dio un brinco cuando pensó en el atractivo que le confería ese gesto, incluso en la penumbra. Tenía unos rasgos muy elegantes, con las mejillas tan afiladas como para cortarse el dedo si las rozaba.

—De hecho, me siento muy dichoso de conocerla —añadió—. ¡Qué emocionante!

Effie tragó saliva y entrelazó las manos en el regazo. Había algo muy extraño en la forma en que el desconocido le hablaba, pero no era capaz de identificar el qué.

—Señor —dijo Effie despacio—, ¿es consciente de que soy una de las sirvientas de la casa?

No tenía el menor interés en repetir la decepcionante interacción con Benedict del día anterior.

—¿Ah, sí? —preguntó él. La miró de arriba abajo y le brillaron los ojos—. ¡Cielos, sí que lo es! —De alguna forma parecía aún más entusiasmado ante aquella revelación—. Qué circunstancia tan deliciosa e ideal. Por favor, ¿podría decirme su nombre?

Effie parpadeó. No recordaba la última vez que un noble le había preguntado su nombre.

—Pues… me llamo Euphemia Reeves, milord —respondió—. Casi todo el mundo me llama Effie.

—¡Qué nombre tan magnífico! —El caballero sonrió con tanto entusiasmo que Effie se descubrió preguntándose si alguna vez en su vida le habría disgustado algo—. Bien. Yo soy lord Negraespina. Debería repetir la pregunta… ¿me concede este baile, señorita Euphemia? —Al decirlo le ofreció la mano, y Effie comprendió que de verdad esperaba que la tomase.

«No es buena idea», pensó la joven. Más allá del hecho de que no debería bailar con los invitados, una parte de ella se había dado cuenta de que lord Negraespina era un hombre muy extraño… además, Effie nunca había oído hablar de ningún lugar llamado «Negraespina».

Sin embargo, su cuerpo había seguido adelante sin hacer caso de sus pensamientos y, para su sorpresa, descubrió que ya había aceptado su mano. Los dedos de lord Negraespina eran muy largos y elegantes, y por algún motivo exhalaba un perfume a rosas frescas a pesar de ser mediados de febrero.

—¡Creo que conozco este baile! —exclamó lord Negraespina con alegría —. ¡Vaya, lady Vallebaldío debe habérmelo enseñado la semana pasada!

El caballero sujetó a Effie por la cintura al tiempo que ella trataba de descifrar si había escuchado alguna vez hablar de un lugar llamado «Vallebaldío». Lord Negraespina hizo girar a Effie a un lado y a otro, y ella tropezó con un grito ahogado.

—Ahora, señorita Euphemia —dijo él con cariño, como si Effie no hubiera bailado con la mayor torpeza los primeros pasos—, debo hacerle una pregunta muy importante: ¿considera que está usted indefensa?

—Yo… ¿qué? —preguntó Effie aturdida.

Volvió a tropezar mientras intentaba mantener el ritmo con gran agitación, pero lord Negraespina parecía no percatarse de sus dificultades. «Algo en esa pregunta tiene pinta de ser inapropiado» pensó. Pero no fue capaz de determinar exactamente qué era lo inapropiado de la pregunta, así que respondió:

—No sé a qué se refiere, milord.

—Bueno —añadió lord Negraespina pensativo—, si tuviera que elegir ¿diría que es usted poderosa o que está indefensa?

Volvió a hacerla girar y Effie empezó a marearse. «No me parece que el baile sea así en absoluto» pensó. En ese momento, su mente comprendió el significado de las palabras del caballero y le dio un ataque de furia.

—¡Discúlpeme, caballero! —dijo airadamente—. ¡Soy lo bastante poderosa como para darle un buen pisotón si trata de propasarse conmigo!

Lord Negraespina inclinó la cabeza, aparentemente desconcertado. Al hacerlo, la joven vio que tenía las orejas puntiagudas.

A Effie casi se le salió el corazón por la garganta de terror.

«¡Un elfo! —pensó frenética—. ¡Apiádate de mí, Señor! ¡Estoy bailando con un elfo!»

—¿La he insultado, señorita Euphemia? —preguntó lord Negraespina—. ¡No era en modo alguno mi intención! Verá, en los últimos tiempos estoy investigando la virtud inglesa. Pensaba que estaba todo relacionado con botas elegantes y chaquetas caras… de lo más aburrido ¿verdad?, pero lady Vallebaldío me informó de que en realidad tiene que ver con ser amable con los indefensos y cruel con los poderosos. Por eso he estado buscando por todas partes a unos y a otros, ¡para poner a prueba el concepto!

Effie abrió los ojos de par en par.

—Yo no soy nada poderosa, señor —se apresuró a garantizarle—. ¡Al contrario, estoy de lo más indefensa!

Lord Negraespina se echó a reír, complacido.

—¡Qué casualidad! Me preguntaba cuánto tendría que buscar… ¡y aquí mismo la he encontrado! A la vuelta de la esquina, como quién dice.

Volvió a hacerla girar, pero Effie no se atrevió a cogerlo de la mano otra vez. En su lugar, rodó por el barro, gimoteando de miedo.

El barro frío y húmedo le embadurnaba las manos y le manchaba las rodillas de la falda. En otras circunstancias se habría quedado horrorizada al pensar en las coladas de más que aquello supondría, pero el pavor que le despertaba su situación actual pesaba mucho más que esa temida colada extraordinaria. Su madre le había contado muchos cuentos para advertirla sobre el pueblo bello; casi todas las historias acababan muy mal para el desafortunado panadero o zapatero o lechera que tenía la desgracia de conocer a un hada. De hecho, la mayoría terminaban con el pobre protagonista renunciando a su propia alma por accidente.

Lord Negraespina se rio como si Effie se hubiera tirado en el barro a propósito para gastarle una especie de broma. Le ofreció la mano, pero ella se quedó mirándola fijamente desde el suelo embarrado. Ante su continuado silencio, se agachó para levantarla por los brazos con una fuerza perturbadora, la colocó de pie otra vez y sacudió con delicadeza el barro de su vestido. Por supuesto, poco hizo el gesto para limpiar la tela.

—¡Excelente! —comentó lord Negraespina—. ¡Se ha manchado el vestido! Estoy seguro de que es una molestia espantosa. ¿Le gustaría que la ayudara a limpiarlo?

Effie apretó los labios, sintiéndose impotente. «En los cuentos de hadas la gente se mete en los mayores problemas por decir lo que no debe —pensó—. Si no digo nada a lo mejor se va».

Lord Negraespina parpadeó y la miró con sus ojos demasiado verdes.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó—. Me temo que no puedo curarla, ese es un poder que no poseo. Pero… —golpeó el puño enguantado con fuerza contra su otra mano en un momento de súbita inspiración—. ¡Podría quitarle el miembro que le molesta y sustituirlo por uno nuevo!

Effie abrió los ojos de par en par, aterrorizada.

—¡No! —gritó, incapaz de contenerse—. No, no, no, eso sería… ¡demasiado generoso! ¡Por favor, no lo piense siquiera!

Lord Negraespina sopesó su respuesta.

—Pero no es generoso en absoluto. Tendría que pedirle algún pago a cambio, por mucho que me gustaría no hacerlo. Me temo que esa es, simplemente, la manera en que las hadas debemos hacer las cosas.

Effie se obligó a sonreír y se clavó las uñas en las palmas de las manos, temblorosa.

—Soy muy pobre —respondió—. No podría pagarle ni aunque quisiera, milord. Me temo que tendrá que buscar otra persona a la que ayudar.

Lord Negraespina adoptó una expresión pensativa.

—No necesito dinero. Podría quedarme con su recuerdo más feliz, o a lo mejor con una pequeña parte de su nombre. Lo cierto es que apenas echaría de menos una sílaba o dos.

«Dios mío —rezó Effie en silencio—, mantenme a salvo de este elfo y seré generosa este domingo con la limosna».

—Es muy amable por su parte —respondió muy despacio—, pero prefiero resolver mis problemas yo misma. Mi madre siempre me ha dicho que eso me hará más fuerte.

Lord Negraespina parecía tan alicaído ante su respuesta que casi le dio pena.

—Estaba seguro de que iba a funcionar a la perfección —suspiró el hado —, estaba convencido de que tenía un problema terrible que podría resolver por usted. Pero… —la miró con curiosidad— si no es indiscreción… ¿Por qué lloraba antes, señorita Euphemia?

Effie tragó saliva. Sabía que no podía salir nada bueno de contarle a un hada sus problemas, pero con esos extraños ojos verdes fijos en ella, las palabras brotaron de su garganta sin permiso.

—Me he enamorado de alguien —dijo con voz ronca—. Fue una verdadera estupidez por mi parte. Esta noche he comprendido que él jamás podrá enamorarse de mí.

Effie maldijo su boca por hablar sin su permiso. «¡No quería haber dicho nada de eso! ¿Habrá hecho magia conmigo ya?»

—¡Qué tragedia! —suspiró lord Negraespina, aunque lo dijo de tal forma que Effie no supo si se alegraba o la compadecía—. ¿Por qué no puede enamorarse de usted, señorita Euphemia? Parece usted un ser humano perfectamente encantador, y cuenta con un alma completa propia y todos los dedos originales.

De nuevo, Effie intentó guardar silencio… pero lord Negraespina se había entretenido de forma extraña en las sílabas de su nombre, y ese sonido tiró del alma misma de Effie, arrancando una nueva respuesta de sus labios.

—Es el hijo de un barón, señor —soltó la joven—, y yo no soy más que una criada. El hijo de un barón jamás se casará con una criada. Las cosas no funcionan así. —Lord Negraespina se quedó perplejo ante tal afirmación, así que Effie tuvo que añadir—: Sería como si usted me hiciera un favor sin ningún pago a cambio.

Ante esa explicación, la luz del entendimiento iluminó los ojos del hado, que asintió sagazmente.

—Comprendo. Vaya, qué problema. ¡Qué problema tan extraordinario! —sonrió con alegría—. ¡Es justo el tipo de problema que requiere la ayuda más extraordinaria!

—Me parece que no hay ayuda alguna que sirva en este caso —dijo Effie recelosa—. Está bien, de verdad. Ya me siento mejor, milord.

Lord Negraespina sacudió la cabeza.

—¡El asunto es sencillo! Dígame, señorita Euphemia… ¿con quién se casaría el hijo de un barón en condiciones normales?

Una vez más, Effie sintió una necesidad ineludible de contestar. Apretó los labios y se concentró con fiereza en no responder… pero las palabras encontraron su camino de todas maneras.

—Se casaría con alguien como él, señor —contestó sin aliento—, con la hija de un barón, a lo mejor, o… ¡demonios!

Era su nombre, comprendió Effie desesperada. Le había dado al maldito elfo su nombre antes de reconocer lo que era. Recordaba vagamente que las hadas podían hacer cosas terribles si poseían tu nombre. «Ya he dicho lo que no debía —pensó Effie mientras la invadía el terror—. ¡No es justo! ¡Era imposible que supiera lo que era de primeras!»

Lord Negraespina le sonrió por respuesta.

—¡Qué alivio! —dijo—. Eso no supone ningún problema, señorita Euphemia. Puedo transformarla en la hija de un barón sin el menor inconveniente, ¡y así podrá casarse con el hombre que ama!

Effie cerró la boca de súbito con un entrechocar de dientes.

Por un instante, todo su miedo —toda su desdicha húmeda y embarrada— se evaporó ante aquella inesperada sugerencia.

—¿Po-podría hacer algo así? —susurró. Esa vez no habló porque hubiera mencionado su nombre.

—Podría, en efecto —dijo lord Negraespina. Su afán era más que evidente, ahora que había descubierto algo que de verdad parecía haber despertado su curiosidad. Alargó el brazo para tomarle la mano y le dio unas palmaditas cariñosas—. Podría convertirla en cualquier tipo de dama inglesa que quisiera… a todos los efectos que importan para su situación, quiero decir. ¡Podría hacerlo ahora mismo! ¿Le gustaría acudir al mismísimo baile que tenemos detrás?

Las ganas de llorar le secaron la boca y le cerraron la garganta. Effie liberó su mano y se la apretó contra el pecho, desesperada.

Solo unos minutos antes, se había quedado parada en el pasillo debajo del salón de baile fantaseando con ese mismo sueño imposible. Todas esas visiones volvieron a ella en un instante… más brillantes y seductoras que nunca. Pero, esa vez, el sueño estaba tan cerca que casi podía tocarlo. Solo tenía que decir que sí, y podría entrar en Hartfield como una igual en lugar de una sirvienta.

Sí. Sí, por favor. Tenía las palabras en la punta de la lengua. Pero Effie notó el aluvión de emociones desequilibradas que traían consigo justo a tiempo, y cerró los ojos con fuerza.

—Si los deseos fueran caballos —recitó en voz baja—, los mendigos cabalgarían. Si los nabos fueran bayonetas, uno en el costado llevaría.

Effie abrió los ojos y descubrió a lord Negraespina observándola con expresión confundida. Seguía lo bastante cerca como para que el aroma de las rosas la envolviera con cada respiración.

—No lo entiendo, señorita Euphemia —dijo el hado—. ¿Está pidiendo un deseo?

—No —contestó Effie con suavidad, abrazándose—, me recuerdo a mí misma que no es buena idea desear nada. Me temo que debo volver dentro, milord. Tengo que trabajar en el baile. Si me retraso demasiado, serán otros los que deban hacer mi trabajo, y eso no sería justo.

Lord Negraespina frunció el ceño, claramente consternado.

—Ya veo —suspiró—. Ayudar a los desamparados es mucho más complicado de lo que imaginaba. ¡No me extraña que la virtud inglesa sea tan difícil de encontrar! —Sonrió con amabilidad a Effie, como si hubiera entendido algo muy distinto a lo que ella había intentado transmitir—. ¡No importa! No me rendiré ante el primer obstáculo, señorita Euphemia. Ya que ha sido tan amable de entregarme su nombre, yo le entregaré el mío a cambio. Mi verdadero nombre es Juniper Jubilee. Si alguna vez necesita algo, la cosa más nimia ¡cualquier cosa! lo único que debe hacer es repetir mi nombre tres veces y vendré a ayudarla de inmediato.

Effie parpadeó ante aquella respuesta.

—¿Juniper Jubilee? —repitió sin pensar—. ¡Qué nombre tan peculiar!

Lord Negraespina —o, más bien, pensó Effie, el señor Jubilee— le dedicó una amplia sonrisa, como si le hubiera hecho un cumplido.

—Muchas gracias, señorita Euphemia. Lo elegí yo mismo. Le sigo teniendo mucho cariño.

Effie sacudió despacio la cabeza.

—Eh, bueno, señor Jubilee —se atrevió a añadir—, ¿de verdad no le importa que tenga que volver al trabajo? No se ofenderá ¿verdad?

Lord Negraespina sonrió de nuevo.

—¿Por qué habría de ofenderme? Me ha regalado su valioso tiempo y su conversación, señorita Euphemia. Incluso ha tenido la bondad de bailar conmigo.

Effie se encogió bajo su sobrenatural mirada esmeralda. Si cualquier ser humano le hubiese hablado de esa manera, se habría sentido halagada, pero algo en aquellos ojos le había recordado lo peligrosa que podía ser cada palabra de esa conversación. Incómoda, agachó la cabeza.

—Entonces… en ese caso me iré yendo, milord —dijo. Pero, cuando levantó la vista, el elfo había desaparecido.

Capítulo dos



De no ser por el barro que le manchaba la falda, Effie se habría autoconvencido de que todo el encuentro con lord Negraespina había sido una fantasía. En realidad, seguía preguntándose si se habría dado un golpe en la cabeza, o si sería una alucinación fruto del cansancio… pero no encontró oportunidad de comentarle nada a Lydia al respecto. En el momento en que regresó al interior, tuvo que tomar prestado el vestido de repuesto de otra doncella para volver a toda prisa al baile a atender a los invitados. El resto de la noche fue tan larga y agotadora que nadie tuvo tiempo de hablar de mucho más que de las copas de ponche, los platos de la cena y la necesidad de hacerle hueco en la mesa al inoportuno primo de alguien aparecido en el último momento.

Para cuando Effie se desplomó por fin en la cama, cualquier pensamiento sobre elfos extraños había abandonado su mente. Se despertó unas pocas horas después, con las quejas de Lydia sobre las chimeneas. También las mañanas después de un baile seguían allí las chimeneas.

—Nos va a matar —murmuró Lydia mientras subían dando tumbos al piso de arriba para prender las chimeneas—. Lady Culver, digo. No podemos seguir así para siempre, Effie.

—Vamos a no malgastar fuerzas quejándonos —rogó Effie—. Hoy estoy tan cansada que creo que no me quedan energías ni para eso.

Al menos aquel día los sirvientes tuvieron la oportunidad de sentarse a desayunar en el piso de abajo mientras la familia dormía la mañana. Aunque incluso el desayuno trajo consigo una nueva y desagradable sorpresa.

—Lady Panovar mencionó a su doncella francesa una docena de veces anoche —informó la señora Sedgewick al personal con aspecto cansado—. Al final de la velada lady Culver estaba furiosa. Ha insistido en que debo encontrarle doncellas francesas de inmediato.

Lydia abrió la boca, anonadada.

—¿Qué? —rio—. ¿Así, sin más? ¿Y con lo que paga? ¿No se supone que las doncellas francesas son caras?

Que la señora Sedgewick no regañara a Lydia por su impertinencia era un signo inequívoco de lo agotados que estaban todos. El ama de llaves solía insistir en que el personal mostrara el más estricto respeto hacia la familia, aunque nadie pudiera oírlos.

—Por supuesto, no hay doncellas francesas en esta zona, y su señoría no tiene presupuesto para importar una, como ha hecho lady Panovar —suspiró la señora Sedgewick—. Así que… en conclusión… Todas debéis convertiros en doncellas francesas.

Effie parpadeó despacio.

—Señora Sedgewick —respondió con cautela—. No es mi intención ser descarada, pero… ¿eso qué significa exactamente?

—Significa que todas necesitaréis nombres nuevos, franceses —dijo la señora Sedgewick con una sonrisa tensa—. Por lo menos mientras estéis en el piso de arriba. Y también debéis practicar a poner acento francés.

—Ejem —carraspeó George—. Los lacayos no ¿verdad?

—No —dijo la señora Sedgewick resignada—. Por lo que sé lady Panovar no tiene ningún lacayo francés, por tanto, lady Culver no necesita ningún lacayo francés para sí misma. De momento puedes continuar siendo inglés, George.

—Tampoco —añadió el señor Allen con brusquedad— es que lady Culver ni la señora Sedgewick tengan ninguna potestad en lo concerniente a los lacayos, George.

El prestigioso mayordomo, de pie en un lateral, esperaba con paciencia a que la señora Sedgewick acabara de dar sus noticias para que los sirvientes de mayor rango se pudieran retirar a desayunar en una estancia diferente. Su traje estaba inmaculado a pesar de la larga noche y llevaba el bigote gris acerado perfectamente recortado. Lo cierto, pensó Effie, es que el señor Allen es de verdad el portentoso profesional que nos habían prometido cuando llegó a Hartfield.

La señora Sedgewick le lanzó una mirada furibunda, pero no le contradijo.

—Lydia, supongo que puedes ser «Marie». Y tú, Effie… digamos que ahora eres «Giselle».

Effie inspiró con fuerza. Por algún motivo aquel cambio de nombre imprevisto hacía que el maldito baile del día anterior resultara todavía más ofensivo. «Y así sin más —pensó aturdida—, de repente ni siquiera se me permite ser yo misma».

George captó su expresión y le dedicó un gesto de solidaridad.

—La familia me sigue llamando «James» —comentó—. ¿Creo que era el lacayo anterior?

—Nunca ha habido ningún James —explicó Lydia con aire sombrío—, es solo el nombre que la familia prefiere para los lacayos. Ninguno conoce nuestros verdaderos nombres. Dudo que lady Culver recuerde los nuevos nombres franceses tampoco.

—No obstante —interrumpió la señora Sedgewick con brusquedad— debéis practicar vuestro acento francés. No lo olvidéis. Examinaré a todas las doncellas a finales de la semana.

Los gemidos recorrieron la mesa, pero la señora Sedgewick no se preocupó de regañar a las muchachas. En cambio, se giró hacia el señor Allen con gesto enfadado y salió hecha una furia a tomarse su propio desayuno.

—Practicar un acento francés —farfulló con incredulidad Lydia con la vista fija en el plato—. ¿Sabes cómo suena un acento francés, Effie?

—Creo que he oído a lady Culver decir un par de palabras en francés —susurró Effie—. Lo de «affaire» lo sacaste de ella ¿no?

Lydia entrecerró los ojos.

—Uno de los caballeros se puso a gritar en francés anoche al tirarse el ponche por encima —dijo en tono cáustico—. A lo mejor puedo practicar esas palabras.

Effie no se dignó a responder. Sabía que Lydia se limitaba a dar rienda suelta a sus frustraciones… ninguna se atrevería a maldecir delante de lady Culver por muy disgustadas que estuvieran. Pero, cuando apartó los ojos, incómoda, descubrió una silueta alta y muy peripuesta cerca de la puerta del comedor del servicio.

Effie se quedó congelada de terror.

Lord Negraespina observaba a los presentes con una expresión de curiosidad maravillada. Effie no tenía ni idea de cuándo había aparecido el hado, pero, aunque estaba totalmente fuera de lugar entre los sirvientes con su elegante chaqueta de terciopelo y esos ojos verdes relucientes, nadie más parecía prestarle atención.

—¿Lydia? —murmuró Effie con voz trémula—. ¿Ves a ese hombre junto a la puerta?

Lydia giró la cabeza y apretó los labios.

—Ah, sí —respondió, como si no hubiera nada extraño en la presencia del elfo—, ¿qué pasa con él?

Effie parpadeó muy rápido, intentando reconciliar lo ridículo de la situación con sus propias expectativas.

—Es que… ¿no te parece raro? —insistió—. ¡Míralo otra vez! ¡Tiene una rosa enredada en la garganta!

Lydia frunció el ceño. Por un instante, la preocupación nubló su semblante… pero pronto se desvaneció y recuperó una expresión relajada y un poco aturdida.

—Pues es verdad. Qué curioso.

Lydia siguió comiendo y aparentemente se olvidó de inmediato de toda la conversación.

—¡Señorita Euphemia! —Lord Negraespina había captado la mirada de Effie y se acercaba a ella con su característica forma de andar jubilosa. Sus ojos verdes echaban chispas de contento—. ¡Qué mañana tan deliciosa hace ahí fuera! Es un día muy soleado —entonces se detuvo con expresión pensativa—.

¡Caramba! Siempre se me olvida que las conversaciones inglesas no son solo sobre el tiempo. ¿Le apetece hablar de delfines?

Effie miró a su alrededor, desamparada, en busca de alguien que acudiera en su rescate. Pero, igual que Lydia, todos los otros criados parecían no sentir el menor interés por el hada que tenían delante. Effie se volvió de nuevo hacia lord Negraespina y el estómago le dio un vuelco.

—Pensaba que se había ido, milord —dijo con voz temblorosa. No tenía ni la más remota idea de cómo responder a lo de los delfines, así que decidió ignorarlo.

—¿Por qué iba a irme, señorita Euphemia? —preguntó el hado perplejo—. ¿No se imaginará que iba a abandonarla cuando se encuentra en apuros? ¡Eso no sería virtuoso en absoluto!

El estómago de Effie dio un nuevo vuelco y amenazó con salírsele por la garganta. Con lo agotada que estaba esa mañana, se las había arreglado para olvidar su encuentro con el elfo. ¡Qué arrogancia la suya! De alguna manera se había autoconvencido de que había logrado eludir la atención del hado para siempre, no como esas estúpidas de los cuentos de hadas de su madre.

—Qué considerado por su parte, milord —dijo Effie con un deje de desesperación—. Pero, por favor, insisto. Resulta evidente que usted es un… eh… elfo importante. No puedo apartarlo de sus obligaciones de este modo.

Lord Negraespina se golpeó el pecho con una mano enguantada.

—¡Qué nobleza la suya! —exclamó— ¡Qué humildad! Cada segundo que pasa estoy más seguro de haber elegido bien, señorita Euphemia. ¡No cabe duda de que merece algo mejor de lo que ahora mismo posee!

Effie se hundió en la silla y se cubrió el rostro con las manos.

—¿Qué ocurre? —preguntó lord Negraespina—. ¡Está disgustada otra vez! ¿Es por el francés, señorita Euphemia? Yo podría enseñarle francés en un momento ¿sabe? Me encantaría hacerlo.

—N-no —lloriqueó Effie—. No hace falta, milord. Debo aprender francés por mis propios medios.

—Parece muy cansada —caviló el hado—. ¿Ha tenido sueños agitados? Puedo ayudarla a conciliar el sueño, eso seguro. ¿Cuánto tiempo cree que sería mejor? Lo tradicional es un año por lo menos…

Effie se levantó de un salto.

—¡Tengo tareas que no puedo descuidar! —exclamó—. ¡Hay mucho que barrer después de un baile importante!

Lord Negraespina la miró anonadado.

—Pero todavía no se ha acabado el desayuno, señorita Euphemia —señaló.

Effie se puso blanca.

—Yo… no tengo hambre —mintió.

Le echó una mirada de soslayo a la comida. No era más que pan y gachas de avena mezcladas con un poco de jamón que había sobrado de la cena, pero su pobre estómago rugió en protesta ante la idea de abandonarlo. Effie se prometió a sí misma que más tarde se colaría en la cocina para tomar un tentempié, cuando se hubiera librado del hado.

—Eh ¿por qué no se lo toma usted? —preguntó en un momento de inspiración. Las hadas también debían comer ¿no? A lo mejor si se sentaba a comer dejaría de estar pendiente de ella, aunque fuera unos minutos.

Lord Negraespina se frotó la barbilla, pensativo.

—¿Está segura? —preguntó—. ¿De verdad desea darme su desayuno, señorita Euphemia?

Cuando lo preguntó su voz tenía un tono peculiar, pero Effie no se sentía con fuerzas de imaginar lo que podía significar.

—Sí, estoy segura. Por favor, siéntese, milord —dijo con un suspiro, y le ofreció con un gesto su silla vacía.

Para su gran alivio, lord Negraespina la ocupó, todavía con expresión pensativa.

—¡Cuánta generosidad! —murmuró—. ¿Es así como se comportan todas las sirvientas inglesas?

Lydia se giró para mirarlo.

—¡Oh, hola! —le saludó—. ¿De dónde ha salido, *monsieur*?

Effie hizo una mueca ante el pobre intento de Lydia de poner acento francés. «Puf, no vamos a ser nada creíbles».

—De Negraespina, por supuesto —respondió el hado con alegría—. ¿Y usted cómo se llama, joven señorita?

Effie abrió mucho los ojos al escuchar la pregunta. Agarró a Lydia del brazo y la arrastró antes de que pudiera responder.

—¡Necesito que me ayudes, Lydia! —dijo muy agitada—. ¡Con todo lo que hay que barrer!

Lydia se quedó estupefacta.

—¿Qué? —preguntó incrédula—. Pero… mi desayuno…

—Ya hemos comido suficiente —bufó Effie—. Debes darle tu desayuno al señor tú también. Es un caballero muy distinguido.

Lydia entrecerró los ojos, pero Effie le dio un pellizco en ese momento y su amiga soltó un aullido.

—¡Está bien, está bien! —resopló Lydia—. Quédese con mi desayuno también ¿y por qué no?

Lord Negraespina las observó a las dos atentamente, de pronto parecía abrumado.

—¿Debo? —preguntó—. Bien, supongo que sí debo, ya que insisten.

Effie se obligó a sonreír, y al mismo tiempo tiró de Lydia hacia la puerta.

—¡Tómese su tiempo! —exclamó.

En cuanto dejaron la puerta atrás y se encontraron en el pasillo, Lydia se liberó del agarre de Effie.

—Pero ¿qué te pasa? —la exhortó—. ¡Solo pude tomar cuatro bocados, y tú igual!

—¿No viste nada raro en el hombre con el que estábamos hablando? —respondió Effie desesperada—. ¡Las orejas puntiagudas! ¡Y esos ojos tan raros! Antes te dije que llevaba una rosa enrollada en el cuello ¡e hiciste como si nada!

Lydia frunció el ceño. Esa vez, las palabras de Effie parecieron penetrar un poco más.

—Me parece que me habría dado cuenta de una cosa así —respondió Lydia con incredulidad. Pero parecía menos segura de sí misma que antes—. Aunque es verdad que apareció de la nada. Y ahora me doy cuenta de que ni siquiera sé cómo se llama.

—¡Porque es un hado! —gimió Effie—. Hablé con él anoche. Soy una auténtica idiota… ¡pensaba que se había ido, pero sigue aquí! Hagas lo que

hagas, no le entregues tu nombre, ¡y no hagas ningún trato con él!

Lydia se llevó los dedos a la frente.

—¿Estás segura? —murmuró— ¿De verdad se meten los elfos en los comedores del servicio a comerse el desayuno de la gente? Suena todo muy raro.

—Bueno, espero que por lo menos le lleve un rato acabarse nuestros desayunos —murmuró Effie—. Es que no sé ni que hacer. ¿Deberíamos…? ¿Deberíamos contárselo a la señora Sedgewick? O al señor Allen, a lo mejor… Él es de la ciudad ¿no? ¡Algo sabrá de cómo tratar con las hadas!

Lydia la miró con escepticismo.

—No creo que ni siquiera el señor Allen haya tratado con las hadas antes. Pero tienes razón… sí que deberíamos decir algo.

Effie avanzó por el pasillo, camino de las habitaciones de la señora Sedgewick, donde sabía que los sirvientes de mayor rango estarían tomando el desayuno. Lydia la siguió arrastrando los pies.

Ninguna de las dos tenía demasiado interés en llamar a la puerta de la señora Sedgewick, pero Effie sabía que el problema era suyo, así que se obligó a golpear decididamente con los nudillos. Las suelas de madera del ama de llaves repiquetearon hasta la puerta. Poco después, la señora Sedgewick apareció ante ellas con aspecto cansado y molesto.

—Más vale que sea una emergencia o… ¡Ah! ¡Effie! —su tono beligerante se suavizó un poco—. ¿Ha pasado algo?

Effie se quedó mirando al ama de llaves sin habla. Le había parecido lo más natural alertarla de que había un hada entre ellos, pero ahora que se encontraba delante de ella, no estaba segura de cómo presentar el problema. «No puedo decir "hay un hada en el comedor del servicio tomándose mi desayuno"» pensó angustiada.

Por desgracia, su mente exhausta había dejado de funcionar, así que eso fue exactamente lo que dijo.

—Hay un hada en el comedor del servicio tomándose mi desayuno, señora Sedgewick.

El ama de llaves la observó sorprendida. Desde algún lugar a sus espaldas llegaba el estruendo de los platos mientras el resto de los sirvientes de mayor

rango desayunaban.

—Effie —dijo la señora Sedgewick despacio—, no sé qué mosca te ha picado, sueles tener la cabeza muy bien amueblada. ¿No habrás aceptado ningún estúpido desafío de otra de las criadas?

La señora Sedgewick miró a Lydia con suspicacia, a quien consideraba mucho más propensa a ese tipo de actividades.

—¡N-no, señora Sedgewick! —contestó Effie desesperada—. Lo he explicado todo al revés, pero es cierto: hay un hada y va a provocar todo tipo de problemas…

—Estamos todos muy cansados, Effie —respondió el ama de llaves, esta vez con un tono gélido—. No tengo ni el tiempo ni la energía para lidiar con semejante estupidez. No quiero volver a oír ni una palabra sobre este tema ¿entendido?

Effie la observó impotente y se volvió hacia Lydia con expresión implorante.

—Sí que hay un hada, señora Sedgewick —dijo su compañera, a pesar de que Effie sabía que no se lo creía del todo—. ¡Me preguntó mi nombre y todo!

—¡He dicho que ni una palabra! —gritó el ama de llaves—. ¡No quiero oíros a ninguna de las dos! Si insistís con esta broma ridícula, os enviaré a fregar los platos todos los días de la semana que viene, os lo juro.

Aquella vez no les dio oportunidad de responder, les cerró la puerta en las narices con tal vehemencia que a Effie le temblaron las rodillas.

—Tendríamos que haberlo imaginado —suspiró Lydia—. ¿Si ignoramos al elfo no se irá él solo?

Effie negó con la cabeza, apesadumbrada.

—Anoche pensé que se había ido, pero esta mañana apareció aquí otra vez, ¡y ahora no hay forma de convencerlo de que se vaya!

—Bueno… —Lydia arrugó la nariz—. ¿A lo mejor es un hado bueno? ¿Igual es de los que arreglan los zapatos o de los que saben hilar?

Effie sacudió de nuevo la cabeza.

—No, de eso nada —dijo con desesperación—. Es un noble. Esos son los peores, ¡siempre están maldiciendo a la gente o robándoles el alma!

Lydia puso mala cara.

—Los nobles normales ya son malos, así que los feéricos no me los quiero ni imaginar. Pero ¿a quién más se lo podemos contar? Estoy casi segura de que la señora Sedgewick nos mandaría azotar como le vayamos con el cuento a lady Culver.

Effie se frotó la cara. El ama de llaves tenía razón en una cosa: estaban todos demasiado cansados para ocuparse de hadas en esos momentos.

—No lo sé —admitió—. George se reiría en mi cara, estoy segura. Ay, es un espanto. Supongo… ¿Supongo que podría escribirle a mi madre? Conoce montones de cuentos de hadas, a lo mejor sabe cómo mantenerlo alejado.

Lydia asintió.

—Sí, pregúntale a tu madre, yo voy a hablar con Cookie también. Una vez me dijo todas las hierbas que hacían falta para un conjuro de amor, a lo mejor conoce alguna planta para lidiar con un hada —Lydia frunció el ceño, preocupada—. Más nos vale que nos pongamos con las tareas, Effie, o no vamos a seguir trabajando aquí mucho más tiempo de todas formas.

Effie se sintió languidecer solo de pensarlo.

—¿Por qué tiene que pasar todo a la vez? —murmuró para sí misma—. No puedo haber hecho nada tan terrible como para merecer esto, ¿no?

—¿Qué dices? —preguntó Lydia en mitad de un bostezo.

Effie se estremeció.

—Eh… nada —suspiró—, estaba tarareando una canción infantil otra vez.

—Haces eso en los momentos más extraños —comentó Lydia.

Subieron las escaleras con pesadez, camino de la puerta verde tapizada, y cogieron las escobas de la que subían.

Pero cuando salieron a la entrada principal de la casa no encontraron ni una sola mota de polvo. De hecho… Estaba todo inmaculado.

—Oh, no —dijo Effie.

—¡Oh, gracias a Dios! —exclamó Lydia.

El vestíbulo tendría que haber estado cubierto de barro y polvo tras las entradas y salidas de todos los invitados, con el mal tiempo imperante y las botas que utilizaban. De hecho, Effie había visto el desastre que reinaba allí al pasar por delante para encender las chimeneas.

Pero en aquel momento la entrada principal parecía tan limpia como si estuviera recién construida. Habían dejado la tarima brillante como una patena… ¡alguien había echado incluso una capa nueva de arena para terminar! A todas las otras superficies del vestíbulo se les había quitado el polvo con esmero, las mechas de las lámparas estaban recortadas y las cortinas sacudidas.

—Esto es un desastre —gimió Effie—. Pero ¿cómo lo ha hecho? ¡No hicimos ningún trato con él! ¡Desde luego, yo no le prometí nada!

Progresivamente, el rostro de Lydia se fue iluminando con una sonrisa.

—¿Qué importa? ¡Está hecho! ¡Toda la suciedad del baile desaparecida por arte de magia! —Entonces corrió hacia el salón de baile y al llegar abrió las puertas de par en par y se echó a reír, encantada—. ¡Mira, Effie! ¡El salón de baile también está limpio! A lo mejor nos da tiempo hasta a echar una siesta, si está todo así.

—¡No me estás escuchando! —Effie observó el interior del salón y se le cayó el alma a los pies. Habían limpiado cada uno de los espejos y los habían guardado. Todo estaba igual que antes de que empezaran a preparar el baile—. Todo esto tendrá un precio. ¿Qué nos hará pagar un hada a cambio?

—No me importa ni un pelo —declaró Lydia—. Me vuelvo a la cama. Creo que me podría quedar dormida hasta de pie.

Effie sabía que debería ir detrás de Lydia, que se alejó bailando con la escoba, pero se encontró inmóvil ante el salón vacío, asediada por una profunda desazón.

Capítulo tres



Tampoco es que tuviera remedio; Effie no podía deshacer lo limpiado igual que no podía dejar de haber conocido al hado que se había presentado ante ella. En lugar de obsesionarse, bajó a la cocina a pedir algo de comida y después, resignada, llevó el vestido lleno de barro a la antecocina para lavarlo.

Por fortuna, solo era un vestido y una camisa, así que bastaba con coger y hervir agua en una tina. Al ser uno de los viejos vestidos de lady Culver, tenía un pequeño encaje en el cuello que Effie tuvo que descoser antes de empezar a frotar con jabón de sosa cáustica. La criada que servía en la cocina, Alice, no paraba de quejarse del olor mientras Effie trabajaba, pero esta sabía que en secreto agradecía la compañía.

Cuando acabó de escurrir toda el agua que pudo del vestido, apareció la señora Sedgewick taconeando por las escaleras de la antecocina.

—¡Effie! —dijo en tono brusco—. Hay visitas. Lady Culver necesita que les sirvas el té a ella y a sus invitados.

Effie parpadeó.

—Eh… —comenzó. Estuvo a punto de aducir que su mejor vestido estaba todavía destrozado, pero tras la regañina de la mañana, se imaginó que aquello solo le conseguiría un nuevo rapapolvo—. ¿Puedo llevarme esto para volver a unirlo?

La señora Sedgewick ya le había dado la espalda para abandonar la antecocina, resultaba evidente que su mañana se había vuelto mucho más atareada.

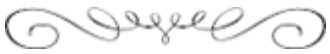
—¡Sí, está bien! Siempre y cuando estés pendiente del té. Y recuerda, a partir de ahora eres «Giselle». Se lo he dicho a lady Culver y ha aprobado el nombre, no debes olvidarlo.

Effie disimuló su crispación.

—Sí, señora Sedgewick —respondió mientras recogía el vestido mojado.

—Se dice «*oui*, señora Sedgewick» —la corrigió el ama de llaves con un acento forzado que no recordaba ni remotamente al francés.

Effie no respondió, no estaba segura de poder decirlo mejor.



Lady Culver había decidido tomar el té en la habitación azul aquella mañana; Hartfield disponía de tres salones matinales, así que siempre había que especificar cuál era el elegido. Effie se detuvo en la cocina a preparar una tetera nueva, que colocó en una bandeja junto al servicio de plata buena que el señor Allen había tenido la amabilidad de preparar.

—Lady Culver ha recibido la visita de su amiga la señorita Buckley —informó el señor Allen a Effie con celeridad cuando ambos salían de la cocina —. Tienen muy buena relación, así que lady Culver querrá que todo salga a pedir de boca.

—¡Le juro que no sé cómo es capaz de estar al tanto de todo, señor Allen! —se maravilló Effie—. Pensaba que se ocuparía más de los asuntos de lord Culver.

—El bienestar de toda la familia es asunto mío, Euphemia —explicó el señor Allen en su tono serio y profesional—. Solo los muy estúpidos en mi posición asumen lo contrario.

«La señora Sedgewick cree que te entrometes en su posición» pensó Effie. Por suerte, el señor Allen ya se iba en la dirección contraria antes de que se le escapara el comentario a causa del cansancio. Effie suspiró y levantó un poco

más la bandeja del té. De camino al piso de arriba se atrevió a echar un vistazo al comedor del servicio… Estaba completamente vacío, no había ni rastro de hada alguna.

Por un momento se preguntó si toda aquella mañana habría sido producto de su imaginación, pero no tuvo tiempo de detenerse a pensarlo demasiado.

Lady Culver se acomodaba en la habitación azul junto a su invitada cuando Effie entró con el té. La joven rubia le resultó familiar, estaba segura de haber visto a la señorita Buckley antes, por lo menos de soslayo; ¿no había asistido al baile de la noche anterior con un vestido azul? Sin embargo, cuando cruzó el umbral abandonó con un sobresalto el análisis subrepticio de la habitación al descubrir que el más joven de los Ashbrooke se había unido momentáneamente a la reunión.

Benedict iba vestido para salir, llevaba una levita de lana verde y pantalones de montar de ante. Su porte transmitía emoción y galantería, de alguna manera el pelo castaño de Benedict siempre parecía revuelto por el viento, aunque Effie estaba segura de que todavía no había abandonado la casa.

—Solo vamos a dar un paseo a caballo —le decía Benedict a lady Culver—, no creo que debas cambiar tus planes por nosotros. Además, ya sabes que a Thomas le gusta montar con mucha ferocidad, me preocupa que alguna de vosotras pueda caerse.

—Qué considerado por tu parte, Benedict —dijo lady Culver. Había una dulzura en su voz que no estaba presente el día anterior—. En ese caso te ahorraremos la preocupación… pero debes prometerme que tomarás el té con nosotras a tu regreso. Solo bailaste una vez con la señorita Buckley anoche, me habría gustado que os conocierais mejor.

Si Benedict sentía la menor sorpresa por la repentina amabilidad de lady Culver, no dejó que se reflejara en su sonrisa.

—Si seguís aquí cuando regresemos, así lo haré, sin duda —prometió—. Pero, por favor, no esperéis demasiado por mi culpa. —Benedict le dedicó un asentimiento a la otra mujer—. Señorita Buckley —dijo a modo de educada despedida.

Entonces se volvió hacia Effie y sus ojos castaños buscaron los de ella. Sonrió con tanta franqueza y simpatía que Effie tuvo que contenerse para no

comprobar si alguno de sus hermanos se encontraba en las escaleras detrás de ella. Aunque, de ser el caso, habría escuchado sus pesados pasos aproximándose.

—Y adiós a ti también —añadió Benedict con gracia—. Señorita... ya es hora de que aprenda su nombre ¿verdad?

Effie se quedó sin aliento y se puso muy colorada.

—Eh —dijo aturullada.

—¡Se llama Francesca! — intervino lady Culver sin dar tiempo a Effie a responder. No cabía duda de que sonaba irritada—. Es francesa, Benedict, no tendrá ni idea de lo que has dicho. Apiádate de ella y déjala tranquila.

Effie abrió la boca, anonadada. Sobre todo, comprendió, por la profunda humillación que le producía todo aquello. Lady Culver sabía de sobra que Benedict había saludado a Effie cuando llegó a casa… los tres eran plenamente conscientes, por tanto, de que no era una criada francesa. Pero lady Culver era la señora de la casa, así que Benedict no podía dejarla de mentirosa, por muy ridícula que fuera toda la situación.

La sonrisa de Benedict se tiñó de vergüenza, y Effie supo que se había colocado de manera que lady Culver no pudiera ver el estupor en su rostro.

—Por supuesto —dijo Benedict—. Tiene ese aire refinado típico de los franceses ¿verdad? —con una inclinación de cabeza, añadió—: *Pardonnez-moi, mademoiselle*.

Tenía mucho mejor acento francés que lady Culver y Effie no se atrevió a responder en ese idioma. Se limitó a asentir en silencio y se hizo a un lado para que pudiera salir al pasillo.

—Date prisa con el té, Francesca —dijo lady Culver molesta.

Effie aceleró el paso, posó la bandeja y preparó la mesa para ellas.

«Estoy bastante segura de que se supone que soy Giselle» pensó Effie. Era evidente que lady Culver se había olvidado del estúpido nombre francés que le habían asignado, así que le había puesto uno nuevo sobre la marcha. «Francesca debe ser el nombre francés menos creativo que he oído nunca». Effie se tragó las palabras junto a su furia y tristeza incipientes. Enfadarse no servía de nada.

Por suerte, lady Culver estaba mucho más atenta a su invitada que a la sirvienta. La dama se olvidó pronto de la presencia de Effie, y se dirigió a la señorita Buckley como si la doncella fuera invisible.

—Ya sé que te prometí arreglar las cosas con Benedict —suspiró lady Culver—, pero ya has visto a lo que me refería. Es ridículo hasta cuando se comporta con formalidad. Si no lo mantuviera a raya, ¡se dedicaría a chismorrear con todas las criadas de la casa!

Effie se retiró hacia una silla pegada a la pared, sacó las piezas de su vestido de la bolsa y se puso a buscar aguja e hilo. Coser el bordado sobre una tela mojada no era lo ideal, pero por lo menos había encerado el hilo, si se aplicaba podría tener el vestido listo para cuando acabaran de tomar el té.

—Vamos, seguro que el señor Benedict no es tan terrible —opinó la señorita Buckley con alegría mientras cogía la taza de té—, solo es su sentido del humor.

—¡No exagero, Mary! —protestó lady Culver—. ¡No había pasado un segundo desde que llegara a casa y lo encontré hablando con otra criada! ¡Antes de saludar a su propio hermano!

Effie se pinchó el pulgar con la aguja. Ahogó el grito subsiguiente, a medio camino entre el dolor y la furia. «¡De verdad que no recuerda quien soy!» pensó. Lady Culver ni tan siquiera se había dado cuenta de que Effie era la misma criada que restregaba la entrada llena de barro hacía tan solo dos días. Y acto seguido —¡qué descaro!—, la dama continuó hablando de ella como si no estuviera sentada ahí mismo, en su rincón, escuchando cada palabra.

«No te enfades», se recordó Effie. Tuvo que apretar los dientes para suprimir la emoción que amenazaba con ahogarla. No podía ponerse a recitar canciones infantiles inglesas delante de la invitada de lady Culver si se suponía que era una doncella francesa… pero al menos tenía la labor en el regazo, así que se concentró en ella con renovado vigor.

—Te creo —dijo la señorita Buckley entre risas—. Pero ¿qué importa eso? ¿No estás llevando las cosas demasiado lejos, Eleanor? Sé que siempre has sido muy estricta en cuanto al decoro, pero a los hombres hay que permitirles ciertas concesiones. Todos son unos brutos en mayor o menor medida.

El tono de voz de lady Culver se oscureció.

—El asunto es bastante serio, Mary —contestó—. Benedict se entretuvo mucho tiempo en Venecia durante su viaje… me imagino que las dos sabemos lo que eso significa —hizo una pausa—. ¿Estás segura de que quieres que arregle las cosas entre los dos? Lo haré, por supuesto, me encantaría tenerte como hermana, pero no puedo evitar preguntarme si no serás desgraciada con ese hombre.

Effie apretó los dientes y se concentró todavía más en el vestido sobre su regazo. Imaginó que su ira se entrelazaba con el hilo: con cada movimiento delicado, se imaginó que la cólera abandonaba su cuerpo y se almacenaba en las puntadas del vestido, donde dejaría de molestarla.

—Bah, ¿por qué debería preocuparme? —preguntó la señorita Buckley—. Al señor Benedict le corresponde una cuantía considerable. Es joven y encantador, y si me caso con él podré verte más a menudo. No puedo concebir que se me presente un partido mejor. Estoy bastante conforme, aunque fuera el mayor granuja del mundo. Tampoco es como si tuviera que enamorarme de él ¿no?

Effie escuchó todo aquello con una sensación de tristeza y hastío. La ira se había disuelto, tras calmarse con la costura, pero, ante su ausencia, se sentía simplemente agotada.

¿Qué terrible accidente de nacimiento la había llevado hasta ese punto? Sentada en un rincón en el salón matinal de otra mujer, cosiendo el vestido heredado de otra mujer, mientras otras personas mejor posicionadas hablaban sobre el hombre que amaba de esa manera tan espantosa y mercenaria.

«¿Y qué voy a hacer yo al respecto? —se preguntó Effie con tristeza—. No puedo hacer nada. Soy una criada. A lo máximo que puedo aspirar es a ser ama de llaves, y eso con suerte. Por lo menos seré capaz de mantener en buenas condiciones mi propio vestido de seda».

Lady Culver y la señorita Buckley se quedaron charlando tanto tiempo que Effie tuvo que rellenar la tetera dos veces más. La conversación discurrió por una plétora de tristes asuntos, desde el aburrimiento que era la vida en el campo hasta la dificultad de encontrar buen servicio. Effie se anestesió a sí misma cosiendo… por lo menos, para cuando terminó la visita había acabado de unir el vestido.

Benedict no volvió a tiempo de despedirse de la señorita Buckley. Effie tuvo la esperanza de que fuera tan inteligente como parecía y hubiera identificado la trampa.

Cuando la invitada se fue, lady Culver regresó al salón matinal para coger un libro de la mesita lateral. Su mirada se posó en la prenda que Effie llevaba en los brazos y frunció el ceño.

—¿Es ese mi viejo vestido? —preguntó lady Culver con astucia.

Effie inspiró despacio.

—Sí, lady Culver —respondió cautelosa—. Me lo dio en Navidad.

Lady Culver entrecerró los ojos.

—El bordado es nuevo. Las hojas y las flores. ¿Lo añadiste tú?

Effie se mordió el labio.

—Sí, lady Culver. Me gusta bordar.

—No me parece apropiado —contestó lady Culver—, has mejorado demasiado el vestido. La gente podría confundirte con una dama. —Sujetó el libro entre los brazos y se dio la vuelta—. Devuélvele el vestido a la señora Sedgewick, tendrá que encontrarte algo menos llamativo en sustitución.

Antes de que la joven pudiera pensar en una respuesta, la señora de la casa había desaparecido.

Effie se quedó con la mirada clavada en la puerta sin pronunciar palabra.

Por una vez, su ira le falló. En su lugar encontró un agujero frío y hueco en el pecho.

«No puedo hacer nada» pensó de nuevo.

Pero… no.

Había algo que podía hacer ¿no?

Aquella misma mañana, un noble feérico le había recordado que estaba deseando ayudar a los indefensos. Oh… Effie se sentía muy indefensa en aquel momento.

—Es una idea espantosa —susurró la criada para sí misma—. Mamá se horrorizaría.

Pero la madre de Effie también le había dicho que las hadas solo traían peligros y problemas y, hasta el momento, lord Negraespina no le había

causado ningún problema ¿no? Lo peor que había hecho había sido limpiar varias estancias. Y sí que parecía interesado de verdad en ayudarla.

Effie miró el vestido que tenía en los brazos. Le daba vergüenza la cantidad de dinero que se había gastado en el hilo de seda con el que lo había adornado, y las hojas y las flores le habían llevado meses de trabajo en sus ratos libres. Es lo único bonito que poseo, comprendió. Pero, por el hecho de ser quien era (por el hecho de estar tan desamparada), lady Culver había decidido arrebatárselo en un instante.

«No es justo —pensó Effie de repente—. Nada de esto lo es. ¿De verdad me lo merezco por nacer en un pueblo en vez de en una mansión?»

—¡Juniper Jubilee! —el nombre salió dando tumbos de sus labios, en un susurro asustado—. ¡Juniper Jubilee! ¡Juniper Jubilee! Espero… ¿espero que siga aquí? Me gustaría hablar con usted si es posible…

El aroma de las rosas invadió el salón matinal. Era más dulce y más salvaje que el de los ramos que a veces tenía que entregar en verano. Era el olor intenso de una gran rosaleda, espinas incluidas. Effie se percató atemorizada de que había un hombre alto a su lado.

—¡Señorita Euphemia! —la saludó lord Negraespina con ese mismo tono de regocijo siempre presente en su voz—. ¡Qué placer que me llame! Oh… ¿espero que el pago haya sido suficiente? Debo admitir que no estaba seguro de cómo igualar el valor de dos desayunos. Ya supongo que la comida no costó mucho dinero, pero con lo hambrientas que estaban las dos, sus desayunos debían ser muy preciados.

Effie se dio la vuelta y observó al elfo con expresión confundida. Sonreía, como siempre, pero esa vez había una pizca de vergüenza en la sonrisa.

—No lo entiendo —dijo Effie despacio—. ¿Se refiere a la entrada y al salón de baile? Pero si nunca le pedí que limpiara nada por mí.

Lord Negraespina suspiró.

—Ah, los mortales —dijo en tono cariñoso—. De verdad que no tienen la menor idea de cómo se hacen las cosas ¿eh? Me dio un regalo, señorita Euphemia, pero yo no puedo aceptar algo sin nada a cambio. Por tanto, me veo obligado a ponerle remedio a esa falta —su sonrisa se volvió distante al continuar—. Ningún mortal me había hecho un regalo antes. Qué idea tan

encantadora, la de entregar algo sin esperar nada a cambio. Me encantaría probarlo, pero por desgracia no me es posible.

A Effie se le ablandó el corazón al escucharlo, aunque sabía que no debería permitirlo.

—Bueno, eh. Como ha dicho, milord… No esperaba nada a cambio. De veras que no tendría que haberse tomado tantas molestias.

En contra de su buen juicio, Effie empezaba a preguntarse si de verdad serían todos los nobles feéricos tan terribles. Debía existir al menos una historia sobre ellos que no acabase tan mal. Y si no existía, bueno, ¿a lo mejor la suya era la primera?

—Pero es que sí que debo tomarme la molestia —la tranquilizó lord Negraespina—. Comprendo que es su alma noble y abnegada lo que la empuja a negarse a aceptar mi ayuda, señorita Euphemia, pero es mi deber devolver sus regalos por triplicado. Por supuesto, otras hadas interpretarían ese deber de forma maliciosa… ¡pero yo me he propuesto alcanzar la virtud inglesa y nunca haría tal cosa!

Effie dudó al escucharlo, y se giró para verle de frente.

—¿Quiere decir que, eh… le gustaría ser más virtuoso? —aventuró—. ¿Intenta convertirse en una mejor persona ayudando a otros?

Lord Negraespina la miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Sí, exacto! ¿No le parece una idea entretenida, convertirse en algo que no era antes? ¡Menudo reto! ¡Estoy disfrutando de cada minuto!

Effie respondió con una sonrisa nerviosa. Aquel sentimiento explicado de forma tan peculiar no le infundía muchos ánimos. Pero al pensar en cómo sería su vida de otra manera, arrastrarse al piso de abajo a entregarle el vestido a la señora Sedgewick y practicar el espantoso francés entre bailes y bailes sin final, supo con una certeza terrible que no sería capaz de soportarlo. Cualquier cosa, pensó, será mejor que eso.

—Si decidiera pedirle ayuda —preguntó Effie precavida— ¿qué implicaría esta? Digamos que quisiera casarme con el señor Benedict. Eso tendría que costarme algo ¿verdad?

El semblante de lord Negraespina se iluminó con un mayor deleite si cabe. De hecho, pensó Effie, se le podría describir como alguien lleno de… bueno,

¡de júbilo!

—¡Oh, qué emocionante! —susurró—. ¿Significa eso que me está pidiendo ayuda? ¡Eso es maravilloso! ¡No se arrepentirá, señorita Euphemia, se lo aseguro!

«Ya casi me estoy arrepintiendo —pensó Effie con cansancio—. Pero supongo que eso tampoco debería decirlo en voz alta».

—¿Cuál sería el precio, milord? —le recordó aún recelosa.

—Sí, sí —respondió lord Negraespina con ademán distraído—. Supongo que no debemos dejarnos llevar. Pero estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo razonable. —Había empezado a recorrer la habitación de arriba abajo con aire pensativo, acariciándose el mentón—. No puedo chasquear los dedos para que se case con usted, por supuesto… debe ser él quien se lo pida. Pero estoy seguro de que está dentro de mis habilidades motivar a un estúpido mortal a enamorarse. —El hado se detuvo y asintió para sí mismo—. Le brindaré toda la ayuda que esté en mi poder, señorita Euphemia. Puede estar segura de que haré todo lo que esté en mi mano para que suceda. ¡Pero sigue habiendo un problema! Supongo que tendrá poco que ofrecerme de un valor similar… —Se irguió de improviso y sus ojos verdes relampaguearon por la inspiración—. ¡Lo tengo! Lo convertiremos en una apuesta. Una apuesta que usted ganará seguro, por supuesto.

Effie frunció el ceño.

—¿Y qué es lo que debo apostar yo exactamente? —preguntó con recelo.

—Oh, eso apenas importa —dijo lord Negraespina con un además de desprecio—. Después de todo ¡yo mismo la ayudaré a ganar! ¿No le parece muy astuto? ¡Si es casi como un regalo!

Algo en aquella frase puso a Effie en alerta… pero había llegado ya demasiado lejos para echarse atrás.

—Pero sigo necesitando saber qué es exactamente lo que me voy a jugar —insistió con suavidad.

Lord Negraespina asintió, distraído.

—Bien… Pongamos que usted tendrá ciento un días para casarse con el hombre que ama —propuso—. Nos aseguraremos de que ocurra, por supuesto. Pero, si algo se torciera, y permítame que le asegure, señorita

Euphemia, que eso sería prácticamente imposible... simplemente tendrá que volver conmigo al Mundo de las Hadas y servirme como criada durante el resto de sus días.

Se echó a reír al decirlo, como si se le hubiera ocurrido una broma.

Effie tragó saliva.

—¿Y esa es una apuesta justa? Parece un poco… asimétrica.

Lord Negraespina frunció el ceño.

—Pero es correcta ¿no? —recapituló—. Usted me pide convertirse en algo que no es. Si falla, entonces de alguna manera debo convertirla en lo que es todavía en mayor medida ¿no le parece?

Effie respiró profundamente y se cuadró de hombros.

—Preferiría servir a un hada que a lady Culver. Así que… ¿ese es el trato? ¿Me ayudará a casarme con el señor Benedict, y si no lo consigo me iré al Mundo de las Hadas con usted?

—Bueno, no del todo —admitió lord Negraespina con expresión avergonzada—. Tendré que ocuparme de muchísimas cosas. No será fácil convertirla en una dama, señorita Euphemia… tendré que tomar prestada la pronunciación de alguien para usted, encontrarle vestidos, y… necesitamos conseguir que aprenda a bailar un poco mejor, no puede andar cayéndose en el barro de nuevo. —Sus brillantes ojos verdes se posaron en el vestido que Effie sujetaba entre los brazos y sonrió para sí mismo—. Pero ya sé lo que puedo pedirle a cambio. Por cada minuto en que sea una dama, deberá añadir una puntada a mi chaqueta. Estoy convencido de que podrá bordar algo extraordinario en ella si se lo propone.

Effie parpadeó.

—¿Quiere que le borde la chaqueta? —preguntó, dudando de si lo había oído bien. Le parecía una idea mucho más anodina comparada con la amenaza de verse arrastrada al Mundo de las Hadas por el resto de sus días.

—¡Desesperadamente! —le aseguró lord Negraespina—. ¡El trabajo que ha hecho en ese vestido es extraordinario! Nunca he visto cosa igual, señorita Euphemia. Nunca le tuve demasiado aprecio a la cantidad imposible de chaquetas de lord Vallebaldío, pero una chaqueta con un bordado así me

convertiría en la envidia de todas las hadas. ¿Cree que es posible ser virtuoso y vestir a la moda al mismo tiempo?

Effie respondió con una sonrisa nerviosa. No pudo evitar sentirse un poquito orgullosa ante el cumplido.

—Si eso es todo —dijo—, acepto el trato, milord.

Effie suponía que no tendría que ser una dama más que unas pocas horas de vez en cuando, no había bailes todo el tiempo, y tampoco podía pasarse cada día intentando captar la atención de Benedict. Ciento un días, con unas cien puntadas por noche… no serían más de diez mil puntadas, teniéndolo todo en cuenta.

Lord Negraespina le sonrió.

—Pero usted me ha entregado su nombre, señorita Euphemia. Lo justo es que usted use el mío también… y especialmente ahora que hemos hecho un trato. Debe llamarme Jubilee por lo menos.

Effie se encogió ante la idea.

—A lo mejor podemos encontrarnos a medio camino —ofreció—, ya que quizá me encuentre limpiando los suelos de su hogar algún día. Podría llamarle señor Jubilee.

Lord Negraespina se echó a reír, no porque la idea le pareciera graciosa, pensó Effie, sino porque estaba feliz de haber conseguido hacer un trato.

—Si es necesario —dijo, y alargó el brazo para coger a Effie de la mano con una reverencia exagerada. Le rozó la mano con los labios y la joven se estremeció; con aquel gesto, un garfio extraño e incómodo se le había clavado en el alma.

—Y ahora, entre los dos ¡la convertiremos en la dama más deseada de toda Inglaterra! —declaró lord Negraespina, y se enderezó con una gran sonrisa—. Si fuera tan amable de disculparme durante un tiempo, señorita Euphemia… Debo ausentarme para tomar prestadas algunas cosas.

Capítulo cuatro



Durante el resto del día, Effie no volvió a ver a lord Negraespina.

Con el paso de las horas, se fue sintiendo cada vez menos segura de haber hecho lo correcto al cerrar aquel trato. ¿Ciento un días? Le había parecido mucho más tiempo cuando lord Negraespina lo había dicho en voz alta. Pero, en realidad, Effie tendría tres meses escasos para conseguir que el señor Benedict Ashbrooke se enamorara de ella y le propusiera matrimonio.

¿Le había tendido una trampa el elfo para que aceptara un trato imposible? ¡Había parecido tan honesto! «Haré todo lo que pueda para que suceda» había dicho. Effie había creído de verdad en su sinceridad. Pero entonces ¿por qué había desaparecido durante un día entero?

Effie tenía intención de confesarle sus penas a Lydia aquella noche en su habitación, pero la encontró profundamente dormida y, en cuanto su cabeza rozó la almohada, ella misma se durmió también. Cuando despertó a la mañana siguiente («¡Las chimeneas!» siseó Lydia de nuevo) de inmediato estuvieron tan ocupadas que no consiguió decirle ni media palabra.

Por lo menos ese día consiguió tomar varias comidas decentes; aunque se descubrió a sí misma con la mirada fija una y otra vez en la puerta del comedor del servicio, preocupada por si veía la alta figura de lord Negraespina acechando desde allí. El hecho de que el elfo no apareciese durante otro día completo la puso todavía más nerviosa.

Aquella noche se sintió incluso más frustrada al llegar a su habitación y encontrarse a Lydia encaramada en una de las mesitas, colgando muérdago encima de la puerta.

—¿Qué haces? —preguntó Effie perpleja.

Lydia soltó un gritito de sorpresa y estuvo a punto de caer rodando, pero de alguna manera consiguió bajar de la mesita sin torcerse un tobillo.

—Hoy estuve hablando con Cookie —explicó sin aliento—. Me dijo que el muérdago ahuyenta a las hadas, así que salí a buscar un poco.

Effie dio un respingo ante aquel recordatorio.

—Ay, Lydia —suspiró— he hecho algo tremendamente estúpido.

Tras aquello, Effie no tuvo más remedio que explicar lo ocurrido. Para su sorpresa, Lydia se mostró más indignada por la orden de lady Culver sobre el vestido que por el trato que Effie había hecho con lord Negraespina.

—¡Pues claro que pediste la ayuda de quien fuera después de semejante situación! —dijo Lydia acalorada—. ¡Qué mujer tan horrenda! Tiene peores modales que la fregona… ¡Y lo peor es que nadie se da cuenta porque habla fino! ¿te imaginas que cualquiera de nosotras hiciera un regalo y luego se lo arrebatáramos a quien lo recibió? ¡ya estoy escuchando la monserga que nos caería sobre los valores cristianos!

—Estoy disgustada por lo del vestido, por supuesto —dijo Effie con cierta desesperación—. Pero Lydia ¡es que he hecho un trato con un elfo!

Lydia se cruzó de brazos, incómoda.

—Bueno… Respecto a eso, supongo que a lo hecho, pecho —admitió—. A lo mejor si ponemos más muérdago no viene a por ti ¿no? Si no puede entrar para hacer su parte, supongo que el trato ya no sirve ¿no crees?

Effie estaba valorando la sensatez de aquel enfoque en particular cuando escuchó unos educados golpecitos en la puerta. Abrió una rendija… Y se le cayó el alma a los pies. Lord Negraespina esperaba al otro lado con un paquete envuelto en papel en los brazos.

—¡Tengo ideas de todo tipo! —la informó el hado con alegría, como si no hubiera habido ninguna pausa entre su conversación de la mañana anterior y la actual—. Espero que disculpe mi tardanza… He estado fuera proveyéndome de todo lo que necesitamos, y resultó llevarme más tiempo de lo que esperaba.

Lord Negraespina entró con total confianza en la habitación, como si el muérdago no le supusiera ningún impedimento.

Effie se cubrió la boca con la mano.

—Hum, mis disculpas, señor Jubilee, pero hay muérdago sobre la puerta. ¿Es eso un problema para usted?

Lord Negraespina levantó la vista con expresión desconcertada.

—¡Ya lo veo! Aprecio su preocupación, señorita Euphemia, pero no… el muérdago solo es protector en el caso de los niños y aquí no hay ninguno. Si estuviera intentando robar un niño inglés, en cambio ¡ahí sí que estaría en problemas!

Effie miró de reojo a Lydia, preocupada, pero el rostro de su amiga volvía a tener la misma expresión distante e indiferente del otro día, se había acomodado en la cama y parecía que valoraba si echarse a dormir.

—La familia asistirá a un baile esta noche —le dijo lord Negraespina a Effie como si Lydia no estuviera presente—. Me lo ha dicho el propio lord Culver cuando venía a buscarla. ¿No es de lo más oportuno? Tenemos que asegurarnos de que esté lista para él.

—Por supuesto que la familia asistirá a un baile —respondió Effie débilmente—, por eso no tenemos que preparar la cena… un momento ¿ha hablado con lord Culver? ¿no le extrañó que un desconocido se paseara por su casa?

Lord Negraespina dejó escapar una risita.

—Los humanos reaccionan de las formas más estrambóticas si me ven tal cual soy —admitió—, pero acostumbro a llevar un pequeño artificio mágico para resultarles de lo más vulgar. Lo hace todo más sencillo ¿no cree?

Effie echó otro vistazo a Lydia, que en ese momento ahuecaba la almohada y canturreaba para sí misma.

—Pero a mí no parece afectarme —observó—. ¿Cómo funciona?

—Oh, a usted nunca le ha afectado —dijo lord Negraespina—. Eso me desconcertó mucho al principio, pero me parece que debe estar relacionado con su maravillosa costura. ¿Le molesta? ¿Debería anular el sortilegio? ¡Tendría que habérseme ocurrido preguntar!

Effie quería saber qué diantres tenía que ver su costura con los sortilegios, pero al volver a mirar a Lydia decidió que era mucho más importante responder la pregunta del elfo.

—Apreciaría mucho que lo hiciera, señor Jubilee —dijo con cautela—, me resulta muy extraño que la pobre Lydia se comporte como si usted no estuviera presente.

—Como desee, señorita Euphemia.

Lord Negraespina chasqueó los dedos y la rosa en su garganta se cerró solo un poco.

Lydia gritó y saltó de la cama, observando al hado con los ojos abiertos de par en par, como si nunca lo hubiera visto antes.

—¡Silencio! —la apremió Effie—. ¡Habla bajo, o la señora Sedgewick nos mandará a la antecocina!

Lydia se cubrió la boca con la mano, pero su mirada no abandonaba al elfo y su semblante reflejaba puro terror.

Lord Negraespina le ofreció el paquete envuelto en papel a Effie, que lo aceptó con muda resignación. Era mucho más pesado de lo que esperaba, y le fallaron las piernas al recibirlo. Lo posó rápidamente en la cama, muy sorprendida.

—¿Qué diantres es esto? —preguntó.

—¡Es su vestido! —declaró lord Negraespina. Su tono de voz era una mezcla de orgullo y azoramiento—. Espero que sea adecuado. Ya sé que usted podría coser algo mucho más magnífico, pero nuestro tiempo es limitado.

Effie deshizo el nudo y apartó el papel con curiosidad. Solo asomaba el borde de la tela, pero la dejó boquiabierta: la prenda que contenía era de color crema, en un tono que recordaba al pergamino, y estaba bordada con hilo negro como la tinta y dorado muy brillante.

—¿Es una broma? —farfulló—. ¡Yo nunca podría coser algo así!

—Ya me preocupaba que ese fuera el caso —suspiró pesadamente lord Negraespina—. ¡Ningún problema! ¡Volveré de inmediato y les pediré a los brownies que lo repitan! Quizá sean más hábiles con otro material…

—¡No, no! —se apresuró a corregirlo Effie—. ¡Por favor, es precioso! ¡Lo que quise decir es que yo nunca podría coser algo tan bonito!

Lord Negraespina se echó a reír, aliviado.

—¿En serio? ¡Qué tontería! Me sigue sorprendiendo su humildad, señorita Euphemia. Ya debería haberme acostumbrado. Pero no se preocupe, este vestido será solo temporal, hasta que pueda conseguir uno mejor.

Lydia se acercó con mucha cautela al paquete, todavía con la vista fija en lord Negraespina. Cuando vio el vestido no pudo contener un grito de asombro.

—¡Oh, que maravilla! ¿Qué tela es esa? ¡No la había visto nunca!

Lord Negraespina agitó una mano, como restándole importancia.

—No es más que dignidad. Hay materiales mejores, por supuesto, pero era lo que tenían a mano los brownies. Estuvieron encantados de deshacerse de él, a ellos les parece bastante inútil para todo el trabajo que da.

—Eh —dijo Effie insegura—. Pero es muy bonito ¿no?

—Supongo que sí —concedió lord Negraespina con una risita—. Servirá para nuestro propósito, al menos por esta noche.

En ese momento observó la habitación como si buscara algo a su alrededor. Al principio Effie se avergonzó del aspecto triste y claustrofóbico del dormitorio que compartía con Lydia, pero al hado los muebles no parecían importarle, se limitó a sacudir la cabeza y se sacó un pequeño vial de cristal de la chaqueta.

—Iba a sugerirle que se lo tomara con un poco de té —le explicó a Effie al entregárselo—, pero no tenemos tiempo. Me temo que no sé qué tal sabrá.

Effie observó el vial con agitación. Contenía un líquido centelleante que emanaba una luz dorada.

—Mis disculpas, señor Jubilee. ¿Qué se supone que voy a beber?

—¡Eso —dijo lord Negraespina exultante— son cien días de pronunciación distinguida! Por desgracia el acento no es local, pero pienso que será más que suficiente.

Effie dudó y miró a Lydia de reojo, que sacudió la cabeza de forma casi imperceptible. Pero, en realidad ¿qué podía hacer más que beber aquel extraño líquido? Lord Negraespina parecía muy orgulloso de su hallazgo y Effie estaba segura de que no podría ganar la estrafalaria apuesta si no hablaba como una dama.

«Es demasiado tarde para andarse con remilgos» pensó con un suspiro. Le quitó el tapón al vial y se lo bebió de un trago.

El líquido dorado en realidad no era un líquido… fue como tragar luz. Sintió cosquillas en la garganta y tosió varias veces para despejarla.

—Qué sensación tan extraordinaria… ¡Vaya! —Effie se cubrió la boca con la mano del susto. La voz seguía siendo la suya, pero las palabras y el acento de repente recordaban mucho más a algo que diría lady Culver.

Lydia la observó sorprendida.

—¡Suenas como una ricachona, Effie! —dijo con un gritito complacido—. ¡Rápido, di algo más!

Effie se quedó en blanco, no se le ocurría qué decir. Al final se decidió por una canción infantil:

El patio de mi casa es particular,
Cuando llueve se moja,
Como los demás.
Agáchate y vuélvete a agachar,
Que los agachaditos no saben bailar.
H, i, j, k, m, n, a,

Pronunció cada frase a la perfección, las vocales sonaron con claridad y la cadencia era muy elegante. A Effie le dio un ataque de risa que le impidió continuar… e incluso la risa era agradable comparada con sus estridentes carcajadas y resoplidos habituales.

—¡Sueno como una ricachona! —rio Effie con su nuevo y perfecto acento —. ¿Lo habéis oído?

—¡Excelente! —dijo lord Negraespina—. Todo parece en su lugar. Ahora, si se pusiera el vestido, señorita Euphemia, podemos asistir a la fiesta antes de que se haga tarde.

Lord Negraespina salió de la estancia mientras Effie desenvolvía la prenda. El vestido era tan pesado que necesitó la ayuda de Lydia para colocárselo por la cabeza… pero una vez lo tuvo puesto le resultó más fácil caminar con él.

Aunque incluía zapatillas de baile, eran también muy pesadas y Effie tenía que poner mucho cuidado en cada paso para mantener el equilibrio.

—Pareces una auténtica princesa —suspiró Lydia—. Solo… el pelo, Effie, tenemos que hacer algo con él.

Effie se tocó la melena, avergonzada. Ya se había cepillado, pero seguía un poco enredado y sobresalían mechones desiguales. Era imposible que pudieran hacerle un moño decente a tiempo para asistir al baile.

—¿Puedes recogerlo con un lazo, Lydia? —preguntó Effie con timidez—. Es que yo no me veo.

Lydia lo hizo lo mejor que pudo… pero, ya en cuanto salió del cuarto, Effie supo que no sería suficiente. Tenía las manos llenas de callos a causa de su trabajo, y los guantes que se puso para cubrirlas estaban deshilachados.

A pesar de todo, a lord Negraespina se le iluminó el semblante al verla como si fuera una pieza de arte.

—¡Perfecta! —cacareó—. ¡Encandilará al hijo del barón sin la menor duda, señorita Euphemia!

Le ofreció el brazo y Effie lo aceptó con bastante incomodidad. Aunque el aroma a rosas que lo envolvía tendría que haber sido abrumador tan de cerca, lo encontró muy agradable.

—Usted… ¿usted será mi acompañante, señor Jubilee? —preguntó Effie preocupada. La sobresaltó de nuevo su pronunciación perfecta, pero se recuperó rápido—. No es así como se hacen las cosas, la mayoría de las damas acuden a los bailes con una carabina adecuada.

La sonrisa de lord Negraespina perdió un poco de brillo.

—¡Por supuesto! —suspiró—. ¡Qué tonto he sido! Es demasiado tarde para pedirle a lady Sotoduelo que nos acompañe. Lo siento mucho, señorita Euphemia, este primer intento está siendo un desastre… pero nos las arreglaremos, como he dicho, la próxima vez lo haré mucho mejor ¡eso se lo aseguro!

Lord Negraespina se giró hacia el dormitorio, desde donde Lydia los observaba con una fascinación horrorizada.

—La señorita Euphemia necesita una carabina adecuada —dijo el elfo con gravedad— y yo le quedaría muy agradecido si pudiera desempeñar esa

función, señorita.

Lydia abrió mucho los ojos.

—¿Yo? —croó—. Pero si yo… yo no… no puedo.

Lord Negraespina sacudió la cabeza, pensativo; apenas parecía escuchar las protestas de Lydia.

—No podemos hacer nada con su vestido. ¡Menudo patán estoy hecho! Pero podría proporcionarles sendos artificios a ambas. No mejoraría su pronunciación, pero suavizaría las aristas de todo. Tendrá que limitarse a ser una carabina silenciosa.

Lydia caminó hacia atrás, en busca del refugio del inservible muérdago que había colgado en la puerta.

—De verdad que no puedo, señor —rogó—. No soy más que una criada.

—¡Por supuesto que puede! —exclamó lord Negraespina—. ¡Pero si precisamente le he pedido ayuda porque es una criada! Todas las criadas que he conocido han resultado ser los mejores ejemplos de virtud inglesa, lo considero la mejor recomendación. —Le ofreció la otra mano a Lydia con una sonrisa alentadora—. Espero que me salve de mi estúpido error, señorita. Le deberé un favor por las molestias, por supuesto, y se lo devolveré encantado en pago por su amabilidad.

Lydia apretó los labios al escucharlo. La duda brillaba en su mirada, aunque Effie sospechaba que le tentaba más la sinceridad que percibía en la voz de lord Negraespina que ninguna otra cosa.

Effie sacudió la cabeza en su dirección. «Este entuerto es cosa mía —pensó —. Ya es bastante malo que haya hecho un trato con un hada sin falta de arrastrar a Lydia conmigo».

—Lydia y yo estamos muy cansadas —dijo Effie—, y mañana nos esperan las chimeneas. Aprecio sus esfuerzos, señor Jubilee, pero quizá pueda ir a otro baile posterior…

—Pero el trato es por un tiempo limitado —la interrumpió Lydia—, ¿no es eso lo que me dijiste, Effie? —hablaba en voz baja e intranquila—. Creo que debo ir. Puedo hacer de tu carabina si solo es por esta noche.

Effie dio un respingo.

—No creo que sea buena idea… —empezó.

—¡Qué bondadoso por su parte, en verdad! —interrumpió lord Negraespina—. Me siento feliz de haberlas conocido, es evidente que aprenderé muchísimo sobre la virtud inglesa de ustedes.

Effie sintió que algo se le enredaba en la muñeca y dio un salto ahogando un grito de asombro. Cuando miró hacia abajo, descubrió un tallo de rosa en su muñeca similar al de lord Negraespina. Las espinas le arañaban la piel mientras el tallo crecía enredándosele en el brazo hasta abrazarle el cuello; pero la rosa amarilla que floreció en su garganta emitía el mismo aroma silvestre y refrescante que la de él, y se descubrió aspirando profundamente su perfume.

Lydia chilló de nuevo y Effie supo que ella también había recibido una flor similar.

—¡Listo! —dijo el hado en tono satisfecho—. Es lo mejor que podremos conseguir por hoy. Recuerde no hablar durante toda la noche, señorita, o la gente notará que su acento no es el adecuado para una carabina.

Lord Negraespina las condujo por los pasillos del servicio como si no hubiera nada raro en su partida. Se encontraron con la señora Sedgewick, que deambulaba meditabunda por los pasillos en su vestido de seda; Effie se asustó al verla, pero el ama de llaves se limitó a parpadear y asentir de forma distraída, y la adelantaron sin ningún incidente.

Por mucho que se le hubieran olvidado otras cosas, lord Negraespina se había acordado de conseguir un carruaje. El que las esperaba fuera estaba hecho de rosales entrelazados muy apretados, por todos los ángulos asomaban rosas. Tenía un aspecto un poco intimidante con todas esas temibles espinas, pero el elfo las ayudó a subirse como un caballero y Effie pronto comprobó que el interior resultaba muy cómodo. Los cojines eran de terciopelo, como la chaqueta de lord Negraespina, y la conducción fue muy fluida, aunque Effie prefirió no pensar demasiado en el hecho de que el carruaje se movía sin ayuda de caballos.

—Bien, con respecto a nuestra estrategia —dijo lord Negraespina en cuanto las dos se hubieron acomodado—. No me cabe duda de que captaría la atención del señor Benedict por sí misma, señorita Euphemia, ¡pero vamos a

asegurarnos de ello! Podría deshacerme de todas las demás damas del baile para que usted sea la única que queda…

Effie abrió los ojos, alarmada.

—¡No! —exclamó—. No, no… eso no será necesario. Preferiría que no le hiciera nada a las otras damas, señor Jubilee.

Effie no necesitaba preguntarle al hado cómo pretendía deshacerse de un salón entero lleno de mujeres… sospechaba que no le gustaría la respuesta.

—Comprendo —suspiró el elfo con expresión pensativa—. Preferiría jugar limpio. Me gustaría que fuera menos noble, señorita Euphemia, pero respetaré sus deseos a pesar de todo. Hágame saber si cambia de opinión… También debo practicar a ser cruel con los poderosos, todavía no he tenido ocasión de ocuparme de ese asunto.

—¿Cruel con los poderosos? —preguntó Lydia—. ¿A qué se refiere?

La otra sirvienta había estado sentada muy callada en un rincón del carruaje, precavida, pero no pudo evitar mostrar su interés en la conversación actual.

—Estoy intentando volverme más virtuoso —le explicó el hado con una sonrisa— y me han explicado que eso implica dos partes. Creo que estoy haciendo un trabajo pasable en lo que se refiere a ser bondadoso con los desamparados, pero todavía no he pensado en cómo puedo ser cruel con los poderosos.

—Uy, yo tengo ideas infinitas sobre eso —resopló Lydia—, solo tiene que preguntar.

Effie sacudió la cabeza con energía mirándola, pero lord Negraespina se enderezó para escucharla con interés.

—¡Vaya! Pues sí que le preguntaré. ¿Qué haría usted para ser cruel con los poderosos, señorita?

La mirada de Lydia se posó en Effie en ese momento, que tenía el rostro descompuesto.

—Yo… lo pensaré un poco más —objetó rápidamente su amiga—. Debo asegurarme de darle las ideas adecuadas. Ahora debemos centrarnos en Effie.

Lord Negraespina asintió muy serio.

—Sí, eso es —asintió—. ¡Asegurémonos antes de que la señorita Euphemia se encuentre felizmente casada!

El carruaje se detuvo y lord Negraespina se bajó primero para ayudarlas a salir.

Se habían detenido ante una entrada empedrada enfrente de una mansión muy extensa con multitud de ventanas. Los rodeaba un jardín llano con el césped perfectamente cortado en el que destacaba una única fuente impresionante; en la oscuridad, Effie apenas distinguía tres angelicales querubines, cada estatua sostenía una jofaina en los brazos. A cada lado de la mansión se dibujaba un paisaje bucólico, hábilmente diseñado para parecer silvestre sin serlo.

Effie nunca había estado en aquella casa, pero la reconoció de inmediato.

—¡Pero si estamos en Bosquepinzón! —se sorprendió—. He oído que hay que frotar los ángeles de la fuente todas las mañanas para que no se queden de un color verde horrible.

Lydia asintió con perspicacia.

—Nuestra Cookie solía trabajar aquí —comentó—. Me contó que lord Panovar devuelve la cena todas las noches diciendo que no está lo bastante picante. Los cocineros siempre renuncian a los pocos meses.

Effie entornó los ojos mirando hacia la puerta, que estaba abierta.

—¿No fue el hijo de lord Panovar el que empujó a su niñera al estanque? —se preguntó en voz alta.

Lydia negó con la cabeza.

—No, no, ese fue el hijo de lord Gelborn. Me acuerdo de lo mal que le pareció a la señora Sedgewick. Me dijo: «nunca trabajes en una casa con niños maleducados, Lydia. Me he arrepentido cada vez que lo he hecho».

Lord Negraespina seguía reteniendo la mano de Effie y observaba pensativo la conversación.

—¿Es esto lo que los ingleses llaman chismorreos? —preguntó—. Creía que se consideraba de mala educación, pero ya me he equivocado otras veces.

—Oh —dijo Effie muerta de vergüenza—. Creo que tiene razón. Qué mal me he comportado.

—Si no habláramos sobre nuestros empleadores, no sabríamos en dónde nos íbamos a meter al aceptar un trabajo —dijo Lydia poniendo los ojos en blanco—. Además, los nobles hablan de nosotros todo lo que quieren. Supongo que consideran que en su caso es diferente, ya que siempre lo hacen mientras toman un té con pastas.

Effie recordó la forma en que lady Culver se había quejado a la señorita Buckley sobre lo difícil que era encontrar buen servicio. La conversación había incluido varias historias muy detalladas sobre lacayos demasiado presumidos y criadas insolentes. «Supongo que eso también era chismorreo».

—Comprendo. Sí que parece práctico —asintió lord Negraespina con seriedad.

Lydia le echó al elfo una mirada calculadora.

—Me pregunto qué dirán sus sirvientes de usted —caviló.

Lord Negraespina parpadeó.

—A mí también me gustaría saberlo —admitió—, pero nunca he tenido sirvientes.

Aquella declaración les resultó tan extravagante que Effie y Lydia estuvieron a punto de frenar en seco, pero el lacayo de la puerta les interrumpió en ese momento.

—¿Su invitación, milord? —dijo dirigiéndose a lord Negraespina.

—Lo cierto es que no necesito ninguna —respondió el hado con una sonrisa tranquila.

El lacayo asintió, dándole la razón como si aquello fuera evidente.

—Por supuesto —respondió.

Los acompañó al vestíbulo y de repente Effie se sintió en mitad de un sueño.

Casi todos los invitados se habían ido hacía tiempo al salón de baile, pero había unos pocos todavía entretenidos cerca de la puerta, con sus preciosos vestidos y elegantes trajes, la ropa recién planchada y los peinados perfectos. Algunos interrumpieron sus conversaciones para sonreírles de la que pasaban; una dama miró a Effie directamente a los ojos y la joven sintió que un extraño escalofrío le recorría la espalda.

«Ya no soy invisible —comprendió—. Nadie evita mirarme».

Resulto mucho más impactante de lo que debería haber sido… sentirse visible estuvo a punto de abrumarla. En sus fantasías, se había mezclado sin esfuerzo con la nobleza, sonriendo y riendo con ellos; pero en la realidad se descubrió aferrándose al brazo de lord Negraespina con una mezcla de pánico y placer.

—Alguien tendrá que barrer la entrada otra vez —suspiró Lydia por lo bajo.

Effie bajó la vista. Seguramente habían barrido y pulido la entrada hacía solo unas pocas horas, pero tantas pisadas después se veía sucia y desgastada.

Aquello agravó la confusión onírica de Effie.

Lord Negraespina charlaba con el lacayo que se encontraba justo a su lado, y que los había presentado a otro hombre de escaso pelo gris y gesto serio.

—Buenas noches, señorita Reeves —dijo el hombre, y Effie tardó un momento en comprender que alguien la había presentado ya—. Aquí tiene su carné de baile. Por favor, disfrute de la velada.

El sirviente se volvió hacia el salón de baile —lleno a rebosar de velas deslumbrantes, música encantadora y personas coloridas— y anunció la llegada de su grupo con un vozarrón resonante.

—¡Su señoría, el vizconde de Negraespina y su acompañante, la señorita Euphemia Reeves!

Una marea de ojos se posó en ellos, y Effie necesitó emplear todas sus fuerzas en evitar fundirse con el suelo.

Capítulo cinco



Effie nunca había sentido tantas miradas posadas en ella. Los murmullos de la multitud se mezclaron hasta volverse ininteligibles. ¿Estarían todos fijándose en los guantes raídos y el moño precario?

—¡Su señoría! —un hombre alto de edad madura, vestido con una chaqueta de color verde gastado, se les acercó sin aliento— ¡Qué alegría encontrarle! —El caballero tenía la vista fija en Effie mientras hablaba con lord Negraespina, cosa que a la joven le resultó a la vez rara e inquietante—. Me cuesta recordarlo, ¿me ha presentado a su acompañante en alguna otra ocasión?

—No se la he presentado antes —respondió lord Negraespina con una sonrisa. Era cierto, pero Effie sospechaba que el pobre hombre tampoco conocía de nada a lord Negraespina… El sortilegio del hado era muy persuasivo—. Le presento a la señorita Euphemia Reeves, mi protegida, que espero ver casada esta temporada. —Lord Negraespina hizo un gesto hacia el maduro caballero—. Señorita Euphemia, este es… —se detuvo un instante, avergonzado—. ¿Me podría recordar su nombre?

Si el caballero se sintió ofendido, no lo demostró.

—Lord Panovar, por supuesto —dijo en tono distante. Cogió la mano de Effie y besó el aire sobre ella—. ¿Así que es su protegida? ¿Y dice que no está casada? ¡Qué raro!

Effie se sonrojó de nuevo.

—¿Qué tiene de raro, milord? —preguntó dubitativa. Bajó la vista hacia la mano enguantada que el caballero todavía retenía, y le consternó descubrir un hilo suelto que le colgaba de la muñeca.

—Por favor, no se ofenda —respondió deprisa lord Panovar, y le soltó la mano—. Es solo que me pareció… ¡bien! ¡Que es usted una dama demasiado digna para no estar casada, señorita Reeves! Imagino que ya hará tiempo que ha sido presentada en sociedad, ¿no es así? ¿Ha estado escondiéndola en Londres lord Negraespina?

Effie se quedó desconcertada. Por un momento, temió que lord Panovar se estuviera burlando de ella —debía de ser su manera de señalar los accesorios desgastados que llevaba y sus dudosos modales—, pero después recordó que el vestido que le había dado lord Negraespina estaba hecho de dignidad. «¡Qué curioso! —pensó—. No me siento nada digna, pero lord Panovar parece convencido de que lo soy».

Aunque a Lord Negraespina le había preocupado el vestido, Effie se descubrió agradecida de llevarlo.

—No he estado en Londres —respondió la joven—, pero sus palabras son muy amables, lord Panovar.

—En absoluto, señorita Reeves —dijo el caballero. Su ajado rostro tenía una expresión extraña, y Effie se percató de que se había creado un pequeño nudo de gente a su alrededor—. Si pudiera disculpar la curiosidad de un anciano… llevo un tiempo reflexionando sobre una cuestión, y sospecho que usted es la dama ideal para ayudarme. ¿Le importaría?

Effie se obligó a sonreír, aunque ya se sentía abrumada.

—Por supuesto, milord, lo haré lo mejor que pueda.

Lord Panovar le sostuvo la mirada, muy interesado.

—Lady Panovar ha contratado unas criadas francesas ¿sabe? —explicó. Hablaba con un fervor antinatural, como si no pudiera contenerse—. Insiste en que son de mayor calidad que las criadas inglesas normales, pero yo no noto la diferencia… y son carísimas. ¿De verdad valen lo que cuestan las criadas francesas? Seguro que una dama tan digna como usted tendrá una opinión sobre este asunto.

Effie se quedó paralizada. Ya la pregunta le parecía aterradora —tenía la impresión de que, si daba la respuesta equivocada, varias criadas francesas inocentes se encontrarían de patitas en la calle—, pero además había algo raro en la manera en que lord Panovar se dirigía a ella, en esa ansia por escuchar su opinión. Se dio cuenta de que le recordaba a la manera en que ella misma se había visto obligada a responder las preguntas de lord Negraespina.

El maduro caballero seguía expectante, y Effie comprendió que no podría escabullirse de la conversación sin antes dar una respuesta.

—Estoy segura de que usted delegó todos los asuntos domésticos en lady Panovar porque confía en su capacidad para ocuparse de ellos —respondió la joven débilmente—. No cabe duda de que sabe muy bien lo que hace.

Desde algún punto a su espalda, escuchó el bufido sarcástico de Lydia.

Lord Panovar, sin embargo, asintió muy serio, como si Effie lo hubiera bendecido con alguna inusual perla de conocimiento.

—Ah, sí, en efecto. Ya comprendo a lo que se refiere, joven dama. Desde luego, no merece la pena poner en riesgo la armonía marital por este asunto. Un hogar en paz bien vale ese dinero.

Effie no pretendía insinuar nada de todo aquello, pero tampoco iba a contradecir a su anfitrión.

—Parece que debo continuar con las presentaciones —les interrumpió lord Negraespina en tono alegre—. Hay muchísimas personas que desean conocerla, señorita Euphemia.

Mientras el elfo hablaba, Effie se percató de que durante la conversación se habían visto rodeados, poco a poco, por un pequeño ejército de invitados bien vestidos, todos ellos lanzándole miradas disimuladas mientras aparentaban no tener demasiado interés en ella.

No tardó demasiado en descubrir que todos, además, necesitaban desesperadamente su opinión sobre algún asunto.

La joven señorita Chester quería saber cómo decidir con equidad entre dos hermanas interesadas en el mismo caballero (a Effie esta pregunta le resultó todavía más inquietante que la primera, pero consiguió irse por la tangente con el comentario de que, sin duda, el caballero en cuestión tendría algo que opinar al respecto). Lady Tilley le preguntó muy seria si estaría

todavía a tiempo de plantar rosas a finales de primavera, o si se vería demasiado ordinario (la respuesta de Effie fue que las rosas eran apropiadas en todos los momentos, lord Negraespina se encontraba justo detrás de ella y tenía la impresión de que ese era un tema al que tenía especial cariño).

—Señorita Reeves —preguntó poco después un tal señor Herbert Jesson —. ¿Me haría el honor de concederme un baile? En caso de que su carné de baile no esté ya lleno, claro.

Effie aprovechó la oportunidad y aceptó su mano enguantada.

—Sí —dijo con voz entrecortada—. Me encantaría bailar. Siempre que… que mi carabina lo apruebe, por supuesto.

Se giró hacia Lydia, que se cruzó de brazos y asintió con la cabeza con expresión severa, en lo que Effie interpretó como una imitación del comportamiento habitual de la señora Sedgewick.

El señor Jesson no era un hombre atractivo, tenía la cabeza demasiado redonda, un corte de pelo poco favorecedor y los ojos de un azul acuoso, pero era tan absolutamente inofensivo que casi resultaba encantador, sobre todo comparado con la opresión que le provocaban las otras personas carismáticas que la rodeaban. Cuando la condujo a la pista de baile, Effie dejó escapar un suspiro de alivio. Seguía habiendo una cantidad asfixiante de gente junto a ellos, pero por lo menos no estaban todos ansiosos por hacerle preguntas.

Mientras caminaban, Effie aprovechó para recorrer la estancia con la mirada en busca de Benedict. Le pareció verlo al otro lado de la pista con una joven del brazo, pero entonces empezó a sonar la música y tuvo que centrarse en su actual pareja.

Por desgracia, Effie descubrió muy deprisa que el vestido y los zapatos pesaban tanto que bailar resultaba casi una utopía. Seguía los pasos con torpeza, dando un respingo cada vez que pisaba al pobre señor Jesson. El caballero no parecía disgustado por su falta de destreza; de hecho, en más de una ocasión alabó su habilidad para extrañeza de Effie. Tampoco él era el mejor bailarín, pero la joven había tenido tan pocas ocasiones de bailar que su incompetencia no le molestó lo más mínimo.

—Me alegro mucho de que estuviera dispuesta a bailar conmigo, señorita Reeves —dijo con una sonrisa apagada—. Ahora que estamos aquí, debo

admitir algo un poco vergonzoso. Tengo un problema que viene de hace mucho tiempo y por alguna razón estoy seguro de que usted podrá aconsejarme.

—Oh —suspiró Effie con los hombros caídos—. Sí, por supuesto que está seguro. —La expresión del señor Jesson reflejó una leve angustia y Effie se sintió grosera—. No pretendo ser descortés, señor. Solo estoy confundida al descubrir que todo el mundo piensa que puedo resolver sus problemas por ellos. Lo único que saben de mí la gran mayoría es que llevo un vestido elegante… ¡un pobre requisito para poder opinar sobre todo tipo de asuntos!

El señor Jesson pareció un poco avergonzado ante sus palabras.

—Es un vestido de gran dignidad —admitió—. ¿Es ese el verdadero secreto? Yo habría querido pedirle consejo sobre cómo tener más confianza en mí mismo, señorita Reeves. Debe admitir, como mínimo, que sabe usted muy bien cómo dominar una estancia.

Effie parpadeó.

—Bueno, yo… Vaya, supongo que eso sí es relevante —contestó—. Pero, sí, señor Jesson, el vestido es sin duda la clave. Siento no tener otro, si lo tuviera podría prestárselo.

El señor Jesson rio y, por un instante, se le iluminó el rostro haciendo que la suma de sus facciones resultase más atractiva que cada una de ellas por separado. Aquella reacción honesta conmovió a Effie, que no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Creo que debería hacer eso más a menudo —le aconsejó—. Sea lo que sea lo que está haciendo ahora, le favorece mucho.

Aquello provocó que los ojos del señor Jesson se arrugaran hacia arriba.

—Es el mejor consejo que he recibido hasta ahora —observó—. Muchas gracias, señorita Reeves. ¿Hay algo que pueda hacer por usted a cambio?

Effie lo estudió, intentando descifrar su expresión. En cualquier otra persona, aquella propuesta podría haberse interpretado como una insinuación, pero el pobre señor Jesson era demasiado torpe como para intentar algo tan sutil… la oferta era sincera.

—¿Por casualidad no conocerá al señor Benedict Ashbrooke? —preguntó esperanzada.

—Fuimos juntos al colegio —dijo él con un asentimiento—. Cielos… ¿tiene interés en que se lo presenten?

Effie dio un respingo.

—Olvide la pregunta —respondió con presteza.

El señor Jesson sacudió la cabeza.

—No estoy ofendido, solo preocupado. El señor Benedict es muy popular entre las damas… Posee esa confianza que a mí me falta. Pero no se le conoce ningún interés en sentar la cabeza, si sabe a lo que me refiero.

Effie se preocupó un poco ante esa revelación, no se le había ocurrido que Benedict pudiera no tener el menor interés en casarse.

—Pero todos los hombres deben sentar la cabeza en algún momento —razonó.

—Eso es cierto —admitió el señor Jesson—. Y usted es particularmente persuasiva, señorita Reeves, por mucho que prefiera culpar a su vestido en vez de a su modo de ser. Si de verdad lo desea, puedo presentárselo.

Effie le sonrió, aliviada.

—Se lo agradecería mucho, señor Jesson.

El caballero tuvo la amabilidad de soportar unos cuantos pisotones más hasta que terminó la canción. Cuando acabó aquel baile, le ofreció el brazo y paseó con ella por el borde de la pista en busca de Benedict. Mientras Effie lo ayudaba a buscar, divisó a lady Culver en un grupo de gente que rodeaba a lord Panovar y lord Negraespina, pero Benedict no parecía formar parte del corro. A Lydia se la veía especialmente abatida parada de pie junto a lord Negraespina, y Effie recordó entonces que la joven debía evitar hablar.

—¡Ahí estás! —dijo el señor Jesson muy animado.

Effie se giró y olvidó la escena de inmediato. La multitud se dispersó y, como si estuviera predestinado, Benedict apareció frente a ellos con una copa de ponche en la mano. De alguna forma, estaba más guapo que nunca, el chaleco verde bosque hacía que sus ojos se aproximaran más al dorado que al marrón. Benedict le sonrió al señor Jesson con placer genuino, provocando que Effie se derritiera al verlo.

—¡Pero bueno —declaró Benedict—, si es nada menos que el señor Tulipán en persona! —Parecía un mote cariñoso, no ofensivo, y el señor

Jesson sonrió al escucharlo—. Llevo tiempo queriendo invitarte a tomar un brandy, pero, como te puedes imaginar, la familia ha estado reclamando todo mi tiempo.

El señor Jesson volvió a entrecerrar los ojos con afabilidad, y Effie pensó de nuevo en lo mucho que le favorecía.

—La familia no es ninguna carga, señor Benedict —dijo el caballero—. No me cabe duda de que estarán encantados de verte después de tanto tiempo. Nos tomaremos ese brandy en cuanto surja la ocasión. —El señor Jesson se volvió entonces hacia Effie con un asentimiento—. Acabo de compartir un baile encantador con esta joven dama recién llegada, la señorita Reeves; es la protegida de lord Negraespina. Si no estás ocupado, te recomiendo su compañía para el siguiente baile.

Effie se sonrojó ante aquellos elogios. Benedict la observó con interés, y la joven se dijo a sí misma que estaba en deuda con el señor Jesson y debía devolverle el favor en el futuro.

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó Benedict con curiosidad—. Debo estar perdiendo la memoria de verdad… No dejo de tener esa impresión últimamente.

Effie abrió mucho los ojos. No podía darse cuenta de que era una criada con el excelente artificio de lord Negraespina en el cuello ¿verdad?

—Oh —respondió la joven—. Es posible que nos hayamos conocido, sí, pero no recuerdo dónde.

Benedict sonrió de nuevo, una visión demoledora.

—Bueno, valoro mucho la opinión del señor Tulipán, señorita Reeves. Le estaré eternamente agradecido si me concediera el próximo…

Un ruido espantoso retumbó en el salón, interrumpiéndolo. Los tres retrocedieron ante aquel sonido… parecía un rebuzno, pero mucho más alto y chillón. Effie no pudo evitar girarse en busca de su origen.

Al principio le costó localizarlo. Sin duda provenía del grupo que rodeaba a lord Panovar y lord Negraespina, pues todos los que se encontraban cerca se habían girado en aquella dirección llevándose las manos al pecho. Mientras Effie observaba, lady Culver abrió la boca para decirle algo a lord Panovar… Y un nuevo y espantoso rebuzno salió de su boca.

Justo detrás de lady Culver, Lydia dejó escapar un gritito a medio camino entre el horror y el placer. Tan solo lord Negraespina mantenía su sonrisa educada, como si las mujeres rebuznaran todo el tiempo en su tierra.

—Sospecho que tendremos que posponer nuestro baile para otra ocasión —dijo Benedict con aire sombrío, y echó a andar dejando atrás a Effie y al señor Jesson—. Mis disculpas, señorita Reeves.

«¿Qué diantres ha pasado?» pensó Effie con desesperación. Pronto, Benedict y lord Culver habían alcanzado a lady Culver y la sostenían entre los dos. Lord Culver parecía estar ofreciendo profusas disculpas en nombre de su mujer mientras los tres se iban precipitadamente.

—Oh, cielos —dijo el señor Jesson—. ¿Ha enfermado lady Culver?

A Effie se le cayó el alma a los pies al ver cómo el grupo completo de lord Culver abandonaba la fiesta.

—Supongo que sí —murmuró—. Qué lástima.

—Siento que se haya frustrado la presentación —se disculpó el señor Jesson—. Si estuviera interesada, mi familia celebrará un desayuno en nuestros jardines cuando florezcan los primeros tulipanes, y estoy seguro de que el señor Benedict acudirá. Lord Negraespina y usted son más que bienvenidos, eso me brindaría una segunda oportunidad de presentárselo.

Effie le dirigió una mirada patética y agradecida.

—Es usted una verdadera joya entre los caballeros, señor Jesson —afirmó.

Su interlocutor le dio unas palmaditas en el brazo.

—Por ahora —respondió—, supongo que debo llevarla de vuelta junto a su carabina.

Effie se unió a Lydia y a lord Negraespina poco después, mientras todo el mundo comentaba el extraño arrebato de lady Culver. Una parte pequeña y egoísta de Effie se sintió satisfecha al oír a la gente reírse de ella, aunque sobre todo se encontraba confundida y taciturna. Había estado tan cerca de bailar con Benedict… ¡pero su primer intento de captar su atención había quedado arruinado por completo!

Lord Negraespina tenía un peculiar aspecto culpable cuando le ofreció el brazo y la alejó de la multitud.

—¿Quizá podría presentarle a unos cuantos caballeros más? —preguntó —. ¡O podríamos bailar, señorita Euphemia! ¡Creo que por fin le he cogido el truco al minué!

Effie se le quedó mirando, y una sospecha la invadió.

—¿Le ha robado la voz a lady Culver, señor Jubilee? —susurró. Aunque había intentado que sus palabras sonaran amables, un hilo de ira se coló entre ellas pese a sus esfuerzos.

Lord Negraespina dio un paso atrás.

—Oh, no era mi intención —explicó preocupado—. O más bien… sí que lo era, pero no me había dado cuenta de que eso interferiría con sus propósitos. Lo siento muchísimo, señorita Euphemia. He vuelto a meter la pata.

Effie se quedó boquiabierta.

—¿No estará intentado impedir que gane la apuesta…? —preguntó indignada.

Lydia agarró entonces a Effie del otro brazo, interrumpiéndola.

—No es culpa suya —susurró la joven con expresión abatida—, es mía. Lo siento mucho, Effie. Lady Culver no paraba de presumir de sus nuevas criadas francesas, que eran mucho mejores que las criadas francesas de lady Panovar. Se había puesto a contar que le recitamos poesía francesa de noche, ¡no pude soportarlo más!

Effie miró a Lydia con incomprensión.

—Pero no lo entiendo. ¿Qué hiciste?

Lydia desplazó su peso de un pie a otro.

—Lord Negraespina mencionó que quería ser cruel con los poderosos —explicó—. Puede que yo… hiciera algunas sugerencias.

Effie cerró los ojos, exasperada. Todo había sido mucho más sencillo antes, cuando ella era la única que había hecho un trato con lord Negraespina… pero su disposición a hacer un trato con el hado había convencido a Lydia de que tanto él como sus ofrecimientos eran inofensivos.

—¿No le ofreciste nada a cambio? —susurró Effie, plenamente consciente de que él podía oír cada palabra.

—¡No! —prometió Lydia—. Tenía una deuda conmigo por aceptar ser tu carabina, ¿verdad, lord Negraespina?

—En efecto —les aseguró el susodicho—. Me limité a saldar una deuda preexistente.

La tensión en el pecho de Effie se aflojó un poco ante aquella revelación… aunque no demasiado.

—Ya veo… Lo hecho, hecho está —dijo con incomodidad—. No todo ha salido mal. El señor Jesson nos ha invitado a un desayuno cuando florezcan los primeros tulipanes. Ha dicho que el señor Benedict también acudirá sin duda.

Lord Negraespina pareció aliviado al escucharlo.

—¡Qué suerte! Señorita Euphemia, de veras que lo siento muchísimo, pero no se preocupe… ¡esta vez tendremos tiempo de prepararnos en condiciones!

Effie le dedicó una sonrisa trémula.

—Yo siento haber dudado de sus intenciones, señor Jubilee —respondió la joven, aunque una parte de ella seguía preocupada por si el elfo pudiera de alguna manera haber orquestado aquel fiasco—. Espero que pueda perdonarme.

—Ya está olvidado —respondió lord Negraespina con una sacudida de la mano—. He sido yo quién ha organizado una auténtica chapuza con lo de este baile, así que estamos en paz.

Effie suspiró.

—Supongo que no tiene sentido quedarse más —dijo taciturna—, ya que el señor Benedict se ha ido junto al resto de su familia.

—Y tenemos que levantarnos pronto —gimió Lydia—. Nos esperan las chimeneas.

Las chimeneas siempre las esperaban.

Capítulo seis



Cuando Effie y los demás regresaron a Hartfield, los Ashbrooke seguían despiertos y en mitad de una buena discusión. Los rebuznos continuos de lady Culver se colaron por las escaleras al piso de abajo mientras entraban a hurtadillas. Effie daba un respingo cada vez que la oía, pero Lydia tuvo que taparse la boca para no estallar en carcajadas.

En cuanto se encontraron en su habitación las dos con los artificios guardados en el cajón de la mesita de noche, la señora Sedgewick vino a buscar a Lydia para que le preparara una tetera a la familia, ajena al hado en el rincón. Effie quiso ofrecerse voluntaria para ocupar el lugar de Lydia, pues le preocupaba que esta se echara a reír en algún momento inoportuno, pero su amiga insistió con regocijo en que debía ir ella. Así que Effie se encontró, ya en bata y camisón, a solas con lord Negraespina. Le echó un vistazo preocupado al hado y, sacudiéndose el cansancio de encima, se sentó en el borde de la cama.

—Lady Culver no rebuznará para siempre, ¿verdad? —preguntó.

Lord Negraespina negó con la cabeza.

—La dama recuperará su voz cuando salga el sol —la tranquilizó—. Supongo que podría haberla maldecido para siempre, pero la deuda de la señorita Lydia era demasiado pequeña.

Effie se mordió el labio. No es que quisiera disfrutar de la angustia de lady Culver —estaba segura de que sería un sentimiento poco cristiano—, pero sabiendo que la maldición era temporal, no se sentía capaz de compadecerla.

—Supongo que no es lo peor que le puede ocurrir a una —murmuró—, pero la gente se reirá de ella durante meses.

Lord Negraespina consideró sus palabras con seriedad.

—Si todos se ríen de ella, al menos tendrá menos oportunidades de hablar sobre criadas francesas.

—Eso es verdad —dijo Effie, animándose—. ¡Y seguramente tardará bastante en organizar otro baile!

Ese pensamiento le producía un alivio tan profundo que perdonó a Lydia por completo. Se frotó los ojos y se concentró en sí misma, recordando que había otras cosas todavía pendientes.

—Su chaqueta —susurró—. Todavía no he empezado con el bordado. No debería bordar directamente sobre ella, es demasiado delicada, pero ya he trazado un patrón en otra tela de lino. Puedo hacer el bordado ahí, y luego coserlo en la chaqueta…

—Oh, no, eso no servirá, señorita Euphemia —contestó lord Negraespina consternado—. Nuestro trato era que bordaría la chaqueta, no en otra tela. A lo mejor fue una mala elección de palabras, pero como ya hemos cerrado ese acuerdo, debemos atenernos a los términos pactados.

Effie dio un respingo.

—Bien —suspiró—. Si así es como debe ser… Tendrá que entregarme la chaqueta si debo bordar sobre ella, es inevitable. Había pensado en bordar una rosa. ¿Le parece bien, señor Jubilee?

Lord Negraespina se quitó la chaqueta con cuidado.

—Estoy seguro de que elija lo que elija será maravilloso, señorita Euphemia.

Effie sonrió al escucharlo aun a su pesar. Fueran cuales fueran sus otras cualidades, el hado poseía la habilidad de que los demás se sintieran importantes y valorados. La joven cogió la chaqueta de terciopelo negro que le ofrecía y se la colocó en el regazo. El terciopelo era denso y bien hilado, cuanto más lo estudiaba, más preocupada estaba.

«Será muy difícil bordar en él sin estropear la tela» pensó. Pero entonces se le ocurrió que iba a bordar la chaqueta de un hada, seguramente ese hecho debería inquietarla más que el material de trabajo.

Effie metió la mano en el cajón de la mesita de noche y sacó con cuidado el aro de bordado y lo que le quedaba del caro hilo de seda que había utilizado para sus propios proyectos. Al verlo, deseó tener dinero para comprar hilo de oro… una chaqueta tan elegante debería tener bordados de oro.

—¿Se enfadará si coso la tela de lino sobre el terciopelo? —preguntó recelosa—, es muy difícil bordar sobre terciopelo, no sé de qué otra manera podría hacerlo.

Lord Negraespina asintió.

—Siempre que esté cosiendo directamente sobre la chaqueta. Me temo que las puntadas que no toquen el terciopelo no serán válidas.

Mientras hilvanaba el lino sobre el terciopelo, a Effie se le ocurrió que el hado podía haber guardado silencio fácilmente sobre aquellos tecnicismos de haberlo querido. «Lo habría bordado todo en el lino, sin tocar la chaqueta, si no me hubiera avisado». Sonrió, cansada, al comprenderlo.

—Sí que está intentando ayudarme a su manera. ¡Qué curioso!

—Pues claro que lo estoy intentando —dijo lord Negraespina sorprendido —. Ya se lo había dicho, señorita Euphemia… y las hadas no pueden mentir.

La sonrisa de Effie se ensanchó un poco más al escucharlo. Las cosas no habían salido como esperaba, pero descubrir que el elfo era sincero la alegró mucho.

—Me resulta inconcebible —explicó—. Incluso si no fuera un hada, señor Jubilee, es usted un caballero… soy incapaz de imaginarme a un caballero interesado en ayudar a una criada.

Lord Negraespina parecía afligido ante aquella afirmación.

—Los caballeros ingleses no parecen demasiado útiles —observó—. A lo mejor no debería ser un caballero, después de todo. Cuando me lo describió lord Vallebaldío al principio me pareció de lo más original, pero estoy descubriendo que las criadas inglesas son mucho más útiles y admirables.

Effie se echó a reír.

—No puede dejar de ser un caballero sin más. Y, desde luego, no puede ser una criada. ¡Menuda idea!

Lord Negraespina asintió con seriedad.

—No osaré reclamar el título de sirviente —prometió—, estoy lejos de haber trabajado lo suficiente para merecerlo. Pero no veo cuál es la dificultad de dejar de ser un caballero. Solo me convertí en uno en primer lugar porque alguien se dirigió a mí como lord y nadie puso impedimentos. Supongo que dejar de ser un caballero será un proceso idéntico ¿no le parece?

Effie se quedó muy confundida, y apartó la chaqueta para observar a lord Negraespina con mucha atención.

—¿No posee usted tierras en el Mundo de las Hadas? —preguntó con cautela—. Dijo que no tenía sirvientes, pero tendrá una mansión o una finca ¿verdad?

Lord Negraespina soltó una carcajada.

—¿Poseer tierras en el Mundo de las Hadas? —preguntó incrédulo—. ¡Qué descaro! Por supuesto que no, señorita Euphemia. En el Mundo de las Hadas, es la tierra la que posee a uno. Negraespina solo soporta mi presencia porque no tiene suficientes empleados propios, y porque hago un trabajo decente defendiendo sus intereses junto a los míos.

Effie se frotó la cara.

—En Inglaterra es muy diferente. Los caballeros sí que poseen tierras aquí, y no pueden autoproclamarse caballeros. Los nombra el rey… o, bueno, supongo que es una explicación un poco infantil, pero más o menos funciona así.

Lord Negraespina sacudió la cabeza.

—Sí que es parecido —contestó—. El rey llama a alguien caballero, y nadie protesta. Si protestara suficiente gente, entonces esa persona no podría seguir siendo caballero.

Effie abrió la boca para objetar… pero no fue capaz de encontrar una respuesta lo bastante sencilla como para rebatir la extraña lógica del elfo. Sacudió la cabeza y volvió a centrarse en la tela que tenía delante.

—Sin embargo, para poder casarla sí que necesito ser un caballero —elucubró lord Negraespina—, así que esperaré a que esté prometida antes de

dejar de serlo. Quizá, si soy muy disciplinado, podría convertirme en alguien más útil, como un mayordomo o un lacayo.

Effie resopló.

—Los lacayos no son tan útiles —farfulló.

Por mucho que quisiera a su hermano George, Effie era muy consciente de que lo habían contratado básicamente porque era cinco centímetros más alto que el resto de los candidatos. Se negó a valorar el resto de las palabras de lord Negraespina; pensara lo que pensase el hado, uno no podía descartar un título igual que una prenda de ropa.

Oculta bajo una capa de lino, la elegante chaqueta de terciopelo parecía un poco menos intimidante. Effie enhebró la aguja y cogió aliento.

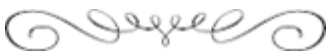
—Supongo que debería ir empezando. ¿Cuántas puntadas le debo de momento, señor Jubilee?

—Solo ciento treinta y dos —la informó el hado—, lo siento mucho, señorita Euphemia, seguro que la próxima vez tendrá más tiempo.

—Seguro que sí —respondió Effie distraída. Se fue concentrando en la labor. Ciento treinta y dos puntadas eran muy pocas, pero tenía la vista tan cansada como los pies, y la luz de la vela no era tampoco la ideal.

La joven puso todo su empeño en acabar las puntadas, pero en algún momento se descubrió con la mirada perdida en el techo, en su propia cama e incapaz de recordar cómo había llegado hasta allí. Resultaba evidente que alguien la había arropado y apagado la vela de la mesita.

Lydia roncaba con suavidad en la cama de al lado, y Effie decidió que sería mejor continuar especulando al respecto por la mañana, ya más descansada.



Al día siguiente le dolían todavía más la espalda y los pies. «Menos mal que no me quedé hasta muy tarde —pensó agotada—, si ya me siento medio inútil».

Por desgracia, aunque lady Culver había recuperado su voz normal, estaba de un humor de perros tras la debacle de la noche anterior, y la casa al completo sufría las consecuencias. Como es natural, el mal genio de lady

Culver era compartido por la señora Sedgewick… y como las desgracias nunca vienen solas, la señora Sedgewick se aseguró de que todas las sirvientas se contagiaran también de su mal humor. Effie solo fue consciente de lo complicado de la situación cuando vio a Lydia irrumpir en el piso de abajo con chorretones de té goteándole por la cara.

—¡Esa mujer! —siseó Lydia—. Te juro que me dio pena por un minuto… pero tuvo que ir y estropearlo. ¿Te puedes creer que me tiró una tetera a la cara? ¡Que el té estaba demasiado frío!

Effie dio un respingo.

—Quizá no debiste pedirle al señor Jubilee que humillara a lady Culver —musitó preocupada.

—Todo lo contrario —respondió Lydia entrecerrando los ojos—. Creo que no la humilló lo suficiente. Desde luego no ha ganado ni una pizca de humildad. —Una nueva gota oscura de té se deslizó por la nariz de la criada—. Te juro que si tuviera otro favor suyo…

—¡Pero no lo tienes! —respondió Effie deprisa—. Así que ni pienses en ello. No puede traer nada bueno.

Lydia estudió a su compañera un buen rato.

—¿Sabes que sigues sonando como una ricachona, Effie? Hace que me molestes, aunque no sea culpa tuya.

Effie suspiró.

—No soy capaz de cambiar de acento —admitió—. Ya he intentado usar mi antigua voz… pero es como si me estuviera imitando a mí misma, y para encima mal. No sé si se podrá hacer algo hasta que se cumpla el trato.

—¡Effie! —la voz de la señora Sedgewick la precedió mientras bajaba las escaleras taconeando. Su tono era cortante y gélido—. Lady Culver ha encontrado un desgarrón en uno de los manteles de encaje. Deja todo lo que estés haciendo y ponte a remendarlo.

Effie alzó la vista hacia el ama de llaves al verla aparecer. Por un momento le preocupó que la señora Sedgewick esperara una respuesta, en cuyo caso su acento sería un problema, pero el ama de llaves se limitó a tirarle encima el mantel en cuestión y volver a subir las escaleras a toda prisa. Incluso la

formidable señora Sedgewick parecía agobiada aquel día, como si las mismas furias le pisaran los talones.

—Supongo que al final no airearé los dormitorios —murmuró Effie mirando el mantel de encaje—. La gente no para de pedirme que cosa, Lydia, parezco más una costurera que una criada.

—¡Y a mí que me cuentas! —estalló Lydia—. Mataría por poder sentarme a coser ahora mismo, me duele la espalda de estar de pie toda la noche y sigo cubierta de té.

El látigo en el tono de voz de Lydia le irritó enormemente, pero se contuvo justo a tiempo de responderle. «No sirve de nada enfadarse —se recordó a sí misma Effie—, y Lydia hizo mucho por mí anoche. Tengo que controlarme». Cerró los ojos y murmuró:

Soy una taza
Una tetera
Una cuchara
Un cucharón.

—¿Te estás riendo de mí? —la increpó Lydia, y su tono de voz se elevó una octava.

—¿Qué? —preguntó Effie confusa—. No, yo…

—¡Es el colmo! —declaró Lydia—. Voy a cambiarme. ¡Que te lo pases bien con ese mantel!

Antes de que Effie pudiera protestar, salió en estampida.

La joven sintió su irritación crecer de nuevo. Una cosa era que Lydia la acusara de pasarlo bien, pero otra muy distinta que no le dejara defenderse.

—¡Pues muy bien! —le gritó al espacio vacío en el que había estado la otra criada—. No me escuches. Tampoco es como si me escuchara nadie más ¿por qué ibas a ser distinta?

Effie volvió a su habitación dando grandes zancadas con el mantel agarrado y se sentó sobre la cama a buscar el desgarrón. Le llevó un rato, pero

acabó por encontrarlo. Mientras se preparaba para remendarlo, ahogó su enfado de nuevo y se consoló con la naturaleza repetitiva de la tarea.

Antes de que terminara, la señora Sedgewick llamó a la puerta.

—¡Una tetera nueva para el estudio! —gritó el ama de llaves desde el otro lado—. ¡Rápido, Effie!

La joven dejó el mantel con un silbido de frustración, se tragó los restos de su ira y volvió a la cocina hecha una furia a coger una bandeja. Para cuando llegó al estudio del piso de arriba con la tetera nueva, ya buscaba una nueva canción infantil que la ayudara a calmarse.

—¡Eso ha sido rapidísimo! —La voz de Benedict provenía de la silla junto al escritorio, donde se había sentado con uno de los libros de tapas de cuero de la librería. Un toque de sorpresa complacida teñía sus palabras, mezclada con una pizca de culpabilidad—. No quise sugerir que corriese mucha prisa. No es más que té.

El enfado de Effie se evaporó bajo la mirada cálida de esos ojos castaños. Se sonrojó, avergonzada y confusa. De pronto era muy consciente de la conversación que habían mantenido la noche anterior, y le daba un poco de vergüenza que Benedict no estuviera al tanto de la situación.

—Está bien, señor —respondió con suavidad, mirándose los pies—. Encantada de cumplir.

Benedict le dedicó una sonrisa burlona cuando posó la bandeja del té a su lado.

—Maravilloso. Suenas muy inglesa. Nunca me habría imaginado que fueras francesa.

Aquellas palabras le atravesaron el pecho de forma inesperada. Su angustia se debió reflejar en su rostro, porque Benedict se retractó enseguida.

—No era mi intención insultarte —le aseguró rápidamente—, solo era una broma. Soy incapaz de entender esa obsesión con todo lo francés.

Effie respiró con suavidad. Benedict la miraba preocupado, cosa que le resultaba todavía peor que ser invisible.

—Por favor, no se lo mencione a nadie, señor —dijo modesta—. Se supone que debo seguir siendo francesa. Me meteré en problemas.

—¿Te meterás en problemas? —preguntó Benedict anonadado—. ¿Por hablar inglés en Inglaterra? —Como Effie no le contradijo, sacudió la cabeza pasmado—. Juro que es por estas cosas por las que no tengo mi propia casa. Si tiene algún sentido, soy incapaz de vérselo.

Se sirvió una taza de té, todavía con el ceño fruncido. En ese momento, Effie percibió la incómoda distancia que los separaba. Lady Culver siempre parecía mirar a través de Effie, pero, aunque Benedict no la ignoraba así, tampoco la veía igual que la noche anterior. Era muy educado (¡casi caballeroso!), pero Effie notaba un leve indicio de que estaba deseando regresar a la lectura en cuanto hubiera cruzado los comentarios de cortesía imprescindibles con ella.

«Anoche mismo me prometiste un baile —deseo decirle Effie—. ¿Bailarás conmigo, aunque sea solo una criada?»

Pero se mordió la lengua a duras penas, consciente de lo ridículo que sonaría.

Benedict volvió a mirarla poco después, y se dio cuenta de que se había quedado demasiado tiempo ahí parada. El joven le sonrió avergonzado.

—Ah, sí. Te prometo que no le contaré a nadie lo del inglés, tendría que haberlo dicho antes.

Esa vez, Effie tuvo el buen juicio de suponer que la conversación había terminado y asintió con aire retraído antes de retirarse del estudio con un peso en el corazón.

Regresó a su dormitorio y asió el mantel con un suspiro. Al menos tendría la oportunidad de coser parte de su congoja en el encaje.

Poco después notó la presencia de lord Negraespina que la observaba desde el umbral de la puerta.

—¡Caramba! —dijo el hado—. ¡Qué mantel más deprimente! ¡Creo que nunca había visto uno igual!

El tono era admirativo, no burlón, como si el mantel le pareciera una curiosidad exótica de gran interés. Effie puso cara de preocupación.

—No es para tanto, los he visto en mucho peor estado.

Levantó la vista y posó el mantel por el momento. Lord Negraespina no llevaba su chaqueta de terciopelo negro habitual, que descansaba en el cajón de

su mesita, doblada con esmero. Como no llevaba la chaqueta, se apreciaba mejor el chaleco verde y dorado. El corte resultaba favorecedor, y la mente cansada de Effie se paseó por el ribete superior antes de despejarse.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Jubilee? —preguntó Effie, parpadeando para despejarse.

—¡En nada en absoluto! Soy yo quien está aquí para ayudarla. El señor Jesson ya le ha enviado la invitación al señor Benedict. El desayuno se celebrará la semana que viene, así que debemos prepararla para que pueda asistir. Esta vez quiero estar seguro de que encontremos el vestido perfecto, así que he pensado que lo mejor sería venir a recogerla de inmediato.

—¿Quiere decir que debo irme con usted ahora mismo? —preguntó confundida—. ¡Imposible, señor Jubilee! ¡Estoy en mitad de mi jornada!

Lord Negraespina agitó la mano, desestimando sus comentarios.

—Solo tardará una o dos horas en regresar sana y salva —la tranquilizó—. Puede traerse consigo el mantel y así seguirá trabajando todo el tiempo.

Effie lo observó cautelosa.

—¿Regresar sana y salva? ¿A dónde le gustaría llevarme, señor Jubilee?

—¡Pues al Mundo de las Hadas, por supuesto! —respondió el elfo con entusiasmo, como si fuera lo más natural—. Los brownies de Vallebaldío tienen materiales nuevos para que los valoremos y han tenido la amabilidad de encontrar un rato para tomarle las medidas en persona. Lady Vallebaldío ha sido una ayuda inestimable… ¡estoy deseando que la conozca!

Effie abrió mucho los ojos y se aferró al mantel.

—Eh… Es una oferta muy generosa —tartamudeó—. Pero por nada del mundo querría abusar de una elegante dama élfica…

—Lo cierto es que lady Vallebaldío es solo mitad hada —la informó lord Negraespina con alegría—, la otra mitad es de elegante dama inglesa. No me cabe duda de que tendrán mucho en común, ya que usted también es inglesa.

Effie se encontró tan atónita ante todas las ramificaciones de lo que escuchaba que fue incapaz de decidir a qué responder. Para cuando encontró una respuesta, lord Negraespina ya había doblado el mantel y le ofrecía el brazo.

—¿Regresaré del Mundo de las Hadas si me voy ahora con usted, señor Jubilee? —preguntó Effie con atención—. Por ejemplo… ¿qué ocurriría si lady Vallebaldío decidiese que debo quedarme en sus tierras mucho más tiempo?

Lord Negraespina sacudió la cabeza.

—¡Retenerla en el Mundo de las Hadas demasiado tiempo iría en contra de nuestro objetivo de hacerle un vestido! Tiene mi palabra, señorita Euphemia, estará de vuelta a tiempo de desayunar.

Effie le echó un vistazo al mantel, a salvo bajo el brazo del hado y se incorporó con un suspiro.

—Quedo a su disposición, señor Jubilee, ya que me consta que desea ayudarme con honestidad.

Estas palabras tuvieron un efecto muy pronunciado en lord Negraespina; su sempiterna sonrisa se ensanchó todavía más, y sus vívidos ojos verdes brillaron de orgullo.

—Sí que deseo ayudarla —respondió, y colocó la mano de Effie en su brazo— con toda honestidad. Y con tanta práctica me parece que ya me va saliendo mejor.

Effie le devolvió la sonrisa. Aunque la mañana hubiese sido dura, resultaba difícil seguir disgustada en presencia de alguien tan optimista. Le sorprendió particularmente descubrir que se estaba acostumbrando a la calidez reconfortante del brazo del hado bajo su mano, y al aroma de rosas silvestres que lo envolvía siempre.

—La encontré muy disgustada de nuevo al llegar, señorita Euphemia —observó lord Negraespina mientras la conducía por los pasillos de los sirvientes—. Espero que los acontecimientos de anoche no la sigan atormentando.

Unos pocos sirvientes pasaron a su lado, pero ninguno levantó la vista… El hechizo del hado se había ampliado y los protegía a los dos.

Effie se mordió el labio. Intentó formular una respuesta diplomática en su cabeza… pero como el hado había utilizado su nombre, abrió la boca sin permiso de su mente y se encontró dando una respuesta brutalmente sincera.

—Acabo de ver al señor Benedict —explicó—. Fue muy cordial, pero por algún motivo me siento apesadumbrada desde que lo dejé en el estudio.

—Hizo una pausa—. A lo mejor estoy todavía de mal humor por lo que ocurrió a primera hora.

—Ya veo —dijo lord Negraespina, aunque resultaba evidente que todavía no lo veía—. ¿Qué ocurrió esta mañana, si se me permite preguntar?

Effie se sonrojó, agradecida por el cambio de tema.

—Lady Culver le tiró una tetera por encima a Lydia —relató—. Según ella porque el té estaba frío, pero en realidad es porque sigue avergonzada por lo de anoche. Después Lydia se enfadó conmigo y yo intenté con todas mis fuerzas no enfadarme con ella, pero aun así cree que me burlé de ella y se fue antes de que pudiera explicarme.

Lord Negraespina frunció el ceño.

—¡Caramba! ¿Acaso lady Culver ha descubierto el favor que pidió la señorita Lydia? No era mi intención meterla en problemas.

Effie sacudió la cabeza con energía.

—Estoy convencida de que lady Culver no creería que hay un hada en su casa ni aunque alguien se lo dijera a la cara. No es que piense que Lydia sea responsable de lo ocurrido con su voz… estaba enfadada en general y enfadarse específicamente con Lydia en vez de con el mundo la hizo sentirse mejor.

—¡Qué interesante! —meditó lord Negraespina—. Casi parece una plaga ¿no? Lady Culver se enfadó, y entonces la señorita Lydia se contagió de su enfado, y después usted… ¿Sigue usted enfadada, señorita Euphemia?

—La verdad es que ya no lo estoy —se sorprendió Effie—. ¡Qué curioso! Suelo necesitar dar unas cuantas puntadas más antes de sentirme mejor, pero ahora que está usted aquí me encuentro de maravilla.

—Se sonrojó al admitirlo, aunque no habría podido dejar de responder ni aunque lo intentara—. Tiene usted una actitud maravillosa, señor Jubilee. No me había percatado antes, pero es usted diferente a nosotros en más de un sentido. En el piso de abajo todos estamos siempre enfadados. Es muy agradable estar con alguien que siempre se siente feliz, sin importar el motivo.

Lord Negraespina le sonrió.

—Me alegro mucho de haberla animado. Pero, para ser justos, señorita Euphemia, hoy sigo siendo un caballero (todavía tengo pendiente dejar de serlo, como le prometí), así que sí que tengo pocos motivos para estar

descontento. Si fuera una esforzada criada a la que le tirasen teteras a la cabeza, seguro que también estaría enfadado.

—Pero enfadarse no ayuda en nada —reflexionó Effie—. Y en cambio suele meterte en problemas.

Lord Negraespina se detuvo para abrirle la puerta verde tapizada.

—No veo el motivo —dijo solemne—. Si la ira no fuera nunca de ayuda ¿por qué poseeríais esa emoción? Algunos humanos nacen con dedos extra, sí, pero todos nacéis al menos con una pizca de ira dentro. Algún uso debe tener.

Effie se volvió a coger de su brazo y se dirigieron a la puerta trasera del piso principal.

—A lo mejor, enfadarse sí que ayuda a los caballeros y a las damas— razonó despacio—, pero si los sirvientes nos enfadamos lo único que conseguimos es que nos despidan. Supongo que la ira es… útil para todos los demás.

—Es muy inquietante —murmuró el hado—. ¡Y sorprendente! Tengo que meditar sobre ello. Pero lo haré después… Vamos a ir a Negraespina lo primero, y para entrar en el laberinto debo tener la cabeza despejada.

Effie se percató entonces de que lord Negraespina los guiaba hacia el laberinto que había detrás de la mansión… el mismo en el que lo había conocido. Mientras la conducía al exterior, al barro medio seco y la tibia luz del sol, Effie se dio cuenta de cuánto había extrañado la luz.

¿Cuándo había sido la última vez que había salido afuera de día, solo por el placer de salir? Era incapaz de acordarse. En raras ocasiones podía abandonar la mansión, excepto para ir a la iglesia. Pero ahí estaba, dando un paseo hacia el laberinto bajo aquel cielo nublado, escuchando los susurros del viento en las ramas. Ese sentimiento de libertad, de respirar aire fresco y caminar a cielo abierto sin tener que pedir permiso, le quitó un peso de encima a su alma que se había ido instalando en ella paulatina e insidiosamente sin que ella lo notara.

La compañía, decidió Effie, también era agradable.

—¡Oh! —dijo al ocurrírsele algo—. ¡Cuando nos conocimos me dijo que Hartfield estaba justo a la vuelta de la esquina! ¿Estaba siendo literal, señor Jubilee?

Lord Negraespina le sonrió.

—En efecto. El seto lleva directamente hasta Negraespina. Es uno de los muchos lugares de Inglaterra en los que el velo que separa el Mundo de las Hadas con el suyo se estrecha.

—¿Quiere decir que podría haberme adentrado sin querer en el Mundo de las Hadas cualquiera de las veces que recorrí el laberinto? —preguntó anonadada.

—No, por supuesto que no —respondió lord Negraespina con una carcajada—. Yo puedo entrar y salir de Negraespina cuando me place, claro está… pero los mortales deben realizar un truco para atravesar el velo. Debe dar tres vueltas sobre sí misma en el sentido contrario al de las agujas del reloj y entrar caminando de espaldas en el laberinto —Se detuvo justo delante de la entrada del mismo y posó una mano en el hombro de Effie—. ¿Hace los honores, señorita Euphemia? queremos que esté de regreso a su hora, después de todo.

Con cualquier otra persona, a Effie le habría dado vergüenza ponerse a dar vueltas en círculo como una niña, pero se dio cuenta de que todavía no había escuchado al hado reírse de nadie, y tampoco le había dicho nunca nada que no fuera elogioso, por muy torpe o incómoda que ella se hubiera sentido.

La luz del sol se posaba cálida sobre su piel y el aire le refrescaba el rostro. Effie sonrió ante esas sensaciones.

—¿Tiene que ser exactamente tres veces, señor Jubilee? —preguntó con una pizca de picardía.

Como había esperado, al hado no le molestó en absoluto la pregunta.

—Podrían ser mucho más que tres vueltas, por supuesto —contestó solícito.

Effie empezó a girar, convertida en un remolino de faldas y hierba pisoteada. Siguió girando una y otra vez hasta que le costó mantenerse erguida por el mareo. Por fin, se quedó inmóvil, balanceándose un poco, y la invadió una risa nerviosa, embriagada por la sensación de encontrarse fuera de la casa.

Cuando tropezó, lord Negraespina la sujetó del brazo y le sonrió como si hubiera hecho algo espléndido.

—¡Bien hecho! —la felicitó—. ¡Han sido muchas más que tres veces, señorita Euphemia!

Effie le devolvió la sonrisa, aturdida.

—Ha sido muy divertido —confesó—. No hacía nada así desde antes de irme de casa.

—¡Caramba! —suspiró el elfo—. No irá a decirme que la aristocracia está también en contra de dar vueltas. Cada día me seduce menos mi título.

—Los caballeros, las damas y el servicio son todos muy serios —dijo ella con una risita—. No debemos hacer nada que no tenga un propósito. Estoy segura de que si una dama tuviera que adentrarse en el Mundo de las Hadas, giraría exactamente tres veces, ni más ni menos.

—¡Pero si nada tiene propósito! —protestó el hado con incredulidad—. ¡Todo en la vida es absurdo hasta cierto punto! —observó a Effie con expresión pensativa—. Ser una dama parece algo desolador. ¿Está segura de que quiere seguir adelante, señorita Euphemia?

La risa de Effie se apagó un poco al escucharlo.

—Debo hacerlo —le recordó—. Si no soy una dama, no puedo casarme con el señor Benedict.

Lord Negraespina suspiró profundamente.

—Un trágico sacrificio —murmuró—. Sí, tiene razón. Muy bien… pongámonos a ello. —La cogió de la mano y entró antes que ella en el laberinto—. No, siga mirando de frente, señorita Euphemia —le dijo cuando ella se giró para mirarlo por instinto—, yo la guiaré marcha atrás. —Hizo una pausa y añadió—: Mantenga su objetivo en mente con firmeza mientras caminamos. ¡Debemos mantenernos alerta mientras estamos en Negraespina!

Capítulo siete



Effie hizo todo lo posible por concentrarse en Benedict mientras trastabillaba de espaldas por el laberinto junto a lord Negraespina. Visualizó su risa cálida y su encantadora sonrisa; se imaginó cómo sería bailar por fin con él, retener su atención solo para ella durante unos pocos minutos. «Solo quiero tener la oportunidad —pensó—. Tan solo una oportunidad».

Mientras caminaban, Effie notó que los setos que los rodeaban se habían vuelto más verdes y salvajes. Rosas enormes de todos los colores se entrelazaban entre las hojas, y despedían el mismo aroma natural que siempre acompañaba a lord Negraespina. Poco a poco, los setos se convirtieron en árboles imponentes, y pronto recorrían un bosque inmenso. Las ramas se unían, apretadas, a ambos lados de ellos, y creaban pasadizos tapizados por su exuberancia; sobre sus cabezas, las copas de los árboles formaban un dosel que bloqueaba la mayor parte de la luz del sol, aunque de vez en cuando un rayo brillante se colaba para iluminarles el camino.

Por fin, lord Negraespina le soltó la mano y, sujetándola por los hombros, hizo girar a Effie para que mirase hacia delante de nuevo.

—Ahora estamos en Negraespina —dijo— así que puede caminar con normalidad de aquí en adelante.

El tono de lord Negraespina dejaba traslucir una pizca de timidez y la joven comprendió que estaba ansioso por descubrir lo que pensaba de su reino.

Ante ellos, el pasadizo se abría hacia un claro del bosque. En el mismo centro del claro había una sola mesa sobre la que brillaba una vela alegre. Una bandeja de plata, junto a la vela, contenía un puñado de tarjetas de visita extendidas.

Effie se acercó a la mesa, insegura. En una de las tarjetas se leía «Lady Vallebaldío», en una letra cursiva pulcra y fluida. Junto a ella, en otra tarjeta aparecía «Lord Luengasombra» escrito con una caligrafía estirada y amenazadora.

—¿Es este el vestíbulo? —preguntó Effie con curiosidad.

Lord Negraespina sonrió aliviado.

—¡En efecto! Siempre me preocupa que la gente pase de largo, ya que no tengo un mayordomo que pueda guiarles.

Effie observó el claro del bosque otra vez. Había varias salidas entre el follaje, de las que partían más túneles rodeados de ramas. Al final de uno de los túneles de la derecha, divisó otro claro en cuyo centro había un enorme pianoforte rodeado de sillas. Poco a poco, comprendió que no existía una Mansión Negraespina propiamente dicha, todas las estancias se encontraban en el exterior.

«Nunca sería capaz de limpiar este sitio si me convirtiera en la criada del señor Jubilee —pensó la joven horrorizada—. Podría pasarme el día entero trabajando, del amanecer hasta que cayera la noche ¡es imposible limpiar el barro del vestíbulo si está dentro de un bosque!»

Lord Negraespina la seguía mirando expectante, y no quiso ahogar su permanente estado de ánimo risueño con preocupaciones sobre su propio futuro.

—Es encantador —dijo Effie débilmente—. Nunca antes había visto algo así.

Esa respuesta alivió las inquietudes que albergaba el hado, que se relajó de inmediato en su sonrisa habitual.

—¡Esto no es nada! —dijo emocionado—. ¡Por lo menos tiene que conocer la habitación verde ya que está aquí!

Effie se mordió el labio. Era muy consciente de cada segundo que pasaba... cada uno era un segundo más en el que algo urgente como el mantel podía surgir, con el subsiguiente descubrimiento por parte de la señora Sedgewick de que Effie había abandonado la casa. Pero, en cierto sentido, el entusiasmo del hado era más contagioso que la ira de lady Culver… y la brisa era tan fragante, y las hojas tan verdes… Effie había pasado un porcentaje muy grande de su vida en el interior, y esta primera muestra de la naturaleza avivó un anhelo peligroso en su alma.

—En ese caso supongo que podemos ver la habitación verde, señor Jubilee —suspiró la joven—, siempre y cuando seamos rápidos, por supuesto.

—¡Por supuesto! —repitió el elfo—. ¡Muy rápidos!

Cogió a Effie del brazo y la guio con orgullo entre los enormes claros que componían Negraespina. Contra su voluntad, Effie se descubrió extasiada. Estaba la sala del pianoforte, que se asentaba enredado en las raíces de un árbol de proporciones descomunales. (Ni Effie ni lord Negraespina sabían tocar el pianoforte, pero el elfo le aseguró que el instrumento estaba afinado a la perfección). Después, llegaron a una biblioteca poblada de estanterías que se alzaban de una en una bajo el cielo raso. («¿No se mojan los libros, señor Jubilee?». «Negraespina es muy considerada con mis cosas, siempre elige que llueva en otros puntos de la casa»).

Por fin, llegaron a un claro cubierto de musgo y atravesado por un pequeño riachuelo. Había una gran mesa de roble tallada en medio del riachuelo; en algún punto bajo la hiedra que la cubría, Effie percibió el brillo de un servicio de té de plata. La mesa estaba rodeada de sillas, cada una de un estilo diferente; algunas se inclinaban de forma precaria hacia delante por culpa del suelo desigual, pero la hiedra había crecido tan espesa alrededor de sus patas que ninguna había volcado.

Effie consideró la escena con la cabeza inclinada.

—¿Es esta la habitación verde? —preguntó.

—¡Sí! —respondió el hado—. Pero… eh… no es la habitación verde.

—¿No debería haber solo una habitación verde? —preguntó Effie con el ceño fruncido.

Lord Negraespina sacudió la cabeza.

—En absoluto —explicó—. Esta es la habitación verrde, lleva una «r» extra para distinguirlas.

—Comprendo —dijo Effie. Se presionó la frente con los dedos e intentó no imaginarse un futuro en el que tuviera que aprender la diferencia—. Porque muchas de sus habitaciones son verdes, por supuesto.

—¡Exactamente! Al principio me pareció que las habitaciones no encajarían bien con las convenciones de los nombres ingleses, pero es una solución inteligente ¿no le parece?

Effie tropezó con la hiedra y se aferró al brazo de su anfitrión.

—Aunque quizá no era necesario que nombrase sus habitaciones como lo hacen los ingleses ¿no? —preguntó Effie con cautela—. De hecho, si me permite la pregunta… ¿por qué motivo le interesa tanto lo inglés, señor Jubilee?

Lord Negraespina ayudó a Effie a sortear un tronco caído cubierto de musgo.

—¿Cómo no me iba a interesar? —preguntó animado—. ¡Si son ustedes mis vecinos! ¿Cómo voy a ser un buen vecino si no intento entender a los ingleses?

Effie sonrió al escucharle mientras el tronco le arañaba los botines.

—De alguna forma, sus respuestas siempre consiguen sorprenderme, señor Jubilee. En el buen sentido, quiero decir. ¿Es por eso por lo que el pueblo élfico visita Inglaterra? ¿Simplemente se comportan como buenos vecinos?

Lord Negraespina sopesó la pregunta.

—Creo que todos tenemos cierta curiosidad, pero los motivos de nuestra curiosidad son variados. No me atrevería a asumir que comprendo la forma de pensar del resto de mis primos.

Effie tuvo que apoyarse en su mano de nuevo para volver a pisar el suelo.

—Creo que he estado asumiendo que todos piensan igual —reconoció—. Qué tonto por mi parte. Debo admitir, señor Jubilee, que las historias que nos

llegan de los elfos son aterradoras. Aunque, al fin y al cabo, son historias, seguramente no deba creérmelas a pies juntillas.

Lord Negraespina le dio unas palmaditas cariñosas en la mano.

—Si la hace sentir mejor —respondió—, lady Vallebaldío opina que la mayoría de los elfos son, en efecto, muy malvados según los estándares ingleses. Dice que yo soy una agradable aberración.

Effie no sabía lo que significaba la palabra «aberración», pero estaba segura de que a Lydia le encantaría utilizarla. Se hizo una nota mental para después, y entonces recordó que lo más seguro era que su amiga siguiera demasiado enfadada para hablar con ella.

Un destello naranja y un aleteo a su derecha la sacaron de su ensimismamiento. Una mariposa casi del tamaño de su mano le pasó volando perezosa por encima, rozándole el pelo. Mientras la miraba, la mariposa se fue por uno de los túneles de ramas que salían de la habitación verrde.

—Ah, muchas gracias —le dijo lord Negraespina a la mariposa—. Al parecer la habitación verde se encuentra en esa dirección hoy.

—¿Hoy? —repitió Effie. Una nueva punzada de preocupación la aguijoneó. «¿Las habitaciones se mueven?» pensó desalentada. Pero lord Negraespina ya caminaba a buen paso de nuevo, arrastrándola con él, así que lo siguió.

Atravesaron una habitación verrrde y una habitacioón verde, y en cada una de ellas había varias mariposas naranjas como el fuego. Cuando Effie empezaba a pensar que harían falta más «es», lord Negraespina la condujo a un gran prado soleado apenas cubierto por las copas de los árboles.

Ahí no había ningún mueble… aunque Effie era incapaz de imaginar dónde se colocarían los muebles, de haber habido alguno.

La hierba estaba salpicada por florecillas rosa pálido sobre las que descansaba un impresionante manto de mariposas negras y naranjas. Miles de alas de colores se estremecían con delicadeza, como si la pradera misma respirara.

Effie se detuvo en el umbral del claro, maravillada ante las vistas, y contuvo el aliento, le preocupaba que el menor movimiento rompiera la magia del momento.

—Esta es la habitación verde —anunció lord Negraespina con orgullo—. Aunque supongo que ahora mismo es bastante naranja. Quizá deba cambiarle el nombre temporalmente.

—Es preciosa —susurró Effie—. Nunca había visto tantas mariposas. ¿Están siempre aquí?

—No siempre —murmuró lord Negraespina—, pero muchas veces pasan por aquí de camino a algún otro sitio, supongo. Creo que las flores son de sus favoritas, y Negraespina disfruta de su presencia.

Mientras hablaba, una de las mariposas alzó el vuelo, flotando perezosa en el cielo. Otra mariposa se unió a la primera, y pronto el aire estaba cubierto de alas negras y naranjas. Las mariposas se dirigieron a Effie, que dio un paso atrás con un grito de asombro, apoyándose en el elfo. Lord Negraespina la sujetó y tranquilizó pasándole un brazo por los hombros.

—Creo que sienten curiosidad —le explicó con alegría—. Puede que no sean de Inglaterra… ¡a lo mejor no han visto nunca a una criada!

Effie se aferró con más fuerza a él cuando las mariposas los rodearon como una nube, y apretó los ojos contra su hombro. Aun así, captó destellos del remolino de color por debajo de las pestañas y, poco a poco, se descubrió tan maravillada por esa visión que volvió a levantar el rostro. Sus alas suaves le acariciaban el vestido, las mejillas, el pelo… Su contacto era delicado como una pluma. Las mariposas se contentaron con inspeccionarla un momento y seguir su camino, adentrándose a toda velocidad en las ramas que había tras ellos.

Poco a poco, su número se redujo hasta que solo quedaron unas pocas aleteando con indolencia a su alrededor.

—Lo siento —dijo lord Negraespina con suavidad—. ¿Resultan muy aterradoras?

—No —suspiró Effie—. No, nada de eso. Solo me da miedo hacerles daño. Parecen muy frágiles.

Lord Negraespina alargó la mano y, para su sorpresa, le pasó un dedo por el pelo. Un instante después, la joven comprendió que le había ofrecido el dedo a una de las mariposas que se le había enganchado en los rizos de su cabello. Sus ojos verde hoja emitieron una luz extraña y la criatura se le subió

obediente en la mano, el hado apretó el hombro de Effie con la otra mano a la vez.

—Oh, sí… Sí que son bastante frágiles ¿verdad?

Entonces la miró, y a Effie le dio la impresión de que no pensaba en la mariposa cuando hablaba. Fue muy consciente de la calidez reconfortante en la que se apoyaba, y del aspecto afectuoso que conservaban sus rasgos cuando fruncía el ceño, cosa que hacía en tan escasas ocasiones que siempre mantenía un deje de amabilidad pensativa en la expresión.

Un miedo extraño se apoderó de Effie de pronto. No era del mismo tipo que había sentido cuando había conocido al elfo, ni cuando había aceptado el trato; era más bien una sensación sobrenatural de que había cometido un error en algún punto muy importante, sin que fuera culpa del hado.

—Debemos evitar que se retrase demasiado, señorita Euphemia —dijo lord Negraespina de repente. La soltó, y Effie descubrió que echaba inexplicablemente de menos el brazo que la había rodeado.

Se obligó a sonreír aunque en ese momento no le apetecía.

—Muchas gracias por mostrarme la habitación verde, señor Jubilee. Tal como usted dijo, me habría dado mucha pena perdérmela.

Lord Negraespina le devolvió la sonrisa, pero a la joven le pareció que aquella vez faltaba algo.

—Aun llegaremos a buena hora a Vallebaldío —la tranquilizó—, no estamos nada lejos, siempre que no nos desviemos.

Volvió a coger a Effie del brazo (con un poco más de delicadeza, le pareció a ella) y una preocupación extraña en el pecho de la joven se desvaneció.

Mientras recorrían los pasadizos de madera, una niebla difusa empezó a arremolinarse a sus pies; pronto el aire se volvió frío y húmedo, y las hojas y las flores se evaporaron en la blancura. A Effie la niebla le cosquilleaba en los dedos y se los adormecía, pero lord Negraespina no parecía preocupado, así que trató de ignorar la sensación.

Effie no se había dado cuenta de que hubieran abandonado el bosque, pero una mansión alta e imponente de estilo inglés se alzaba en la niebla ante ellos, y comprendió que debían haber dejado Negraespina hacía mucho tiempo para que el cielo estuviera tan despejado y carente de árboles.

—Ah, excelente —dijo el elfo con un deje de alivio—. ¡Hemos llegado a la Residencia Baldía!

Effie se preguntó si su acompañante esperaba algún otro retraso, pero un grito agudo proveniente de la bruma que tenían delante la hizo saltar del susto.

—¡Tú, vuelve aquí! —exigió la voz de un niño pequeño—. ¡Acabo de tocar a alguien ahora mismo!

Un reguero de risitas se acercaba a Effie y lord Negraespina entre la niebla. Poco después, una adolescente alta con pantalones de montar apareció corriendo por el camino y arrastrando a un niño más pequeño de la mano. La muchacha tenía el pelo rubio y tieso y llevaba un corte sencillo, se recogía la melena con un lazo verde precioso de tafetán que hacía un contraste muy marcado con su forma de vestir. El niño de pelo oscuro que la seguía era guapísimo e iba muy elegante con su chaleco hecho a medida y los zapatos brillantes, pero el pañuelo de seda que llevaba en la cabeza se le había bajado un poco y revelaba la ausencia de un ojo.

La chica rubia se detuvo de pronto al ver a Effie y al hado. La sorpresa se reflejó en su rostro, pero, un momento después, se llevó un dedo a los labios con expresión maliciosa y se escondió tras las faldas de Effie arrastrando al niño consigo.

Poco después, un segundo niño apareció dando tumbos en la niebla; llevaba un pañuelo de caballero atado en los ojos.

—¡Os oigo a los dos! —dijo con aplomo—. ¡Se supone que no podéis salir de Vallebaldío, granujas! ¡Son las reglas!

Al niño que se escondía tras las faldas de Effie se le escapó una risita al escucharlo, y el que llevaba el pañuelo en los ojos se lanzó hacia delante con un nítido «Ajá», y colocó la mano en el brazo de lord Negraespina, donde Effie todavía se sujetaba.

—¡Es Hugh! —gritó el niño con los ojos vendados—. ¡He cogido a Hugh!

Se arrancó el pañuelo de los ojos con la mano… y dio un salto hacia atrás acto seguido, cayéndose de culo.

La chica escondida detrás de Effie estalló en carcajadas.

—¡Lo que has cogido es un hada, Robert! —se mofó—. ¡Qué suerte para ti que solo sea lord Negraespina!

El susodicho, muy digno, le ofreció una mano al niño tirado en el suelo, que la aceptó con un leve quejido.

—Pero me has atrapado —dijo el elfo—, eres muy hábil con los ojos vendados, Robert, es cierto.

Robert puso los ojos en blanco.

—No estaba intentando cazar un hada. ¿Pero esto qué es? ¿también atrapé a una dama? Su mirada se desvió hacia Effie, que se sonrojó.

—No soy una dama —admitió—, aunque tú tampoco pareces un hada. ¿Qué haces en Vallebaldío?

Robert frunció el ceño al escucharla, como si intentara descifrar algo que le resultaba familiar en ella. La joven estaba a punto de revisar si llevaba uno de los artificios de lord Negraespina hasta que se dio cuenta de que Robert había visto al hado sin ningún problema.

—Pues hablas como una dama —dijo Robert por fin—, de hecho, hablas igual que solía hablar mamá. ¿De dónde eres?

Lord Negraespina carraspeó.

—Esta es la señorita Euphemia Reeves —le dijo al niño—. Será mi protegida durante un breve período de tiempo.

—Entonces se volvió hacia Effie e hizo un gesto hacia el muchacho—. Este es el señorito Robert. Era un niño inglés, pero me temo que ahora está muerto. Es una de las almas robadas que lady Vallebaldío adoptó cuando heredó el reino de su padre. Detrás de usted se encuentran el señorito Hugh y la señorita Abigail Wilder.

Effie abrió mucho los ojos al escucharlo.

—¿Muerto? —repitió débilmente. Se quedó mirando a Robert de hito en hito, en busca de algún terrible signo de su muerte… pero no había ninguno aparente.

Robert sonrió de par en par.

—¡Bu! —dijo—. ¡Soy un fantasma, soy un fantasma!

—Yo no —comentó Abigail desde detrás de Effie—. Yo solo estoy de visita. Pero Hugh también está muerto. Tampoco es el fin del mundo.

—¿Está tu madre por aquí? —le preguntó lord Negraespina a Robert con curiosidad—. Me quedaría para hacer un turno con la venda, pero me temo que hoy tenemos que cumplir un horario.

—¡Vaya! ¡Pues nos debes un juego para la próxima, finolis! —El niño les sonrió a los dos y volvió por el camino, con el pañuelo enrollado en la mano —. La última vez que la vi, mamá estaba en el pian-forte. Espero que tenga oídos resistentes, señora.

Esto último se lo dijo a Effie, y su mala pronunciación de «pianoforte» vino seguida de un resoplido desdeñoso.

Robert los guio hasta la entrada de la mansión y subieron por unas escaleras de mármol en espiral, los otros dos niños cerraban la marcha. Effie se descubrió buscando señales de sirvientes feéricos. «Deben tener que limpiar el mármol todo el tiempo». Pero, si estaban allí, no tenía las habilidades necesarias para localizarlos.

Mientras bajaban por uno de los muchos pasillos oscuros, iluminados por unas velas azules y escalofriantes colocadas en las paredes, un sonido horrible y discordante resonó a su alrededor. Se parecía lejanamente al de un pianoforte, pero cada nota parecía elegida al azar y las teclas machacadas casi con un regocijo feroz.

—La habilidad de lady Vallebaldío con el pianoforte no tiene rival en todo el Mundo de las Hadas —declaró lord Negraespina con expresión sagaz—. Solía tocarlo varios días seguidos cuando estaba aprendiendo, sin dormir ni nada.

Effie dio un respingo cuando otra nota espantosa y metálica le golpeó los oídos.

—Comprendo —dijo, incapaz de decir nada más educado en aquel momento.

Robert los condujo por el último recodo y a través de una puerta abierta, y Effie divisó por fin la fuente de aquel ruido horrendo. En el centro de un salón de baile con el suelo a cuadros negros y blancos, una dama de aspecto formal con el pelo caoba y un raído vestido gris se encontraba sentada frente a un gran pianoforte. Mientras Effie la observaba, la mujer azotaba las teclas con las manos, presa de un salvaje abandono, machacándolas con las palmas. Lady

Vallebaldío soltaba carcajadas maníacas entre nota y nota, una alegría terrible se reflejaba en su rostro refinado.

Se quedaron observando unos minutos mientras la dama feérica seguía maltratando su pobre instrumento. Effie tuvo que hacer un esfuerzo para no cubrirse los oídos, pero fue incapaz de ocultar los respingos. En algún momento a Robert le debió de dar pena, porque se acercó al piano para captar la atención de la dama y poder gritarle por encima del estrépito.

Lady Vallebaldío dejó de tocar de súbito, inclinando la cabeza hacia él.

—¿Dijiste algo, Robert? —preguntó, con un acento tosco familiar—. No te oí con la música.

Effie observó a la dama feérica anonada. «Es mi antiguo acento —pensó—. No es mi voz, pero mi acento sí, ¡letra por letra!»

Robert le sonrió a lady Vallebaldío.

—He dicho que tenemos invitados, mamá —repitió—. Supongo que no los invitaste para quedarte tocando todo el día.

Lady Vallebaldío se volvió y descubrió a Effie y a lord Negraespina. Su mirada era todavía más insólita que el resto de su persona, ahora que Effie podía verle los ojos descubrió que tenía uno gris y otro verde. Cuando la dama feérica reconoció a lord Negraespina, le dedicó una sonrisa luminosa y se incorporó de un salto.

—¡Aquí está! —exclamó lady Vallebaldío con un fervor que rebasaba incluso el entusiasmo característico de lord Negraespina—. ¡Oh, qué espléndido verle de nuevo!

Se acercó al hado con grandes zancadas, nada propias de una señorita, y se lanzó a sus brazos. Por algún motivo, a Effie le dio un vuelco el estómago al verlo… hasta que ella misma recibió un abrazo similar.

—Su señoría nos visitó hace solo unos días, mamá —observó Hugh, con timidez.

—Así es, por supuesto —respondió lady Vallebaldío—. Pero está aquí otra vez ¿no es estupendo? ¡y esta vez ha traído una invitada! ¡estoy feliz como una perdiz!

Effie envolvió a la dama feérica con sus brazos torpemente, un poco avergonzada por recibir sus abundantes atenciones.

—Eh —dijo—. Es un placer conocerla, señora.

Lady Vallebaldío se apartó al escucharla y se quedó mirando a Effie con expresión de asombro.

—¡Es usted! —dijo excitada—. Es la que tiene mi pronunciación. ¿La está disfrutando?

Effie parpadeó con rapidez.

—No sabía que era su pronunciación la que había tomado prestada —admitió—. Es perfecta. No creo que fuera capaz de hablar tan bien ni aunque practicara durante cien años.

Por algún motivo los ojos de lady Vallebaldío se llenaron de lágrimas ante sus palabras, y liberó a Effie con un repentino sollozo.

—En realidad sí que podría. Podría si alguien la obligara a practicar durante cien años. Debe tener más cuidado con lo que dice en el Mundo de las Hadas ¡o podría encontrarse haciendo justo eso!

Effie la observó boquiabierta, desconcertada ante aquel cambio abrupto de emoción. A su lado, lord Negraespina ofreció con calma un pañuelo que lady Vallebaldío aceptó sin comentarios.

—Lo siento mucho —dijo la dama mientras sollozaba en el pañuelo de seda—. Le entregué toda mi paciencia a mi otra mitad, y ella me dejó las emociones más violentas. Es así siempre, en particular si está disgustada. Su marido y ella tienen que trabajar hasta bien entrada la noche últimamente, y eso me tiene de los nervios.

—Ya, ya —dijo lord Negraespina con suavidad—. La señorita Euphemia no se quedará atrapada en el Mundo de las Hadas a mejorar su pronunciación durante cien años, se lo aseguro. Le conseguiremos un vestido muy elegante mientras estamos aquí y después se casará con el hombre que ama.

«¿Lo haré? —pensó Effie—. Oh. Sí que lo haré. Ese era el plan, en realidad». Por un momento la invadió de nuevo aquel sentimiento incómodo, pero la actitud de lady Vallebaldío había vuelto a cambiar de repente y Effie recibió desprevenida la repentina sonrisa de alegría de la dama élfica.

—¡Un vestido, es verdad! —cacareó lady Vallebaldío—. Sí, lo prometí. Los brownies siguen jugando a los sirvientes, así que estarán encantados de ayudarnos.

La dama feérica se dio la vuelta y echó a andar hacia la puerta a grandes zancadas con lord Negraespina a su lado. Effie aceleró el paso para seguirlos, parpadeando para ahuyentar su confusión.

—¿Jugando a los sirvientes? —preguntó Effie a los niños, que correteaban a su lado.

—En realidad las hadas no son ni nobles ni criados —la informó Abigail con la arrogancia de un adolescente que ha descubierto que es experto en algo —. Solo juegan a ser uno o el otro porque les apetece. Total, casi todas las veces lo entienden todo al revés.

Effie frunció el ceño.

—Cielos —murmuró—. Ojalá pudiera dejar ser una criada cada vez que me apeteciera.

Abigail enarcó una ceja y la miró.

—Bueno ¿acaso no puedes dejarlo cuando quieras? —preguntó—. Es verdad que las hadas se equivocan en muchas cosas, pero tienden a darse cuenta de las obviedades.

Effie hizo un gran esfuerzo para no poner los ojos en blanco.

—No tengo ninguna otra manera de ganar dinero —explicó—. Si dejara de ser una criada, no tendría nada que comer ni ningún sitio donde dormir. Puede que tuviera que irme a un asilo.

Los tres niños se echaron a temblar con tal violencia ante aquella sugerencia que Effie se preguntó si habría dicho alguna palabrota sin querer. Robert se santiguó y Hugh se escondió detrás de Abigail.

—Me casare pronto, de todas maneras —dijo la joven con rapidez, deseando calmar sus temores—. No me convertiré en una dama, pero tendré suficiente para vivir sin ser una criada. Dudo mucho que ninguno de los Ashbrooke haya acabado en el asilo, ni lo vaya a hacer jamás.

—Supongo que el vestido es para la boda ¿no? —preguntó Abigail.

—No exactamente —reconoció Effie con una mueca—. Primero tengo que conseguir que el señor Benedict se enamore de mí. De momento no se me está dando demasiado bien, pero el señor Jubilee está convencido de que el vestido adecuado me ayudará.

—¿El señor Jubilee? —se extrañó Robert—. ¿Y ese quién es?

Effie se mordió la lengua. «Supongo que lord Negraespina no se dedica a darle su verdadero nombre a todo el mundo» pensó.

—Nadie —respondió al instante—. Solo… un amigo. Lord Negraespina me ha traído a ver cómo se hace el vestido, así que supongo que eso será importante.

Abigail asintió muy seria.

—Mamá se encargará de todo —dijo—. Aunque al principio parezca un poco excesiva, esta mitad suya tiene una buena cabeza sobre los hombros. Por eso regresé a Vallebaldío a aprender magia de ella en vez de estudiar con papá. —Puso mala cara—. Por eso y porque él siempre está tan ocupado que la mitad de las veces me siento mal por pedirle que me enseñe.

Esto dio pie a una nueva montaña de dudas en Effie, pero antes de que tuviera la oportunidad de preguntar, lady Vallebaldío se la llevó bailando a otra estancia que estaba llena de telas drapeadas y todo tipo de accesorios de costura. Robert arrugó la nariz al verlo y Hugh se retrasó unos pocos pasos más. Abigail parecía un poco más interesada, pero volvió la vista hacia los otros dos con un suspiro y le lanzó a Effie una mirada de mártir.

—Creo que me toca ser la ciega —declaró—. Buena suerte con el vestido.

Effie la miró sin saber qué responder.

—Buena suerte con la magia —dijo al fin, le parecía la única respuesta educada posible.

Abigail siguió a los otros dos, cogió el pañuelo que tenía Robert y cerró la puerta tras ella.

—¿Qué clase de vestido le interesa? —preguntó lady Vallebaldío con el acento de Effie. La joven abrió la boca para responder, pero se dio cuenta de que la pregunta iba dirigida a lord Negraespina.

—Uno de dignidad seguro que no —dijo el hado—. Ya sabía que la idea era mala, pero es que no hubo tiempo para nada mejor.

—Era demasiado pesado —añadió Effie con timidez— y la gente no paraba de hacerme preguntas.

Lady Vallebaldío sacudió la cabeza con enfado.

—¡Puaj! —escupió—. Dignidad. Me alegro tanto de que esta mitad ya no tenga que preocuparse por eso. No importa… no te haremos un nuevo vestido

de dignidad. —Rebuscó entre los rollos de tela apoyados en la pared y sacó una que parecía hecha de satén blanco y brillante—. A los mortales siempre les impresiona la luz de luna ¿no?

—Me temo que será para un desayuno —respondió lord Negraespina—. En todo caso tendría que ser luz del sol.

—Mala idea —respondió la dama feérica al instante—, a no ser que quiera dejar ciego a su galán.

—Por eso siempre le pregunto su opinión respecto a asuntos mortales, lady Vallebaldío —suspiró lord Negraespina—. Siempre se acuerda de los detalles insignificantes.

Lady Vallebaldío rebuscó un poco más y les enseñó un rollo de una tela traslúcida que se parecía bastante a la muselina.

—¡Oh! —comentó—. Siempre podríamos vestirla de decencia, señorita… ¿Euphemia? No hay nada más ligero que la decencia, todas esas tonterías que se dicen para evitar lo importante. Y nadie le haría ninguna pregunta difícil.

Effie observó la tela esperanzada.

—Suena útil —respondió—. A lo mejor…

—Pero no —interrumpió su anfitriona con un suspiro—.

Nadie la encontraría interesante en absoluto. ¡Buena suerte a quien pretenda despertar el interés de un buen hombre con decencia!

Descartó el rollo de tela con un resoplido.

Effie se quedó cabizbaja. La decencia le había parecido muy bonita.

—¿Tiene alguna otra sugerencia? —preguntó con suavidad. Lady Vallebaldío se volvió para analizar a Effie con sus extraños ojos disparejos.

—Puede ser. Depende del tipo de hombre con el que espera casarse, supongo.

Effie bajó la vista, tímida de pronto.

—Bueno, tengo la esperanza de casarme con el señor Benedict Ashbrooke. Aunque he empezado a darme cuenta de que no lo conozco tan bien como pensaba, si le soy sincera. Es muy atractivo y muy amable, y tiene la sonrisa más cálida que he visto nunca.

Al decirlo, Effie comprendió que eso no era del todo cierto. O, por lo menos, en ese momento era menos cierto que cuando había visto a Benedict

por primera vez, pues la sonrisa de lord Negraespina era incluso más cálida, y ¿no era de lo más peculiar pensar en eso mientras intentaba elegir un vestido para atraer el interés del señor Benedict?

—Muy pocas de nosotras tenemos la suerte de casarnos con un hombre al que conocemos desde hace tiempo —suspiró lady Vallebaldío—. Mi otra mitad tuvo una suerte exagerada al encontrar un hombre lo bastante enfadado. Supongo que la mayoría tendréis que conformaros con hombres amables.

—¿Un hombre lo bastante enfadado? —preguntó Effie desconcertada.

—¿Se ha fijado en cómo están las cosas últimamente? —preguntó lady Vallebaldío—. Cualquier hombre decente debería estar enfadado, me parece a mí. —Se levantó las raídas faldas grises para trepar sobre una montaña de telas dobladas, acercándose a unos rollos al fondo de la estancia—. Si su objetivo es un hombre bueno, con un vestido hecho de deseos no se puede equivocar.

—¿Deseos? —preguntó lord Negraespina en tono aprensivo—. ¿Está segura, lady Vallebaldío? Un vestido hecho por completo de deseos tendrá un coste muy alto.

—Tampoco es que esté haciendo nada con todos esos deseos ¿no? —observó lady Vallebaldío—. Además, últimamente prefiero hacer antes que desear.

Sacó un rollo mucho más pequeño del fondo, y a Effie le dio un brinco tan pronunciado el corazón que se llevó las manos a la boca. El material parecía seda azul claro… pero cuando lady Vallebaldío se lo puso en las manos el color empezó a centellear bajo la luz, desvelando un arco iris de tonalidades relucientes.

—¿Podría usar ese, por favor? —dejó escapar Effie sin poder contenerse. Había algo en aquella tela que la llenaba de anhelo, y de repente no estuvo segura de poder irse si no se llevaba por lo menos un cuadradito de deseos.

—¡Sí que puede! —contestó la dama eufórica—. Pero lord Negraespina tendrá que irse si queremos ponernos a ello ¿no?

Al decirlo enarcó una ceja mirando al hado, que se encaminó hacia la puerta.

—Esperaré junto al pianoforte —prometió—. Háganmelo saber si necesitan algo, cualquiera de las dos.

En cuanto salió de la habitación y cerró la puerta, lady Vallebaldío se giró para mirar a Effie con sus ojos dispares.

—Le tengo cariño a lord Negraespina —explicó—, pero sigue siendo un hada. ¿Le ha causado algún problema? ¿Necesita que la rescaten?

Effie pestañeó al escucharla.

—No, para nada —respondió—. Quiero decir… creo que no necesito que me rescaten. Desde luego, no ha sido su intención crearme ningún problema.

Lady Vallebaldío apretó los labios.

—Bien. Tenemos trabajo que hacer. Mientras nos ocupamos de ello, debe contármelo todo.

Capítulo ocho



Effie le fue explicando la situación a lady Vallebaldío mientras se quedaba en ropa interior. No tenía obligación de contarle nada, lady Vallebaldío no sabía su nombre completo así que no podía sonsacarle la verdad, pero, aunque la dama feérica era dada a extraños exabruptos, poseía una cierta simpatía que la hacía lo bastante humana como para resultar reconfortante.

Mientras Effie hablaba, lady Vallebaldío empezó a dar instrucciones sobre el vestido. Al principio, la joven creyó que se dirigía a ella… pero para su sorpresa un par de sombras pequeñas se despegaron de la pared y tomaron el rollo de tela en brazos.

—¡Cielos, dónde están mis modales! —exclamó lady Vallebaldío—. Debería haberles presentado. Señorita Euphemia, estos son Pulsosereno y Grisotoño. Son los mejores sastres de todo el Mundo de las Hadas y esta semana desean ser criados, ha tenido mucha suerte.

Effie les hizo una torpe reverencia. No estaba muy segura de cuáles eran las normas sociales en aquella situación tan peculiar, así que decidió dirigirse a las dos sombras de la misma manera en que hablaba con otros sirvientes a los que respetaba.

—Es un placer conoceros, os agradezco mucho vuestra ayuda.

La sombra más alta se inclinó hacia ella, y a punto estuvo de perder el bombín hecho de sombras en el proceso. La otra sombra, más o menos de la

mitad de tamaño que la primera, se limitó a agitar una mano con impaciencia.

—¿Pueden… podéis hablar? —preguntó Effie preocupada.

—Oh, sí que pueden —explicó lady Vallebaldío—. Pero los brownies son capaces de cambiar de forma siempre que quieran y adoptar la que deseen. Como están interpretando el papel de sirvientes, intentan ser todo lo silenciosos e invisibles que pueden.

Un escalofrío de incomodidad recorrió a Effie.

—¿Eso no os molesta? —les preguntó quejumbrosa—. ¿No os hace sentir como si cada centímetro de vosotros fuera irrelevante? ¿Como si no importase que no existierais?

La sombra más alta sacudió la cabeza como si no la entendiera, y la más baja le dio unas torpes palmaditas en el hombro. Effie tuvo la impresión de que ninguno comprendía el problema.

—Si tienes elección es diferente —dijo lady Vallebaldío comprensiva—. Las hadas prueban diferentes vidas como si fueran disfraces. Son como niños que juegan a profesiones. Si es para un ratito, andar sin ser visto puede ser divertido. Pero seguramente será horrible cuando es siempre así ¿no?

A Effie se le saltaron las lágrimas.

—Muy horrible. No creo que nadie deba ser invisible nunca. Es como una pesadilla espantosa… saber que podrías desaparecer y que a nadie con la capacidad de ayudarte le importaría.

Las dos sombras se miraron entre sí, pensativas, y lady Vallebaldío frunció el ceño.

—Pero al señor Benedict le importaría si desapareciese, ¿no? —preguntó —. Dijo que era un buen hombre.

Effie se miró los botines.

—Creo que al menos me dedicaría algún pensamiento pasajero —respondió en voz baja—. Se preguntaría dónde me he metido. Aunque eso no es lo mismo que preocuparse por alguien ¿verdad? —se secó las lágrimas—. Para él no soy invisible del todo, eso es cierto. El señor Benedict me habla y me sonríe, hasta se quitó las botas cuando las tenía llenas de barro para que no tuviera que trabajar de más.

—Bueno —dijo lady Vallebaldío despacio—, eso es… amable por su parte.

—Lo dijo en tono de duda, y Effie comprendió con tristeza lo patético que había sonado aquello—. Como mínimo no es cruel.

—Sí que me anima pensar en él —continuó Effie suavemente—, y me muero por bailar juntos, aunque sea una vez. Creo que podría ser muy feliz con él, mucho más de lo que soy ahora, eso seguro. Y me encantaría hacerle feliz.

Lady Vallebaldío consideró sus palabras.

—Creo que hay razones mejores para casarse con alguien que el hecho de que te mire a los ojos en vez de a la pared —comentó—, pero yo siempre he sido una «señorita», aunque en ocasiones haya creído que las hadas de aquí me matarían por comer con la cuchara equivocada. Si cree que el señor Benedict será bueno con usted, y que casarse con él les hará más felices a los dos, me parece que tenemos que conseguirle un vestido que valga la pena admirar.

Effie jugueteó con su camisola interior, nerviosa.

—Aunque me preocupa un poco… el vestido hecho de dignidad hizo que la gente actuara de forma muy rara, y me temo que un vestido hecho de deseos provocará el mismo efecto. No quiero embrujar al señor Benedict para que se enamore de mí.

Lady Vallebaldío sacudió la cabeza.

—Claro que no —le dio la razón—. Pero querrá llamar su atención ¿no? Una vez conseguido eso, puede asegurarse de llevar algo normal y aburrido cuando le pida matrimonio.

Effie asintió, un poco más tranquila. La sombra más baja le volvió a dar unas palmaditas en el hombro, y por un momento le pareció adivinar un susurro en el aire. «Ea, ea, ea», una voz como una ráfaga de viento que la consolaba. El sirviente élfico se escabulló y poco después las dos sombras desenroscaron la tela. Bajo la atenta mirada de Effie, hilos brillantes hechos de deseos se desenredaban, flotaban hacia ella y la envolvían.

Cada hebra le provocó un pequeño escalofrío de anhelo, y se descubrió pensando en todas las cosas que había deseado alguna vez. En una ocasión había deseado con todas sus fuerzas un bastidor de bordado. No tenían mucho dinero, pero George se las había ingeniado para conseguirlo. Effie se lo había agradecido colándose en su habitación y bordándole una pequeña campanilla

en el cuello de la camisa. El recuerdo le sacó una sonrisa melancólica, y pensó en lo fascinado que se sentiría George si supiera todo lo que había visto en el Mundo de las Hadas hasta entonces.

Poco después, la sonrisa de Benedict acudió a sus pensamientos, y Effie se descubrió deseando intensamente volver a contemplarla. Aunque, sin darse cuenta, otro deseo se sumó al de bailar con él, provocando que frunciera el ceño.

—¿Le preocupa algo? —preguntó lady Vallebaldío.

—Estaba pensando en que me gustaría volver a bailar con lord Negraespina —musitó Effie—. Ya bailé con él una vez, pero estaba muy nerviosa y acabé en el barro. No para de decirme que ha aprendido mucho desde entonces… ¿cree que quiere bailar conmigo de verdad? Pensaba que lo decía porque le encanta divertirse, pero insiste mucho.

Effie identificó una nota de esperanza en su propia voz y bajó la vista, avergonzada.

—Oh, sí que le encanta divertirse —rio lady Vallebaldío—, pero siempre dice la verdad. Llevo tiempo intentando enseñarle a bailar, aunque si tengo que ser sincera, me parece un caso perdido. —Por algún motivo, la dama feérica le dirigió una sonrisa artera a Effie—. ¿Le gustaría bailar con él de todas maneras? ¿Aunque siga siendo igual de mal bailarín?

Effie asintió, mirando al suelo, y lady Vallebaldío le dedicó una gran sonrisa.

—¿De verdad es lord Negraespina muy distinto del resto de las hadas? —preguntó Effie de repente—. Dijo que usted lo llamó una aberración.

Lady Vallebaldío rio de nuevo, y esa vez había un extraño deje de triunfo en su risa.

—Lord Negraespina es una auténtica aberración —declaró—. Es muchísimo menos malvado que todos nosotros.

Effie parpadeó.

—¡Pero si usted no parece malvada en absoluto! —protestó.

—Uf, los villanos me encuentran de lo más perversa —le aseguró la dama feérica—. Pero usted no es ninguna villana, así que no le tengo ninguna maldad reservada. Lord Negraespina no es malvado en absoluto, o por lo

menos no a propósito. Creo que tiene algo que ver con Negraespina… con el reino, quiero decir. Está siempre creciendo, cambiando e intentando ser algo distinto a lo que fue el día anterior. Me parece que ha convencido a lord Negraespina de que intente crecer también, y ahora casi se ha transformado en algo muy diferente.

Effie apretó los labios.

—¿Casi se ha transformado? ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que por mucho que lord Negraespina lo desee, sigue sin tener un alma humana. Solo posee un alma feérica, que suele ser más que suficiente, pero no se le da tan bien crecer como a un alma humana. Cada cambio, por pequeño que sea, a él le cuesta un gran esfuerzo.

Effie asintió vacilante.

—Entonces para él supone un esfuerzo tremendo volverse virtuoso como desea ¿no?

—Un esfuerzo tremendo —confirmó lady Vallebaldío—. Pero esperemos a ver qué ocurre ¿no le parece? A lo mejor al final lo consigue.

La dama élfica le señaló con un gesto un rincón distinto de la habitación en el que Effie descubrió un gran espejo muy ornamentado.

—Vaya a echarle un vistazo a su vestido. Pero tenga cuidado con el espejo… nunca se sabe lo que puede verse en ellos mientras se está en el Mundo de las Hadas.

Effie siguió las instrucciones de la dama con una ligera inquietud, pero todo lo que vio en el espejo fue a una sirvienta anodina con un vestido bonito.

Hacía mucho que no se miraba al espejo, y descubrir su propio reflejo le resultó bastante deprimente. El pelo castaño seguía igual de mal cortado y apagado; se lo había recogido en un moño apretado para trabajar, pero durante la travesía por Negraespina se le habían soltado unos cuantos mechones. Tenía la piel pálida, de un tono enfermizo y descolorido por haber estado encerrada tanto tiempo. Sus ojos eran del color deslucido del barro. Calzaba unos botines viejos y muy sucios, y tenía las manos ásperas y llenas de callos tras tantos años de trabajos domésticos.

El vestido que llevaba era tan espléndido que se sentía sucia y desgastada en comparación. Los deseos bajaban formando ondas hasta el suelo, como en

una cascada, y a la luz titilante de las velas azules de las paredes, el vestido iba cambiando de color. Los brownies habían hecho un trabajo sin igual; el cuello estaba perfectamente alineado, el encaje de las mangas iba rematado por puntos impecables y las costuras eran casi invisibles.

Al ver el vestido, una nueva oleada de anhelos golpeó a Effie.

«Me encantaría ser una dama —pensó—, pero ni el vestido más bonito del mundo podría lograr esa transformación. Es incomprensible que Benedict me confundiera con una».

—Guantes y zapatillas —exclamó de pronto lady Vallebaldío—. También los necesitará ¿no?

Effie se miró los botines. «No importa».

—Debería volver al trabajo pronto —dijo en voz baja.

—No quedan suficientes deseos para otro vestido completo —dijo la dama élfica consternada—. Deberíamos usar lo que sobra para algo ¿no le parece?

A Effie se le ocurrió una idea sorprendente mientras se miraba los botines.

—¿Se podrían desenredar los deseos para formar un hilo? Me encantaría utilizarlos para bordar algo, si pudiera.

—Sí que se puede. Según lord Negraespina sus bordados son extraordinarios.

Effie sonrió cabizbaja.

—Lord Negraespina siempre tiene adjetivos para todo —comentó—. Es parte de su encanto… pero no confunda su opinión con la verdad. Nunca podría bordar algo ni la mitad de hermoso que el vestido de Pulsosereno y Grisotoño.

Lady Vallebaldío soltó una risita burlona.

—En las opiniones no hay verdades que valgan. Está la gente a la que le gusta algo y a la que no. Si a lord Negraespina le gustan sus bordados, entonces para él son preciosos ¿o no?

Effie se animó ante aquella observación, aunque no contestó. En realidad, se le había ocurrido que la chaqueta de lord Negraespina sería mucho más bonita si la bordara con hilo de deseos en vez de seda normal. Sabía que las zapatillas y los guantes no la harían ni la mitad de feliz de lo que lo haría a él la chaqueta.

Al pensarlo, se dio cuenta de que los bordes del espejo que tenía delante se oscurecían de forma extraña. Levantó la cabeza y descubrió que el reflejo había cambiado por completo. En lugar de una criada exhausta con un vestido precioso, se encontró con un gran claro de bosque en el que florecían un montón de rosales. Debía de ser algún punto de Negraespina, pensó Effie, ella nunca había visto árboles tan altos ni un verde tan vivo en ningún otro lugar.

En el centro del claro había un tocón de árbol enorme que destacaba sobre el resto del follaje. Parte del tocón había sido tallado para que pareciera una silla… pero era una silla tan gigantesca que seguramente habrían cabido tres Effies al mismo tiempo, y todavía quedaría sitio para dos de los niños de Vallebaldío.

—No lo entiendo —dijo perpleja—. ¿Hay algún motivo por el que deba ver una silla en el espejo?

La dama élfica se encogió de hombros.

—No siempre entiendo lo que veo en los espejos de aquí —admitió—, pero seguramente esté relacionado con algo en lo que esté pensando. —Hizo una pausa—. ¿A lo mejor le duelen los pies de estar tanto rato parada?

Effie sacudió la cabeza, igual de anonadada.

—A lo mejor es eso —farfulló.

—¿Le pareció bien el vestido, antes de que se colase la silla? —preguntó lady Vallebaldío.

—El vestido es maravilloso —le aseguró Effie. Se giró hacia Pulsosereno y Grisotoño un poco nerviosa—. Muchísimas gracias a los dos. ¿Os debo algo? Lord Negraespina dice que las hadas no pueden dar regalos.

—Yo sí que puedo —declaró lady Vallebaldío—. Para eso tengo media alma humana. Y soy yo la que pagará a los brownies. Pero, si quisiera darme algo a cambio del vestido, tengo una idea en mente.

—Sí que me gustaría devolverle el favor. ¿En qué estaba pensando?

La dama sonrió.

—Debería bailar con lord Negraespina antes de irse. Necesita una pareja con la que practicar y yo estoy harta de que me pise.

—¡Oh, es perfecto! —exclamó lord Negraespina cuando Effie y lady Vallebaldío regresaron a la estancia del pianoforte—. Está radiante, señorita Euphemia. ¡Estoy seguro de que captará la atención del señor Benedict de inmediato!

Effie sonrió arrepentida al escucharlo. Después de verse en el espejo, estaba convencida de que las opiniones del hado sobre su belleza eran tan acertadas como las que tenía sobre sus bordados. Aun así, la sinceridad de su voz hizo que se sintiera más bella de lo que sabía que era, y se irguió un poco más.

—Las hadas no pueden mentir —comentó—, así que debe creerlo de verdad, supongo.

Lord Negraespina la observó sorprendido.

—Por supuesto. Ya sé que las cosas no han salido como esperábamos hasta ahora, señorita Euphemia, pero todo ha sido culpa de una mala suerte espantosa. Tan solo necesita encontrar la oportunidad adecuada; el señor Benedict no tardará en enamorarse en cuanto la conozca un poco más.

Effie sopesó sus palabras. Estaba a punto de contestar cuando lady Vallebaldío se dirigió al pianoforte y se sentó en el banco. La dama élfica posó los dedos sobre las teclas provocando que Effie diera un respingo instintivo, pero, en esa ocasión, interpretó una melodía delicada y vivaz con toda la habilidad que se podía esperar del mejor pianista del Mundo de las Hadas.

—¡Oh! —exclamó lord Negraespina encantado—. ¡Es una cuadrilla!

—Sí que es una cuadrilla —confirmó lady Vallebaldío—. He pensado que podría practicar con la señorita Euphemia mientras está aquí. Tendrá que imaginarse a las otras parejas, pero sospecho que la imaginación no es problema para un hada.

—¡Ninguno en absoluto! —el elfo abandonó el mantel de encaje en la parte posterior del pianoforte y se giró hacia Effie con los ojos verde hoja más brillantes de lo normal—. ¿Me concede este baile, señorita Euphemia? —preguntó con el mismo tono de siempre, aunque Effie percibió con nitidez la sinceridad con la que hablaba.

El hado realmente quería bailar con ella, comprendió. Igual que creía que sus bordados eran más bonitos que un vestido hecho de deseos, igual que le

parecía encantadora a pesar del pelo desigual y los botines desgastados… sentía un deseo genuino de bailar una cuadrilla con ella.

—Me encantaría bailar con usted, señor Jubilee —respondió Effie con voz queda, y aceptó su mano con un extraño aleteo en el corazón.

El elfo no rehuyó el contacto a pesar de que tenía las manos desnudas y encallecidas. Resultó evidente desde el primer momento que no tenía la menor idea de lo que hacía; le hizo una reverencia perfecta antes de comenzar, pero lo demás fue un desastre absoluto. Lady Vallebaldío le indicaba los pasos alegremente desde el pianoforte, pero incluso Effie, con su limitado conocimiento al respecto, se dio cuenta de que lord Negraespina no dejaba de confundirlos. Más de una vez, chocó con él mientras intentaba seguir las instrucciones de lady Vallebaldío, pues él seguía otras distintas.

A pesar de todo, Effie sonreía tanto que le dolían las mejillas. Demasiado pronto, la música terminó y lady Vallebaldío alzó las manos del teclado.

—¡Creo que ese ha sido mi mejor intento hasta la fecha! —exclamó lord Negraespina sonriente—. Por supuesto, el tener una pareja tan talentosa es una gran ayuda. Gracias por consentirme, señorita Euphemia.

—Sí que me parece que ha sido su mejor intento —respondió Effie con cariño—. Sin duda ha sido mi mejor baile.

Por un momento, Effie creyó comprender la tendencia de lord Negraespina de tratarlo todo con gran deleite, pues lo dijo con absoluta honestidad, aunque casi todo el mundo lo hubiera considerado un baile bastante desastroso.

Los ojos del hado se iluminaron de nuevo ante aquel cumplido, y Effie se sintió tan ligera que se preguntó si echaría a volar pronto. Comprendió que ese sentimiento era opuesto a como solía sentirse en Hartfield. Por más que siempre pensaba en sí misma como una joven irritable, en aquel momento esa horrible ira que siempre latía en su interior había desaparecido y su lugar lo ocupaba un placer auténtico y una alegría de vivir que la joven había asumido que solo le estaba permitido a los niños.

Debía ser un hecho insólito, una extravagancia ocurrida porque se encontraba en el Mundo de las Hadas. Su alegría se apagó un poco al comprender que pronto tendría que dejarlo atrás. En algún momento el trato

terminaría y lord Negraespina y su infinito sentido de la maravilla desaparecerían de su vida.

—¿Podemos volver a bailar? —preguntó Effie.

Estaba segura de que las mujeres no debían pedirles un baile a los hombres, pero, siendo estrictos, las criadas tampoco debían bailar con las hadas.

La pregunta pilló desprevenido al hado, pero se dirigió a lady Vallebaldío con alegría.

—¿Le importaría mucho? —le rogó—. ¡Hacía años que no lo pasaba tan bien!

Lady Vallebaldío posó las manos en las teclas por toda respuesta, y empezó a tocar.

Effie pronto perdió la cuenta de las canciones y de los bailes compartidos. Cada vez que empezaba a pensar que quizá debería volver, un sentimiento terco y furtivo le arrebataba la buena voluntad. La idea de volver a Hartfield, de volver bajo tierra y quedarse allí encerrada una eternidad otra vez, le robaba las fuerzas. Ya casi la embargaba la asfixia desamparada del mundo que existía más allá de la puerta verde.

En ese instante, en ese lugar, Effie bailaba con un elfo que disfrutaba de su compañía, en un mundo en el que lady Culver no podía alcanzarla. En algún momento, una llamada en la puerta les interrumpió y, al detenerse la música, la joven volvió en sí con un sobresalto.

—Perdona, mamá —se disculpó Abigail—, tengo clase ¿no?

Lady Vallebaldío se levantó de un salto del piano.

—¡Sí! —exclamó—. Ay, me siento fatal, Abigail, mira que olvidarme… —en ese momento empezó a lagrimear—. ¡Ala, a llorar otra vez! Tendrás que darme un momento hasta que me serene.

Lord Negraespina soltó a Effie para darle unas palmaditas de consuelo en el hombro.

—Siento mucho haberla entretenido, pero muchas gracias por todo. Ha sido una tarde realmente maravillosa.

«En fin —pensó Effie con tristeza—, todo lo bueno se acaba». Cuando lady Vallebaldío ya se iba a toda prisa, se acordó de algo de pronto.

—¡Tengo que cambiarme el vestido! —exclamó—. Y… me gustaría llevarme el resto de los deseos, si es posible.

Lady Vallebaldío asintió entre lágrimas.

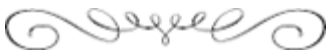
—Qué tonta soy —farfulló—. Hoy estoy en las nubes. Vaya a por sus cosas, por supuesto.

Effie regresó a la habitación en la que había dejado su vestido normal, pero, más que la prenda, le alivió acordarse de los deseos, que Pulsosereno y Grisotoño habían desenredado y colocado en bobinas de hilos.

«Por nada del mundo querría olvidármelos» pensó mientras se cambiaba y doblaba el vestido hilado con deseos.

Lord Negraespina salió a su encuentro al pie de las escaleras y se ofreció de inmediato a llevarle los regalos de lady Vallebaldío, lo que resultó muy amable por su parte.

De lo que Effie no se dio cuenta fue de que los dos habían olvidado otra cosa.



Effie y lord Negraespina acababan de salir de los alrededores neblinosos de Vallebaldío y se encontraban ya rodeados por los enormes árboles de Negraespina, cuando el hado se detuvo de repente y exclamó:

—¡Caray!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Effie.

—Justo lo que me temía —dijo el hado dando un paso atrás—. Parece que hemos entrado en el Capricho de Negraespina.

Hizo un gesto hacia delante y Effie giró la cabeza en la dirección que le señalaba. Entre los últimos vestigios de la niebla, descubrió un tocón de árbol con forma de silla que le resultó familiar.

—Oh. ¡Es la silla que vi en el espejo de lady Vallebaldío! —miró al elfo con expresión interrogante—. ¿Qué problema hay?

Lord Negraespina sacudió la cabeza con tristeza.

—Negraespina siempre tiene buenas intenciones, pero a veces tiende a excederse en sus servicios, si me entiende. Por eso le comenté antes que debemos ser cuidadosos de mantener nuestros objetivos claros en la mente. Negraespina siempre intenta llevarte a donde deseas ir… pero, si no sabes cuál es tu destino, supone que lo que necesitas en realidad es sentarte a meditar un rato.

Effie sintió una punzada de culpabilidad al escucharlo. Antes de que su anfitrión acabara la frase, ya sabía que había sido su mente la que se había distraído. «He pasado una tarde tan encantadora que no quiero regresar a Hartfield en absoluto».

—Aprecio la consideración —respondió Effie—, pero lo cierto es que necesito regresar. Ya me he quedado más tiempo del que debería.

Lord Negraespina asintió, pero su semblante reflejaba cierta inquietud.

—¡Muchas gracias! —gritó a su alrededor—. ¡No necesitamos la silla, de verdad! ¡Nos iremos ahora, si no te importa!

Lord Negraespina se giró y echó a andar con paso firme por donde habían venido. Effie lo siguió, pensando con fiereza en todas las tareas que tenía que terminar. Pero, por algún motivo, aunque habían ido en dirección contraria al Capricho de Negraespina, pronto se encontraron en el mismo lugar, frente a la silla en el claro.

—¡Caramba! —dijo lord Negraespina.

Effie frunció el ceño.

—¿Negraespina no le hace caso si le dice que estamos bien?

—Lo siento mucho, señorita Euphemia —suspiró el hado—. Como le he dicho antes… Es Negraespina quien me posee, y no al contrario. Somos amigos, en cierta manera, así que puedo intentar explicar la situación, pero sospecho que Negraespina hoy no se siente especialmente servicial.

«Me recuerda a alguien —pensó Effie con frialdad—, desde luego que Negraespina se parece mucho a su caballero». Pero no lo dijo en voz alta.

—Creo que es culpa mía —admitió—. Lo cierto es que no quiero volver a trabajar para lady Culver. Cada vez que pienso en ello, siento que me falta el aliento.

Lord Negraespina se preocupó.

—Eso no me parece sano —comentó—. He oído que hay enfermedades mortales que viajan por el aire. ¿Cree que puede haber algo contaminado debajo de Hartfield?

Effie sacudió la cabeza.

—No me refería a eso. Aunque… Es verdad que el ambiente está bastante cargado en la planta de abajo. No, lo que quería decir es que… —suspiró—. Me siento atrapada porque sé que lady Culver podría truncar mi vida en cualquier momento. No tiene sentido, lo sé, fui yo la que se presentó para el puesto de trabajo y me pagan por realizarlo. ¿Por qué tendría que sentirme mal si estoy haciendo exactamente lo que prometí que haría? Y, por otro lado, si soy tan desgraciada ¿por qué me siento todavía más desdichada solo de pensar que lady Culver pudiera despedirme? ¿Por qué no puedo simplemente sentirme agradecida de tener trabajo, señor Jubilee?

El semblante de lord Negraespina reflejaba cada vez una mayor preocupación al escucharla.

—Si todas las opciones son horribles —respondió despacio—, entonces es otro tipo de trampa ¿no?

Effie se miró las botas, abochornada.

—A veces —confesó—, he pensado en renunciar al trabajo, incluso aunque significara morirme de hambre. Pero solo por un momento, señor Jubilee. Después siempre me acuerdo de que una cosa es pensar en morirse de hambre y otra muy distinta pasar hambre de verdad.

Lord Negraespina guardó silencio. Por algún motivo, la silla del claro parecía alzarse imponente en aquella calma.

—Entonces ser una criada es algo horrible —dijo por fin el elfo—. Siento mucho haberle ofrecido ese trato, señorita Euphemia… ser criada para siempre. No querría ser el motivo de su desgracia.

Effie se cruzó de brazos, incómoda.

—Yo acepté los términos, así que no debe sentirse mal al respecto.

—Pero solo tenía opciones horribles —insistió el hado—. No soy mejor que su empleadora, si lo único que le he ofrecido es una nueva elección espantosa —sacudió la cabeza—. Lo que quiero decir es que necesitamos

regresar a Inglaterra de inmediato. Su felicidad depende de ello. Se casará con el señor Benedict y todo mejorará.

Había un deje extraño en su voz y Effie lo observó con curiosidad. Lord Negraespina tenía la misma expresión que si estuviera discutiendo con alguien sobre el tema… aunque ella no tenía ninguna intención de discutir. Al final, sabía que tenía que regresar a Hartfield para cumplir su parte del trato. ¿A lo mejor lord Negraespina estaba hablando con la silla que tenían delante?

«Pero el señor Jubilee me mira a mí, no a la silla». Sus rasgos afilados estaban oscurecidos por la confusión y la pesadumbre, y Effie abrió la boca para preguntarle qué era lo que lo había entristecido tanto… pero antes de poder pronunciar una palabra, vio desaparecer la silla.

—¡Anda! —exclamó Effie parpadeando—. ¡Hemos escapado del Capricho de Negraespina! Debo haberme convencido a mí misma de cuál es nuestro destino, señor Jubilee.

Lord Negraespina le sonrió, aunque esa vez la sonrisa no le llegaba a los ojos.

—Eso lo explicaría. Debemos aprovechar el momento mientras los dos estamos seguros.

Tardaron muy poco en aparecer en Inglaterra. Era media tarde cuando lord Negraespina guio a Effie hasta la salida del laberinto en Hartfield. La visión de la casa le produjo una pesada sensación plomiza en el estómago, pero la joven se recordó que Benedict, por lo menos, estaba allí dentro. La carga se alivió un poco al recordarlo.

—Llega muy poca luz solar a la planta del sótano de Hartfield —murmuró lord Negraespina a su lado—. A lo mejor ese es el problema. ¿Los humanos no necesitan la luz del sol para crecer?

—Eso son los árboles, señor Jubilee —respondió Effie con cariño. Pero resultaba innegable que se le hacía difícil abandonar la luz del sol, ahora que la había probado.

—¡Oh! —dijo el hado de pronto—. ¡Su vestido! —Le ofreció el paquete marrón que llevaba—. Casi se me olvida.

Effie aceptó el paquete.

—Yo también me siento olvidadiza hoy —admitió—. Muchas gracias por todo, señor Jubilee. Ha sido maravilloso estar en el exterior un rato. He pasado una tarde preciosa.

Lord Negraespina, que aquellos últimos momentos parecía algo alicaído, se animó de nuevo al escucharla y su sonrisa se volvió más firme.

—El placer ha sido todo mío, señorita Euphemia. Que tenga una buena tarde, regresaré puntualmente el día del desayuno.

Effie tuvo que obligarse a alejarse de él y dirigirse a Hartfield, pero cada paso le resultó un poquito más sencillo que el anterior. «En menos de cien días —pensó—, estaré o bien casada con el señor Benedict o bien me dedicaré a barrer la suciedad de Negraespina durante el resto de mi vida. De cualquier forma, no me quedaré aquí para siempre».

Un momento después de su regreso a los pasillos oscuros y estrechos del piso de abajo, Effie se encontró con la señora Sedgewick. El ama de llaves se quedó boquiabierta al verla y se llevó la mano al pecho, asombrada.

—¡Effie! —gritó con una mezcla de ira y alivio—. ¿Dónde diantres te habías metido?

Effie se quedó congelada un instante.

—Lo… lo siento, señora Sedgewick. Yo… solo quería salir un momento, pero parece que me ha llevado una hora o dos más de lo que pretendía.

La señora Sedgewick parpadeó por toda respuesta, y Effie comprendió que había hablado con un acento mucho más refinado del habitual.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza, muchacha? —la increpó—. Llevas desaparecida dos días enteros, y ahora que por fin regresas ¿pretendes hacerte pasar por una dama?

Effie miró fijamente al ama de llaves.

—No lo entiendo. No puedo haberme ido dos días enteros. Es imposible.

Pero la expresión de la señora Sedgewick era tan furibunda que Effie sabía que decía la verdad, y al recordar su tiempo en Vallebaldío la invadió una lenta sensación de espanto. «Estuve bailando con lord Negraespina mucho tiempo, y todos los cuentos dicen que el tiempo discurre de una forma extraña en el Mundo de las Hadas».

—¿Es ese el mantel que tenías que remendar? —preguntó el ama de llaves con aspereza—. ¡No me digas que has ido hasta el pueblo con él!

El mantel.

—Oh, no —gimió Effie, llevándose la mano a la cara.

Lord Negraespina lo había dejado encima del pianoforte de lady Vallebaldío.

Capítulo nueve



La señora Sedgewick estaba furiosa, y con buen motivo. Effie soportó la regañina, todavía más severa porque no fue capaz de explicar dónde había estado. La joven sospechaba que habría podido convencer al ama de llaves si le hubiera enseñado el vestido de deseos… pero de repente le dio miedo que ella o lady Culver se lo quitaran si descubrían su existencia. Así que se pasó casi una hora esperando a que le notificaran su despido, pero en vez de eso el ama de llaves se agotó de gritarle para después añadir que el mantel de encaje se lo deducirían del sueldo de ese año y que se pasaría cada noche desde entonces hasta el final de los tiempos cenando en la antecocina mientras la limpiaba de arriba abajo.

Tal como le habían prometido, Effie se encontró esa misma noche en la antecocina fregando los platos sucios.

Aunque estaba acostumbrada a irritarse cuando le pasaban ese tipo de cosas, aquella vez no fue capaz de reunir ni una migaja de rabia. Lo único que sentía era que había fallado. ¿Qué criada en su sano juicio esperaría que darse un paseo por el Mundo de las Hadas le traería algo bueno?

Se escuchó una llamada queda en el marco de la puerta. La joven se encogió por instinto, a la espera de un nuevo rapapolvo de algún otro jefe de servicio enfadado, pero no era más que George con la cena.

—No me puedo creer que desaparecieras sin decirme nada —suspiró—. La señora Sedgewick no me decía dónde estabas. Pensé que por fin te habías decidido a renunciar y escaparte.

Effie cogió el cuenco que le ofrecía con semblante preocupado y lo posó el tiempo justo de darle un fuerte abrazo.

—No pretendía asustarte —dijo con suavidad—. Me siento fatal, de verdad.

Por algún motivo, su hermano se echó a reír, pero a mitad de carcajada la risa se transformó en una tos seca, y tuvo que soltar a Effie para sujetarse en la encimera.

—La señora Sedgewick te dice que practiques francés ¡y vas tú y practicas inglés! —resolló—. ¿A qué te has dedicado los dos últimos días?

—Tienes una buena tos. No me gusta como suena —observó Effie preocupada.

George le restó importancia con un gesto.

—Cookie me ha preparado un té asqueroso —respondió—. También me dijo que me metiera cáscara de naranja en los agujeros de la nariz, pero la idea no me hace ninguna gracia.

—Mi desaparición no ha ayudado precisamente a que te recuperaras —murmuró la joven con la cabeza gacha—. ¿Por qué no te acuestas? Cada momento que pasas aquí me siento peor.

—Ahora que estás de vuelta dormiré mejor —dijo George con otro gesto de la mano—. Pero no trabajes demasiado en la antecocina. La señora Sedgewick no te iba a despedir, ya nos falta personal ahora y todos sabemos que lady Culver no contrataría un reemplazo si te fueras.

Effie frunció los labios.

—Me extrañó que la señora Sedgewick no me despidiera en el acto —admitió—. Por un momento tuve la esperanza de que se preocupara por mí de verdad, pero eso tiene mucho más sentido.

George le dio una palmada amistosa en el hombro.

—Llevas siendo la criada perfecta desde que llegaste, si te dejara marchar estaría loca. Ya te tocaba meter la pata un par de veces, aunque sea para que los demás no nos sintamos como unos inútiles a tu lado.

Effie le sonrió débilmente. Por un momento, pensó que podía contarle a George lo del trato con lord Negraespina, aunque fuera para no mentirle, pero parecía todavía más agotado que dos días atrás y le preocupaba que su confesión le supusiera una nueva carga.

—Vete a dormir, George —le dijo en cambio—. Ya hablaremos más por la mañana —mientras hablaba, lo agarró de los hombros y lo empujó fuera de la antecocina.

Sin embargo, solo quince minutos después de que su hermano desapareciera, otra persona cruzó la puerta.

—Supongo que no te han raptado en el Mundo de las Hadas, entonces —murmuró Lydia. Tenía aspecto cansado y culpable—. Pensé que… bueno, me preocupaba haberte convencido de que renunciaras al trato.

Effie dio un respingo.

—Sí que estaba en el Mundo de las Hadas, pero se suponía que solo iba a ir una o dos horas. Perdí la noción del tiempo, como dicen en los cuentos. Tengo suerte de no haber perdido un año entero de mi vida.

Lydia sacudió la cabeza al coger un plato sucio.

—Hadas —farfulló—. No dan más que problemas. Supongo que lord Negraespina no te avisó de que eso podía pasar ¿no?

Effie suspiró hondamente.

—Si sabía que era posible, estoy segura de que se le olvidó mencionarlo. Lo más raro de todo es que sí que tiene buenas intenciones. Es solo que hay cosas que no entiende, o… o que no es capaz de pensar con suficiente antelación.

—Pues entonces no será de mucha ayuda para ganar la apuesta ¿no? —dijo Lydia con una mueca.

Effie sintió una punzada de preocupación ante su observación.

—Estoy segura de que seguirá intentándolo —respondió débilmente.

—Intentarlo no servirá de nada si lo que consigue es que te despidan —dijo Lydia siendo práctica—. Tenemos que ocuparnos nosotras mismas de esto.

Effie la miró sorprendida, y su compañera le dirigió una sonrisa de arrepentimiento.

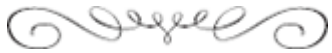
—Siento haber pensado que te burlabas de mí. No lo has hecho nunca, no eres de esas. Estaba disgustada y lo pagué contigo. Lo que importa es que somos amigas, tenemos que cubrirnos las espaldas.

Effie se dio cuenta de que Lydia se había puesto a fregar los platos a su lado. Un punto de esperanza y cariño le calentó el pecho, y desplazó el sentimiento de desprecio hacia sí misma que había anidado en él.

—La señora Sedgewick no querrá dejarte salir otra vez —continuó Lydia —, pero tienes que ir al desayuno del señor Jesson sin que ella se enfade después. Cookie me debe un par de favores, veré si puede enviarnos a hacer algunos recados en la ciudad ese día. No sé si podré hacer algo más, pero por lo menos puedo ir contigo y protegerte.

Lydia se quedó ayudando a Effie durante la cena. Fue un trabajo duro, pero cuando terminaron Effie se sentía mucho más optimista que a su regreso.

Por algún motivo, cuando se recostó en la almohada y cerró los ojos, no soñó que bailaba con el señor Benedict, sino que llevaba un vestido confeccionado de deseos y bailaba con un elfo apuesto en una sala del distante Mundo de las Hadas.



Durante los días siguientes, el ama de llaves tuvo a Effie muy ocupada. La joven acometió las múltiples tareas que le encomendaron con toda la energía que fue capa de reunir, muy consciente de que el desayuno del señor Jesson estaba a la vuelta de la esquina. Lydia hizo todo lo posible por ayudarla; parecía que había canalizado la rabia que sentía hacia lady Culver en ayudar a Effie a cumplir el trato.

—Es una especie de venganza —explicó Lydia cuando se escabulló para ayudarla a cambiar las sábanas de una de las camas—. Solo con que uno de nosotros consiga escapar de su señoría y vivir bien ya merecerá la pena.

Esta afirmación afectó bastante a Effie, no había pensado que básicamente lo que hacía era escaparse y dejar que el resto de los sirvientes tuvieran que lidiar con lady Culver, pero Lydia estaba tan decidida que no fue capaz de

reunir valor para sacar el tema. En vez de eso, dejó que la observación anidara en su interior, meditando sobre ella en silencio.

Mientras tanto, el cisma entre el señor Allen y la señora Sedgewick había empeorado por momentos. En una ocasión, Effie se encontró en la extraña posición de escuchar las penas del señor Allen mientras le cosía un desgarrón en la chaqueta.

—En mi vida he conocido a otra mujer que se lo tome todo como algo personal —resopló el mayordomo—. Ya he dejado de preguntarle nada, aunque tenga que ver con la casa, porque siempre me dice o que está demasiado ocupada o que eso lo tengo que solucionar yo ¡aunque caiga directamente bajo su responsabilidad!

La señora Sedgewick había sido la causa de que recibiera una gran cantidad de trabajo en los últimos tiempos, pero Effie no podía evitar sentir cierto vínculo que la unía a ella. Como el ama de llaves respondía directamente ante lady Culver (que seguía muy molesta tras el incidente en el baile), había tenido que soportar todo tipo de peticiones furiosas y repentinas. Eso sí, por muy irracional que se sintiera lady Culver nunca se atrevía a hostigar al señor Allen de la misma forma, ya que él respondía ante su marido.

—La señora Sedgewick sí que está muy ocupada —respondió Effie con educación—. Nos vendría muy bien otra criada… o incluso dos.

El señor Allen frunció el ceño.

—Estoy de acuerdo, por supuesto. Pero, cuando llegué, la señora Sedgewick me acusó de querer robarle sus responsabilidades, y ahora le disgusta que haga estrictamente lo que dicta mi puesto. Da igual lo que haga, no hay manera de que lleguemos a un entendimiento. Estoy muy cansado de intentarlo.

Effie suspiró. Como era ella quien se ocupaba de los remiendos, siempre acababa escuchando las desgracias de todos. Esa vez, sin embargo, las penas del señor Allen le golpearon de forma especial, y se detuvo un momento.

Lord Negraespina había mencionado que la ira de lady Culver era una plaga, y Effie había sido incapaz de razonar con Lydia una vez contagiada de esa ira. Solo después de calmarse fue capaz de entrar en razón.

«Nunca se nos permite enfadarnos con lady Culver —pensó Effie—. Por eso estamos siempre atacándonos entre nosotros, aunque no tenga sentido».

—Señor Allen —dijo entonces—, no soy la persona más adecuada a la que interrogar sobre los estados de ánimo de la señora Sedgewick, pero, en general, he notado que es imposible alcanzar una tregua cuando todo el mundo está bajo presión todo el tiempo… y todos nosotros llevamos bajo presión desde bastante antes de su llegada. No le pediría a una mujer que se ha roto una pierna que sea razonable, espero, hasta que se la hayan colocado bien. Me parece que esto es muy parecido.

El señor Allen frunció el ceño. Por un segundo, Effie pensó que iba a responder… pero, en cambio, se quedó en un silencio reflexivo hasta que terminó con su chaqueta.

Unos días después, por fin llegó el momento del desayuno del señor Jesson. Como había prometido, Lydia convenció a Cookie de que las mandara a hacer recados sobre esa hora.

—No tendremos más de una o dos horas —dijo la joven cuando ambas se encaminaban a su habitación para cambiarse—, y no de las de las hadas. A lo mejor tengo que irme incluso antes para poder hacer los recados.

Lydia seguía cavilando sobre el tiempo con el que contaban cuando Effie desenvolvió el vestido de los deseos. La otra criada soltó un grito de asombro y se quedó observándolo atentamente, sus pensamientos anteriores olvidados.

—Y yo que pensaba que el otro vestido era bonito. ¡Además, este me recuerda mucho a tus bordados!

Effie parpadeó al escucharla.

—¿Sí? Pero este vestido está hecho de deseos… y lo han cosido los mejores sastres del Mundo de las Hadas. ¿Qué tiene eso que ver con mis bordados?

—No lo sé —admitió su amiga sorprendida—. Fue lo primero que se me vino a la cabeza por algún motivo. Estaba mirando el vestido y ¡pum! de repente estaba pensando en ese bordado que me hiciste hace tiempo.

—Effie la miró sin comprender, pero su amiga interpretó su expresión como de olvido—. Estaba triste porque lady Culver me había gritado y le había dicho a la señora Sedgewick que era una criada terrible —le recordó—.

Me puse a llorar a mares, y tú me dijiste que lady Culver estaba siendo una abusona y me cosiste un cardo pequeñito en el pañuelo para animarme.

—Ya me acuerdo —le aseguró Effie—, pero sospecho que no fue mi mejor trabajo, yo también estaba disgustada por ti, seguro que las puntadas me salieron irregulares.

—Significó algo —dijo Lydia sacudiendo la cabeza despacio—. Durante muchísimo tiempo, cuando empezaba a sentir que no valía nada, me sacaba el pañuelo y entonces, como por arte de magia, me acordaba de que lo que debía hacer era enfadarme.

Effie dio un respingo.

—No era mi intención provocar tu enfado…

—Pues lo hiciste —dijo Lydia con resolución—. Y bien hecho estuvo. Echo de menos el pañuelo. Lo usaba todo el tiempo hasta que se deshilachó entero. Me hacía sentir que no estaba loca por creer que nos merecíamos algo mejor.

Effie observó el vestido que sostenía entre las manos. Era, sin la menor duda, superior a su propia labor en todos los sentidos. Pero, por algún motivo, tanto Lydia como lord Negraespina habían expresado que preferían sus bordados.

«Supongo que realmente los gustos son algo muy personal» pensó la joven mientras se cambiaba.

Para cuando Lydia la había ayudado a recogerse el pelo, se escuchó un toque familiar y delicado en la puerta del dormitorio. Lord Negraespina aguardaba en el pasillo con su habitual excitación apenas contenida. Sus ojos se iluminaron al ver a Effie y su sonrisa se ensanchó de una forma que a la joven le provocó mariposas en el estómago.

—¡Justo a tiempo! —exclamó el elfo—. Las cosas ya están saliendo mucho mejor que en el primer intento ¿verdad, señorita Euphemia?

Una pequeña parte rencorosa de Effie quiso señalar que la última vez que se había ido con él no había regresado a tiempo… pero el buen humor del hado era contagioso, y no se sintió capaz de enfadarse con él. «Sus intenciones son buenas» se recordó a sí misma. Lord Negraespina le ofreció el brazo con

mucha delicadeza y Effie se descubrió sonriendo otra vez ante el aroma de rosas silvestres que impregnaba el aire a su alrededor.

—¡No salgas corriendo todavía! —exclamó Lydia desde el dormitorio. Rebuscó en el cajón de la mesita y se apresuró a ponerle una rosa a Effie en la mano. El artificio de lord Negraespina zigzagueó obedientemente por el brazo de la joven enroscándosele en la garganta; Effie dejó escapar un suspiro de alivio al sentirlo.

—Gracias. ¡Podría haber ido todo el camino hasta la residencia del señor Jesson para descubrir que seguía siendo una criada! ¡Qué tonta!

Lord Negraespina suspiró.

—Sí, a mí también se me habría olvidado. Muchas gracias, señorita Lydia.

—Ya suponía yo que se te olvidaría —masculló Lydia por lo bajo. Colocándose la otra rosa en el cuello, le dedicó al elfo una sonrisa arrepentida —. Una vez más, sigo sin ver ninguna carabina, tiene suerte de que haya despejado mi agenda.

Lord Negraespina parecía de lo más avergonzado.

—Es muy amable por su parte, señorita Lydia —dijo—. Intenté conseguir la ayuda de lady Sotoduelo como carabina, pero lady Vallebaldío me advirtió que las ideas de lady Sotoduelo sobre lo que era apropiado resultarían demasiado estrictas para un desayuno informal, y me aconsejó con efusividad que descartase la idea.

Lydia se enderezó y se aferró al otro brazo de lord Negraespina con firmeza.

—Cuantas menos hadas, mejor —declaró—. Con todo el respeto, su señoría, pero las cosas ya se salen bastante de madre cuando aparece usted… no me quiero imaginar lo que podrían provocar dos hadas en un modesto desayuno como este. Recuerde que nuestro objetivo es que todo se mantenga lo bastante tranquilo como para que Effie pueda mantener un par de conversaciones.

De haberse tratado de cualquier otra hada, Effie estaba convencida de que tanta sinceridad habría puesto a Lydia en un grave peligro, pero lord Negraespina se limitó a asentir como si la otra criada lo hubiera bendecido con una sabiduría valiosa y difícil de encontrar.

—¡En efecto! ¡Me alegro de que la señorita Euphemia cuente con una carabina tan competente! Le deberé un nuevo favor, por supuesto, por las molestias.

Lydia frunció los labios, y Effie supo que pensaba en lo impredecibles que podían resultar los favores de lord Negraespina.

—Seguro que no es necesario —dijo.

—Me temo que sí —respondió lord Negraespina con suavidad—. No puedo aceptar regalos, señorita Lydia. Le deberé un favor, no hay más que hablar.

Lydia suspiró.

—De acuerdo, un favor —murmuró—. Ya veremos si llego a usarlo.

Capítulo diez



Salieron de nuevo en el carruaje de rosas, que esta vez los transportó hasta la residencia familiar del señor Herbert Jesson.

Allí el terreno no había sido tan cuidadosamente diseñado para parecer silvestre e indómito; de hecho, casi cada centímetro estaba cubierto por flores de colores y formas vibrantes, muchas de ellas empezaban a florecer entonces. La pequeña casa señorial a la que se aproximaban parecía humilde y vulgar al compararla con la exuberancia de tulipanes rojos y amarillos del terreno que la precedía.

—¡Vaya! —dijo lord Negraespina en tono aprobador mientras ayudaba a bajarse del carruaje a las dos jóvenes—. No es Negraespina, pero no está nada mal. ¡El señor Jesson por lo menos tiene sentido estético!

—La familia del señor Jesson comercia con flores —le dijo Lydia a Effie al otro lado del elfo—. Sobre todo, tulipanes, por supuesto… un buen tulipán es muy caro. Le pregunté a la señora Sedgewick y me dijo que casi todas nuestras flores son de Orange End, de aquí mismo.

Effie observó la pequeña hilera de carruajes aparcados delante de Orange End.

—Estoy segura de que el señor Jesson no ha arrojado a ninguna niñera al estanque, pero tampoco he oído mucho sobre él.

Lydia se quedó pensativa.

—No conozco a ninguno de sus sirvientes —comentó—. No tienen mucha vida social, nunca me he encontrado con ninguno.

Effie sintió todavía más curiosidad por los criados del señor Jesson que por el propio Orange End, pero, para su sorpresa, aunque la puerta de entrada estaba abierta, ningún sirviente les esperaba para darles la bienvenida. La entrada estaba completamente vacía, a excepción de una mesa cerca de la puerta sobre la que reposaba un tulipán naranja brillante y una nota escrita a mano.

«El desayuno está servido en el jardín, justo detrás de la casa», decía, muy útil.

—El señor Jesson tiene sirvientes ¿verdad? —le preguntó una perpleja Effie a Lydia.

—Debe tenerlos —contestó esta con el ceño fruncido—. Es imposible mantener una casa como Orange End sin ellos.

Effie se descubrió analizando la entrada en busca de pistas. Los suelos estaban un poco sucios, pero era evidente que los habían barrido en alguna ocasión durante los últimos días. La mesa próxima a la entrada se había limpiado, pero no brillaba con la perfección impoluta que lady Culver siempre exigía en Hartfield. El encaje sobre el que descansaba la nota estaba deshilachado, a Effie le picaban los dedos de ganas de remendarlo.

—Si dejáramos el vestíbulo así nos despedirían —murmuró Lydia.

—Nos despedirían por muchos motivos —respondió Effie. Pero no pudo evitar un sentimiento de desaprobación profesional ante aquel pequeño desorden. De hecho, tuvo que recordarse a sí misma que en ese momento era una dama y no una criada para no quitarle el polvo a la mesa con los guantes.

El sonido de unas risas distantes los atrajo al interior de la casa, y pronto se toparon con la puerta trasera, que también habían dejado abierta.

El jardín de detrás de la casa era un espectáculo de ocres y naranjas. Las pulcras hileras de arbustos daban una acogedora sensación de privacidad y los tiestos de tulipanes que ocupaban cada rincón dejaban poco espacio para la mesa y las sillas del desayuno. Unas pocas damas y caballeros se habían sentado ya, resultaba evidente que la reunión sería bastante pequeña.

Effie no tuvo que buscar a Benedict, al escuchar su risa desde el fondo de la mesa supo al instante que estaba allí. Se encontraba sentado con una mujer mayor que se parecía mucho al señor Jesson. Por alguna maravillosa casualidad, había una silla vacía justo al otro lado de Benedict. Effie se soltó del brazo de lord Negraespina y se dirigió hacia allí con premura, pero pronto fue interceptada por el señor Jesson, que había observado su llegada.

—¡Señorita Reeves! —dijo el señor Jesson con un tono de agradable sorpresa—. Me preocupaba que no pudiera acudir. Fue una odisea buscar la dirección de lord Negraespina para enviarle la invitación.

—Sospecho que el servicio postal de Su Majestad no reparte en el Mundo de las Hadas —comentó lord Negraespina confuso.

El señor Jesson se limitó a asentir con la cabeza ante esa estrafalaria afirmación.

—Ahora que lo dice, resulta evidente —respondió agitando la mano—. ¿En qué estaría pensando? Me alegro mucho de que hayan venido de todas formas. ¿Se sentará con nosotros?

No había manera de rechazar la invitación sin ser descortés, así que Effie, que había tenido la esperanza de sentarse junto a Benedict, se descubrió situada en la cabecera de la mesa junto a sus dos acompañantes y el propio señor Jesson, unos pocos asientos más allá. El anfitrión parecía incapaz de quitarle la vista de encima y se apresuró a darle conversación en cuanto se sentaron, su promesa de presentarle a Benedict de nuevo aparentemente olvidada.

—Me siento obligado a comentar —declaró su entusiasmado anfitrión— que hoy está incluso más encantadora de lo que la recordaba, señorita Reeves. ¡Su presencia despierta una especie de melancolía que conmueve el alma! No me dirá que es todo a causa del vestido, hoy lleva uno diferente.

Effie se sonrojó ante aquel inesperado comentario.

—Me temo que de nuevo se debe al vestido, señor Jesson. Aunque no espero que me crea. —A lo mejor Effie se estaba acostumbrando al extraño efecto que los artificios de lord Negraespina producían en la gente, porque añadió—: Llevo un vestido tejido de deseos que los mejores sastres del Mundo de las Hadas confeccionaron para mí.

—Comienzo a sospechar que es usted demasiado modesta para su propio bien, señorita Reeves —musitó el señor Jesson como si no hubiera oído nada raro.

—La señorita Euphemia siempre es muy modesta —le dio la razón lord Negraespina—. No debe escucharla, señor Jesson… le aseguro que es encantadora sin importar lo que lleve puesto. ¡Su alma está hecha del hilo más puro que he visto nunca!

Effie había estado a punto de discutir con el señor Jesson otra vez… pero aquel peculiar comentario la detuvo.

—¿A qué se refiere, señor Jubilee? —preguntó.

Lord Negraespina la miró con curiosidad.

—Pero usted debe ser consciente ¿no? ¡Oh! Se me olvida que los mortales no pueden ver las almas. Qué lástima, señorita Euphemia. Su alma está llena de fuerza, ira y generosidad. Si pudiera verla por sí misma, estoy seguro de que no se subestimaría tanto.

Effie se sonrojó más y se encontró encogiéndose en la silla de forma poco refinada. Lord Negraespina había hablado con enorme intensidad, como siempre. Debería haber recordado que el elfo tenía en la misma alta estima sus pobres puntadas y sus terribles habilidades de baile, pero algo en la sonrisa suave con la que pronunció aquellas palabras hizo que le latiera el corazón de una manera que no debería.

Lydia se había acomodado en la silla al otro lado de Effie para representar su papel de atenta carabina, pero cuanto más hablaba lord Negraespina más atención prestaba a la conversación. En ese momento paseó la mirada entre Effie y el elfo con una expresión muy curiosa en el rostro.

—Hace tan solo unos días, usted me explicó que la ira es una plaga —murmuró Effie—. No entiendo cómo puede crear un hilo tan puro, señor Jubilee.

—¡Pero entonces hablábamos de la ira de lady Culver, no de la suya! —respondió alegre lord Negraespina—. No hay dos sentimientos más distintos. La ira de lady Culver es horrenda, toda egoísmo y caos. Supongo que ese patrón podrá resultar atractivo a alguien con ese gusto particular, pero a mí nunca me ha seducido. Su ira en cambio brillante y tiene un propósito; y no

hace daño a la gente, justo lo contrario, me parece que rellena los lugares en los que la gente ha sufrido daño —hizo una pausa para pensar—. Es cierto que la señorita Lydia sí que se ha contagiado de su ira… así que en ese sentido sí que se podría considerar parecida a una plaga.

—¿Me he contagiado de qué? —siseó Lydia.

La conversación se detuvo de pronto, y Effie recordó un momento después que el artificio de Lydia no era lo bastante potente como para enmascarar su peculiar acento.

Lydia se tapó la boca con la mano, roja de vergüenza. Effie miró preocupada a su alrededor, por suerte, la mayoría de los asistentes se habían perdido el exabrupto. Pero el señor Jesson la observaba con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—Caramba —murmuró lord Negraespina—. Qué incómodo.

Effie se levantó rápidamente.

—¿Por qué no damos un paseo para ver las flores, señor Jesson? —preguntó—. ¡Sería una lástima haber venido hasta aquí para quedarnos en la mesa!

El señor Jesson parpadeó y volvió a echarle otro vistazo a Lydia, que seguía cubriéndose la boca con una mano. El caballero se incorporó despacio.

—Por supuesto, señorita Reeves. Será un placer. —Le ofreció el brazo, solícito, y Effie lo aceptó.

La joven se dirigió entonces a Lydia y a lord Negraespina en voz baja.

—Tengo intención de continuar esta conversación después —declaró.

Para su sorpresa, lord Negraespina también se puso de pie.

—Creo que los acompañaré en su paseo. Yo también deseo ver las flores.

Effie se mordió el labio.

—Tenía la esperanza de hablar con el señor Jesson a solas —dijo con énfasis, ya que sospechaba que cualquier otra frase menos directa le pasaría desapercibida al hado.

Lord Negraespina tenía una habilidad especial para descarrilar las conversaciones delicadas, y Effie dudaba de si sería capaz de lidiar con él y el anfitrión a la vez.

El elfo paseó la mirada de Effie al señor Jesson y frunció el ceño.

—No me parece apropiado —declaró. Su voz tenía un inesperado filo de obstinación que Effie no había escuchado antes—. Estoy seguro de que habrá alguna norma inglesa que lo prohíba.

Effie parpadeó.

—Es perfectamente apropiado, siempre que nos mantengamos en el ángulo de visión de mi carabina —explicó—. No es mi intención alejarme demasiado, señor Jubilee.

El señor Jesson sacudió la cabeza.

—De ninguna manera querría incomodar a su protector, señorita Reeves. Por favor ¿se unirá a nosotros mientras paseamos, milord?

Effie se encontró así caminando del brazo del señor Jesson entre las flores, con lord Negraespina siguiéndolos de cerca.

—Acabo de darme cuenta —comentó el señor Jesson— de que no había escuchado hablar a su carabina ni una sola palabra hasta ahora. Pero, ahora que la he oído, me parece que suena más como una doncella que como una dama. No puede ser cierto ¿verdad?

Effie no fue capaz de ocultar su vergüenza por completo.

—Debo rogarle que actúe ahora con el honor de un caballero —dijo—. Si le cuento la verdad ¿guardará el secreto?

El señor Jesson la miró con expresión preocupada.

—Nunca mancillaría la reputación de una señorita a propósito —tranquilizó a Effie—. Aunque estoy seguro de que la explicación será sensata, su protector es una persona muy noble.

Lord Negraespina (el protector en cuestión), observaba en esos momentos al caballero con un semblante alarmante. Effie decidió rápidamente que debía acelerar las cosas, antes de que el hado diera rienda suelta a cualquiera que fuera la frustración que lo aquejaba.

—Lydia es mi doncella —confesó—. Pero también es mi amiga, y no me gusta acudir a estos eventos sin ella. Me siento mucho menos sola en su presencia.

Al decirlo, comprendió la verdad que encerraban sus palabras. Por muy mal que hubiera acabado el baile de lady Panovar, estaba bastante segura de que habría sido cien veces peor sin la reconfortante figura de Lydia tras ella.

Lord Negraespina era muy sincero, por supuesto; pero también resultaba complicado e impredecible, la presencia de Lydia había ayudado a Effie a recordar que tenía amigos —amigos de verdad— incluso cuando la gente no la confundía con una dama.

El señor Jesson le sonrió con complicidad.

—Eso no es tan terrible —respondió—. Yo soy muy amigo de mi mayordomo, el señor Cotton… Siempre compartimos una copa juntos. Habría estado aquí, ayudando con el desayuno, si no estuviera en cama por culpa de una tos espantosa. — Su sonrisa se apagó un poco—. Por supuesto, ya imagino que algunos de los presentes se disgustarían si lo supieran. Una criada no es una carabina adecuada. Espero que las dos sean más cuidadosas, señorita Reeves, por el bien de su reputación.

Effie dejó escapar un suspiro de alivio.

—Desde luego que lo seremos, señor. Gracias por su comprensión, significa mucho para mí.

El señor Jesson se relajó de nuevo y le dedicó una mirada cariñosa a Effie.

—No me imagino cómo podría actuar de otro modo. Es de lo más peculiar, señorita Reeves, cuando la miro me descubro pensando en este jardín cuando está en plena floración. Puede que sea un jardín pequeño, pero es mi favorito en el mundo entero. No hay nada que me guste más que pasear por él durante un día de verano y disfrutar del calor del sol y la suave brisa — su voz adquirió un tono soñador—. Sería maravilloso tener compañía con la que disfrutar del paisaje ¿no le parece? Si no lo considera demasiado atrevido por mi parte, señorita Reeves, me encantaría que me visitara de nuevo cuando el resto de las flores hayan…

El señor Jesson se detuvo con un sonido de sorpresa, pues lord Negraespina apartó entonces el brazo de Effie del suyo y se interpuso entre ambos.

—Estas flores no son nada comparadas con las de Negraespina —declaró el hado. Entrecerró los ojos verdes mientras observaba al señor Jesson, en ese momento el aroma de rosas silvestres que siempre lo rodeaba tenía un filo peligroso que recordaba más a las espinas retorcidas que a unas flores delicadas—. Los rosales de Negraespina son mucho más altos, y sus rosas más

grandes. Este jardín está demasiado domesticado y resulta opresivo… ¡la señorita Euphemia se ahogaría aquí, estoy seguro!

Effie se quedó sin palabras por un momento. Nunca antes había visto a lord Negraespina exhibir el menor indicio de animosidad en su presencia… pero en aquel momento era todo aristas afiladas y provocaba un terror sobrenatural. El aire temblaba a su alrededor y las flores del jardín parecían inclinarse con intenciones malignas. La joven recordó de pronto los cuentos horribles sobre la corte feérica y su mal genio.

«¿Qué demonios lo habrá alterado tanto?» pensó Effie atemorizada.

Debe ser el jardín, comprendió. Sin darse cuenta, el señor Jesson había presumido de sus flores de una forma que lord Negraespina había interpretado como una ofensa. Era lógico que lord Negraespina fuera especialmente sensible respecto a los terrenos a los que pertenecía.

Effie se arriesgó a asirse del brazo de lord Negraespina.

—Estoy convencida de que el señor Jesson no quiso insinuar que su jardín debía ser el favorito de todos —dijo con rapidez—. ¡Es su favorito porque le resulta familiar! A mí Negraespina me resulta más conocido, por eso lo prefiero sin duda.

La fría hostilidad de lord Negraespina menguó al escuchar aquello, y la miró con sorpresa.

—¿Ah, sí? ¡Oh! Por supuesto que sí. Negraespina también siente gran afecto por usted, señorita Euphemia. La llevaré de vuelta este verano y así podrá disfrutar de luz solar de sobra y podrá crecer como corresponde.

El comportamiento del hado había regresado a su cordial normalidad. Effie suspiró aliviada, y pensó en lo cerca que había estado el pobre señor Jesson de convertirse en la víctima de un cuento de hadas aleccionador.

—Son los árboles los que necesitan la luz del sol, señor Jubilee —le recordó al elfo—, no los humanos.

—Pero la luz del sol la hace feliz, señorita Euphemia —la contradijo él—. Por tanto, la necesita.

El señor Jesson despertó entonces del estado de confusión que le había sobrevenido con expresión un poco preocupada. La mansedumbre con la que siempre se comportaba regresó, y dejó caer los hombros.

—Sospecho que les he insultado de alguna manera. No era esa en absoluto mi intención, me temo que he hablado sin pensar. Por favor, perdónenme.

Effie le miró con lástima.

—No creo que fuera culpa suya, señor —respondió la joven—. Solo ha sido un malentendido. Este vestido no nos está haciendo ningún favor a ninguno de los dos.

El señor Jesson le dirigió una débil sonrisa.

—Ahora recuerdo que le había prometido volver a presentarle al señor Benedict. Siento mucho que se me olvidara. Por favor, permítame que enderece mi error.

Effie observó con recelo al hado, que seguía sujetándola del brazo, y por un momento le pareció que la sujetaba con más fuerza. Pero otra emoción distante atravesó su rostro y la liberó con suavidad.

—No querría ser el motivo de su desgracia, señorita Euphemia —dijo con delicadeza.

—No creo que lo sea —contestó Effie sorprendida. Después se acordó de que el elfo había pronunciado las mismas palabras antes, cuando se habían quedado atrapados en el Capricho de Negraespina. «Oh —pensó—. Se refiere al trato. Le preocupa haber interferido otra vez al asustar al señor Jesson».

Effie le dirigió una sonrisa tranquilizadora, pero lord Negraespina ya le había dado la espalda. Con grandes y furiosas zancadas, se reunió con Lydia en la mesa, quien había estado observándolo todo con su aguda mirada de carabina.

Cuando Effie se encontró con sus ojos, su amiga enarcó las cejas y deletreó algo, pero ella fue incapaz de comprender las palabras y se encogió de hombros con gesto de impotencia.

Lydia se concentró en lord Negraespina, que se había sentado a su lado sumido en un silencio miserable. La criada frunció los labios y abrió la boca, como si fuera a decir algo, pero recordó justo a tiempo el desastre que había estado a punto de causar su exabrupto anterior, y volvió a cerrar la boca con un chasquido.

El señor Jesson dirigió a Effie hasta el asiento del señor Benedict Ashbrooke.

Benedict ya estaba mirándolos cuando se acercaban, o más bien, comprendió Effie, la estaba mirando a ella con la expresión más absorta que había visto nunca. La intensidad de la misma la dejó sin aliento, y apenas fue capaz de hablar cuando el señor Jesson la presentó de nuevo.

—Recuerda a la señorita Reeves, por supuesto —le dijo el señor Jesson a Benedict.

—La recuerdo —contestó él.

Mientras hablaba la miraba a ella directamente. Había un tono de reverencia en su voz, como si estuviera observando un cuadro exquisito en vez de una mujer. Aquello no ayudó en nada a la falta de compostura de Effie, de hecho, se descubrió escondiéndose un poco detrás del señor Jesson, incapaz de soportar el peso de su cálida mirada castaña.

—Le debo una gran disculpa por la última vez que hablamos —dijo Benedict—. Me temo que unos asuntos familiares reclamaron mi atención, pero no era mi intención ser grosero en absoluto.

—Se puso de pie y separó de la mesa la silla vacía a su lado, invitándola a sentarse—. ¿Quizá podamos volver a empezar, señorita Reeves? La ocasión de hoy es informal, y siento la necesidad de recuperar el tiempo perdido.

Si se le hubiera parado el corazón en ese momento, Effie no se habría sorprendido. La oferta parecía sacada de sus fantasías, y la expresión en el rostro de Benedict le hacía sentir mariposas en el estómago. Cuando Effie había aparecido frente a él como criada, el joven también había sido alguien completamente distinto, pero su comportamiento habitual, educado pero atolondrado, había desaparecido, y la miraba a los ojos sin ningún titubeo.

—Por favor, diga que sí, señorita Reeves —le pidió con fervor—. No estoy seguro de que pudiera soportar que me dijera que no.

Effie se sentó en la silla, sonrojada e incapaz de pronunciar palabra. Por el rabillo del ojo, vio la sonrisa exultante del señor Jesson, y pensó en lo orgulloso que debía de estar por haber tenido tanto éxito con su presentación esa vez.

—Tenga cuidado con su carabina, señor Benedict —le aconsejó el señor Jesson—, tiene ojos de halcón.

El anfitrión le guiñó el ojo a Effie, que asintió imperceptiblemente en agradecimiento, acto seguido, se giró hacia la señora que se sentaba al otro lado de Benedict.

—¿Me acompañaría a dar una vuelta por el jardín, madre? —preguntó.

—No hay nadie con quien preferiría pasear, señor Jesson —contestó ella.

Su tono de voz amable y provocador sugería que se estaba divirtiendo con él. El señor Jesson la ayudó a levantarse y pronto se fueron los dos, dejando así a Effie aislada junto a Benedict, a unas pocas sillas de distancia de oídos indiscretos.

—Ahora sí que estoy seguro de que no podía conocerla de antes, señorita Reeves —dijo Benedict—. Usted opaca a todas las demás damas. Cuando la miro, de repente olvido que estoy abandonado en el campo, lejos de toda civilización. Me siento como si volviera a estar en Italia, admirando una de las estatuas de Roma.

Effie tragó saliva muy nerviosa. «Es todo por el vestido. A lo mejor Benedict desearía estar de vuelta en Italia, y yo se lo recuerdo». Lady Vallebaldío había sugerido que se pusiera el vestido justo por este motivo…. pero ahora que Benedict la miraba de verdad, Effie no pudo evitar sentir la vacuidad de su adoración.

—Es usted muy amable, señor Benedict —dijo con suavidad—, pero es mi vestido lo que hace que hable de esa manera. Si no lo llevara, me temo que no me consideraría más que una curiosidad pasajera, como mucho.

—Me es imposible imaginar no prestarle atención, señorita Reeves —prometió Benedict—. Por favor, dígame ¿de dónde viene? Me han explicado que es la protegida de lord Negraespina, pero no recuerdo si lo he conocido antes.

—Recordaría haberlo conocido si hubiera hablado con él —suspiró Effie —. Mis raíces son muy humildes, señor Benedict. No es ninguna sorpresa que no me recuerde.

Benedict alargó el brazo para tomar la mano enguantada de Effie.

—Sea lo que sea lo que ha ocurrido en el pasado, espero que me permita que le ponga remedio a la situación ahora, señorita Reeves. Quiero saberlo todo sobre usted… es más, es mi más profundo deseo.

Effie le miró ilusionada, le temblaron las manos al detectar el interés en sus ojos. «Esto es todo lo que había deseado» pensó. Lady Vallebaldío le había dicho que el vestido solo era para captar la atención de Benedict, pero… si deseaba que le pidiera matrimonio algún día mientras llevaba un vestido normal, tendría que enamorarse de ella por otros motivos, más allá del vestido mágico.

«Tengo que aprovechar su atención mientras pueda —se dijo Effie—. La próxima vez que vea a Benedict, me pondré el vestido más sencillo que encuentre».

—No sé por dónde empezar —admitió. No podía contarle que había sido una criada todo ese tiempo, ni tampoco que vivía en Hartfield, en los aposentos del servicio. Si hubiera sido una dama, a lo mejor podría haber hablado de los libros que había leído, o de los idiomas que dominaba… pero sus únicas interacciones con los libros habían sido quitarles el polvo a los de la biblioteca y era incapaz hasta de fingir acento francés.

—Háblame de su familia —le pidió Benedict—. Empecemos por ahí.

Effie cogió aliento. Benedict todavía le sostenía la mano. La joven sospechaba que aquello no era en absoluto decoroso, pero Lydia no era una carabina de verdad, y tanto ella como lord Negraespina habían desaparecido por el momento.

—Tengo tres hermanos —empezó Effie con timidez—. Pero con el único que tengo trato es con el mayor. Siempre se ha ocupado de mí, e incluso me consiguió… —Effie se interrumpió antes de decir que le había conseguido el trabajo en Hartfield—… me consiguió mi primer bastidor de bordado.

—Qué envidia —dijo él—. Yo nunca he tenido tanta camaradería con mis hermanos como me habría gustado ¿sabe? Son los dos mucho más serios que yo, y creo que piensan que soy un poco tonto —sonrió con ironía—. Hay quien dice que soy encantador, pero si lo soy, mi encanto no parece funcionar con ninguno de los dos.

Effie le apretó la mano en gesto de apoyo.

—Es usted verdaderamente encantador —le animó—. No lo dude. Y estoy segura de que será sensato en los asuntos que le parecen importantes, aunque sus hermanos no se den cuenta.

Benedict parpadeó.

—Yo… supongo que sí lo soy —dijo despacio—. Amo el Arte y la Historia. Por eso me demoré tanto en mi viaje por el continente. Pero a Thomas eso le parece una pérdida de tiempo, y Edmund me ha acusado de aprender solo lo suficiente para poder hablar con las damas sobre el tema.

Effie sonrió débilmente.

—Estoy segura de que sabe más que suficiente para impresionarme durante años. Yo apenas sé nada de Arte ni de Historia, pero me encantaría escucharle hablar sobre ambos temas, no me cansaría nunca.

La sonrisa del joven se volvió un poco menos adormilada, un poco más verdadera, y Effie ganó confianza. «Sí que hay algo de verdad —pensó aliviada —. No me lo estaba imaginando todo».

—Me encantaría contárselo todo sobre Roma, señorita Reeves —dijo Benedict con suavidad.

Durante la siguiente media hora, eso fue exactamente lo que hizo.

Benedict le habló del Panteón y del Coliseo, describió las titánicas construcciones con un asombro prolongado. Le describió al dedillo las colecciones privadas que había visitado, llenas de cuadros y esculturas de hacía cientos de años. Había intentado aprender a pintar, le dijo, pero sus manos tenían menos práctica que sus ojos, y al final se había visto obligado a conformarse con aprender todo lo que pudo sobre los viejos maestros y sus vidas.

Le describió Europa con tal vivacidad que a Effie le parecía que casi podía imaginársela. Durante unos pocos y hermosos minutos, se imaginó paseando por Roma con Benedict mientras él le explicaba todos los pequeños detalles que había aprendido con aquel mismo brillo en los ojos. Desayunarían justo así, ¡pero los dos solos!, y después podría pedirle que pintara algo para ella, aunque él creyera que se le daba fatal.

Las fantasías de Effie se vieron interrumpidas abruptamente por una voz familiar tras ellos.

—¿Señor Benedict? —preguntó la señorita Buckley—. ¡Oh, es usted, gracias al cielo! No conozco a mucha gente aquí, pero lady Culver me dijo que usted me haría compañía si se lo pedía.

Effie estaba segura de haber vislumbrado un destello de exasperación en el rostro de Benedict, pero él lo enterró con rapidez bajo una sonrisa educada y se giró para responder a la señorita Buckley. Al hacerlo, una expresión extraña invadió su rostro, y pareció perder el hilo de sus pensamientos.

—Señorita Buckley. ¿De dónde diantres ha sacado ese vestido?

Effie siguió su mirada, y al hacerlo sintió que una piedra le caía en el estómago.

La señorita Buckley llevaba el vestido viejo de lady Culver, el que Effie había bordado para sí misma.

Capítulo once



Ver a la señorita Buckley en su antiguo vestido supuso tal impacto para Effie que apenas pudo articular palabra.

Mucho peor, por supuesto, era el hecho de que a la señorita Buckley le favoreciera mucho más que a ella. Aquel día se había recogido el pelo rubio con rosas de verdad, tenía la piel aterciopelada y cremosa y una postura impecable. Llevaba unos elegantes guantes blancos, pero, aunque hubiera llevado las manos descubiertas, Effie sabía que serían suaves y sin durezas. La señorita Buckley, con su vestido de hojas y flores, pertenecía por derecho propio a aquel jardín.

—¿Este? —dijo la señorita Buckley, y Effie recordó que Benedict le había preguntado de dónde lo había sacado—. Es bonito ¿verdad? No se lo creerá, pero me lo regaló lady Culver. Con todos estos bordados le debió costar una fortuna, pero ni lo dudó. No sé si tendré nunca una amiga más generosa.

Cada palabra rezumaba una dulce sinceridad. A Effie se le revolvió el estómago.

«Estoy tan enfadada que no puedo ni respirar» pensó.

La señorita Buckley se volvió a mirarla en ese momento, y sonrió insegura.

—Aunque palidece en comparación con otros. Cielos, señorita. No me puedo imaginar de dónde ha sacado ese vestido. No había visto nada tan

bonito en toda mi vida.

La inseguridad en la voz de la señorita Buckley le recordó a Effie que era ella la que llevaba el mejor vestido, confeccionado en el Mundo de las Hadas. Eso debería haberla hecho sentir mejor, de hecho, debería haber sido su venganza. Resultaba evidente que la señorita Buckley había acudido al desayuno con la intención de conseguir la atención de Benedict, pero Effie se la había robado delante de sus narices, cosa que la otra mujer había comprendido con rapidez.

Pero la expresión alicaída en el rostro de la señorita Buckley no la tranquilizó. No había nada que compensase el hecho de ver a otra mujer con ese vestido. Effie se había quedado infinidad de noches volcando su alma y su corazón en cada puntada, y había gastado mucho más de lo aconsejable en el hilo de seda que había utilizado para las hojas y las flores. A lo mejor no era un vestido hecho de deseos y cosido por brownies, pero era suyo. Que fuera la señorita Buckley, de entre todos, quien lo llevara suponía una violación indescriptible de su alma.

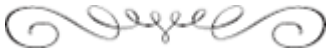
Effie se puso de pie con urgencia, mirándola con horror.

—¿Está todo bien? —preguntó la señorita Buckley con curiosidad.

Effie movió la boca sin emitir ningún sonido antes de croar en respuesta:

—No… no me encuentro bien. Discúlpenme, por favor.

Entonces —para su propia vergüenza— huyó.



Había un gran sauce algo más allá de los setos que bloqueaba la vista del desayuno; sus largas hojas colgantes ya habían empezado a brotar, y Effie se refugió entre ellas, sentándose frente al tronco. En cuanto se encontró a salvo y escondida rompió a llorar y eso, en sí mismo, le pareció un insulto. Ya tendría que haber llorado lo suficiente en los últimos tiempos como para no tener que derramar lágrimas de nuevo.

Aunque sus lágrimas no eran de tristeza… eran lágrimas de rabia, una rabia espantosa y absoluta que no era capaz de contener. Empezó a cantar con

voz ronca:

Tengo una muñeca vestida de azul,
con su camisita y su canesú.

Pero fue incapaz de seguir. Volvió a pensar en la señorita Buckley con su vestido y la rabia le cerró la garganta.

—Me gustaría saber más de la muñeca —dijo lord Negraespina justo detrás de ella—. Pero está usted muy disgustada, así que tendrá que esperar.

Effie alzó el rostro, todavía abrazándose a sí misma. No había percibido su llegada; por supuesto, pensó, la hierba y los árboles nunca lo traicionarían. Seguro que estaban todos de su parte.

Lord Negraespina la observaba y sus rasgos afilados reflejaban una evidente preocupación. Si Effie hubiera estado más serena, aquello le habría parecido extraño, la primera vez que la había descubierto llorando frente al laberinto, había estado encantado de encontrar un sujeto para su experimento sobre la virtud. Pero la joven estaba de todo menos serena, así que aquella particularidad le pasó desapercibida.

—No quiero hablar con nadie —dijo Effie con un nudo en la garganta—. Estoy muy enfadada, señor Jubilee, y podría pagarlo con quien esté más cerca.

Por supuesto, lord Negraespina no parecía en absoluto amedrentado ante aquella perspectiva. Se sentó junto a Effie todavía con expresión preocupada.

—No me gusta verla llorar, señorita Euphemia. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarla?

Effie cerró los ojos e inspiró. El aroma de las rosas silvestres la invadió, relajándola por algún motivo. Nunca necesitaba verlo para saber que lord Negraespina estaba cerca, pero en ese momento fue aún más consciente de su calidez y su presencia, como si su mente hubiera empezado a registrar dónde se encontraba el elfo sin su permiso.

Effie no podía explicarle todos los motivos de su enfado. Había demasiados, y él no entendería la mayoría hasta que se lo hubiera explicado

durante días. En cambio, lo abrazó, apretó su rostro contra el hombro del elfo, y se puso a hipar entre sollozos.

Lord Negraespina no se envaró ni se apartó, como Effie habría esperado que hiciera cualquier caballero inglés. En vez de eso, la rodeó con los brazos y entrelazó sus largos dedos en su pelo. No había el menor retazo del frío sobrecogedor que había mostrado antes; era todo suavidad, cariño y calor, como la luz del sol de Negraespina. Su camisa le resultaba suave contra la mejilla, y, por un momento, Effie deseó estar de vuelta en Negraespina con él, lejos de ningún jirón de la influencia constante y opresiva de lady Culver.

—Estoy indefensa, señor Jubilee —le dijo Effie desesperada—. Hasta este preciso momento no estaba segura, pero ahora sí que lo estoy. No soy una dama… ni siquiera soy una criada. No soy nadie.

—Eso no puede ser verdad —dijo lord Negraespina. Una confusión auténtica teñía su voz—. Está aquí conmigo ahora mismo, así que debe ser alguien.

Effie sacudió la cabeza unos milímetros contra su pecho.

—No lo entiende porque para usted todo el mundo es alguien, señor Jubilee. Pero aquí, en Inglaterra, para todo el que importa, no soy nada ni nadie. Soy como el aire o el papel pintado o los muebles. ¿Sabe por qué lo sé?

Lord Negraespina no respondió de inmediato; en cambio, la abrazó con más fuerza, y Effie pensó que parecía más preocupado. De todas formas, no habría podido guardarse las palabras ni queriendo, se derramaron como la marea, como si el hado hubiera utilizado su nombre para sonsacárselas.

—Sé que no soy nadie porque… porque no importa lo que me hagan la señorita Buckley ni lady Culver, no importa lo que me arrebaten, nunca sufrirán ninguna consecuencia por ello. ¡Puedo enfadarme todo lo que me apetezca! Pero, al final, ellas son damas, y le concederán a mi enfado la misma importancia que al papel pintado —Effie se tragó el nudo que tenía en la garganta—. Ojalá no tuviera dentro esta rabia. Ojalá fuera como el papel pintado. Sería menos desgraciada si no entendiera lo injusto que es. Estoy indefensa, y esta rabia vale casi para tan poco como yo misma.

—¡Usted no es como el papel pintado! —exclamó el elfo con voz penetrante—. No debería decir cosas tan espantosas sobre sí misma, señorita

Euphemia. Usted vale mucho, y les importa a muchas personas. Y… —se detuvo un momento, como buscando qué decir—. ¡Y por supuesto que sufrirán las consecuencias! Es lo más natural.

—Nunca he visto a lady Culver enfrentarse a las consecuencias de nada —se lamentó Effie con amargura—. Somos siempre todos los demás los que lo hacemos. ¡Y la señorita Buckley! No creo que haya tenido que enfrentarse a una sola dificultad reseñable en toda su vida —La joven sentía el pecho tirante y rígido a pesar del abrazo reconfortante de lord Negraespina. Las siguientes palabras sonaron pequeñas, cansadas, derrotadas—. Lady Culver le dio mi vestido, señor Jubilee. La señorita Buckley lo lleva puesto ahora mismo.

Ante aquello, lord Negraespina se puso tan rígido que Effie se obligó a mirarlo. La preocupación de su mirada se había agudizado.

—Eso es, en efecto, terrible —dijo con suavidad—. No cabe duda de que complicará las cosas, señorita Euphemia. No estoy segura de que ni siquiera un vestido hecho de deseos se pueda comparar con su obra maestra.

Effie frunció el ceño. La rabia todavía le ardía dentro y le daba náuseas, pero la curiosidad se apoderó de ella por un momento.

—No lo entiendo. Mi vestido no se puede considerar ninguna obra maestra, señor Jubilee. En algunos puntos está deshilachado y el encaje es antiguo.

Lord Negraespina la observó con extrañeza. Una idea se propagó por su semblante, como si comprendiera algo de pronto.

—¿Es posible —preguntó— que no sea usted consciente de la calidad de su costura, señorita Euphemia?

—No sé por qué dice que es de calidad —suspiró Effie—. No es de calidad, es… adecuada. Quizá es de una calidad superior a la que corresponde a una criada, pero no soy ninguna modista.

—Pero su costura es de gran calidad —insistió el elfo—. Es… —Se detuvo, y Effie comprendió que buscaba palabras diferentes para explicarse aquella vez —. Es mágica.

Effie estuvo a punto de echarse a reír, pero entonces se le ocurrió que las hadas no pueden mentir. Un escalofrío atravesó la furia fría de su interior.

—Eso no es posible —susurró—, no soy ninguna hechicera.

Lord Negraespina dio un respingo.

—Por supuesto, usted no lo sabría ¡Si ni siquiera es capaz de ver un alma humana! —el hado sacudió la cabeza al mirarla—. Sí que es hechicera, señorita Euphemia, porque hace magia, por tanto, es una hechicera. ¿Hay alguna otra definición de la palabra?

—No he oído hablar nunca de un mago que use aguja e hilo —dijo Effie tragando saliva—. ¡Los únicos magos de los que he oído hablar en Inglaterra se dedican a leer libros, invocar el fuego y romper maldiciones!

Lord Negraespina se quedó anonadado ante su respuesta.

—Pero si hay todo tipo de hechiceros por toda Inglaterra. ¡Hay un hombre en Londres que habla con los animales, y una mujer en Devonshire que puede escuchar a las gemas! ¿Por qué iba a resultar extraño que una criada pudiera coser almas con aguja e hilo?

—¿Coser… almas? —susurró Effie. La locura de aquella afirmación le produjo mareos.

—Oh, sí —suspiró lord Negraespina—. Crea usted cosas tan bonitas a partir de su rabia, sus desgracias, sus esperanzas y sueños. Los brownies no pueden ni soñar con ser capaces de coser rabia con tal facilidad en vestidos y pañuelos.

Effie repasó los muchos comentarios extraños que le había hecho el hado antes, y enterró el rostro en su pecho con un gemido.

—Cuando dijo que nunca había visto un mantel tan triste…

—¡Es que era un mantel tristísimo! —contestó lord Negraespina con alegría—. ¿Dónde lo ha metido, por cierto?

—¡Oh no! —se lamentó Effie—. ¡He estado cosiendo mi rabia en todos los rincones de Hartfield! Se la he dado a Lydia y a la señora Sedgewick, ¡y acabo de coser también en la chaqueta del señor Allen! —Liberó al hado y se incorporó a trompicones, secándose la cara—. ¡Tengo que ir a deshacerlo todo de inmediato!

Lord Negraespina parpadeó, y se incorporó tras ella.

—¿Por qué iba a deshacerlo? ¡si es delicioso!

Effie movió los labios sin ser capaz de pronunciar palabra. A lord Negraespina nunca le habían afectado sus vestidos, comprendió. Había hecho

comentarios sobre ellos, le había dicho que estaba encantadora… pero no le había rogado que le diera su opinión cuando llevaba el vestido de dignidad, ni había suspirado con nostalgia haciéndole ojitos cuando se puso el vestido de deseos.

—Para usted no son más que piezas de arte ¿no? Mis puntadas no modifican su forma de sentir en absoluto.

Lord Negraespina reflexionó sobre ello.

—Ah —dijo avergonzado—. Ya entiendo su preocupación. Sí, su duro trabajo es bastante… contagioso para otros mortales. Yo no tengo un alma humana, por eso las emociones humanas no me afectan.

Effie se cubrió el rostro con las manos.

—¡Es todo culpa mía! ¡El motivo de que todo en Hartfield sea tan horrible soy yo!

—No, en absoluto —le aseguró lord Negraespina, alargando el brazo para sujetarla por los hombros—. Su rabia no es espantosa, señorita Euphemia, como ya le he dicho antes.

Effie se zafó de él.

—Tengo que volver a deshacerlo todo —insistió—. Tengo que irme, señor Jubilee. Debe llevarme de vuelta de inmediato.

Lord Negraespina frunció el ceño.

—Pero el trato… —comenzó.

—Me ocuparé del trato después —le dijo Effie desesperada—. Le he hecho daño a otras personas, señor Jubilee, y tengo que solucionarlo lo antes posible.

Lord Negraespina no parecía comprenderlo en absoluto, pero la angustia de Effie sí que le afectaba, así que acabó por ceder.

—Si está segura, la llevaré de vuelta.

Por desgracia, las predicciones de lord Negraespina sobre el antiguo vestido de Effie resultaron ser tristemente acertadas; cuando regresó a la mesa del desayuno para buscar a Lydia se percató de que Benedict hablaba con la señorita Buckley y tenía una expresión todavía más deslumbrada que antes. El estómago le dio un vuelco ante aquella escena. La señorita Buckley se reía con educación de algo en su conversación, y Effie se avergonzó de su propio vestido de deseos.

«Me lo quitaré en cuanto llegue a casa —pensó—. No me lo tendría que haber puesto, ni siquiera para captar su atención. No soy mejor que un hechicero de magia negra que juega con la mente de otros».

La señorita Buckley le regaló otra espléndida sonrisa a Benedict, y Effie les dio la espalda.

Encontró a Lydia muy cerca de la mesa de desayuno, enfrascada en una conversación con el señor Jesson. La conversación parecía de negocios, algo que en otras circunstancias habría despertado la curiosidad de Effie, pero aquel día se limitó a disculparse rápidamente con su anfitrión y arrastró a Lydia hasta el carruaje.

—Tenemos que volver a Hartfield —explicó Effie muy alterada, una vez estuvieron a salvo en el interior—. No sé ni cómo explicarlo, pero tenemos que deshacer todos los remiendos y todo lo que le he cosido a todo el mundo.

Lydia sacudió la cabeza muy rápido.

—No podemos volver, Effie. Antes tenemos que hacer los recados, o Cookie y la señora Sedgewick nos matarán.

Effie gimió ante el recordatorio, si volvían con las manos vacías se meterían las dos en problemas. «Las puntadas llevan ahí una eternidad —pensó cansada—. Tendrán que esperar unas horas más».

—Ahora que estamos todos aquí —le dijo Lydia a lord Negraespina de mal humor—. ¿Puedo preguntarle a qué se refería cuando dijo que me había contagiado de la rabia de Effie?

El hado suspiró.

—No acabo de entender el problema del todo, pero la señorita Euphemia le entregó su rabia hace un tiempo, y sigue llevándola usted consigo. De hecho, creo que prácticamente la ha hecho suya.

Lydia frunció el ceño.

—No sé lo que significa eso —admitió—. ¿Es peligroso?

—Sospecho que para algunos podría ser muy peligroso —observó con una sonrisa—. Pero no para usted, señorita Lydia.

Lydia sacudió la cabeza.

—Mientras no vaya a hacerme daño… Toda esa cháchara de hadas me queda grande.

Con ayuda del carruaje consiguieron acabar los recados mucho más rápido de lo normal, pero aun así llegaron a Hartfield al atardecer, y Effie tuvo menos tiempo para localizar sus remiendos del que habría querido. Para cuando se despidieron de lord Negraespina, guardaron el vestido de deseos y colocaron lo que habían comprado, el día se había esfumado.

La única persona que Effie consiguió encontrar a tiempo fue a la señora Sedgewick, que corría de un lado a otro tan frenética como siempre. Effie se encontró con el ama de llaves en los pasillos del servicio, al lado de la puerta verde tapizada que conducía al resto de la casa.

—¡Señora Sedgewick! —dijo Effie sin aliento—. Tengo que pedirle…

—¡No estoy de humor para peticiones, Effie! —gruñó la señora Sedgewick. Tenía el rostro tenso y grandes ojeras oscuras—. Bastante ha sido tener que arreglárnoslas hoy con dos doncellas menos por culpa de las peticiones de última hora de Cookie.

Effie sintió una punzada de culpabilidad, pero se obligó a centrarse en el asunto que le preocupaba.

—Iba a preguntarle si podría volver a revisar su vestido esta noche, cuando haya terminado en la antecocina —dijo con suavidad—. A modo de disculpa.

La señora Sedgewick parpadeó, y un poco de la tensión de su cuerpo se relajó.

—Es… muy amable por tu parte, Effie. Supongo que te lo puedo dar cuando te hayas ocupado de algunos platos, sí. —El ama de llaves cogió aliento —. Deberías ir a ver a George de paso. Se ha puesto tan enfermo que el señor Allen le dijo que se pasara el día descansando, aunque a duras penas podemos arreglarnos sin él.

Effie se inquietó ante aquello.

—No tendrá fiebre ¿no?

—La verdad es que no lo sé —respondió el ama de llaves cansada—. Llevo todo el día en danza, y el señor Allen me ha asegurado que lo tiene todo bajo control. Puedes ir a comprobarlo por ti misma… nadie va a quejarse de que estés en la zona de los hombres si les dices que es para cuidar de George.

Effie asintió. Si hubiera podido, habría salido corriendo a verle, pero al parecer Hartfield había funcionado con tres sirvientes de menos durante todo el día y quedaba tanto por hacer que no podía permitírselo.

Por suerte, Lydia tuvo la generosidad de ayudarla otra vez en la antecocina aquella noche. Mientras limpiaban, Effie le explicó el problema de sus remiendos y cómo pensaba solucionar el daño hecho.

—Bueno, el bordado de mi pañuelo no lo puedes descoser —dijo Lydia—, ya lo desgasté.

—Ya lo sé —gimió Effie—. Lo siento mucho, de verdad que no sabía que te afectaría de esa forma.

Lydia se encogió de hombros.

—Yo no siento que me haya afectado. Aunque supongo que eso es lo que diría de todas formas ¿no?

No parecía tan preocupada por aquella revelación como Effie esperaba.

—Tendré que pedirte que seas tú la que des las puntadas de nuevo —dijo Effie con tristeza—. No me gusta tener que pedírtelo, pero no entiendo cómo lo he hecho, y no estoy segura de poder coser algo sin incluir un pedacito de alma.

—A lord Negraespina no le parecía que hubiera ningún problema con tu costura.

—El señor Jubilee se ofreció a hacer desaparecer a todas las damas en un baile para ayudarme —dijo Effie—. Le tengo mucho aprecio, Lydia, pero no creo que se le dé bien comprender los problemas.

—Sí que lo aprecias, entonces —comentó Lydia con un tono de voz peculiar—. A pesar de todo lo que me contaste de lo peligrosas que son las hadas.

Effie dejó escapar un hondo suspiro.

—Puedo apreciarlo y considerarlo peligroso a la vez. Aunque no desee cometer maldades, el señor Jubilee es capaz de hacer cosas malas. Eso es, sin duda, lo más frustrante.

Lydia ignoró aquella respuesta por completo.

—Creo que él también te aprecia —dijo en cambio—. Creo que le gustas mucho, de hecho.

Effie sonrió un poco.

—Creo que le gusta casi todo el mundo. Es parte de su encanto.

—No me parece que le guste el señor Benedict —observó Lydia—. Hoy mismo me preguntó qué es lo que hacía que el señor Benedict resultara tan digno de amor. No supe qué contestarle.

—Es que siempre intenta entender a los humanos, eso no significa que no le guste el señor Benedict —respondió Effie sacudiendo la cabeza.

Lydia parecía escéptica, pero no insistió en ello.

Effie recogió el vestido de la señora Sedgewick de camino a visitar a George. Se lo llevó a su habitación, que estaba lo más alejada posible de los dormitorios de las mujeres. En condiciones normales, Effie no habría podido ir hasta allí, lord Culver siempre había sido muy estricto en lo de mantener separados a los sirvientes de ambos sexos, antes incluso de que lady Culver se ocupara de la casa, pero nadie era tan cruel como para impedirle ver a su hermano enfermo. Aun así, llamó a la puerta educadamente varias veces antes de entrar.

Resultaba evidente que George llevaba un tiempo sin moverse de la cama. Quizá se debía a la luz tenue, pero parecía muy demacrado y pálido, recostado en su almohada. Su hermano logró dedicarle una sonrisa burlona cuando entraba, pero una tos retumbante arruinó el efecto.

—Vaya —resolló—. Ahora tengo hasta visitas. Qué suerte.

Effie se sentó junto a la cama, observándolo con preocupación.

—Tienes muy mal aspecto. Menos mal que el señor Allen te obligó a guardar cama.

—No durará mucho —farfulló George—. Lord Culver ya estaba preguntando por mí hoy. El señor Allen le dijo que no sería más que una molestia con esta tos tan fuerte.

Effie entrecerró los ojos.

—Ah, así que ese es el problema —dijo con aspereza—. Supongo que no queremos arruinarle la mañana a lord Culver con esas toses tan molestas.

George puso los ojos en blanco.

—El señor Allen quiere que me recupere —explicó—. Es un profesional, sabe lo que tiene que decirles a los ricachones para conseguir lo que quiere.

—Ya sé que el señor Allen es un buen hombre. Solo me molesta que a lord Culver no le importe lo que te pase. Llevas años trabajando para él, George.

—Dirás James —la corrigió George con una risa lúgubre—. Y el próximo lacayo también será James si la palmo por culpa de esta tos.

Effie abrió los ojos de par en par.

—¡No hagas bromas con eso! Te vas a quedar en cama y beber lo que sea que te de Cookie, y te vas a recuperar. ¡Te lo juro, George, como si te tienes que poner las cáscaras de naranja en la nariz para curarte!

George la miró con los ojos entrecerrados.

—Vas a tener que metérmelas tú. Y soy más grande y más fuerte que tú.

—Le pediré al señor Allen que te sujete —resopló Effie—. De momento creo que voy a buscar un poco más del té de Cookie.

Dicho y hecho, Effie se ocupó de ello, aunque pronto descubrió que había subestimado el hedor de los brebajes medicinales de Cookie, el té olía tan mal que lo trasportó con el brazo estirado lejos de ella de regreso al cuarto de su hermano. A pesar de todo, lo obligó a beberse dos tazas enteras antes de dejarlo dormir de nuevo.

Se quedó sentada junto a la cama de George mientras descosía sus puntadas del vestido de la señora Sedgewick. Un rato después regresó a su habitación, donde Lydia le cogió el vestido y recosió las puntadas más importantes. Effie no podía evitar merodear a su alrededor preocupándose de la pulcritud de la labor… para distraerse, sacó la chaqueta de lord Negraespina y se puso a bordar las puntadas que le debía.

—Oh —dijo de repente—. ¡Por eso quería el señor Jubilee que le bordara la chaqueta! ¡Las otras hadas consideran que cosas como la ira de los humanos son muy modernas!

Lydia se mordió el labio mientras daba una cuidadosa puntada más en el vestido de seda de la señora Sedgewick.

—No me sorprendería nada que solo quisiera una rosa grande en la chaqueta —comentó—. Aunque a lo mejor tienes razón.

Effie estudió las puntadas que ya había cosido. No veía nada mágico en ellas… a sus ojos no era más que un hilo de seda normal. ¿O sentía una pizca de melancolía cuando lo tocaba? ¿Una sensación de alegría por el baile al que

acababa de acudir cuando había bordado aquello? Buscó el hilo de deseos que le había dado lady Vallebaldío y comparó los dos. El carrete destellaba en su mano mientras cambiaba de color, prometiéndole todo lo que tanto deseaba. En aquel hilo, se vio a sí misma llevando vestidos preciosos todo el tiempo; paseando por Roma del brazo de Benedict, leyendo juntos sobre toda la historia fascinante del lugar; sobre todo, vio los enormes árboles de Negraespina y sintió la luz del sol, cálida y moteada, en la piel.

«Ese último deseo —pensó Effie—, es algo que lord Negraespina apreciaría». Se concentró en imaginarlo (el recuerdo de las rosas, las mariposas y la luz del sol) al descoser las puntadas anteriores y repetirlas.

Un tiempo después, llegó a las puntadas nuevas que le debía al hado. Para entonces, su mente había vagado hasta el pianoforte de Vallebaldío, y la infinita alegría que irradiaba el rostro de lord Negraespina mientras bailaban. Se sintió reconfortada y supo que esa chaqueta sería su obra maestra, aunque no acabase de entender cómo funcionaba su magia.

—¡Hecho! —exclamó Lydia mientras Effie terminaba uno de los pétalos de la rosa—. Creo que he repasado todas las puntadas que deshiciste en el vestido de la señora Sedgewick. Por lo menos puedes borrar a una persona de la lista.

Effie dejó la chaqueta del hado y se volvió para estudiar el trabajo de Lydia. No era tan bueno como el suyo, pero por lo menos estaba segura de que no habría ni una pizca de ira en las costuras, y eso era lo importante.

—Muchas gracias por todo —suspiró al coger el vestido—. Te juro que no sé cómo habría logrado llegar tan lejos sin ti, Lydia.

Lydia sonrió con suavidad.

—Ya no lo sabremos nunca ¿eh? Solo prométeme que tratarás bien a todas las criadas cuando te conviertas en una dama.

—No me puedo imaginar otra cosa —dijo Effie con un bufido—. Pero si alguna vez me convierto en otra lady Culver, tienes mi permiso para envenenarme el té.

Para cuando Effie le devolvió el vestido a la señora Sedgewick y se metió en la cama, volvía a tener esperanzas de que lograría encontrar la manera de superar sus dificultades. Por fin había tenido una conversación de provecho con Benedict y, aunque la señorita Buckley tuviera su antiguo vestido, Effie se

había demostrado a sí misma que podía coser algo todavía mejor si se esforzaba.

Más que ninguna otra cosa, se descubrió deseando ver la reacción de lord Negraespina cuando le entregase su magnífica chaqueta.

Capítulo doce



El primer indicio de que había ocurrido algo realmente malo fue que la señora Sedgewick no se presentó al desayuno.

—La señora Sedgewick sigue acostada —informó el señor Allen a Effie cuando le preguntó en el pasillo por ella—. Parece que se encuentra muy mal.

Effie pensó en George, que seguía convaleciente.

—¿Está enferma? —preguntó preocupada—. ¿Se ha contagiado de esa tos horrible?

El señor Allen sacudió la cabeza.

—Me temo que no lo sé. No la oí toser, pero nunca la había visto tan desmejorada. Por difícil que sea, hoy tendremos que arreglárnoslas sin ella. A lo mejor puedo convencer a lord Culver de que llame a un médico si le presento el asunto adecuadamente.

—Lord Culver haría bien en recordar que si los sirvientes se mueren no podrán seguir atendiéndolo —gruñó Effie.

Un instante después palideció al darse cuenta de que había hablado en voz alta.

El señor Allen no la regañó, sino que sonrió con una ausencia total de alegría.

—No le atribuyo a lord Culver un exceso de inteligencia. Somos los demás quienes debemos engatusarlo para que haga lo que es mejor tanto para él como para los que le rodean.

Effie lo observó sorprendida. Eran con mucho las palabras menos profesionales que escuchaba salir de su boca. Reparó entonces en el borde de la chaqueta, recién cosido, y abrió mucho los ojos. «¡Se me había olvidado! ¡También he infectado al señor Allen con mi rabia!»

—Señor Allen —dijo Effie despacio—. Me gustaría volver a revisar su chaqueta cuando tenga un momento…

—¡Señor Allen! —los interrumpió Prudence, la doncella personal de lady Culver. Había bajado corriendo hasta el piso del servicio y su mirada salvaje sugería un suceso de dimensiones apocalípticas—. ¡Señor Allen, no puedo sacar a la señora Sedgewick de la cama, y tengo que decírselo a alguien! ¡Lady Culver está loca de ira, no sé qué hacer!

Aunque el señor Allen había mostrado ser menos profesional de lo habitual momentos antes, entonces se irguió y adoptó una expresión estoica.

—¿Y cuál es el motivo exacto del descontento de lady Culver?

Prudence lo miró con aspecto desesperado.

—Sus vestidos, señor. Han desaparecido. Todos.

—¿Perdón? —dijo el señor Allen con el ceño fruncido—. ¿Pretendes decirme que hemos enviado a lavar todos sus vestidos a la vez? La dama debe tener algo que ponerse ¿verdad?

Prudence sacudió la cabeza con furia.

—No, señor. No me ha entendido, señor. Todos sus vestidos han desaparecido… ¡y no están en la lavandería! Estaban en su armario cuando la preparé para dormir anoche, lo juro… y esta mañana, cuando entré para vestirla ¡habían desaparecido! El armario está vacío. Su señoría sigue en camisón, pero no encuentro nada que ponerle… ¡ni una bata!

Ante aquella revelación, una espantosa sensación premonitoria golpeó a Effie. Era todo demasiado extraño para tratarse de una coincidencia.

El señor Allen miró estupefacto a Prudence un buen rato; Effie supuso que esa situación debía ser, por fin, algo que no entraba ni siquiera en la amplia experiencia del estimado mayordomo.

—Lady Culver le dio algunos de sus vestidos viejos a las criadas en Navidad ¿no? —dijo él con un carraspeo—. De momento, ve a buscar alguno de los que estén sin utilizar. Reuniré al resto del personal para descubrir qué ha ocurrido con su vestuario desaparecido. Esto no puede ser otra cosa que algún extraño malentendido.

Effie ya había empezado a alejarse discretamente, y entonces echó a correr hacia las escaleras, consciente de que en cualquier momento la reclutarían para buscar los vestidos de la señora. Encontró a Lydia barriendo el suelo del vestíbulo.

—¡Lydia! —la llamó sin aliento—. ¡Por favor, dime que no pediste otro favor!

Lydia parpadeó y se detuvo, apoyando la escoba contra la pared.

—¿Por qué iba a pedir otro favor? —preguntó.

A Effie se le cayó el alma a los pies. Por mucho que había querido creer que Lydia era demasiado inteligente como para pedir su segundo deseo a las hadas, por lo menos si lo hubiera hecho aquello tendría algún sentido.

—Todos los vestidos de lady Culver desaparecieron en mitad de la noche. ¡Todos, Lydia! ¡No puede ni vestirse para salir de la habitación! ¡No entiendo nada, pero debe ser cosa del señor Jubilee!

Lydia dejó escapar una risa de incredulidad, aunque tuvo la decencia de cubrirse la boca y ahogarla enseguida.

—Vaya, vaya, qué apropiado — dijo con tan solo un breve trazo de regocijo en la voz—. Lady Culver te robó el vestido ¡y ahora alguien le ha robado todos los suyos! ¡Se lo tiene merecido, sí, señor!

Al mirarla, Effie lo comprendió todo con espanto.

«No importa lo que me hagan la señorita Buckley o lady Culver, no importa lo que me quiten», le había dicho a lord Negraespina, «nunca tendrán que afrontar las consecuencias de sus actos».

Pero el hado había asegurado que las dos sufrirían las consecuencias. «Es lo natural», había dicho el elfo.

—No cabe duda de que ha sido obra del señor Jubilee. ¡Prácticamente le rogué que lo hiciera! No lo pensé. ¿Por qué dije esas cosas? Además, sabía que estaba buscando la oportunidad de ser cruel con los poderosos.

Lydia frunció el ceño.

—No veo dónde está el problema. Lady Culver se merece un poco de crueldad. Yo no le pienso dedicar ni un pensamiento.

Effie la miró desesperada.

—¡Pero es que eso es, Lydia! Lady Culver se molestará, por supuesto… pero, al final, lo único que hará será descargar su ira contra todos nosotros.

Lydia puso mala cara.

—¡Que lo intente! —dijo con malicia—. Te lo juro, Effie, ya he tenido bastante de lady Culver, y sé que no soy la única.

Effie gimió.

—Eso solo lo dices porque te contagié mi rabia. Si estuvieras en tus cabales, nunca hablarías así. Van a despedir a alguien, y será todo por mi culpa…

—¡Euphemia! ¡Ahí estabas! —la voz del señor Allen rugió desde la puerta tras ellas—. Y Lydia también. Os necesito a las dos en el piso de abajo. He pedido a todos los sirvientes que se reúnan de inmediato.

No tuvieron más remedio que seguirlo. Lydia volvió a agarrar la escoba con gesto de mártir y Effie siguió a su amiga con un peso cada vez mayor en el corazón. El señor Allen explicó en poco tiempo la situación a la plantilla. Preguntó si alguien había cogido los vestidos de lady Culver para remendarlos o lavarlos… nadie lo había hecho. Como si fuera un general que dirige a sus tropas, el señor Allen los envió a cada uno a buscar por diferentes zonas de la mansión. A Effie le asignó unos pocos dormitorios de la planta de arriba; cumplió su cometido y los registró, aunque sabía que no encontraría nada.

«¿Qué hago? —pensó Effie presa del pánico—. Seguro que si llamo al señor Jubilee, puedo convencerlo de reponer los vestidos…»

—¡… un auténtico despropósito! —La voz de lord Culver restallaba al fondo de la casa, alcanzando a Effie por el pasillo mientras esta cambiaba de dormitorio—. ¡Juro que eres la única mujer tan idiota como para perder toda su ropa a la vez, Eleanor! ¡No pretenderás que pague para reemplazarlo todo!

—No necesito reemplazarlo todo —respondió lady Culver, y a Effie le sorprendió identificar una nota llorosa en su voz—. Solo necesito algo. ¡No puedo andar paseándome en camisón, Thomas!

Effie dirigió sus pasos hacia el dormitorio de lady Culver, donde tenía lugar la discusión. Por un momento pensó que no debería escuchar a escondidas… pero entonces una idea curiosa, casi perversa, la poseyó, y siguió avanzando por el pasillo.

—¡No tenemos dinero! —dijo lord Culver con frialdad. Effie lo vio por la rendija de la puerta, caminando arriba y abajo en la habitación, apenas capaz de contener su ira—. Si necesitas comprar algo, Eleanor, tendrás que hacerlo dentro del presupuesto que ya te entregué. Es tu deber como mi esposa lograr que funcione el presupuesto… en realidad es lo único que te pido que hagas.

Effie empujó la puerta y entró en la habitación de lady Culver.

La escena al completo se desarrolló ante ella. Lord Culver caminaba de un lado a otro mientras regañaba a su mujer. Lady Culver estaba sentada al borde de la cama, envuelta en una bata que había tomado prestada de una doncella. Por increíble que pareciera, ninguno de los dos prestó la menor atención a Effie cuando entró en la habitación, inmersa en su poco entusiasta búsqueda del vestuario de la dama. Como siempre, era una presencia sin la menor importancia. Una criada que trabaja, pensó Effie, no puede escuchar a escondidas… porque no es una persona. Esa idea aplastó el último resquicio de culpabilidad que podía haber sentido mientras la pareja seguía discutiendo delante de ella.

—¡Del presupuesto no queda nada, Thomas! —suplicó lady Culver—. ¡No sé de dónde voy a sacar el dinero!

—Supongo que eso depende —dijo lord Culver con una calma repentina y antinatural—. ¿De qué tienes más necesidad, Eleanor? ¿De vestidos o de una doncella personal? Estoy convencido de que odiarías renunciar a cualquiera de las dos cosas… pero, claro, si te hubieras organizado mejor, no estaríamos teniendo esta conversación ahora.

La expresión desdeñosa en el rostro del caballero habría acobardado a la mayoría de la gente; pero en Effie provocó un sentimiento de desprecio furioso. A ella no le importaba demasiado lady Culver, que otros le gritaran no la eximía de sus propios gritos a los sirvientes, ni de las teteras que les había tirado a la cabeza. Pero el rostro de lord Culver en ese momento expresaba todo lo que más odiaba Effie de su esposa, solo que en mayor cantidad. Su

semblante reflejaba una superioridad moral petulante, la sugerencia de que consideraba a la persona que tenía delante más estúpida, infantil y menos valiosa de lo que se consideraba a sí mismo.

Lady Culver debía estar muy acostumbrada a esa expresión, pues enderezó los hombros poco a poco y le lanzó a su marido una mirada de odio que reflejaba la rabia que anidaba en el corazón de Effie. La dama habló con una frialdad nueva en la voz.

—Me veo obligada a recordarte, Thomas, que te apropiaste de una considerable suma de los fondos destinados a la casa para otros propósitos el año pasado. Ya he despedido a muchas de las sirvientas. Quizá, ya que valoras tanto tus otros gastos, podrías arreglarte sin un ayuda de cámara.

Lord Culver entrecerró los ojos. Por un momento, Effie se preguntó si iba a abofetear a su esposa, pero se contuvo.

—Si tenemos demasiados sirvientes masculinos —respondió—, en ese caso quizá debas despedir a uno de los lacayos, Eleanor. Tendrás que sobrevivir con una cara bonita menos en casa.

Effie se detuvo con un cajón del tocador de la señora medio abierto.

El dardo de lord Culver no acertó en la diana, lady Culver se limitó a sonreír de manera neutra.

—Tan sabio como siempre, lord Culver —dijo en tono sardónico—. No sé qué sería de nosotros sin tus consejos. Un lacayo menos, en ese caso. ¿Es eso todo, o quieres repetirme lo tonta que soy?

Lord Culver se precipitó sobre su mujer con la mano levantada. Effie no tuvo tiempo de reflexionar sobre sus impulsos, antes de darse cuenta de lo que hacía, saltó hacia él y le sujetó el brazo. Cuando lord Culver lo bajó, la pura fuerza del gesto fue suficiente para desequilibrarla. El golpe que esperaba propinarle a lady Culver se desvió, y Effie cayó encima de la cama sujetándole el brazo todavía mientras lady Culver gritaba de sorpresa.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo? —aulló lord Culver. Tenía el rostro enrojecido y deformado, y salpicó a Effie de saliva al gritar.

La joven debería haberse quedado petrificada. Lord Culver no era un hombre corpulento, de hecho, ahora que lo miraba de cerca, solo era un poco más alto que ella. Pero había en su postura una energía sutil y terrible que

todos los sirvientes reconocían nada más verla. Era la profunda seguridad de que merecía cosas y que, en consecuencia, quien le negase esas cosas se ganaría cualquier daño que a él le pareciera conveniente. Los hombres que se creían merecedores de ciertas cosas eran siempre capaces de los peores actos violentos.

Pero Effie no estaba asustada, lo que estaba era furiosa.

—Creo que debería irse —le dijo a su empleador. Logró infundir su voz de una entonación suave y glacial a pesar de la posición incómoda en la que se encontraba.

Los ojos de lord Culver relucieron de ira. El hecho de que Effie no se hubiera acobardado de inmediato ante su enfado resultaba todavía más ofensivo que el haberle impedido ejercer la violencia que creía merecer. Effie se propulsó con el brazo del caballero para recuperar la verticalidad y lo miró a los ojos. Cuando volvió a hablar le temblaba la mandíbula de rabia.

—Si me pega, sepa que no dudaré en devolverle el golpe. Soy una criada sucia y maleducada, señor, no tengo valores. Gritaré, le patearé y le morderé hasta que a ninguno nos quede ni una pizca de dignidad. Seguro que sus hermanos acudirán corriendo, y lo encontrarán revolcándose por el suelo con una criada como un cerdo en un estercolero.

Lord Culver tiró violentamente de su brazo para liberarse. Effie vio que por un momento consideraba ejercer la violencia que seguía deseando emplear, pero la rabia que la joven irradiaba debió de convencerlo de que hablaba completamente en serio e incluso podría ser hasta más peligrosa que él, así que dio un paso atrás, dejó caer los brazos y apretó los puños.

—Estás despedida —dijo—. Recoge tus cosas y vete de esta casa en menos de una hora o te echaré yo mismo. Te irás sin referencias y sin sueldo.

Effie no permitió que esas palabras atravesaran la neblina de su ira. Sabía que, si lo hacía, perdería todas las fuerzas de golpe.

—No puede robarme el sueldo. Llevo meses trabajando, al menos eso se me debe.

Lord Culver la observó con desprecio.

—Ve a quejarte a un juez, a ver si consigues que te escuche alguno.

Se dio la vuelta y abandonó la habitación hecho una furia, cerrando la puerta tras de sí con toda la violencia que no había podido descargar ni en Effie ni en lady Culver.

Effie se quedó donde estaba con la vista fija en la puerta. Tras ella, lady Culver se enderezó poco a poco, recuperando la compostura. El silencio fue prologándose entre ellas, intacto, hasta que la criada se giró por fin para mirarla. La señora de la casa no le devolvió la mirada.

—Tendrás que hacer el equipaje rápido —dijo lady Culver—. Debes irte antes de que cambie de opinión y vuelva a buscarte.

Effie sacudió la cabeza, perpleja.

—Supongo que eso es lo que equivale a un agradecimiento. No sé de qué me sorprendo.

Lady Culver se encogió… no porque se sintiera culpable, sino sorprendida. Resultaba evidente que esperaba que Effie desapareciera en silencio, como ella misma había sugerido.

—No te pedí que te inmiscuyeras en mis asuntos matrimoniales —dijo la dama—. Tomaste esa decisión por ti misma. Y yo no tengo poder para protegerte de sus consecuencias.

Effie adoptó una expresión seria.

—No le he pedido que me proteja de ninguna consecuencia —respondió —. Pero sí que esperaba, a lo mejor, una minúscula pizca de gratitud… error mío, supongo. —Lo absurdo de la situación la golpeó de pronto, y no pudo evitar reírse. Su cólera creció y ardió con más intensidad—. Ni siquiera sabe mi nombre. Nunca lo ha sabido. Y, cuando me vaya, seguirá sin saberlo. Está usted sola en su pequeño mundo miserable porque se niega a ver a los seres humanos que la rodean. Si no fuera usted una persona tan odiosa, lady Culver, podría tener amigos en su casa. Eso es culpa suya y de nadie más.

La expresión de lady Culver se enfrió todavía más.

—En efecto —respondió—, no sé cómo te llamas. Y, ahora, desde luego que no quiero aprenderlo.

A Effie le sobrevino una debilidad mareante ante aquello, y comprendió que había llegado al final. «Al menos, las cosas no pueden ir a peor». La

echarían a la calle sin referencias y sin sueldo. En cuanto los Culver hablaran con el resto de casas de la zona, no volverían a contratarla.

A pesar de todo, aquello conllevaba cierta libertad terrible. Effie se sentía como si alguien le hubiera quitado un peso profundo y oscuro de los hombros; por primera vez en mucho tiempo, podía respirar en condiciones. Al menos, pensó, nadie pensaría en hacerle daño a su hermano, ya que tampoco conocían su nombre.

—Me arrepiento de haberle lavado la ropa alguna vez —le dijo Effie a la dama—. Me arrepiento de barrer su alcoba y de llevarle el té. Pero no me arrepiento de lo que acabo de hacer, por muy detestable que sea usted… eso es lo más ridículo de todo. A pesar de lo poco que le importo, me desconcierta descubrir que usted sí que me importa. Aun así, me importa. —Sacudió la cabeza—. Es a usted a la que le falta humanidad, no a mí. Por lo menos eso ahora lo sé con seguridad.

Effie le dio la espalda y abandonó la habitación, bajó al cuarto del sótano que compartía con Lydia y empezó a recoger sus enseres.

Capítulo trece



Effie no tardó demasiado en reunir sus posesiones, escasas como eran. La bolsa contenía tan solo su ropa de trabajo, los dos vestidos feéricos, el bastidor de bordado con la chaqueta de lord Negraespina y el artificio que le había dado el hado; el de Lydia lo dejó en su sitio. Cuando terminó de guardarlo todo, dejó la bolsa sobre la cama e inspiró, temblorosa.

—¡Juniper Jubilee! —exclamó—¡Juniper Jubilee, Juniper Jubilee!

El aroma de las rosas silvestres inundó el cuarto todavía más rápido que la primera vez que lo había llamado; al percibir la presencia del elfo justo detrás de ella se giró para saludarlo, sintiéndose vacía.

Lord Negraespina mostraba su habitual buen humor, se le veía incluso más alegre de lo normal. Su sonrisa no podría haber sido más brillante.

—¡Señorita Euphemia! —la saludó—. ¡Qué sorpresa tan agradable! Solo me había llamado una vez antes.

Aquel día, Effie no se sintió vigorizada por la exuberancia del hado. En cambio, la rabia que la reconcomía se agitó y le entraron náuseas. Que estuviera tan feliz cuando era en parte responsable de lo que le había ocurrido le resultaba, en aquel momento, inconcebible.

—Tiene que devolver los vestidos de lady Culver.

Lord Negraespina parpadeó, resultaba evidente que no era eso lo que esperaba escuchar.

—¿Tengo que hacerlo? ¿Por qué? Ha sufrido las consecuencias de su robo al menos por triplicado. ¿Cómo va a aprender a no robarles a los demás si le retiro el castigo?

—¡Lady Culver no aprenderá nada de todo esto! —estalló Effie apretando los puños—. ¡Castigarla no tiene sentido! Para ella no existe la menor relación, ella es una persona, pero yo no, así que las dos situaciones no tienen nada que ver. Nuestro señor y salvador podría entrar en su habitación y azotarla con su látigo y ella lo único que respondería sería: «¿Por qué yo?»

Effie se interrumpió para respirar y serenarse. La furia seguía agitándose en su interior.

—Es muy posible que lady Culver despida a George para poder comprarse más vestidos, y George está enfermo, señor Jubilee. No puedo permitirlo. No disfrutaré de una venganza inútil a costa de mi propio hermano. Tiene que devolverle los vestidos a lady Culver.

La expresión alegre del elfo se enturbió un poco y la preocupación apagó su sonrisa.

—No puedo devolvérselos, señorita Euphemia. Ya los he regalado, igual que ella regaló su vestido.

Effie cerró los ojos. Ya no era capaz de contener su enfado por mucho que lo intentara. Por un momento, se olvidó de la luz cálida de Negraespina y del modo en que su corazón se henchía cuando el elfo le decía lo bonita que estaba y cuánto le gustaban sus bordados. Todo había sido barrido de su mente ante el convencimiento de que tanto a ella como a su hermano los echarían a la calle para que enfermaran y pasaran hambre.

—Iré a decirle a la señorita Buckley que lady Culver necesita su vestido —dijo Effie despacio—. Al fin y al cabo, son grandes amigas. Seguro que le devuelve el regalo ahora que lady Culver lo necesita.

Lord Negraespina carraspeó con incomodidad. Al abrir los ojos, Effie descubrió que su rostro reflejaba ahora una gran ansiedad.

—Sobre la señorita Buckley… —Effie se detuvo, resignada a esperar lo peor. Sus sentimientos debieron reflejarse en su rostro, porque los hombros del hado se desplomaron y añadió con un hilo de voz—: Me temo que la

señorita Buckley ahora mismo no puede atender visitas. La he hecho dormir durante cien años.

Effie creía que estaba preparada para su respuesta… pero aquello era tan excesivo que tuvo que sentarse en el borde de la cama y enterrar el rostro entre las manos.

—¡Lo siento mucho! —dijo lord Negraespina. Estaba claro que lo sentía… un hecho que a Effie podría haberle resultado interesante de no sentirse tan desesperada—. Seguro que encontraremos una solución, señorita Euphemia. Un beso de amor verdadero la despertará, por supuesto (supuse que no tendría a nadie que la ame de verdad, con lo malvada que es), pero puedo pedirle a lady Vallebaldío que utilice la adivinación…

—¡No quiero que haga nada más, señor Jubilee! —estalló Effie—. ¿No ve que ya ha hecho más que suficiente? Cada vez que se ha inmiscuido en mi vida, todo ha ido a peor y a peor. ¡Sus buenas intenciones no importan si todo lo que hace termina en desastre de todas formas! —Se puso de pie, todavía trémula por el día tan espantoso que estaba teniendo—. Lo peor de todo, sin duda, es que es todo culpa mía. Sabía lo que era cuando acepté el trato. No hay una sola persona en toda Inglaterra que no sepa que las hadas causan problemas allá donde van. Estoy enfadada con usted, señor Jubilee, y estoy enfadada conmigo misma, porque estar enfadada con usted es ridículo ¡es como darse un golpe en el pie contra una mesa y enfadarse con la mesa!

Lord Negraespina parpadeó muy rápido mientras ella alzaba la voz más y más. La preocupación de su rostro se transformó en inquietud... y luego en angustia. Se encogió ante las últimas palabras de Effie como si lo hubiera golpeado y dio un paso atrás.

—Lo… lo siento —dijo con suavidad. Por un momento pareció que iba a añadir algo, pero se contuvo y guardó silencio.

La expresión de auténtica tristeza en el rostro del hado le rompió el corazón a Effie. «Casi todo es verdad —pensó—, pero no tenía que haber sido tan cruel al decirlo». Bajó la cabeza, avergonzada, mientras buscaba qué decir.

—No la ayudaré más, señorita Euphemia —dijo lord Negraespina en tono suave—. O más bien… ahora comprendo que no puedo ayudarla. Tiene razón.

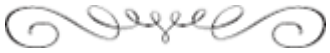
—Se obligó a sonreír y de pronto el gesto resultó incómodo—. Ciertamente, no deseo ser una mesa.

Esa observación inocente golpeó a Effie con una fuerza terrible, pues le recordó sus propias palabras del día anterior. «Soy como el aire o el papel pintado o los muebles». Era cierto que lord Negraespina había traído el desastre a su vida. Sin embargo, a diferencia del resto de personas importantes en ella, él nunca la había tratado como a un mueble. ¿Cómo se le ocurría implicar que no era humano? O más bien… resultaba evidente que no era humano, pero sí que era una persona.

Effie sintió un nudo en la garganta.

—No debería haber dicho eso, señor Jubilee. ¿Podría olvidar que lo he dicho, por favor?

Pero, cuando levantó la vista, descubrió que el hado había desaparecido.



Effie se encontró con Lydia en el pasillo de los sirvientes. La otra criada la miró de forma peculiar al descubrir su bolsa.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Lydia—. ¿Has hablado con lord Negraespina sobre los vestidos?

Effie suspiró profundamente.

—Sí. Y no puede devolverlos. De todas formas, me han despedido. Es muy posible que lady Culver despida a George también si no le encuentro un vestido adecuado. Acerca de eso… ¿supongo que no podrás indicarme dónde vive la señorita Buckley?

Lydia abrió la boca de par en par, la indignación brillaba en sus ojos.

—Pero… ¿despedida? ¿Cómo? ¿Por qué?

Effie intentó ignorar sus sentimientos ante aquella palabra mientras Lydia la repetía de nuevo.

—Sobre todo por culpa del ego de lord Culver. Pero ya me ocuparé de eso después. ¿Sabes cómo ir a la casa de la señorita Buckley, o no?

Lydia sí que lo sabía, pero se negó a indicarle el camino hasta escuchar la historia completa. Cuando Effie terminó de relatar los hechos, Lydia estaba todavía más furiosa que ella misma.

—¡Es todo ridículo! —se indignó su amiga—. ¡Ni se te ocurra perder el tiempo con la señorita Buckley! Esto se tiene que acabar ¿entiendes?

Effie levantó las manos con impotencia.

—¡Y qué vamos a hacer al respecto! ¿Vas a ir a increpar a lord Culver? ¡Lo único que hará será despedirte a ti también!

—¡A lo mejor no me importa que me despida! —repuso Lydia—. Ya sé que has estado muy ocupada con lord Negraespina, Effie, pero yo he estado preguntando por ahí. Estuve hablando con el señor Jesson después de que descubriera que soy una criada ¿sabes? Está buscando un ama de llaves y una criada por lo menos, en Orange End les falta personal. Me preguntó si conocía a alguien, y le dije que yo misma quería el trabajo en cuanto estuvieras casada.

Effie parpadeó.

—¡No tenía ni idea! Gracias al cielo, Lydia. Es un alivio saber que al menos tú estarás en un sitio mejor.

Lydia entrecerró los ojos.

—Sí, pero no voy a dejar a los demás colgados. A lo mejor tú no quieres pelear, Effie, pero ¿te imaginas esta casa ahora que tú te vas, y yo me voy, y la señora Sedgewick está demasiado deprimida para trabajar…?

—¿Qué? —interrumpió Effie confundida—. Pensaba que la señora Sedgewick estaba enferma.

La expresión de Lydia se oscureció.

—Fui a ver cómo se encontraba. No está enferma, es solo que no consigue reunir fuerzas para salir de la cama. Se echa a llorar en cuanto alguien se lo menciona. Dijo que preferiría morirse antes que enfrentarse a lady Culver otra vez. —Lydia se quedó dándole vueltas a aquello—. ¿Sabes lo que pienso yo, Effie? A lo mejor no te gusta, no lo sé. Pero creo que tu rabia era lo único que mantenía en pie a la señora Sedgewick, y ahora que ha desaparecido, no sé si le queda mucho más.

Effie la escuchó con incomodidad. Era una posibilidad que nunca se le había ocurrido. La señora Sedgewick siempre había sido la señora Sedgewick:

sólida, fiable y levemente insufrible. El descubrimiento de que el ama de llaves hubiera estado tan cerca de derrumbarse en todo momento era terrible.

Effie inspiró para serenarse.

—A la porra —dijo—. Dame un momento, tengo que pensar.

Le palpitaba la cabeza de emoción y la ira le oprimía el pecho. Era tan difícil pensar con toda esa furia…

—Oh —farfulló Effie—. Qué tonta. Tengo rabia de sobra para dar y tomar ¿verdad?

Se sacó el pañuelo, una muselina blanca cuadrada decorada con hojas también blancas. Después posó la bolsa y sacó uno de los carretes del hilo de los deseos y una aguja. Se sentó ahí mismo, en mitad del pasillo, y empezó a bordar un pequeño cardo en la tela.

Las puntadas le salieron fatal, desde luego el cardo no era digno del hilo que estaba usando. Pero Effie estaba más enfadada que nunca antes en toda su vida, e igual que supo que estaba creando una obra maestra en la chaqueta de lord Negraespina, supo que aquella sería otra obra maestra. Canalizó en el pequeño cardo toda su indignación, su convicción de que no era un mueble y de que nadie debería ser tratado como tal. Es más, se imaginó un mundo en el que nadie se atrevería a tratarla así. Visualizó a lord y lady Culver privados de su poder arrogante y de su superioridad moral, obligados a reconocer que los demás importaban y que su existencia valía tanto como la de ellos. Mientras bordaba, Effie descubrió que ese era el deseo más profundo y desesperado que albergaba su corazón.

Cuando terminó, se puso de pie otra vez y le entregó el pañuelo a Lydia.

—Dáselo a la señora Sedgewick —dijo—. Apenas sé lo que estoy haciendo, pero puede que sea de ayuda.

Una mirada extraña apareció en los ojos de Lydia cuando cogió el pañuelo.

—Creo que sí ayudará ¡Ay, Effie! ¡Siento que podría escupir alfileres! ¿De verdad has estado tan enfadada todo este tiempo?

Lo dijo con más asombro que preocupación.

—Me pregunto si ha sido así. He estado cosiendo mucho. Me imagino que debía estar muy enfadada, ya que no dejaba de pasarle mi ira a otros —Effie sacudió la cabeza—. No me atrevo a quedarme más. Si tengo suerte volveré

con el vestido de lady Culver… pero no volveré como yo misma, si sabes a lo que me refiero.

Lydia asintió despacio.

—Si piensas que eso es lo mejor… Yo no me iré hasta que esté segura de que George está a salvo. Si hace falta, me lo llevaré conmigo para trabajar con el señor Jesson. Es un hombre decente y bastante dócil, no creo que se queje.

Effie le dio un fuerte abrazo a su amiga.

—Supongo que tendré que irme a Negraespina antes o después. No sé cómo me va a surgir la oportunidad de casarme con el señor Benedict sin trabajo, ni casa ni carruaje. Por si acaso, quiero despedirme y darte las gracias ahora, has sido la mejor amiga que podía tener.

Lydia sonrió débilmente.

—A lo mejor el Mundo de las Hadas no está tan mal. Más de una vez he pensado que preferiría trabajar para lord Negraespina que para lady Culver, aunque el trabajo en sí sea diez veces más duro. Y de verdad creo que le gustas mucho, Effie.

—Tendré que pedirle disculpas —dijo esta con un suspiro—. Quiero hacerlo, pero no me atrevo a llamarlo hasta que todo esté solucionado, no vaya a ser que intente arreglar él las cosas.

Lydia le devolvió el abrazo.

—Tienes que ir a ver a George. ¿Qué va a pensar si desapareces otra vez?

—George ya tiene bastante con su enfermedad —dijo Effie sacudiendo la cabeza—. No quiero preocuparlo con esto ahora. Cuando esté segura de que su puesto está a salvo, iré a despedirme… como una dama, si hace falta. Si por algún motivo desaparezco antes, tendrás que asegurarle que he encontrado un buen empleo en otro lugar.

Effie soltó a su amiga y se colgó la bolsa del hombro. A regañadientes, Lydia le indicó cómo llegar a la residencia de la señorita Buckley.

Entonces, tras muchos años tristes de servicio, Effie abandonó Hartfield por fin.

Capítulo catorce



El trayecto hasta la mansión de la señorita Buckley resultó frío, lluvioso y lleno de barro. Técnicamente no era la mansión de la señorita Buckley… los terrenos y la casa pertenecían a su hermano mayor, lord Wilford. Effie tardó todo el día en llegar a Holly House, como se llamaba la residencia de lord Wilford. Cuando por fin llegó, el sol había empezado a caer, y ella estaba calada hasta los huesos.

Era difícil ver Holly House en la oscuridad, pero quedaba suficiente luz para discernir algunos elementos aguzando la vista. Un detalle en particular la hizo detenerse.

La casa al completo estaba cubierta de zarzas.

—Maldición —exclamó Effie.

Rebuscó en su bolsa empapada por la lluvia, era difícil distinguir su contenido en la penumbra. Por fin, sacó la rosa amarilla que lord Negraespina le había dado y se la colocó alrededor del cuello. En aquella casa, pensó Effie, nadie estaría dispuesto a rescatar del frío a una criada empapada. A lo mejor una dama empapada correría mejor suerte.

Effie avanzó hacia la puerta, cubierta por completo de espinas y rosas blancas. Suspiró y habló con las espinas de la misma forma en que lord Negraespina se había dirigido a la silla en el centro de su reino.

—Ya sé que solo intentas ayudar, y lo aprecio de verdad, pero necesito entrar… ese es mi objetivo, quiero decir. Y estoy muy segura de ese objetivo, porque aquí fuera hace un frío espantoso, y yo estoy mojada y triste. ¿Me dejas pasar, por favor?

No había estado convencida de que aquello funcionara pero, para su sorpresa, las espinas se separaron y recolocaron a ambos lados de la escalera de entrada. Effie parpadeó y dio un paso adelante.

—Gracias —les dijo a las zarzas—. Muy amable por vuestra parte.

A lo mejor fue solo su imaginación, pero le pareció que las rosas se abrieron un poco, como si estuvieran satisfechas.

Acto seguido, Effie golpeó decidida la puerta con los nudillos.

En el interior, un perro pequeño empezó a ladrar sin parar y se escucharon unos pasos acercándose.

—¿Quién está ahí? —dijo la voz de un anciano—. ¿Es el médico? No puede entrar por la puerta principal, está bloqueada por las zarzas. Tendrá que entrar por la del servicio, lo siento.

Effie se frotó los brazos entre temblores.

—¡Las zarzas se han apartado! —gritó—. ¡Pero no sé por cuánto tiempo! ¿Puedo entrar, por favor?

La puerta se abrió de golpe. Un mayordomo de edad avanzada parpadeaba desde el otro lado mirando a Effie a la luz de una vela. Llevaba en brazos un perrito pug que se revolvía y gemía.

—¡Caramba! ¿Una dama? ¿A esta hora? Pero no debe entrar, señorita… esta casa está maldita y no hay forma de saber si usted se contagiará también.

Effie frunció el ceño.

—Sospecho que las zarzas y yo hemos alcanzado un acuerdo —informó al mayordomo—. De hecho, he venido a intentar levantar la maldición que pesa sobre esta casa. Por lo que he entendido la señorita Buckley ha caído en un sueño profundo… ¡Pero no sé qué más ha ocurrido! ¿Puede contármelo, señor?

El mayordomo observó a Effie anonadado pero, poco a poco, se hizo a un lado y la dejó entrar.

—No es solo la señorita Buckley. La familia entera está dormida, aunque los demás no nos hemos visto afectados. Hemos intentado despertarlos ¡pero

es imposible!

Effie se mordió el labio. Lord Negraespina también había multiplicado el castigo de lady Culver, así que no debería haberle sorprendido ese giro de los acontecimientos.

—¿No habrá por casualidad tres miembros de la familia de la señorita Buckley en esta casa? —adivinó.

—Sí, así es —dijo el mayordomo. Cerró la puerta tras ella y soltó al perrito en el suelo… que siguió con sus gimoteos sin tregua—. ¿Conoce a lord Wilford?

Effie se detuvo en el vestíbulo, todavía temblando, y se quitó los botines.

—En absoluto —respondió—. ¿Sería tan amable de conseguirme una taza de té caliente y alguna prenda seca que pueda usar, señor…?

—Señor Fudge —respondió rápidamente el mayordomo. Effie asintió.

—Mi nombre es Euphemia Reeves —añadió, no queriendo ser descortés.

El señor Fudge asintió a su vez.

—Puedo conseguirle ambas cosas, señorita Reeves. Por favor, acompáñeme al salón. Y, eh… ignore a Caesar —al decirlo hizo un gesto hacia el pug, que lloriqueaba por lo bajo—. Volverá a calmarse en algún momento, estoy seguro.

Effie sintió alivio al descubrir un fuego encendido en el salón. Se instaló en una silla justo al lado, frotándose las manos. Algo después, el señor Fudge regresó con una manta gruesa y una tetera de manzanilla. Effie se bebió tres tazas enteras antes de recuperar la sensibilidad en brazos y piernas. Aun así, se dejó la manta sobre los hombros cuando se incorporó para hablar con el señor Fudge.

—¿Dónde puedo encontrar a la señorita Buckley? —preguntó.

El señor Fudge la condujo al piso de arriba y al interior de un dormitorio. Era más pequeño que la mayoría de los dormitorios de la nobleza que había visto, pero mucho más amplio que el cuarto del sótano que ella había compartido con Lydia. También allí había zarzas en las paredes, salpicadas de grandes rosas blancas. Las zarzas se arracimaban alrededor de una cama individual en la que dormía la señorita Buckley. Al acercarse, Effie vio que la muchacha llevaba puesto su antiguo vestido y que todavía tenía en el pelo las

rosas con las que se había adornado para el desayuno del señor Jesson. Las zarzas parecían haber crecido a partir de esas florecillas hasta apoderarse de la casa.

—La señorita Buckley se quedó dormida en una de las salitas de té —explicó el señor Fudge mientras cerraba la puerta tras de sí—. La trajimos a la cama… pero entonces empezaron a crecer las flores y el resto de la familia se quedó dormida también. ¿De verdad tiene idea de cómo arreglar esto, señorita Reeves?

Se escuchó un gimoteo agudo al otro lado de la puerta, seguido de insistentes sonidos de rascado. Effie frunció el ceño.

—¿A lo mejor podría permitir entrar al perro? Parece muy angustiado.

—Caesar lleva quejándose desde que empezó esta historia —suspiró el mayordomo—. Lo hemos mantenido fuera de la habitación de la señorita Buckley para que no se haga daño con las espinas.

Effie asintió y estuvo a punto de pasar por alto todo aquello… pero entonces se detuvo.

—¿Podría ser que Caesar fuera el perro de la señorita Buckley? —preguntó.

—Técnicamente es el perro de lord Wilford —dijo el mayordomo con una sonrisa burlona—. Pero ese perro lleva enamorado de la señorita Buckley desde la primera vez que lo cogió en brazos.

Effie clavó la vista en la joven. «No puede ser tan sencillo» pensó.

Pero tampoco haría ningún daño poner a prueba su teoría, así que se acercó a la puerta y la abrió. Caesar se le coló entre las piernas como un relámpago, Effie lo cogió en brazos de la que pasaba y lo colocó en la cama en la que dormía la señorita Buckley.

El señor Fudge observó con el ceño fruncido cómo colocaba al perrito junto al hermoso rostro dormido de la señorita Buckley. Caesar gimoteó otra vez, y entonces sacó la lengua y le dio un lametazo largo y triste a la joven.

La señorita Buckley se removió en sueños.

—¿Qué diablos? —exclamó el señor Fudge.

—Un hada me dijo que un beso de amor verdadero podía despertar a la señorita Buckley —explicó Effie—. No se me ocurre ningún amor más puro o

incondicional que el de un perro.

La señorita Buckley farfulló algo en sueños. Los lloriqueos de Caesar se transformaron en curiosidad, y le dio un golpecito en la mejilla con su hocico arrugado. Acto seguido, le dio otro lametazo y esa vez la joven bostezó y se sentó en la cama.

—¡Caramba! —suspiró la señorita Buckley—. ¿Cuánto tiempo llevo dormida?

Caesar se puso a ladrar y se abrió paso alegremente entre las sábanas hasta colocarse bajo el brazo de la joven. La señorita Buckley le rascó las orejas, distraída, y parpadeó al descubrir a los otros ocupantes de la habitación.

—¡Dios mío! ¡No me había percatado de que tuviera visita!

El señor Fudge dejó escapar un rotundo suspiro de alivio.

—¡Gracias al cielo! ¡Lleva dormida más de un día, señorita!

La señorita Buckley observó asombrada los gruesos rosales salvajes, que empezaban a menguar de mala gana para desaparecer quién sabía dónde.

—Debo seguir dormida —comentó—. Todo esto es muy extraño.

Effie miró de reojo al señor Fudge.

—¿Le importaría concedernos un momento de privacidad? —preguntó.

El mayordomo asintió con desgana, salió de la habitación y las dejó a ambas en silencio.

—No está dormida, señorita Buckley —explicó Effie cansada—. La maldijo un hada. El beso de su perro la despertó y rompió la maldición. Espero que sea suficiente para romper la maldición que pesa sobre el resto de su familia también… no sé si Caesar quiere a ninguno de ellos lo suficiente como para despertarlos.

La señorita Buckley abrió los ojos de par en par.

—¿La maldición de un hada? ¿De verdad? Había oído hablar de personas que sufren maldiciones antes, por supuesto ¡pero nunca había visto una con mis propios ojos! ¿qué he podido hacer yo para enfadar a un hada? —se detuvo al reconocer a Effie y frunció el ceño—. Usted estaba en el desayuno ¿no? ¿No es la dama que hablaba con el señor Benedict?

Effie apartó la mirada.

—Así es. No puedo decir que le tenga mucho cariño, señorita Buckley, sea por su culpa o no. Pero no soy un hada, y cien años dormida me parece un castigo ridículo —cogió aliento antes de continuar—. El vestido que aceptó de lady Culver era robado, ese es el motivo último por el que la maldijeron. Si me lo entrega ahora, se lo devolveré a ella y creo que usted no tendrá más problemas con las hadas.

Una tristeza repentina se adueñó del semblante de la señorita Buckley, que abrazó con fuerza a su perro.

—Tendría que haber sabido que estaba relacionado con el vestido. Es el único motivo por el que el señor Benedict mostró el menor interés en mí ¿verdad? —agachó la cabeza, incapaz de mirar a Effie a los ojos—. No sé qué haré si no se casa conmigo. Tengo muy pocas opciones, señorita. El hada al que le robaron ese vestido… ¿cree que tendría la bondad de dejármelo solo un poco más?

Effie la observó perpleja.

—¿Quiere quedarse con el vestido hasta que el señor Benedict se case con usted? —preguntó despacio—. ¿No quiere descubrir si usted le importa de verdad primero?

—Es evidente que no —respondió la señorita Buckley—. Puedo vivir con ello… el cielo sabe que seguramente pasó mucho más tiempo del que debía con las señoritas venecianas, que tampoco le importaban en absoluto. Seré una buena esposa, lo único que pido es no tener que casarme con algún ser decrépito elegido por mi hermano en un momento de desesperación.

Effie cerró la boca con firmeza.

—Tiene suerte de que su perro la quiera tanto, señorita Buckley, porque eso es lo más odioso que he oído nunca, y no puedo imaginarme a nadie más queriendo a una mujer que expresa semejantes sentimientos. Yo también llevaba un vestido mágico, sabe… ¡pero nunca habría aceptado una propuesta de matrimonio con él puesto! —sacudió la cabeza—. No necesita seducir a ningún hombre con un vestido mágico para que se case con usted, ni tampoco casarse con un anciano decrépito. Tiene otras opciones, pero se niega a valorarlas. Podría huir de su vida cómoda y convertirse en institutriz… o a lo mejor en una magnífica doncella personal de alguna señora.

La señorita Buckley retrocedió asqueada al escucharla.

—¿Una criada? —repitió incrédula.

—Oh, sí —dijo Effie—. Una criada. ¿Tan terrible le parece, señorita Buckley? ¿Podría ser que a las criadas no se las trata demasiado bien en esta casa? ¿Acaso las tratan tan mal que preferiría casarse con un viejo desdentado antes que convertirse en una de ellas?

La señorita Buckley guardó silencio. Effie no creyó que sus palabras hubieran calado; más bien le pareció que a la joven le preocupaba que la propia Effie fuera un hada y que cualquier protesta posterior pudiera desencadenar una nueva maldición.

—Deme el vestido —dijo Effie con sequedad—. Si me quedo mucho más perderé por completo la paciencia con usted. —Hizo una pausa y añadió—: Y cuide muy bien de ese perro, señorita Buckley. Es una criatura mucho más bondadosa que usted.

Effie aguardó en el salón a que la señorita Buckley se cambiaba. Mientras esperaba, escuchó al resto de la familia despertarse y las peticiones a gritos que les hacían a los criados. Un rato después, el señor Fudge apareció con el vestido. En ese momento la miró con una expresión entre asustada y agradecida, Effie supuso que la señorita Buckley había convencido a los demás de que era un hada.

«No soy un hada —pensó Effie—. Aunque al parecer soy hechicera, supongo que se acerca lo bastante como para que no importe la diferencia».

Aceptó el vestido, mirándolo con tristeza. La idea de devolvérselo a lady Culver le revolvía el estómago, pero George necesitaba su trabajo mucho más de lo que ella necesitaba ese vestido.

Sus anhelos y esperanzas le susurraban desde las puntadas de hojas y flores y Effie frunció los labios con firmeza.

«Por lo menos mis sueños no se los entregaré a lady Culver».

—¿Podría prestarme unas tijeritas de bordar, señor Fudge? —preguntó entonces.

El mayordomo atendió su petición con suma rapidez, volvió con las tijeras y a continuación se acomodó con cuidado junto a la pared, fingiendo que no miraba, mientras ella cortaba los bordados del vestido.

Al hacerlo, Effie descubrió que solo había unas pocas puntadas imbuidas de un significado especial. Ahora que sabía qué buscar, podía sentir los breves momentos de nostalgia al pasar los dedos por encima de la tela. Esas fueron las puntadas que cortó, una a una, hasta que lo único que quedó fue un vestido gastado con una gran cantidad de bordados vulgares y corrientes.

—Por favor, señorita Reeves —dijo el señor Fudge mientras ella revisaba su trabajo—. ¿Podemos ofrecerle algo más? ¿Lo que sea? No nos gustaría que considerara nuestra hospitalidad insuficiente.

Effie suspiró. No soportaba mirar más aquel vestido aburrido y vulgar.

—Me sería útil un carruaje que me llevase de vuelta a Hartfield, señor Fudge —le dijo—. No me apetece demasiado caminar hasta allí bajo la lluvia.

—Po-por supuesto —tartamudeó el mayordomo—. Sí, le traeremos un carruaje de inmediato. Será difícil con todo este barro, por supuesto, pero espero que disculpe las molestias.

—No voy a maldecirle, señor Fudge —explicó Effie con frialdad—. Sospecho que trabajar en esta casa ya será maldición suficiente. Pero aun así agradecería el carruaje, ha sido un día muy largo y todavía tengo mucho que hacer.

Prueba del sobrecogimiento que reinaba en la casa fue que, en efecto, le consiguieron un carruaje a Effie, incluso en mitad de una noche oscura y lluviosa. Si hubiera sido una dama de verdad, le habría dado una propina generosa al cochero por las molestias, pero ella solo parecía una dama. En realidad, era una criada cualquiera sin empleo ni referencias, y sin un penique a su nombre, así que se limitó a darle las gracias con profusión al cochero cuando la dejó frente a Hartfield. Effie se abrió paso entre el barro hasta la puerta principal y llamó.

Capítulo quince



Tuvo que llamar unas cuantas veces más… ya no era hora de recibir ninguna visita decente. Al final, el señor Allen acudió a la puerta.

—Señorita —dijo con una pizca de irritación—, ha caído ya la noche. ¿Puedo preguntarle qué es tan importante?

Effie parpadeó, no estaba acostumbrada a que el mayordomo se dirigiera a ella con esa aspereza, y tosió, sorprendida.

—Yo… Lo siento mucho —dijo—. Me he enterado de las dificultades de lady Culver y le he traído un vestido de sobra que podría usar.

Un destello de alivio indescriptible cruzó el rostro del mayordomo.

—¿De verdad? Por favor, pase, señorita, ahí fuera hace un tiempo espantoso. La acomodaremos en un sitio caliente y seco mientras le llevamos su regalo a lady Culver. ¿Tiene una tarjeta de visita?

—Me temo que no he traído ninguna —Effie forzó una sonrisa—. No pensaba hacer visitas hoy.

El señor Allen la escoltó dentro y cerró la puerta tras ella.

—En ese caso informaré a la señora de su llegada. Su visita es muy inusual, pero, claro, las circunstancias son muy inusuales. Estoy seguro de que lady Culver querrá agradecerle en persona su preocupación —El mayordomo hizo una pausa—. ¿Podría indicarme su nombre?

Effie dudó. No había una forma razonable de evitar darle su nombre al mayordomo, pero sin duda él lo reconocería aunque no la hubiera reconocido a ella ¿verdad?

El silencio se alargó entre ellos. Cuando empezaba a resultar incómodo, Effie suspiró.

—Mi nombre es Euphemia Reeves. Soy una conocida del señor Benedict.

El señor Allen enarcó las cejas.

—¿Euphemia Reeves? —repitió despacio, como si no estuviera seguro de haberla escuchado bien.

Effie hizo lo posible por parecer tranquila.

—Sí. Ese es mi nombre.

El señor Allen la estudió con mucha atención. «Por favor, no permitas que me cause ningún problema», pensó Effie dirigiéndose a la rosa que llevaba en la garganta. La flor tembló nerviosamente bajo la mirada del mayordomo.

—Qué curioso —comentó el señor Allen por fin—. Hay una sirviente que trabaja en la casa con el mismo nombre. ¡Qué casualidad!

Permaneció con la mirada perdida un instante y después pareció olvidarse del asunto.

La flor en la garganta de Effie se relajó de nuevo, y ella también relajó los hombros un poco.

El señor Allen condujo a Effie hasta la habitación azul, donde tomó el vestido para llevárselo a lady Culver; poco después apareció Lydia con otra tetera más y Effie se encontró en una posición realmente estrafalaria. La otra criada no pareció reconocerla en absoluto, a pesar de que debía estar esperando su regreso. De hecho, Lydia hizo todo lo posible por fingir que no la veía mientras preparaba la mesa delante de ella.

—¿Lydia? —susurró Effie.

Lydia dio un brinco y se quedó mirando a Effie con los ojos muy abiertos.

—Ah… Yo… no hablo eggpagnol —balbuceó con el peor acento francés que Effie había escuchado nunca.

La joven apenas pudo contener una risita.

—Soy yo, Effie, llevo puesto mi artificio. Pero… ¡ah! Es que tú no llevas el tuyo, ese debe ser el problema.

—La rosa de su garganta empezó a aletear otra vez, pero Effie la acarició para calmarla—. ¿Cómo me ves ahora mismo?

Lydia frunció el ceño, entrecerró los ojos e intentó concentrarse.

—Pareces una dama —dijo en tono de duda—. Pero no tiene sentido, ni siquiera llevas un buen vestido. Me parece que, de alguna manera, debes ser una dama.

Effie asintió.

—Así que en realidad no altera mi aspecto —murmuró. Volvió a estremecerse y a toser—. Ay. Supongo que voy a necesitar ese té. Ya me bebí casi toda una tetera esta noche, pero el camino fue espantoso.

Lydia le sirvió una taza que ella fue tomando a sorbitos, agradecida, para calmar la garganta con el calor.

—Le di el pañuelo a la señora Sedgewick —la informó Lydia—. Es pronto para saber si ha ayudado, pero de verdad creo que lo hará. ¿Irás a ver a George antes de irte?

—Sí —contestó Effie—. Dudo que alguien me lo impida.

La puerta de la habitación azul se abrió en ese momento y Lydia se retiró, fingiendo ser invisible de nuevo. Benedict entró caminando un poco más rápido de lo normal, llevaba ropa más informal que en el baile y en el desayuno, se había aflojado el pañuelo del cuello y tenía el primer botón del chaleco desabrochado. Su mirada cálida se posó en Effie y frunció el ceño, preocupado de pronto.

—Señorita Reeves, santo cielo ¡tiene muy mal aspecto! ¡Dígame que no ha venido andando hasta aquí para rescatar a lady Culver de sus infortunios!

Effie se sonrojó ante esa observación, pero el tono de Benedict era de sorpresa y preocupación, no de desaprobación.

—Me temo que fui andando hasta la residencia de la señorita Buckley antes, no fue lo más inteligente. Lord Wilford tuvo la amabilidad de conseguirme un carruaje hasta aquí.

—¡Pero lord Negraespina tiene un carruaje! —exclamó Benedict—. ¿Por qué la dejaría salir bajo esta lluvia? Y… oh. ¿No se encuentra con usted su carabina?

Benedict se avergonzó al darse cuenta de lo inapropiado de su posición actual.

—He tenido una desavenencia con lord Negraespina —respondió Effie con la cabeza inclinada—. Estoy segura de que será algo temporal, pero ese es el motivo por el que no pude utilizar su carruaje. Mi carabina tiene otras ocupaciones, me vi obligada a salir sin acompañante.

Effie hizo grandes esfuerzos por no mirar a Lydia en ese momento, consciente de la ironía de la situación en la que se encontraban.

—Esto es una vergüenza —declaró Benedict—. No he conocido nunca un protector que actuara de una forma tan inapropiada. ¡Me siento tentado a retarlo, señorita Reeves!

Effie tosió un poco. Necesitó carraspear varias veces antes de ser capaz de hablar.

—No creo que sea buena idea, señor Benedict. Le ruego que no lo intente siquiera. Lord Negraespina suele comportarse con amabilidad, pero nadie saldría bien parado de un duelo con él.

Se escucharon pasos en el pasillo y, antes de que Benedict pudiera responder, lady Culver entró en la habitación. Llevaba el viejo vestido de Effie; se había recogido el pelo con prisa y su sonrisa sugería que todos sus problemas se habían disuelto por sorpresa bajo la lluvia.

—¡Señorita Reeves! —exclamó—. No puedo expresar lo conmovida que me encuentro. ¿Ha urdido este plan con Mary, quizá?

Effie pensó que debía responder, pero la sonrisa brillante y beatífica de lady Culver la tomó tan desprevenida que no supo qué decir. Nunca, ni una sola vez en su vida, le había sonreído hasta ese momento.

—Lady Culver —dijo Benedict con voz respetuosa en el silencio repentino que se había generado—, por lo que sé, la señorita Reeves fue caminando bajo la lluvia para recuperar este vestido de casa de la señorita Buckley. Acaba de llegar en carruaje… pero, como puede ver, ¡está desharrapada y no tiene acompañante! ¡su protector prácticamente la ha abandonado!

Lady Culver se quedó boquiabierta por la sorpresa.

—¡Esto es inadmisible! —dijo, y había verdadero enfado en su voz—. ¡Nunca había escuchado una cosa igual! —Entrecerró los ojos cuando miró a

Effie—. Los hombres son espantosos ¿verdad? —Benedict abrió la boca para protestar y lady Culver lo despachó con un gesto de la mano—. Excluyendo la presente compañía, por supuesto.

De alguna manera, Effie reunió fuerzas para hablar.

—Sí —dijo despacio—. Es todo cierto. Me abandonaron bajo la lluvia, lady Culver, sin tan siquiera un carruaje. Me dieron solo una hora para irme de mi hogar. Tengo la certeza de que a la persona que me echó no le importa lo que me ocurra… de hecho, sospecho que no le importaría si muriese.

Lady Culver sacudió la cabeza, incrédula.

—Eso es horrible. Estoy indignada en su nombre, señorita Reeves. Tenga por seguro que todo el mundo lo sabrá. Una dama no puede ser tratada de esta manera, bajo ningún concepto.

—A lo mejor —intervino Benedict— la señorita Reeves podría quedarse con nosotros durante un tiempo ¿no cree, lady Culver? No podemos volver a dejarla bajo la lluvia. Si no hay ninguna otra habitación disponible, puede quedarse en la mía. Yo puedo descansar en alguna otra cama.

—Por supuesto que no la abandonaremos a su suerte bajo la lluvia, Benedict —resopló lady Culver—. Seguro que los sirvientes pueden preparar una nueva habitación…

—Eso no es necesario en absoluto —intervino Effie—. Por favor, no se lo pida. Es demasiada molestia.

Lo decía de forma literal, por supuesto, sabía muy bien todo el trabajo que suponía convertir una habitación que llevaba mucho tiempo en desuso en habitable.

Lydia se acercó a lady Culver y le susurró algo. La señora asintió y la criada desapareció de la habitación azul.

—Los criados ya han empezado a preparar una habitación —dijo lady Culver—, así que ya no tiene sentido detenerlo. Se quedará con nosotros hasta que su protector entre en razón, señorita Reeves. ¡Estoy segura de que lo hará! No podrá aparecer en sociedad sin que todos le reprochen su mala conducta.

Effie no respondió. ¿Qué podía decir? Tenía la impresión de que de alguna manera había entrado en el Mundo de las Hadas y veía ante sí la imagen en el espejo de la verdadera lady Culver. Era exactamente como la había descrito la

señorita Buckley: la generosidad instantánea e innata de lady Culver resultaba maravillosa. Si Effie no hubiera trabajado para ella durante tanto tiempo, ni soportado una infinidad de sus crueles comentarios, se habría quedado prendada al instante de su actitud, convencida de que acababa de hacer una amiga para toda la vida que poseía una virtud impecable.

El picor de garganta y la tos la atacaron de nuevo, y Effie bebió un poco más de té para aliviarlos. Benedict alargó el brazo para tocarle el hombro con preocupación.

—Debe ir a descansar, señorita Reeves. Empiezo a preocuparme por su salud. Mi cama ya ha sido caldeada… me trasladaré a la otra habitación cuando esté preparada.

—Gracias —dijo Effie con suavidad—. Me siento… abrumada. No encuentro palabras para describir como me siento.

Benedict fue al piso de arriba para retirar algunas de sus pertenencias de su dormitorio. Mientras tanto, lady Culver se quedó con Effie tomando una taza de té.

—Anímese, señorita Reeves —la alentó—. No todo está perdido. Yo misma estuve en una posición parecida a la suya y míreme ahora: felizmente casada y poseedora de un título muy respetable.

«¿Felizmente casada?» se asombró Effie. Pero no se atrevió a decir nada.

—Debo admitir, lady Culver, que no comprendo cómo me admite en su hogar con tanta facilidad.

Lady Culver suspiró.

—Me recuerda usted mucho a mi yo más joven —dijo la dama—. Supongo que, de alguna manera, siento que estoy ayudando a otra versión de mí misma.

Effie asintió débilmente. La explicación revelaba más de lo que lady Culver seguramente pretendía. «Solo me trata como si fuera alguien porque piensa que soy como ella. Supongo que ocurre lo mismo con todos los nobles».

Algo después, Benedict regresó y las informó de que había liberado su habitación. Lady Culver y él guiaron a Effie al piso de arriba y la acomodaron en una cama suave y cálida con ladrillos calientes junto a los pies. Lady Culver

observó a una distancia adecuada la sonrisa que le dedicó Benedict a Effie y cómo le apartó un mechón de pelo del rostro.

—Me alegro de que acudiera a nuestra puerta, señorita Reeves —le dijo Benedict—. Me habría roto el corazón que le hubiera ocurrido algo.

Effie no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Me sorprende que no se olvidara de mí en cuanto desaparecí de su vista —admitió.

Benedict frunció el ceño.

—¿Cómo iba a olvidarla? Debo decirle algo, señorita Reeves… le sonará increíble, pero debo decirlo de todos modos. —Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos—. Nunca antes había tenido la sensación de que otra persona me viera de verdad. No me refiero a que sea invisible, por supuesto… pero, cuando los demás me ven, no es a mí a quien ven —sonrió con nostalgia —. Fue maravilloso que me vieran por una vez. Atesoraré siempre ese sentimiento.

Effie notó que el corazón le daba un vuelco, anhelante, antes aquellas palabras.

—Benedict —dijo lady Culver, con un deje de desaprobación cariñosa en la voz—. Deja de comportarte de forma inapropiada y permite descansar a la señorita, por favor.

La sonrisa de Benedict se volvió desamparada al escucharla, e inclinó la cabeza ante Effie.

—Buenas noches, señorita Reeves —dijo, y se retiró junto a lady Culver.

A pesar de la emoción de todos los sucesos del día, Effie cayó entonces en un sueño extenuado.

Capítulo dieciséis



A la mañana siguiente, Effie se despertó febril y confundida, preguntándose por qué no la había avisado Lydia para encender las chimeneas.

La cama era más suave y cálida de lo que debería, y la habitación más grande y menos claustrofóbica. Una luz intensa se colaba por los bordes de las cortinas, advirtiéndola de que había dormido mucho más de lo habitual.

Cuando todavía estaba recordando su extraña situación, escuchó una llamada educada en la puerta. Parpadeó despacio antes de comprender que la persona al otro lado esperaba su respuesta.

—Eh… ¡Adelante!

Lady Culver entró con modestia, vestida con su bata prestada, y sonrió a Effie.

—Espero que haya podido descansar —dijo.

Effie se encogió entre las almohadas por instinto, aunque no había rastro de acritud en la expresión de su anfitriona.

—Creo que sí —respondió—. Lo siento mucho.

Lady Culver sacudió la cabeza.

—Benedict tenía razón. No tiene buen aspecto, señorita Reeves. Lo mejor es que descanse todo lo posible. Le he ordenado al servicio que le traigan algo de comer a la habitación para que no tenga que almorzar con todos nosotros.

—Se sentó en el borde de la cama y la observó con curiosidad—. Esta mañana fui a visitar a Mary para agradecerle que me devolviera el vestido. Le pregunté de qué la conocía, pero no me contó demasiado… excepto para decirme que tenían buena relación y que no debía decir nada en contra de usted.

A Effie le dio la tos, no supo si por los nervios o por el picor de garganta.

—Eso es… muy amable por su parte.

—¿Hay algo más que pueda traerle, querida? —preguntó lady Culver ladeando la cabeza—. Yo siempre me aburro muchísimo cuando me veo obligada a guardar cama.

Effie jamás se había visto obligada a quedarse en la cama, que ella recordase. Pensó para sí misma que nunca se atrevería a protestar si alguien le decía que descansase todo lo que quisiera.

—No se me ocurre qué pedirle —admitió la joven—, pero es muy generoso por su parte preguntar.

Effie se llevó la mano a la garganta como si así pudiera disipar el dolor que sentía, pero se pinchó con la rosa y retiró la mano deprisa. Al hacerlo la asaltó un pensamiento preocupante. «Llevo horas siendo una dama. ¿Cuántas puntadas le deberé ya al señor Jubilee?».

—Sí que tengo un bordado que me gustaría terminar —dijo entonces—. Estoy segura de que lo he traído.

Lady Culver asintió.

—La criada ha guardado sus cosas en algún sitio, le pediré que busque el bordado.

Tras una pequeña pausa, la señora continuó hablando.

—A Benedict le gustaría verla. Hasta ahora se lo he impedido por el bien de su salud, pero en verdad está impaciente. Seré sincera, señorita Reeves… Nunca lo había visto interesarse tanto por ninguna mujer. De todas formas, le aseguro que puede desalentarlo sin ninguna consecuencia, si ese fuera su deseo.

Effie sintió que un hormigueo le recorría el cuerpo al escucharlo. A pesar de todo, sí que había captado la atención de Benedict. Aunque la sugerencia de lady Culver la dejó pensativa.

—Y… ¿usted querría que lo desalentase? —preguntó despacio—. Sé que le había prometido a la señorita Buckley congraciarla con él.

Lady Culver parpadeó.

—Oh. Ya veo que sí que habla con Mary. Verá, señorita Reeves… El asunto es que siempre he creído que Benedict era incapaz de sentar la cabeza. Y, hasta ahora, ha dejado muy claro que no tiene ningún interés en Mary. Lo cierto es que no creo que ella fuera a ser feliz con él. En condiciones normales, la advertiría de las intenciones de Benedict por su propio bien, pero con usted es un hombre completamente diferente, y empiezo a pensar que podría apaciguar sus tendencias menos disciplinadas. Si ese fuera el caso… supongo que todas las partes se beneficiarían de su repentino interés en usted.

Lady Culver le estaba dando su bendición, comprendió Effie. Una idea inconcebible.

«No me puedo creer que esta sea la misma mujer que convirtió mi vida en un infierno. Hubo un tiempo en que habría preferido esconderme en el Mundo de las Hadas que tener que volver a verla una sola vez más».

Lo cierto era que seguía teniendo un trato que cumplir, y la aprobación tácita de lady Culver resultaba imprescindible para poder ver a Benedict mientras fuera una invitada en Hartfield.

—En ese caso, no querría desalentar al señor Benedict en absoluto —admitió Effie—, siempre y cuando esté usted de acuerdo. Es una compañía excelente, y disfruto hablando con él.

Lady Culver asintió.

—Le diré que puede visitarla… siempre y cuando yo esté presente, por supuesto. Pero avíseme si se convierte en una molestia, y me encargaré de que se vaya de inmediato.

—Muchas gracias, lady Culver —dijo Effie—. Su bondad no conoce límites.

Al decirlo tuvo que mantener la mirada fija en la almohada, pero el comentario pareció surtir el efecto deseado, la dama sonrió complacida durante el resto de la conversación, hasta que por fin se fue.

Lydia apareció poco después, con su desayuno y la chaqueta de lord Negraespina. Al ver a Effie puso una mueca.

—Tienes mala cara. Entre el tiempo que pasaste con George y ese paseo bajo la lluvia, creo que te ha contagiado lo que sea que tiene.

Effie frunció el ceño, mirándose al regazo. Se sentía acalorada y sonrojada, y el picor de garganta se le había ido asentando en el pecho.

—Me han ofrecido el cuidado más diligente posible. Si estoy enferma, no podría pedir un alojamiento mejor. ¿George como está? ¡Quiero ir a verlo, pero no me quitan la vista de encima!

Lydia no respondió de inmediato, y cuando Effie levantó la mirada se encontró con su rostro preocupado.

—Lydia —repitió—. ¿Cómo está George?

—No está bien, eso es evidente —respondió ella con un suspiro—. Pero estamos haciendo todo lo posible para evitar que tenga que trabajar. Tú tienes que centrarte en ti misma ahora. Te prometo que te avisaré si se pone peor.

—Dejó el bastidor de bordado en la mesita junto a la cama, mirándolo preocupada—. ¿Tienes pensado acabarlo, aunque estés enferma?

Effie ahogó otra tos.

—Bordar es una de las pocas cosas que puedo hacer mientras estoy en cama. Y debo hacerlo, voy muy retrasada con las puntadas… además, y más importante, no llamaré a lord Negraespina hasta no haber preparado una disculpa adecuada. He decidido que voy a terminar su chaqueta hasta el final.

—Te conseguiré una tetera del té especial de Cookie. Está todo el día preparándolo para George, así que otra más no le importará.

—Lydia sonrió débilmente—. Supongo que no querrás ponerte cáscaras de naranja en la nariz ¿no?

Effie ahogó una carcajada.

—Si empeoro mucho, imagino que no me quedará otro remedio. Aunque sea porque le dije a George que él también tenía que hacerlo.

Lydia tenía trabajo, de hecho, más trabajo que nunca tras el despido de Effie, así que esta pronto se quedó a solas con su bordado. Sin embargo, cuando terminó de desayunar no comenzó a trabajar en la labor de inmediato, sino que observó la chaqueta muy seria, cavilando sobre lo que podría bordar en ella.

Hasta ese momento, Effie había bordado sus propios deseos en la chaqueta, lo que había sido suficiente cuando se suponía que se trataba de un mero pago. Pero debía ofrecerle al hado una disculpa mejor que un puñado de sus propios deseos tras haberle dicho cosas tan crueles y egoístas.

«Debo pensar en lo que desearía el señor Jubilee —razonó la joven—. Debería bordar sus propios deseos en la chaqueta, en vez de los míos».

Pero ¿qué desearía lord Negraespina? Effie se mordió el labio mientras reflexionaba. La respuesta más obvia era que deseaba ser virtuoso, al menos según su propia definición de la palabra. Pero Effie no se sentía capaz de intentar bordad la virtud en una chaqueta; hasta el momento solo había sido capaz de bordar aquello de lo que tenía en abundancia, y le parecía arrogante asumir que tendría una abundancia de virtud. Entonces recordó lo que había dicho lady Vallebaldío, que el hado lo que quería de verdad era crecer. Effie sabía que había crecido mucho, en especial durante los últimos días. Había dejado Hartfield y había decidido conseguir algo por sí misma, en lugar de obedecer órdenes. Les había dicho lo que pensaba a varias personas poderosas, aunque las consecuencias habían resultado funestas. Y había elegido hacer magia a propósito y no por accidente, aunque a duras penas comprendía su funcionamiento.

Effie alzó la aguja y empezó a coser de nuevo. Esa vez, fantaseó con ser un árbol… la sensación de la luz del sol en sus hojas, el deseo de crecer más y más alto con la esperanza de llegar a tocar el mismo sol… Reflexionó sobre lo difícil que debía ser imaginarse triunfante una y otra vez para luego descubrir que había estado creciendo en la dirección equivocada todo ese tiempo.

«Pero puedes crecer —pensó Effie—. De hecho, ya has crecido. No lo has notado porque estás siempre con la vista fija en el cielo en lugar de mirarte las raíces».

Lord Negraespina ya era una aberración de la mejor clase. Quizá no había ayudado a Effie todo lo que esperaba, pero sí que había tenido la intención de ayudarla de verdad, y eso ya era algo. Se había esforzado con todas sus fuerzas por entenderla y, aunque puede que hubiera fallado en conseguirle un marido, sí que había traído a su vida esperanza, felicidad y consuelo, justo cuando más las necesitaba. Eres alguien, le había dicho.

Fue ese sentimiento el que Effie enhebró en su aguja mientras bordaba. «No eres una mesa. Tú también eres alguien. Y estás creciendo más rápido de lo que crees».

Perdió la noción del tiempo mientras trabajaba. Bordar era fatigoso, pero extrañamente terapéutico. De hecho, casi se sintió decepcionada cuando lady Culver regresó con Benedict y tuvo que dejar de lado la labor.

—Le he traído un libro —dijo Benedict cuando se acomodó junto a su cama—. Pensé que le interesaría leer más sobre los maestros italianos. No tiene ilustraciones, pero es uno de los libros que me inspiró a querer ver sus obras de arte por primera vez.

Effie parpadeó mientras lo observaba. Tenía una expresión ansiosa que casi le recordaba al perrito de la señorita Buckley. Resultaba obvio que Benedict tenía la esperanza de que Effie decidiera compartir su pasión por las artes. Ese pensamiento la reconfortó, era evidente que había muy poca gente en su vida con la que pudiera hablar del tema como a él le gustaría, y que había depositado cierta confianza en ella al mencionárselo de nuevo.

Por desgracia, Effie estaba segura de que su habilidad para leer no se encontraba a la altura del libro que le ofrecía.

—Me temo que estoy demasiado cansada para leer un libro así —dijo con suavidad—. Pero, si se sintiera especialmente generoso, ¿quizá podría leérmelo usted?

La sugerencia ensanchó tanto la sonrisa del joven, que parecía que le llegaba hasta los dedos de los pies.

—No se me ocurre una manera mejor de pasar la tarde —contestó.

Toda la escena tenía un cierto aire de ensueño… Effie no pudo evitar quedarse adormecida mientras Benedict le leía con su voz grave y profunda. De vez en cuando, se espabilaba lo suficiente para hacerle alguna pregunta sobre el contenido, que él contestaba con conocimiento y entusiasmo.

Se sintió muy avergonzada cuando se despertó algo después, tras quedarse dormida en algún punto a mitad del capítulo cuatro. Pero Benedict regresó aquella noche, después de la cena, para desearle un buen descanso, y Effie supo por su actitud que no le había molestado en absoluto.

A pesar de todo, le subió la fiebre y su tos empeoró. Solo fue capaz de dar cien puntadas aquella noche antes de quedarse dormida, y por la mañana descubrió que apenas podía hablar a causa del dolor de garganta. Le preocupaba no ser capaz de llamar a lord Negraespina si empeoraba, así que siguió bordando durante el desayuno, sabía que se sentiría mucho más ligera y aliviada una vez se hubiera disculpado adecuadamente con él y le hubiera entregado la chaqueta terminada.

«Deseo su felicidad —pensó Effie mientras bordaba aquella mañana—, y también la de Negraespina, que es tan importante para usted».

Estaba tan enfrascada en su trabajo, que se sintió perdida al no tener nada más que hacer.

La rosa en la espalda de la chaqueta estaba terminada, incluso le había añadido un tallo serpenteante y unas elaboradas hojas para que resultara menos austera. El hilo creado de deseos brillaba y cambiaba de color, tan lleno de sinceros anhelos y esperanzas que apenas los podía contener. Effie estaba convencida de que aquello era lo mejor que había bordado nunca y casi se le escaparon las lágrimas mientras lo admiraba.

Cortó la tela que sobraba con cuidado, muy consciente del temblor de sus manos. Una vocecita en su cabeza insistía en que tenía que terminar los bordes deshilachados antes de llamar al hado, pero sabía que era poco probable que encontrara fuerzas para hacerlo hasta que estuviera recuperada. «Puedo terminar los bordes después, ya he esperado suficiente para disculparme».

Effie echó un vistazo a la habitación vacía y se aclaró la garganta lo mejor que pudo.

—¡Juniper Jubilee! —intentó decir. Le salió un susurro ronco acompañado de una tos— ¡Juniper Jubilee! ¡Juniper Jubilee!

Por un momento no pasó nada, y Effie se preocupó por si no había hablado lo bastante alto. O peor… ¿y si lord Negraespina se sentía demasiado ofendido para regresar?

Pero poco tiempo después el aroma de las rosas silvestres se esparció a su alrededor. A Effie le pareció un poco más débil de lo habitual… aunque le resultaba difícil estar segura con la nariz y la garganta tan doloridas.

—Señorita Euphemia —dijo lord Negraespina con suavidad desde el otro lado de la cama, y ella se giró para mirarlo. Aquel día su voz no sonaba especialmente alegre; de hecho, el elfo parecía triste, ansioso y un poco abatido. La rosa en su garganta se había cerrado hasta ser apenas un capullo, y sus ojos verde hoja rehusaban mirarla.

A Effie le dio un vuelco el corazón.

—Señor Jubilee —tosió—. Lo... lo siento mucho. Le dije cosas horribles. Si pudiera las retiraría, pero sé que no puedo.

Lord Negraespina levantó la vista mientras hablaba, y Effie captó un brillo de preocupación en sus ojos.

—No suena usted bien, señorita Euphemia —dijo el elfo—. ¿Ha recibido suficiente luz del sol?

Effie no pudo evitar sonreír.

—He estado en cama, enferma, los últimos días —dijo con voz ronca—. Pero no le he llamado por eso. Debo disculparme, señor Jubilee, no hablaré de ninguna otra cosa. Usted siempre se ha portado bien conmigo, y siempre se ha esforzado al máximo. No es una mesa ¿comprende?

Lord Negraespina consiguió sonreír débilmente.

—Soy yo quien debe disculparse —dijo con voz suave—. Estaba muy enfadada, señorita Euphemia. Me sorprendió, pero no debería. He tenido tiempo para reflexionar, y he hablado con lady Vallebaldío. Tenía razón en estar enfadada, eso es lo que quiero decir. ¿Cómo no iba a estarlo? Usted hizo un trato peligroso, y yo lo volví más difícil de ganar para usted. Usted tiene mucho que perder… y yo, nada. ¿Por qué iban a importarle mis buenas intenciones, si al final siempre le ocasiono problemas terribles?

Effie parpadeó despacio. Debían ser las palabras más sensatas que había escuchado nunca de sus labios, así que le resultó difícil decidir si estaba de acuerdo o no.

—Yo pensaba de verdad que había actuado correctamente —explicó lord Negraespina—, pero como usted se enfadó, fui capaz de comprender que no era así. Lady Vallebaldío me dijo que nunca pienso en las consecuencias de mis acciones, y que debía reflexionar sobre lo que ocurrirá mañana, y el día después de mañana. Así que he intentado ser previsor por una vez.

El hado le mostró entonces un pañuelo, y Effie vio que alguien había bordado en él con torpeza las palabras: «Piensa en mañana».

Effie rio y tosió a la vez. Aquella revelación la emocionó mucho, aunque fuera un tanto absurda.

—Es muy inteligente por su parte, señor Jubilee —comentó.

Lord Negraespina esbozó una sonrisa en respuesta.

—Espero que sea suficiente. Pero si vuelvo a disgustarla debe decírmelo, señorita Euphemia. No quiero complicarle la vida.

Effie alargó la mano hacia la suya.

—Se lo diré —prometió—. Y usted debe aceptar mi disculpa. Aunque tuviera motivos, fui más dura de lo que debería. Sus buenas intenciones sí que importan, se ha esforzado muchísimo por ayudarme. No puedo ni imaginar que alguien como lady Culver fuera al piso de abajo a interesarse por ayudar.

Lord Negraespina cerró los dedos alrededor de la mano de Effie. La rosa de su garganta se abrió un poquito, como esperanzada.

—Quería disculparme de la manera adecuada —continuó Effie—. Ya sé que no puedo hacerle un regalo, así que en vez de eso he terminado la chaqueta antes de tiempo. Le prometo rematarla en cuanto me encuentre mejor.

Desdobló la chaqueta sobre su regazo y se la enseñó. Lord Negraespina permaneció largo rato estudiándola; Effie no era capaz de ver su reacción, pero cuando el hado le soltó la mano para coger la chaqueta, se le nublaron los ojos de admiración.

—Nunca había visto algo así —murmuró—. Es… Creo que es lo más hermoso que he visto nunca.

Effie se sonrojó, avergonzada y orgullosa a partes iguales.

—Tenía la esperanza de que le gustase —dijo con timidez—. Y quería decirle que tengo la mejor opinión sobre usted, señor Jubilee. A pesar de los problemas que pueda haber causado, su presencia ha mejorado muchísimo mi vida. Disfruto de su compañía, su buen humor y su decisión de no rendirse nunca. No sé si es lo que usted consideraría virtuoso, pero para mí es importante.

Lord Negraespina la miró como si le hubiera dado un golpe en la cabeza. De hecho, por muy fascinado que hubiera estado ante la chaqueta, fueron las palabras de Effie lo que lo dejaron completamente aturdido.

—Oh. Yo… yo también la tengo en muy alta estima, señorita Euphemia. Desde siempre, para ser sincero.

—Lo sé —contestó Effie con una sonrisa—. Ya me lo había dicho. Y usted no miente nunca.

Lord Negraespina dudó. La rosa en su garganta había vuelto a florecer, pero parecía que todavía había algo que le costaba decir.

Un golpecito en la puerta los interrumpió.

—¿Señorita Reeves? —les llegó la voz de Benedict flotando—. Esperaba poder hablar con usted, eh… a solas. Lo comprendería si prefiriese que no.

«¿A solas?» se sorprendió Effie. Seguro que aquello era inapropiado. Había muy pocas ocasiones en las que un caballero tenía permitido hablar con una señorita en privado. Claro que ella no era una dama de verdad, así que respondió:

—Puede entrar, aunque en realidad no estoy exactamente sola.

Benedict abrió la puerta. Iba vestido con una pulcritud sorprendente para estar en casa; llevaba el elegante chaleco dorado que Effie ya conocía, y se había anudado el pañuelo del cuello con más esmero de lo habitual. Benedict paseó la mirada entre la joven y lord Negraespina y sus ojos se oscurecieron un poco.

—¡Ah! —exclamó con una pizca de irritación confundida—. ¡Qué valor tiene, señor! Supongo que por fin se ha sentido lo bastante avergonzado como para venir a recoger a su protegida.

Lord Negraespina parpadeó.

—No acabo de entender a qué se refiere —dijo.

Resultaba evidente que el elfo no estaba acostumbrado a recibir reacciones así, al fin y al cabo, la gente no solía tener en cuenta las complejidades de su existencia.

—Está bien, tampoco debe preocuparse —lo informó Benedict, acercándose a grandes zancadas a la cama—. Le retaría, pero la señorita

Reeves me ha dejado claro que prefiere que no sea así. Lo que haré, en cambio, será liberarle por completo.

Benedict tomó la mano de Effie y se arrodilló junto a la cama.

—Esto es lo que había venido a decirle, independientemente de todo —le dijo con seriedad—. Dudo que nunca conozca a otra mujer que encaje conmigo tan a la perfección como usted, señorita Reeves. Y me empieza a preocupar que, si no le hago una propuesta, se desvanezca. —La miró a los ojos, y a la joven le dio un vuelco el corazón ante el cariño evidente que leyó en su mirada—. Por favor, cásese conmigo, señorita Reeves.

Effie intentó hablar, pero no pudo emitir palabra. Por fin, respondió con un hilo de voz ronca.

—Me… me encantaría casarme con usted. Pero…

El espantoso recuerdo de la insistencia de la señorita Buckley la asaltó entonces, y sintió una punzada de miedo. ¿Cómo iba a casarse con un hombre que pensaba que era mejor de lo que realmente era?

—No soy una dama —admitió—. No tengo ni dinero ni una buena posición.

—No me interesan ni el dinero ni la posición social —respondió él sacudiendo la cabeza—. Me enamoré de usted por otros motivos… y ese amor siguió ahí, incluso cuando apareció en nuestra puerta sin protector y ni un solo penique a su nombre. Sé que mi vida a partir de ahora será muy aburrida y sedentaria, puesto que debo sentar la cabeza y quedarme en Inglaterra, pero creo que, con usted a mi lado, podría soportarlo.

Effie le dirigió una sonrisa beatífica y, en aquel momento, ni siquiera le molestaron los pulmones doloridos.

—En ese caso, me casaré con usted, señor Benedict. Con la única condición de que bailemos el baile que me prometió.

—Acepto su condición, señorita Reeves —dijo Benedict con una risa cargada de alivio—. Puede estar segura de que tendrá un anillo en el dedo en cuanto pueda llevarla a un baile en condiciones. —Benedict miró entonces de reojo a lord Negraespina—. A no ser, por supuesto, que su guardián tenga alguna objeción.

Su tono indicaba que estaba dispuesto a rebatir sus objeciones en caso de que lord Negraespina se mostrara problemático.

El elfo, por su parte, parecía todavía más desconcertado por ese giro de los acontecimientos que la propia Effie. Los observó a los dos, parpadeando muy rápido.

—Bien, yo… —frunció el ceño y sujetó con fuerza la chaqueta que sostenía entre las manos antes de continuar—. Es decir, yo… Por supuesto, lo que más me preocupa es la felicidad de la señorita Euphemia. Puede casarse o no con quien ella desee.

El elfo parecía menos seguro de lo que decía de lo que Effie había esperado. Tenía mucho interés en preguntarle cuál era el problema… pero no veía cómo hacerlo en presencia de Benedict.

—Debemos asegurarnos de que pueda descansar como necesita, en ese caso —dijo Benedict con una mirada cariñosa que distrajo a Effie—. Informaré a lady Culver de que tenemos una boda que organizar.

Capítulo diecisiete



Effie no tuvo otra oportunidad de hablar con lord Negraespina. Las horas siguientes fueron una sucesión confusa de sonrisas y felicitaciones; la desalentó particularmente una especie de visita paternal de lord Culver, que le dio una palmadita en la mano y le agradeció haber logrado que su hermano pequeño se volviera un poco más respetable. En aquel caos, lord Negraespina había desaparecido.

En el momento en que la enfermedad de Effie la venció, lady Culver ahuyentó al resto de la familia para darle un poco de espacio.

—Me alegro de que Benedict se declarase —suspiró la señora de la casa—. Pero ¡qué irresponsable por su parte excitarte así cuando aún estás enferma! Después de esta ocurrencia suya vamos a tener que llamar al médico.

Effie intentó responder, pero le dio un ataque de tos tan fuerte que tuvo dificultades para respirar. Lady Culver le apartó el pelo del rostro y la recostó en la cama.

—No te preocupes, querida. Me encargaré de todos los preparativos. De todas formas, ya esperaba ocuparme de la boda de Benedict. Concéntrate en recuperarte.

Lady Culver salió de la habitación, pero debió haber pedido ayuda porque poco después apareció Lydia por allí con más ladrillos calientes para la cama.

—Esto no me gusta nada de nada —declaró Lydia con aire sombrío mientras colocaba los ladrillos en su sitio—. Aparte de todo lo demás, pensaba que tenías suficiente sentido común para no casarte con ese señorito.

—¿Qué…? —preguntó Effie entre toses—. ¿A qué te refieres?

Lydia le dio un cachete en el brazo.

—Deja de hablar —le ordenó—. George y tú estáis peor que ningún enfermo con el me haya topado. Más te vale guardar las fuerzas antes de que vaya a buscar las cáscaras de naranja —hizo una pausa—. Quiero decir que has estado tan obsesionada con el señor Benedict que has pasado por alto lo evidente. Aunque supongo que eso no es asunto mío. Harás lo que te haga feliz.

Lydia cerró las cortinas para la noche.

—Lord Negraespina me dijo que podías quedarte el artificio, ya que has cumplido tu parte del trato. Ahora eres una dama, Effie. Lady Culver ya está hablando de la fiesta de compromiso que hay que preparar.

Effie palideció al escucharla.

—Yo… —Lydia le dirigió una mirada de advertencia y ella cerró al boca otra vez, encogiéndose contra la almohada.

«Pedí un baile —pensó Effie—. ¡Pero no me refería a que hubiera que organizar otro baile más en Hartfield! Lydia debe de estar furiosa conmigo, con todos los sirvientes que faltan».

El resto de lo que su amiga había dicho caló por fin en su cerebro, y Effie abrió mucho los ojos.

—¿Lord Negraespina se ha ido? —dijo casi sin aliento.

Lydia puso los ojos en blanco.

—¡Pues claro! Cumpliste el trato, él recibió su chaqueta y ya estás lista para casarte. Yo tampoco me quedaría a verlo si fuera él.

—No terminé la chaqueta —murmuró Effie muy bajito—. El contorno del bordado está todo deshilachado.

Lydia se encogió de hombros.

—A mí también me pareció raro —admitió—, pero lord Negraespina dijo que él pretendía ser siempre una persona incompleta, y que le gustaba el recordatorio.

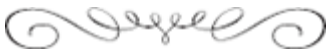
La otra criada le sirvió a Effie una taza nueva de ese té que olía tan mal.

—Bébetelo todo, los próximos días van a ser duros. La señora Sedgewick está otra vez en danza, y se ha convertido en una auténtica dragona —dijo Lydia con una sonrisa extraña—. Espero que no estés demasiado emocionada con la fiesta de compromiso. Me gusta pensar que te conozco, así que supongo que no.

Effie asintió despacio para confirmárselo.

—Bien. Porque puede que ocurra o puede que no. Habrá que ver lo razonable que se siente la familia ese día.

Lydia se fue mucho antes de que Effie reuniera fuerzas para interrogarla sobre lo que había querido decir.



Los días siguientes sí que fueron duros, pero solo porque Effie no era capaz de distinguirlos. Se despertaba mareada y sintiéndose fatal, casi incapaz de respirar y de saber ni la hora que era. Tenía un vago recuerdo de un hombre de pie junto a su cama hablando en tono profesional que le tomó el pulso y le examinó la garganta, después comprendió que debía de tratarse del médico que habría llamado lady Culver.

—… difícil de saber —informó el doctor a lady Culver cuando Effie cerró los ojos de nuevo—. He visto algunos casos de esta tos en concreto, casi todos entre el servicio, en realidad, aunque a lo mejor fue uno de ellos quien la contagió.

—Lo que quiere decir que no estaríamos en este aprieto si algún criado hubiese sido más responsable —dijo la dama con evidente exasperación—. ¡Vaya! Tendremos que ocuparnos de ello de todos modos. ¿Cuál es su recomendación?

Effie no llegó a escuchar la recomendación del médico. En su lugar, abrió los ojos y descubrió que era de noche otra vez y que había pasado el día entero durmiendo.

Poco después comprendió que había sido el aroma de rosas lo que la había despertado; lord Negraespina, sentado al borde de la cama, le sujetaba la mano.

Effie apenas distinguía sus ojos verdes en la oscuridad. La calidez de sus dedos, sin embargo, era como la luz del sol, y se aferró a ellos.

—Está aquí —farfulló desde muy lejos—. Me alegro mucho de que esté aquí.

Lord Negraespina le apretó la mano.

—Por supuesto que estoy aquí —dijo con suavidad—. He estado preocupado por usted, señorita Euphemia. Le pregunté a Negraespina qué hacer. Me ha dado lo mejor. Espero que sea suficiente.

Effie no entendió del todo lo que significaba eso, pero el elfo le entregó enseguida una taza de té caliente que ella observó confundida. El té era oscuro y fuerte, y el olor no le recordaba a nada que hubiera hecho Cookie nunca. Olía a hojas mojadas, raíces profundas y musgo verde y resbaladizo. Era obvio que lord Negraespina pretendía que se bebiese el té, pero Effie la observaba con expresión preocupada.

—Pero George… —murmuró—. Creo que está peor que yo…

—El señor Reeves se está recuperando —la informó lord Negraespina. Lo dijo con un tono peculiar—. Es posible que me olvidara otra taza de té justo al lado de su cama. Y, bueno, es posible que lo confundiera con su propio té. No puedo culparlo, ya que fui yo mismo quien lo dejé ahí.

Effie contuvo las lágrimas. Había estado segurísima de que lord Negraespina se había sentido insultado o disgustado por algo, o que había desaparecido para siempre tras la resolución del trato, y en realidad había partido en busca de una manera de ayudarlos a su hermano y a ella.

—¿Cómo podré devolverle el favor? —susurró.

Lord Negraespina le apretó la mano contra la taza de nuevo, y sus dedos se entretuvieron un poco.

—Aceptaré su felicidad como pago, señorita Euphemia —dijo—. Es decir… no quiero decir que desee poseer su felicidad. Me gustaría que fuera usted feliz. Espero que le parezca un precio justo.

Effie pestañeó somnolienta.

—No me parece un trato demasiado justo —murmuró—.

No quiero estafarlo. Lord Negraespina apartó la mirada.

—Para mí es un precio justo. De hecho, su felicidad es muy valiosa para mí. Tendrá que ser suficiente.

Effie se llevó la taza a los labios y bebió todo el té que pudo. El sabor era intenso, pero no desagradable, le recordaba a la madera y a las rosas. Al instante sintió cómo le calmaba la garganta irritada, y se relajó con un suspiro.

El calor del té fue invadiendo su cuerpo hasta que no tardó en encontrarse parpadeando, somnolienta de nuevo.

—¿Está disgustado por algo, señor Jubilee? —preguntó vagamente.

—Qué pregunta más extraña —respondió el elfo—. ¿Por qué iba a estar disgustado? Por supuesto que no estoy… —se interrumpió y frunció el ceño—. Es decir, estoy…

Al final, guardó un silencio incómodo.

«No puede mentir. Sí que está disgustado por algo».

Pero la mente de Effie se alejaba más y más, no se sentía capaz de concentrarse en el problema. Quiso preguntar si podía hacer algo para ayudar, pero el calor brumoso del té la venció, y se sumió en cambio en un sueño profundo y reparador.



A la mañana siguiente, Effie se despertó sintiéndose casi ella misma. Lo primero que hizo fue saltar de la cama, que había acabado por asociar con aquella horrible enfermedad. Se puso el vestido y tocó la campana sintiéndose culpable, con la esperanza de que fuera Lydia la que respondiese.

Por suerte, Lydia apareció pronto, y de mucho mejor humor de lo que la había visto nunca Effie. Esto la llenó de confusión, dado que los criados estarían trabajando más que nunca, pero estaba demasiado preocupada por su hermano como para preguntar por nada más.

—George también se encuentra mejor esta mañana ¿no? —preguntó esperanzada.

Lydia canturreaba para sí misma mientras cambiaba las sábanas manchadas de sudor de la cama de Effie.

—George está bastante bien. Todavía no está recuperado del todo, pero tampoco creo que se estresara si pudiera. Lady Culver le dijo al señor Allen que lo despidiera esta misma mañana.

Effie abrió mucho los ojos.

—¿Qué? ¡Pero si recuperó su vestido! ¡No necesita despedir a nadie! Y el señor Allen ya le habrá dicho que no es posible trabajar con menos sirvientes…

—No te preocupes por eso —dijo Lydia con fruición—. Estamos todos hartos y más que hartos de su señoría, Effie. Unos cuantos ya habíamos estado hablando de hacer algo… y con esto se ha cavado su propia tumba. Cuando despidió a George, los últimos que se resistían cambiaron de opinión. Estamos todos tan enfadados, Effie, no te lo puedes ni imaginar… ¡es glorioso!

Effie parpadeó.

—Pero… ¿eso qué significa? Enfadarse no cambia el hecho de que tenga tanto poder sobre nosotros.

—Te prometo —dijo Lydia riéndose—, que me aseguraré de que estés ahí para verlo cuando ocurra. Seguro que querrás ver a George, creo que ahora podrás hacerlo. Ya sé que lord Culver había dicho que tenías que irte y no volver nunca, pero está todo el mundo tan enfadado con la familia ahora mismo que todos se han mostrado de acuerdo en hacer la vista gorda si quisieras visitar a George.

Aquello alivió otra presión espantosa que Effie había soportado hasta entonces, y suspiró aliviada.

—Me sorprende que la señora Sedgewick lo permita —admitió—. No la he visto nunca hacer excepciones, especialmente si alguien de la familia había dado una orden expresa.

—La señora Sedgewick está haciendo todo tipo de excepciones últimamente —dijo Lydia con un resoplido—. No lo creerías, Effie, es como si fuera más ella que nunca, pero ha dirigido toda su intensidad hacia la familia. Tengo que reconocer que me gusta esta versión suya.

Lydia salió para confirmar que el pasillo estaba despejado y después condujo a Effie por las escaleras hasta la puerta verde tapizada. Cuando entraron en los pasillos de los sirvientes, Effie se desprendió con cuidado la rosa del cuello. Después de llevarla tantos días, su ausencia le resultaba muy extraña.

Pero más extraña era la atmósfera general en el piso de abajo. Effie estaba acostumbrada al agobio y la estrechez de los pasillos, pero no a la enorme agitación que mostraron todos los sirvientes con los que se cruzaron aquel día. Le sorprendió especialmente que, cuando pasaron por delante de Prudence, la doncella de lady Culver, esta las saludó con un asentimiento de cabeza. En condiciones normales, Prudence no les habría prestado la más mínima atención, pues era la doncella de la señora y por tanto mucho más refinada que cualquiera de ellas dos; pero aquel día les regaló una sonrisa enigmática a cada una y su mirada transmitía un sentimiento de camaradería, como si las tres compartieran algún secreto emocionante.

Effie comprendió entonces que cuando Lydia le había dicho que todo el mundo estaba enfadado, se refería a todo el mundo sin excepción.

—¿Incluso Prudence está molesta con lady Culver? —preguntó Effie en voz baja—. A ella nunca le remendé nada… ¡y es a la que mejor trata lady Culver!

Lydia se encogió de hombros.

—Prudence fue de las últimas en unirse a nosotros —explicó—. Pero ahora que lady Culver ha despedido a George, todos saben que podrían ser los siguientes. ¿Qué pasa si Prudence enferma? Seguro que lady Culver se olvida de cuánto le gusta su doncella si se queda en la cama y fuera de su vista demasiado tiempo.

Effie abrió mucho los ojos.

—¿Y el señor Allen? —preguntó.

Lydia ni siquiera tuvo que contestar, cuando pasaron por el comedor del servicio, Effie vio a la señora Sedgewick y el señor Allen sentados a la mesa. Mientras los observaba, el señor Allen le dijo algo al ama de llaves con una sonrisa… y la señora Sedgewick se echó a reír.

Effie se quedó anonadada.

—Madre mía ¿se llevan bien?

—Son uña y carne —confirmó Lydia—. Ahora estamos todos en el mismo bando, Effie. Antes nos dedicábamos a discutir porque sentíamos que no podíamos hacer nada para solucionar nuestros problemas de verdad… pero las cosas ya no son así. El señor Allen le dijo a la señora Sedgewick que nos ayudaría a trazar un plan. Gracias a su trabajo en la ciudad conoce un montón de historias sobre criados enfadados y los problemas que pueden ocasionar. La señora Sedgewick está encantada con él desde entonces, no para de repetir la suerte que tenemos de contar con un profesional así entre nosotros.

En ese momento, el señor Allen vio a Effie por encima del hombro del ama de llaves. Su sonrisa se ensanchó y después le guiñó el ojo.

—Me siento como si estuviera en el Mundo de las Hadas otra vez —dijo Effie débilmente—. Todo el mundo es tan diferente... El ambiente resulta casi agradable aquí abajo. No entiendo cómo es posible, yo creía que mi plaga había enfurecido demasiado a todo el mundo como para ser amable.

—Oh, furiosos sí que estamos —le aseguró Lydia—. ¡Pero todos a la vez y en la misma dirección! Es curioso como eso lo hace todo mejor ¿verdad? —sonrió a Effie con serenidad—. No te equivoques, seremos muy desagradables con algunas personas dentro de poco. Pero, ahora mismo, vamos a ver a George.

Cuando llegaron a su habitación, Effie llamó a la puerta con recelo.

—¿George? Soy yo, Effie. ¿Estás presentable?

—¡Estoy vestido! —gritó George desde el interior. Su voz sonaba fuerte y alegre—. ¡Adelante!

Effie abrió la puerta y parpadeó sorprendida.

En efecto, George estaba despierto y vestido. En realidad parecía bastante sano, pero se había acomodado perezosamente en la cama con expresión despreocupada. Tenía entre las manos uno de los libros de la biblioteca de lord Culver, aunque Effie sabía que era tan culto como ella misma.

—¡Tienes muy buen aspecto! —acertó a decir—. Cuando Lydia me contó que te habían despedido, pensé que estarías… bueno…

—¿Preocupado? —preguntó George—. En realidad, debería estarlo. Pero tampoco es que fuera a quedarme después de lo que te pasó con lord Culver.

¿Te lo imaginas? ¡Trabajar arrodillado para semejante fantoche, y todo el rato acordándome de que estuvo a punto de atacarte! —sacudió la cabeza—. Iré con Lydia a pedirle trabajo al señor Jesson. Me ofreceré a hacer el trabajo y cobrar el salario de una criada si hace falta. Hasta entonces, no tengo que hacer nada que no quiera.

Effie sonrió ante su respuesta, y atravesó la habitación para arrojarse en la cama y abrazar a su hermano.

—¡Me alegro tanto de que estés mejor! —exclamó.

George le dio unas palmaditas en la cabeza.

—¡Lydia me ha dicho que tú también has conseguido un trabajo mejor! Felicidades, Effie ¡ese acento nuevo ya te está dando resultado! Me da pena que no nos veamos tanto, más te vale mandarme cartas por lo menos.

La sonrisa de Effie se acartonó al escucharlo. ¿Qué iba a contarle a George en sus cartas cuando estuviera casada? ¿Tendría que mentirle sobre su vida a partir de entonces? Seguro que no se creería la verdad.

—Te escribiré, por supuesto —prometió Effie, aunque no estuviera segura de qué contendrían las misivas. De repente tuvo la intensa sensación de que esta podría ser la última vez que viera a su hermano en mucho tiempo—. ¿Por qué no me hablas de lo que estás leyendo?

George bajó la vista hacia el libro que sujetaba en la mano.

—¿Esto? Algo sobre la caída del imperio romano. No entiendo la mitad de las palabras, pero es divertido intentarlo de todas formas.

Effie se animó al oírlo.

—He aprendido mucho sobre Roma últimamente —explicó entusiasmada —. A mi nuevo empleador le encanta el tema y habla mucho de ello.

George le pasó el brazo por los hombros.

—Cuéntaselo todo a tu hermano mayor. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Lydia tenía más trabajo que nunca, así que se marchó pronto, pero Effie y George se quedaron hablando por lo menos una hora más. Mucho más de lo que debería, como bien sabía Effie, seguro que alguien de la familia había ido en busca de la señorita que había desaparecido de su habitación, pero pasar

tiempo con su hermano era un evento tan extraordinario que no pudo evitar saborearlo.

Un tiempo después, se convenció a sí misma de dejarlo disfrutar de su libro tras un último abrazo apretado.

Effie se volvió a colocar el artificio con gran cuidado al salir del pasillo del servicio, en cuanto cruzó la puerta verde tapizada. Se dirigía hacia su dormitorio, pero a medio camino escuchó unas voces tensas provenientes del vestíbulo. Hizo una pausa junto a la puerta que daba al piso del servicio, en el pasillo en penumbra.

—… una fiesta de compromiso pequeña, Benedict —decía lady Culver—. No tenemos presupuesto para más. He tenido que comprar un vestido mejor para la ocasión, y ya tenemos muy pocos fondos.

Lady Culver se encontraba cerca de la entrada con los brazos cruzados y una expresión de profunda desaprobación en el rostro. Volvía a llevar el viejo vestido de Effie, tampoco es que tuviera otra opción.

Benedict acababa de entrar en la casa, ante la atenta mirada de Effie se quitó con cuidado las botas llenas de barro y las colocó junto a la puerta. Estaba muy atractivo con el pelo enredado y las mejillas enrojecidas por el aire fresco de la primavera; al mirarlo, se dio cuenta de que muy pronto sería su marido. Aquel pensamiento removió en su interior una oleada de emociones extrañas y opuestas, y se detuvo a examinarlas asombrada.

—No lo entiendo —dijo Benedict—. Thomas estuvo de acuerdo…

—¡Thomas no se ocupa de nuestras finanzas! —le cortó lady Culver abruptamente—. Dice que sí a lo que le apetece, y luego me encarga a mí que lo convierta en realidad. Te estoy diciendo que, independientemente de lo que te haya dicho Thomas, no tenemos el dinero.

Benedict frunció el ceño, entre confundido y preocupado.

—Seguro que algo puede hacerse. No puede ser tan malo.

Los ojos de lady Culver brillaron de ira.

—Típico de ti —siseó—. ¿Tienes idea del dineral que nos costó tu paseíto por Europa? Y todavía, cuando nos escribiste que habías ido hasta Roma en vez de volver a casa, Thomas insistió en enviarte más dinero. ¿Creías que caía del cielo? Porque no lo hizo, te lo aseguro. Salió de esta casa. ¡Del personal de

la casa, de mi vestidor y de los jardineros! ¡Tuve que despedir a buenos sirvientes para financiar tu escapadita italiana!

A Effie se le congeló el corazón en el pecho. Observó con atención el rostro de Benedict, con la esperanza de encontrar alguna pista de que lady Culver estaba exagerando la situación. Pero la expresión de su futuro marido no era ni de sorpresa ni de arrepentimiento, más bien de un moderado fastidio.

—Estaba a un tiro de piedra de ver las cosas con las que he soñado desde que era niño —contraatacó Benedict—. Los dos sabemos que no volveré a estar tan cerca de ellas nunca más. Ahora que he regresado, Thomas espera que me case, siente la cabeza y renuncie a cualquier posibilidad de una aventura hasta el día que me muera. Y lo haré, porque es mi obligación ¡pero no pediré perdón por cumplir mi único sueño antes!

Lady Culver levantó los brazos desesperada.

—Ya has tenido tu aventurita, Benedict. Pero nos ha costado mucho, y por eso no podrás tener la fiesta de compromiso que esperabas. Si vas a calmarte, como Thomas espera, ya puedes empezar ahora. Tendrás una fiesta… pero será modesta. El cielo sabe que tendré que organizarla yo sola, como siempre.

Benedict sacudió la cabeza con incredulidad.

—Como quieras. Pero serás tú quien tenga que explicarle la situación a Euphemia. Yo no lo haré por ti.

Lady Culver suspiró.

—Esa chica está feliz de haberse salvado de la desgracia, Benedict. Su protector la abandonó y ha estado viviendo en casa de un hombre que la cortejaba sin más carabina que su cuñada. Me encantaría poder darle una fiesta de verdad antes de que se vaya contigo al pabellón de caza... Al menos me consuela pensar que su historia tendrá un final relativamente feliz —se giró entonces para volver a subir las escaleras—. Ahora, si me disculpas, ya he enviado las invitaciones, así que no tengo tiempo que perder.

Effie, atónita, la observó irse.

Benedict volvió a sacudir la cabeza y se pasó los dedos por el pelo. Pero la conversación no le había pesado tanto como a lady Culver, y pronto se sacudió de encima la decepción encaminándose hacia las escaleras.

Effie supo que se dirigía a su habitación. Por muy disgustada que estuviera ante lo que había escuchado, no tenía sentido retrasar lo inevitable… Su prometido pronto descubriría la habitación vacía y empezaría a buscarla por toda la casa.

—Benedict —lo llamó.

Todavía tenía la voz un poco ronca, pero el joven se giró al escuchar su nombre. En cuanto la vio sonrió y recorrió con rapidez la distancia que los separaba, cogiéndola de las manos.

—¡Ahí estás! ¡Estás casi recuperada! Tengo que admitir que era escéptico, pero ese médico se ganó sus honorarios.

Effie lo observó fijamente. Por mucho que lo deseara, no era capaz de borrar de su mente la imagen de la apatía de Benedict cuando lady Culver le explicó que había tenido que despedir parte del personal para compensar los gastos de sus viajes. Su expresión soñadora cuando le describió aquellas obras de arte del mundo antiguo, el tono de voz grave y suave con el que le había leído acerca de los maestros italianos; la dulce fantasía con la que había soñado de pasear por Roma con él… todo había quedado mancillado sin remedio. En cambio, no podía evitar acordarse de la dificultad con la que se había arrastrado fuera de la cama cada mañana, temiendo un nuevo día de su vida en Hartfield. Recordó también la manera en que todos habían tratado de seguirle el ritmo a los bailes de lady Culver, sin aliento y faltos de personal, y la tos con la que había enfermado su hermano por no descansar lo suficiente.

La expresión de Benedict se transformó en una de inquietud, y le presionó los hombros con las manos con delicadeza.

—Quizá no te encuentres tan bien —dijo con voz preocupada—. Estás un poco pálida. Vamos… ven a acostarte.

Effie se liberó del agarre antes de darse cuenta.

—Tu viaje a Roma —dijo con voz ronca—. ¿Tienes la menor idea de cuánto sufrieron los sirvientes por su causa?

Benedict parpadeó. Fuera lo que fuera lo que esperara de Effie, aquello no estaba en ningún punto de la lista.

—Comprendo tu preocupación —dijo despacio—. Pero no debes prestar atención a lady Culver. A veces se pone así y culpa a todo y a todos excepto a sí

misma. Desde luego yo no he sido el único que ha gastado su buen dinero en la familia. Thomas cada poco se da caprichos caros importados de Francia. Edmund tiene… bueno, no hablaremos de lo que tiene, no es de buena educación. Digamos que ha comprado una cantidad sin fin de regalos a cierta viuda. En cuanto a la propia lady Culver… necesita vestidos nuevos todo el tiempo, por supuesto. Debe estar atormentada por tener que ponerse el mismo vestido cada día.

Effie inspiró profundamente, intentando calmarse, pero en su interior ardía una cólera que no aceptaba desaparecer por mucho que intentara ahogarla.

—La Tarara sí —susurró para sí misma—, la Tarara no…

—¿Eh? —preguntó Benedict—. Disculpa, no te he entendido. ¿Qué decías?

—¡Todos tenéis la culpa! —estalló Effie—. ¡Todos vosotros! ¿Qué les importa a las criadas despedidas que el resto de miembros de la familia también derrocharan el dinero? Cada vez que uno de vosotros ha cometido un error con sus finanzas, han sido los criados los que han pagado por ello, no vosotros —cogió aliento, temblorosa—. Si hubieras mostrado un ápice de remordimiento, a lo mejor sería diferente… ¡pero es evidente que no merecemos ni un pensamiento pasajero para ti!

Benedict dio un paso atrás, perplejo. Su confusión se mezclaba ahora con alarma, la situación se había descontrolado tan rápidamente que no sabía cómo reaccionar.

Effie tragó saliva.

—No puedo casarme con un hombre al que le importo tan poco. No puedo amar a un hombre así.

Benedict se quedó boquiabierto ante esa afirmación.

—No tengo la menor idea de lo que hablas —comenzó con cautela—. Pero, Euphemia, si cancelas la boda caerás en desgracia…

—No hay boda —respondió Effie cortante—. Dije que tendría que bailar conmigo antes de que aceptara su proposición, señor Benedict. No hemos bailado y, ahora, nunca lo haremos —sacudió la cabeza—. Voy a recoger mis

cosas y me iré. Tengo un lugar esperándome en Negraespina, aunque sea terriblemente modesto. Al menos allí tendré un patrón al que respeto.

Effie subió volando las escaleras y entró corriendo en su habitación. Escuchó los pasos de Benedict tras ella, pero se encerró en el dormitorio y dejó caer el cuerpo contra la puerta.

—¡Juniper Jubilee! —boqueó rápidamente—. ¡Juniper Jubilee! ¡Juniper Jubilee! ¡He renunciado a nuestro trato! ¡Debes regresar y llevarme a Negraespina de inmediato!

Effie esperó conteniendo el aliento a percibir el aroma de rosas silvestres, pero el aire mantuvo su leve olor a humedad normal, y no apareció ningún elfo a secuestrarla.

Lord Negraespina no la había oído… o simplemente no iba a venir.

Capítulo dieciocho



Euphemia —la voz de Benedict, al otro lado de la puerta, sonaba dolida y exasperantemente razonable—. No sé lo que ha ocurrido pero, sea lo que sea, estoy seguro de que podemos hablarlo.

Effie cerró los ojos. «¿Cómo voy a hablar contigo del hecho de que tu familia y tú nos hicisteis trabajar a mi familia y a mí casi hasta matarnos en aras de un viaje a Roma, vestidos bonitos e importaciones francesas? —se preguntó—. ¿Cómo voy a congraciarme con semejante crueldad ciega?»

No existía ningún escenario en el que pudiera imaginarse teniendo una conversación razonable con Benedict sobre aquel asunto.

Effie agarró el artificio y se lo arrancó de un tirón.

Benedict parpadeó al verla cuando abrió la puerta. Frunció el ceño y buscó con la mirada, detrás de Effie, a la mujer que perseguía.

—Lo siento muchísimo —dijo muy serio—. Necesito hablar con Euphemia.

Effie sacudió la cabeza.

—Euphemia no desea hablar con usted —le informó—. Pero puede seguir intentándolo si así lo desea, señor Benedict.

Pasó a su lado con rapidez, invisible como el papel pintado. Tras ella, Benedict entró en la habitación, llamándola mientras la buscaba.

—¡Tú!

La voz fría y furiosa de lord Culver escupió la palabra desde el pasillo. Effie se giró sorprendida, y estuvo a punto de caerse cuando la agarraron con fuerza del brazo.

Los ojos de lord Culver brillaban incandescentes de furia.

—Te dije que te fueras y no volvieras —siseó—. ¡Y te encuentro merodeando sin pudor por mi casa! ¿Qué… has vuelto a robarme, sabandija?

Effie intentó liberarse de sus dedos haciendo palanca, pero no había forma de romper el doloroso agarre de su mano.

—He vuelto a por mis cosas —respondió Effie acaloradamente—. Suélteme, nunca volverá a verme.

—¿Tus cosas? —se burló lord Culver—. ¿Las tienes guardadas en una de las habitaciones de invitados?

Effie se sonrojó. No había manera de explicar su presencia en el piso de arriba. En el mejor de los casos, iba a recibir una paliza, en el peor, lord Culver llamaría a un magistrado para que la arrestaran por robo. Si pudiera quedarse a solas un momento, quizá lograría ponerse el artificio el tiempo suficiente para escapar…

—Lord Culver —dijo el señor Allen desde detrás de Effie, en lo alto de las escaleras—, me temo que necesito su atención inmediata en el piso de abajo.

Effie y lord Culver se giraron al unísono para observar sorprendidos al mayordomo. Resultaba extraordinario que el señor Allen se hubiera aventurado hasta el piso de arriba sin que lo llamaran, y jamás había osado interrumpir al señor de la casa hasta entonces, por ningún motivo.

Lord Culver frunció el ceño, aunque sin soltar a Effie. Era evidente que su primer instinto había sido gritarle al mayordomo, pero debía haber comprendido que el señor Allen nunca le molestaría por nada que no fuera una emergencia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en cambio.

El señor Allen se dirigió a lord Culver, aunque le dedicó una mirada a Effie al hacerlo.

—Lady Culver acaba de informar al personal de que tienen menos de una semana para organizar un nuevo baile. Hablando sin rodeos, lord Culver, todos los miembros del servicio han dimitido de sus puestos.

Lord Culver soltó el brazo de Effie de inmediato.

—¿Qué? —exigió—. No pueden haber sido todos.

El señor Allen mantuvo una admirable expresión profesional e imperturbable.

—Eso me temo, señor. En estos momentos están haciendo las maletas para irse.

Effie abrió la boca de par en par al escucharlo; por un momento le pareció ver un destello de diversión en el rostro del mayordomo.

Lord Culver sacudió la cabeza.

—Si quieren dimitir… ¡que dimitan! Contrataremos sirvientes nuevos.

El señor Allen carraspeó delicadamente.

—En cuanto a eso, señor —explicó—, las invitaciones para el baile ya se han enviado. Supongo que es posible que reemplace a todo el servicio de la casa en una semana, aunque será difícil si se corre la voz entre los locales de que han dimitido todos en bloque. Lo que resulta imposible sin lugar a dudas es contratar a toda una nueva plantilla y organizar un baile en ese tiempo.

Lord Culver parpadeó muy rápido al escucharlo, sin saber qué hacer.

Effie aprovechó la oportunidad para alejarse de él lentamente y buscar su artificio. Por desgracia, lo descubrió en el suelo, aplastado bajo un pie de lord Culver. Hizo una mueca de dolor y ahogó un insulto impropio de una señorita.

—Los sirvientes tienen una lista de exigencias —comentó el señor Allen en tono servicial—. Todavía hay una posibilidad de que se les pueda convencer de quedarse, pero no le recomiendo a su señoría que espere a que se hayan ido. Aún estamos a tiempo de contener las habladurías sobre la situación, pero en cuanto todos se vayan será muy difícil. No hace falta demasiado para que los rumores se propaguen entre el resto de las residencias, señor.

Al escucharlo, lord Culver recuperó su dignidad, poniendo cara agria.

—No pienso negociar con los criados. Ve a decirle a lady Culver que se reúna con ellos.

El señor Allen sacudió la cabeza.

—Una de sus exigencias es que no se reunirán con lady Culver —dijo con un exagerado tono de disculpa—. Lo último que quiero es hablar mal de la familia, señor, pero la dama ha creado un desastre espantoso. En todos mis años como mayordomo nunca había visto una crisis así.

Lord Culver se quedó sin habla por un momento, hasta que por fin, dijo:

—¿Por qué no se ocupa usted de sus exigencias, en ese caso?

El mayordomo puso cara de sorpresa.

—¿Yo? —se extrañó—. Pero, señor, yo no tengo ninguna autoridad sobre el presupuesto de la familia. No puedo ni empezar a abordar sus preocupaciones.

—Bien, es evidente que necesito un administrador —dijo con brusquedad lord Culver—, ¡ya que no puedo confiar en mi esposa para la única tarea que le he encomendado! —Se enderezó, enfadado, y respiró profundamente—. Acaba de ser ascendido, señor Allen. Usted es un profesional, confío en que negociará en mi nombre.

El señor Allen inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Como ordene, señor. Me encargaré de prevenir este desastre tan pronto como pueda. Necesitaré su firma pronto, estoy seguro.

—Ve y soluciónalo —dijo lord Culver de inmediato—. Firmaré lo que consigas negociar.

Se giró entonces hacia Effie con una furia renovada en la mirada, y esta comprendió que estaba decidido a pagar con ella sus nuevos problemas. Pero el señor Allen intervino de nuevo.

—Si me lo permite, señor, es mal momento para castigar a una de sus antiguas criadas. Hará las cosas mucho más difíciles, se lo aseguro. Si me entrega a la señorita Euphemia, me aseguraré de que sea registrada con atención y expulsada de la casa.

Lord Culver seguía con la vista fija en Effie, claramente dividido entre la practicidad y la frustración.

—Es mi consejo profesional como su administrador, señor —concluyó el señor Allen con solemnidad.

Lord Culver empujó a Effie hacia el mayordomo.

—Apártala de mi vista —escupió el dueño de la casa—. Si se vuelve a presentar aquí, debes retenerla hasta que la detengan.

El señor Allen cogió a Effie por el hombro con un considerado asentimiento de cabeza, pero cuando el caballero no lo veía le apretó el hombro a la joven para tranquilizarla.

—Por supuesto, lord Culver. Por favor, no se preocupe demasiado por la situación. Lo resolveré todo de forma apropiada… puede quitárselo de la cabeza.

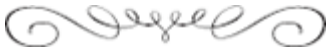
Lord Culver se alejó a toda prisa. Tras su vertiginosa partida, Effie vio a Benedict de pie en el umbral de su dormitorio, con la mirada fija en el señor Allen y en ella.

—¿Señorita Euphemia? —repitió Benedict despacio, como si no estuviera seguro de haber oído bien el nombre.

Effie sacudió la cabeza con un suspiro.

—Me llamo Francesca —dijo.

Bajó las escaleras con el señor Allen y dejó a Benedict allí sin mirar atrás.



—Así que a esto es a lo que se refería Lydia cuando dijo que estabais organizando algo —comentó Effie cuando estuvieron a salvo en el comedor de servicio. El mayordomo la ayudó a sentarse y le sirvió un vaso generoso de brandy francés que la joven bebió agradecida pero temblorosa—. Pero la prometida del señor Benedict ha cancelado el compromiso, ya no habrá baile. ¿Eso no será un problema?

—Las invitaciones ya se han enviado —dijo el señor Allen negando con la cabeza—. Ya es bastante malo que la prometida del señor Benedict lo haya dejado plantado; si encima se van todos los sirvientes a la vez, entonces las dificultades financieras de lord Culver se convertirán en el objeto de todas las especulaciones. Por supuesto, es cierto que tiene dificultades financieras… pero está desesperado por evitar que los demás lo sepan.

Effie dejó escapar un largo suspiro. Se miró las manos, que reposaban contra el vaso de brandy.

—No me puedo creer que lord Culver te otorgara toda su autoridad así.

El señor Allen se encogió de hombros.

—Debo reconocer que ese fue un giro que no esperaba. Pero simplificará las cosas.

—Le echaste la culpa a lady Culver —dijo Effie en voz baja—, pero ha sido toda la familia la que ha estado gastando de más. Sigue siendo una mujer horrible, pero los demás se han limitado a encargarle el trabajo sucio y fingir que no son responsables de todos estos problemas.

El señor Allen asintió fatigado.

—Eso es cierto —reconoció—. Pero un hombre como lord Culver no cambiará si tiene que enfrentarse a sus propios errores. Es mucho más sencillo decirle que la culpa es en gran medida de su mujer, y solo en una pequeña parte suya. No escucha a lady Culver cuando esta le dice que no puede reducir el presupuesto para la casa más… pero seguramente sí que escuche a su administrador.

Effie le dio otro largo sorbo al brandy con tristeza.

—Es muy injusto. Lo pagará con ella.

—El mundo es injusto, Effie —la informó el señor Allen—. Pero lo es mucho más con los criados que lady Culver despidió que con ella. He intentado fijar las prioridades lo mejor que podía con las herramientas con las que cuento. Le escribo con regularidad a su tía, si las cosas se vuelven intolerables, la animaré a regresar con su familia.

Effie apoyó la barbilla en los brazos.

—Pero las cosas no están solucionadas en Hartfield ¿verdad?

—No —coincidió el mayordomo—. Lord Culver intentará regresar a sus viejas costumbres en cada recodo del camino. Pero haremos lo que podamos para prepararnos para esa eventualidad. Si no logra cambiar, sí que perderá de verdad a todos los sirvientes que trabajan para él, y también su reputación —sonrió con gravedad—. Lord Culver está acostumbrado a salirse siempre con la suya, pero ha cedido por primera vez. Ahora los criados saben que no es todopoderoso. Eso bastará por el momento.

—¡Oh! ¡Pero si es Effie!

La señora Sedgewick entró en el comedor del servicio con un alegre taconeo y una gran sonrisa para Effie y el señor Allen.

—Estaba muy preocupada por ti, jovencita —le dijo el ama de llaves con severidad. Entonces miró al señor Allen—. ¿Y bien? ¿Ha conseguido una buena referencia para Effie, señor Allen?

—He conseguido el trabajo de administrador de la casa —admitió él con una sonrisa avergonzada—. Se me ha encomendado que haga desaparecer todos los problemas de lord Culver utilizando los medios que considere necesarios. Así que, de alguna manera, sí que he conseguido una buena referencia para la señorita Euphemia.

Effie notó que el ama de llaves tenía un aspecto muy diferente. Parecía menos agobiada y más segura de sí misma. Tenía la espalda más recta, y fue entonces cuando Effie se dio cuenta de que antes caminaba encorvada. Después procesó el resto de la frase y se sonrojó.

—No podéis haberos metido en todo este lío solo para conseguirme una referencia.

La señora Sedgewick sonrió a su pesar.

—No, no solo por la referencia —admitió—. Pero está en la lista de exigencias, desde luego. Si el señor Allen tiene poder para hacer lo que considere correcto de verdad, nos aseguraremos de que consigues una buena referencia para que puedas encontrar trabajo en otro lugar…

—No la necesito —explicó Effie—. Bueno… O al menos eso creo. Ya me he comprometido a trabajar para otra persona. Pero me conmueve que haya pensado en mí, señora Sedgewick.

El ama de llaves resopló.

—Lo que te hizo la familia fue una vergüenza. Será lo mejor que puedas trabajar en algún otro sitio más amable, pero los que nos quedamos no vamos a permitir más situaciones así. Yo no, desde luego. —El ama de llaves frunció el ceño con solo pensarlo—. Te lo aseguro, Effie, llevo este último año al límite de mis fuerzas. Ya casi me había rendido cuando Lydia vino a ver qué tal estaba. Pero tuve una revelación… ¡una especie de inspiración divina! ¡comprendí cuánto nos merecíamos todos algo mejor que esto! Habría sido

una pena que me hubiera dejado consumir por la tristeza, en vez de tomar una determinación.

Effie sonrió emocionada.

—Me alegró de que encontrara su rabia, señora Sedgewick —dijo con suavidad.

El señor Allen sacó otros dos vasos y los llenó con una generosa ración de brandy.

—Esto requiere un brindis —les dijo a ambas con gravedad—. Debemos celebrar las pequeñas victorias, pues tenemos muchas batallas por delante, no me cabe duda.

La señora Sedgewick cogió un vaso y lo entrechocó con los otros dos.

—¡Por las pequeñas victorias! —aplaudió—. ¡Por cualquier victoria! Ya es una victoria más de las que había conseguido hasta ahora, señor Allen.

El señor Allen sonrió con calidez al escucharla, y los tres se bebieron el brandy con fruición.

El resto de los criados fueron llegando poco a poco al comedor, muertos de curiosidad por conocer el resultado de su pequeña rebelión. Effie observó circular unos pocos vasos de brandy más, pero, aunque aprovechó la oportunidad para felicitar a sus compañeros, había otro asunto que le preocupaba.

—De verdad que tengo que irme, George —le dijo a su hermano al darle un último abrazo—. Estoy muy orgullosa de todos vosotros… pero hay una promesa que debo cumplir.

George levantó el vaso de brandy y le guiñó el ojo.

—Espero que tu nuevo jefe sea mejor que este.

Effie sonrió de lleno.

—Es infinitamente mejor en todos los sentidos, es más, creo que solo verlo de nuevo ya me hará feliz.

George se inclinó para darle un beso en la frente.

—Siento haberte recomendado en Hartfield, un lugar que nos ha tratado tan mal a los dos. Pero me alegro de que estuvieras lo bastante enfada como para escapar.

Effie se sonrojó.

—Siempre he tenido un pequeño exceso de ira dentro, George. Quiero decir que… Estaré encantada de compartirla siempre que la necesites.

George se rio y la dejo marchar.

Effie todavía escuchaba el ruido de la celebración tras de sí de camino al pasillo. Para su sorpresa, Lydia se reunió con ella.

—Ya te lo tengo todo preparado —dijo Lydia con una nota de petulancia en la voz—. Me daba en la nariz que te irías pronto.

Effie parpadeó al escucharla.

—¿Ah sí? Pero ¿cómo?

Lydia puso los ojos en blanco.

—Tenía la esperanza de que te fueras pronto —admitió—. Vas a llamar a lord Negraespina ¿no?

Effie frunció los labios.

—Intenté llamarlo antes. No contestó, Lydia. Pero tengo un trato que cumplir ¡y no permitiré que se eche atrás! Conozco el camino a Negraespina, así que iré hasta allí por mí misma.

Lydia asintió con aire astuto.

—Vamos a por tu bolsa, pues. Como mínimo necesitarás el bastidor de bordado.

Recogieron las escasas pertenencias de Effie y, después, Lydia la acompañó al jardín, hasta el borde mismo del laberinto de setos.

—¿Ese es el camino a Negraespina? —se sorprendió Lydia.

—Somos vecinos del señor Jubilee —dijo Effie con delicadeza—. No puede sorprenderse porque vaya a hacerle una visita. —Se colgó la bolsa del hombro—. Si no volvemos a hablar, lo más seguro es que esté atrapada intentando limpiar un vestíbulo en mitad de un bosque para el resto de la eternidad. Si soy sincera, se me ocurren destinos peores.

Lydia resopló.

—Estoy segura de que no es eso lo que va a suceder. Pero si fuera así, debes recordarle a lord Negraespina que infectaste por accidente a todos los sirvientes de una casa con tu ira la última vez que no te trataron bien.

Effie se cuadró de hombros.

—Sí que lo hice. Y ¿sabes qué, Lydia? Lo volvería a hacer otra vez, si se me presentara la oportunidad.

Aquella declaración la hizo sentir por un momento como si no fuera una criada en absoluto, sino una poderosa hechicera a la que es mejor no desafiar.

«No —pensó—. Soy una criada y también una poderosa hechicera. Ser una criada no tiene nada de malo».

Ante la mirada de Lydia, Effie dio tres vueltas triunfantes sobre sí misma en el sentido contrario a las agujas del reloj y después, solo porque podía hacerlo, dio unas cuantas vueltas más, disfrutando de los últimos rayos del sol y el aire fresco en el rostro.

Solo cuando empezó a sentirse realmente mareada se detuvo y avanzó de espaldas y a trompicones hacia el laberinto, aferrada a la bolsa y pensando con furia en el elfo al que quería ver.

Capítulo diecinueve



En el mismo momento en que entró en Negraespina, Effie notó cómo el aire a su alrededor se saturaba de olor a madera y seres salvajes, y la luz rojiza del atardecer que le bañaba los hombros se volvía moteada e inestable.

Se giró para caminar hacia delante e infundió calma en los latidos de su corazón asustado. Pronto empezó a perder la seguridad en sí misma, una cosa era decirle a Lydia que le iba a exigir a lord Negraespina que cumpliera el trato y otra muy distinta encontrarse paseando sola por el Mundo de las Hadas.

La realidad de la situación la hizo dudar de su certeza. Al fin y al cabo, estaba allí para hacer algo muy arrogante. Ni siquiera sabía cómo explicarle las cosas a lord Negraespina. ¿Y si él no quería cumplir su parte del trato? «Sería muy humillante» pensó Effie. No estaba nada segura de lo que haría si ese fuera el caso.

Atravesó entonces el vestíbulo de Negraespina, donde montones de luciérnagas habían empezado a concentrarse en la oscuridad. El aire seguía siendo fresco, y la joven cruzó los brazos sobre el pecho con un estremecimiento.

—Estoy buscando al señor Jubilee —dijo al lugar—. Tenemos asuntos pendientes.

No estaba segura de que Negraespina la hubiera oído, pero siguió caminando, atenta a cada paso para no tropezar bajo la luz intermitente de los insectos.

Sin embargo, sus pensamientos se alejaban del motivo por el que había ido allí, y su corazón se fue asustando más y más… quizá no debería haberse sorprendido cuando al alzar la vista se encontró con un claro en el que había una única silla en el centro.

Effie inspiró asombrada.

—No necesito una silla, gracias —le dijo a Negraespina—. Ya sé que debo parecer insegura, pero no lo estoy. Un poco nerviosa sí, es verdad, pero es normal ponerse nerviosa en una situación como esta. Me gustaría ver al señor Jubilee, si es posible.

Antes de que terminara de hablar, una sombra oscura se movió sobre la enorme silla, y una voz familiar se dirigió a ella.

—¿Señorita Euphemia? —preguntó lord Negraespina perplejo—. Caramba. ¿Qué hace en el Capricho de Negraespina?

Effie dio un brinco y dejó escapar un chillido de sorpresa. Un puñado de luciérnagas se alejaron de ella asustadas y, bajo su luz, vio con claridad la silueta esbelta de lord Negraespina sentado en la silla. Seguía con la chaqueta bordada puesta, pero se había desabrochado el chaleco y tenía el pelo negro hecho un desastre, como si se hubiera pasado los dedos por él demasiadas veces.

Effie sintió que su corazón se ablandaba, henchido de nostalgia y anhelo, y comprendió, sin rastro de duda, que había tomado la decisión correcta.

—Supongo que Negraespina pensó que necesitaba sentarme a pensar —admitió—. O a lo mejor… bueno, a lo mejor sí que me trajo a donde quería venir. Le estaba buscando, señor Jubilee. Necesitaba desesperadamente verlo —se detuvo entonces, presa de un pensamiento repentino—. Pero ¿qué hace usted aquí?

Lord Negraespina gimió desesperado.

—Llevo atrapado en el Capricho de Negraespina desde la última vez que la vi. He estado discutiendo con Negraespina días y días, según el tiempo de las hadas. Pero, cada vez que intento irme ¡me trae de vuelta exactamente aquí! —

el elfo se incorporó con dificultad—. Pero usted está aquí por algún otro motivo. ¿Ha pasado algo horrible? Ya sé que a veces no soy la mejor ayuda, señorita Euphemia, y temo que ya he debido dejar de ser un lord, pero haré todo lo posible por ser virtuoso, sea como sea.

Effie sonrió con timidez.

—Así que ahora es el señor Jubilee de verdad. Todavía mejor. Pero debe ser muy cuidadoso con lo que promete, señor Jubilee. Tengo un problema y usted puede ayudarme, si así lo decide.

El señor Jubilee se detuvo y Effie tuvo la impresión de que parpadeó al mirarla.

—Caramba —dijo el hado—. ¿Cuál es el problema? Debe ser algo serio si ha venido hasta aquí.

Effie atravesó la distancia que los separaba, pisando con cuidado sobre raíces y tocones. Por fin, se encontró lo bastante cerca como para verlo bien a la luz de las luciérnagas. Sus rasgos afilados ya no la inquietaban, más bien descubrió que le había cogido mucho cariño a sus pómulos cortantes, las orejas puntiagudas y los ojos demasiado verdes. La luz intermitente de las luciérnagas que los rodeaban hacía que pareciera todavía más etéreo de lo normal, pero, aun así, la miraba con una suavidad que la hacía sentirse valiosa y a salvo.

—He sido una auténtica estúpida —admitió Effie—. Desde el principio, estaba convencida de haberme enamorado del señor Benedict. Pero no estoy enamorada de él, señor Jubilee. Estaba… —bajó la cabeza, avergonzada, mientras buscaba las palabras adecuadas—. Estaba enamorada de la forma en que me hacía sentir. Porque era rico, importante, era alguien… porque, por un instante, creí que me veía como a una persona. Aquel día, cogí prestada su importancia para mí misma… Y lo que de verdad anhelaba era volver a tomarla prestada.

El hado titubeó al escucharla.

—¿No está enamorada del señor Benedict? —preguntó lleno de dudas—. Pero dijo que sí lo estaba. Yo mismo la escuché, señorita Euphemia.

—Los humanos sí pueden mentir —explicó Effie avergonzada—, y somos especialmente hábiles mintiéndonos a nosotros mismos, me temo.

—Volvió a tomar aliento—. No pretendo implicar que no sentía anda en absoluto por el señor Benedict. Posee muchas cualidades encantadoras, y puede que tuviera razón al pensar que habría acabado enamorándome de él, si las circunstancias hubieran sido adecuadas, pero he comprendido que en realidad no lo conocía en absoluto. Tenía una idea muy limitada de quién era en realidad, y ahora que lo conozco mejor, puedo decir con certeza que no le amo. Ni una pizca.

El señor Jubilee tardó un momento en asimilar todo aquello. Effie sospechaba que en concreto la parte sobre las mentiras le resultaba muy difícil, y sintió una oleada de simpatía hacia él.

—Si me hubiera casado con el señor Benedict —continuó la joven—, no habría cumplido el trato. Usted dijo que los tratos con las hadas deben cumplirse siempre al pie de la letra. Tenía ciento un días para casarme con el hombre que amo. Ya que no amo al señor Benedict y, de hecho, creo que no sería capaz de amarlo, me encuentro ahora en un nuevo aprieto.

El señor Jubilee suspiró profundamente.

—Ah. Ya veo. Está bien… debemos encontrar a un hombre al que pueda amar. No tema, señorita Euphemia: todavía nos queda algo de tiempo.

El elfo trató por todos los medios de sonar seguro de sí mismo, pero había en su tono un cierto pesimismo que Effie no había escuchado antes.

La joven le cogió de la mano. Al hacerlo, le sorprendió el contacto de piel cálida; seguramente los guantes habían corrido la misma suerte que los botones del chaleco durante el tiempo que había pasado atrapado en el Capricho de Negraespina.

El hado inclinó la cabeza para observar su mano. Despacio, vacilante, entrelazó los dedos con los suyos.

—Señor Juniper Jubilee —dijo Effie con suavidad—, me sentiría muy honrada si se casara conmigo.

El señor Jubilee parpadeó muy despacio, como si no estuviera seguro de haberla oído bien. Effie no pudo evitarlo, la verdadera conmoción en su rostro la sumió en una risa nerviosa.

—Yo… ¡no está obligado a hacerlo, por supuesto! —alcanzó a decir Effie—. Pero estoy bastante segura de que me he enamorado de usted. Así que, si no

quiere tener que molestarse en buscar algún otro hombre, podría ayudarme con mucha facilidad a cumplir el trato usted mismo.

El señor Jubilee le apretó la mano con más fuerza, y habló entonces con mucho cuidado y un ligero temblor en la voz.

—Yo… le tengo muchísimo cariño, señorita Euphemia —respondió—. Debo admitir que… sospecho que he estado atrapado en el Capricho porque estaba muy disgustado ante la idea de que se casase con el señor Benedict. Pero… No estoy seguro de saber lo que es el amor. Quizá sería mejor que buscase otro humano, que seguramente tendrá más práctica en ese tema que yo. Al fin y al cabo, todavía estoy empezando a entender algo sobre la virtud, imagínese sobre el amor.

Effie le dedicó una sonrisa incierta.

—A lo mejor ayudaría si le dijera por qué estoy enamorada de usted. Porque esta vez sí que estoy segura de estar enamorada… así fue en parte como comprendí que lo que había sentido antes no podía ser amor. —Tragó saliva, nerviosa—. El señor Benedict me trató como a una persona solo por un momento, pero usted siempre me ha tratado, a mí y al resto de los sirvientes, como si fuéramos alguien, aunque habría podido ignorarnos muy fácilmente. No puedo afirmar que eso haya sido siempre en nuestro beneficio… pero esa es una de sus mejores cualidades. Siempre está dispuesto a ayudar a los demás, y a encontrar lo mejor en cada situación. Y también está decidido a ser más de lo que era antes, cada día. Me deslumbra, señor Jubilee. Y cuanto más tiempo pasaba junto a usted, más cuenta me daba de con cuánta desesperación quería seguir a su lado, y descubrir cómo continúa creciendo cada día. —Sonrió entonces, preocupada—. De alguna forma, supongo que… Usted se ha convertido en alguien más importante que todos los demás para mí. Me gustaría que fuera feliz, y que consiguiera todos sus objetivos. Por eso… Bueno, si usted no me quiere a mí de la misma manera, está bien. Encontraré otra solución para nuestro trato, pero mantendré la esperanza de que algún día aprenda a querer a alguien. Porque creo que merece enormemente ser amado.

El señor Jubilee se llevó las manos de Effie al pecho. La joven se atrevió entonces a alzar la vista… y descubrió lágrimas en sus brillantes ojos verdes.

—Desde luego, usted es alguien para mí, señorita Euphemia. Me temo que todavía no soy lo bastante virtuoso como para permitir que se case con otro por segunda vez. Si no soy capaz de amar… simplemente tendré que aprender cómo hacerlo. Hasta entonces, siempre tendrá lo más parecido al amor que sea capaz de entregarle.

A Effie le dio un vuelco el corazón, le rodeó el cuello con los brazos y se aferró a él. El elfo la abrazó y dejó escapar el mismo suspiro aliviado y profundo que Effie había sentido también.

—Aunque ya no seas un caballero —dijo Effie—, te bordaré tantas cosas preciosas que las otras hadas siempre se morirán de envidia.

El hado sonrió, apoyado en su pelo.

—No me importa la envidia que me tengan los demás. De todas formas sospecho que ninguno será capaz de apreciar las cosas que me importan de verdad.

Se acomodaron en la silla del Capricho de Negraespina bastante tiempo, observando cómo las luciérnagas se dejaban llevar por la brisa. Mientras el señor Jubilee la abrazaba con fuerza y ella reposaba la cabeza sobre su hombro, Effie supo que había encontrado un cuento de hadas en el que la criada conseguía su final feliz.

Epílogo



El servicio postal de Su Majestad no llegaba a Negraespina pero, de alguna forma, unas pocas y muy discretas invitaciones de boda lograron aterrizar en las manos adecuadas.

No se podía decir que la boda fuera demasiado elegante ni opulenta, más si se tiene en cuenta que se celebró en mitad de un bosque en el Mundo de las Hadas, pero todos los familiares de la novia se las arreglaron para asistir, además de Lydia y una corte de mariposas curiosas. En conjunto, Effie no podía imaginar una ocasión más feliz.

Todo aquel asunto había resultado muy confuso para su familia. George había pasado la mayor parte de la ceremonia intentando ver bien las orejas del señor Jubilee, y resultó imposible convencer a la madre de Effie de que la boda fuera algo más que un sueño agradable. Pero Lydia y lady Vallebaldío lloraron por todos los demás; de hecho, las dos se vieron obligadas a compartir un pañuelo, pues a Lydia se le había olvidado el suyo.

Y, aunque el señor Jubilee había estado convencido de que el amor le resultaría difícil, Effie decidió pronto que era tan buen estudiante que en realidad se le daba muy bien. De hecho, muchas veces le dijo que sospechaba que tenía una abundancia de amor, igual que ella tenía una abundancia de indignación.

Por supuesto, Hartfield siguió teniendo graves problemas. Sería maravilloso afirmar que los sirvientes lograron todas sus exigencias y que al final infundieron en la familia un mínimo de respeto hacia el servicio pero, por muy formidables que fueran el señor Allen y la señora Sedgewick entre los dos, hubo algunas tristes pérdidas por el camino, como en todas las guerras que se precien. Por lo menos, no volvieron a sentirse tan sobrepasados por la magnitud de sus problemas, y como los criados de Hartfield habían aprendido a luchar juntos en vez de cada uno por su cuenta, consiguieron muchos más éxitos de lo que ninguna otra gran casa en Inglaterra podía esperar.

Quizá el señor Benedict terminara por adquirir un cierto sentido de la responsabilidad hacia los demás. O quizá no. En cualquier caso, suele ser cierto que los ricos y poderosos cuentan con demasiado espacio en el que contar sus historias, así que no parece necesario seguir exponiendo aquí su vida ni la de los otros miembros de la familia Ashbrooke.

El destino de la señorita Buckley es igual de innecesario en nuestra historia, pero al lector le gustará saber que el perrito Caesar vivió una vida larga y muy feliz, llena de amor, premios y días maravillosos persiguiendo ardillas. En ese sentido, por lo menos, hubo una criatura que recibió exactamente lo que merecía.

Resultó que el señor Jesson estaba tan desesperado por conseguir ayuda para su casa que pronto contrató a Lydia como ama de llaves en lugar de como criada. Por suerte, Lydia mostró una paciencia inusitada y utilizó la disposición maleable del mercader de flores para mejorar sus circunstancias en lugar de aprovecharse de él. Contrató a George como lacayo casi de inmediato, y aunque el trabajo de mantener una casa era tan difícil como siempre, el pequeño grupo de sirvientes de Orange End solía compartir bebidas y risas con el señor Jesson, y ninguno sintió jamás la necesidad de escapar de su empleo. Es más, a todos se les animaba a disfrutar del sol en los jardines tanto como desearan.

Quizá como una consecuencia natural de aquello, un día de verano, Lydia se encontró en los jardines de tulipanes y, cuando el señor Jesson se unió a ella para dar un paseo, los dos descubrieron que en realidad se tenían mucho cariño. Así, el ama de llaves del señor Jesson acabó por convertirse en su

esposa, y Lydia utilizó el favor que le debía el señor Jubilee para pedirle que los tulipanes de su jardín fueran las flores más espectaculares y coloridas del país.

Aunque Effie y el señor Jubilee eran tan dichosos y felices como cualquier pareja de cuento de hadas, la joven había decidido que en su corazón seguía siendo una criada, y como el señor Jubilee deseaba probar un trabajo más útil, el resultado fue seguramente inevitable. Poco después de la boda en Negraespina, una criada y un lacayo pidieron trabajo en otro lugar en el campo. Los dos presentaron unas referencias impecables de una dama noble llamada lady Vallebaldío. La criada, que era además una hábil costurera, fue contratada en el acto. El lacayo no resultó tan convincente, pero logró que lo contrataran por un periodo de prueba, por lo que se sentía terriblemente agradecido.

Muy poco después, por supuesto, los desastres empezaron a abatirse sobre la casa. Y al poco tiempo los criados acabaron rebelándose, exigiendo que se les tratara con mucho más respecto y cuidado del que habían recibido hasta entonces. Para cuando el conflicto se solucionó, resultó imposible encontrar a la criada ni al lacayo… de hecho, nadie era capaz de recordar sus nombres.

En Londres, el sorcier real recibió una cantidad sorprendente de cartas consternadas sobre hadas interesadas en incitar a los sirvientes a rebelarse en diferentes puntos del país. Pero, cuando empezó a pensar en investigar el tema, su mujer le aseguró que no debía perder tiempo en ello.

Y así, hasta el día de hoy, en Inglaterra todavía se cuentan historias de misteriosos encuentros con un hombre con una chaqueta muy extraña y una mujer que crea bordados con una magia peculiar. El final de esos cuentos no está del todo claro… los dos enigmáticos desconocidos parecen tener especial cariño a las criadas, que no suelen salir mal paradas tras el encuentro. Los ricos y poderosos, en cambio, no acostumbran a correr la misma suerte.

Lo que quiere decir, con muchos rodeos, que el señor Jubilee al final sí que consiguió cumplir todos sus deseos.

Agradecimientos



Tengo una relación complicada con el cuento de Cenicienta.

Ya de niña sabía que algo no encajaba. Es bien sabido que las criadas, simple y llanamente, no se casan con los señores. De hecho, en casi todas las versiones que he leído de Cenicienta (incluidas las menos conocidas como *Princess Furball* o *La Chica Ganso*), Cenicienta no es una criada de verdad. En realidad es una mujer noble que ha sido despojada de forma injusta de la vida lujosa que le correspondía. Desde esa perspectiva, el cuento de Cenicienta nos dice que las mujeres que han nacido ricas no merecen ser criadas; de lo contrario, la posición social legítima de la protagonista no sería tan importante en la historia.

Pero ¿por qué tantas otras mujeres menos pudientes merecen seguir siendo criadas, si es tan fácil que sus patrones abusen de ellas? Por supuesto, entiendo que Cenicienta estuviera tan desesperada por huir de su situación que no se parara a pensar demasiado en ello. Aunque, si el príncipe de verdad era un tipo tan estupendo ¿por qué solo se decidió a salvar a una criada cuando se enamoró de una?

El hada madrina, decidí, era en realidad el personaje más de admirar del cuento. Ella fue la única que vio una injusticia e intentó solucionarla. Y estoy segura de que Cenicienta no sería la única criada a la que salvó.

Así fue como *Diez mil puntadas* acabó por convertirse en una historia sobre una Cenicienta que sí era una criada de verdad, y no una noble obligada temporalmente a trabajar como tal. Una Cenicienta que no era siempre encantadora, y que tenía que luchar contra una indignación de lo más razonable acerca del trato que recibían todos los sirvientes. Por supuesto, ya que tengo el mayor respeto por el hada del cuento, al final Cenicienta decidió escaparse con el hado padrino en vez de casarse con el príncipe, apuesto pero bastante soso.

Dicho esto, para mí era muy importante que lord Negraespina no se convirtiera en una solución mágica para los sirvientes de Hartfield, porque lo otro que nos enseña Cenicienta es que el mundo le regalará su final feliz a las mujeres que se mantienen dulces y complacientes y que no se enfadan nunca, ni cuando deberían. Y eso no es lo que veo yo en el mundo que me rodea. En su lugar, cuando los villanos nos tratan mal, casi siempre siguen maltratándonos hasta que alguien se lo impide por la fuerza. Si estás indefensa, entonces es casi imposible plantarle cara a tus villanos, pero si tú y otras personas indefensas os enfadáis los unos en nombre de los otros, os unís y rebeláis juntos, es mucho más difícil para los malvados salirse con la suya.

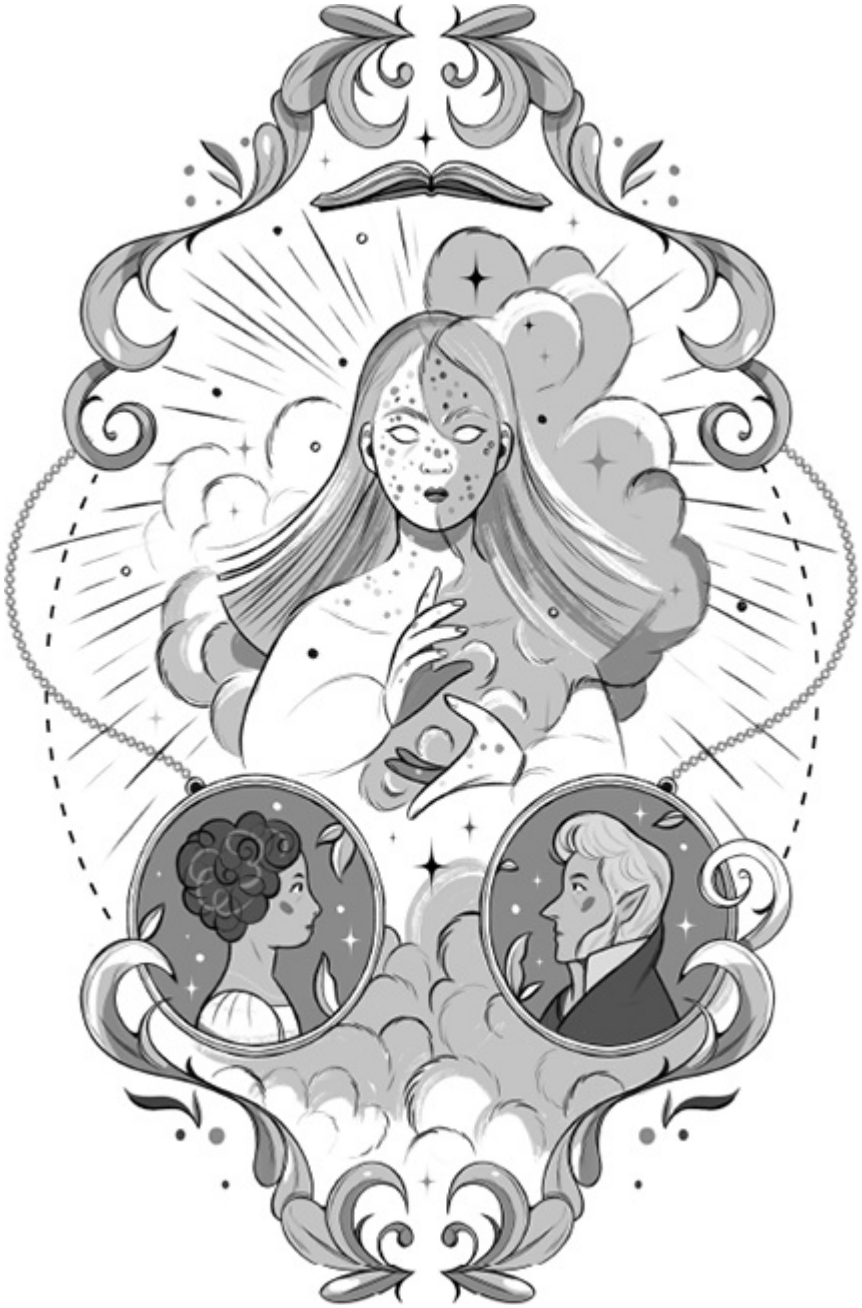
Como ocurre con cualquier cosa por la que merece la pena luchar, habrá días en los que perderéis juntos, porque habéis elegido luchar juntos. Pero la historia progresa en los momentos en que la gente decide arriesgarse a luchar a pesar de todo, porque creen que la recompensa merece la pena.

Como siempre, le dedico un agradecimiento especial a mi marido, cuyo amor es tan abundante que debo admitir haber basado las mejores cualidades del señor Jubilee en él. Mis lectoras alfa, Laura Elizabeth y Julie Golick, son las voces de apoyo constantes que mantuvieron el libro encauzado incluso cuando estaba cansada y desanimada por culpa del confinamiento constante. Lore tuvo la amabilidad de ayudarme a investigar todo lo relativo a la costura de época. Quiero dar las gracias también a mis colegas escritoras de fantasía histórica del *Lamplighter's Guild*, Jacquelyn Benson y Rosalie Oaks, que no solo me mantuvieron centrada sino que ofrecieron sugerencias cuando me quedé atascada o cuando tenía que resolver problemas de la trama. Mi quisquilloso histórico particular, Tamlin Thomas, es responsable de muchas y muy

importantes sugerencias y correcciones, es más, me envió un paquete del café más delicioso que he probado nunca. Esta vez reservo un hueco especial para darle las gracias a mi padre, que siempre creyó que algún día sería escritora y no dudó en repetírmelo en todas las ocasiones. En muchos sentidos, no habría conseguido escribir este libro aquí y ahora sin su apoyo.

Y gracias a ti, lector, por terminar *Diez mil puntadas*. Significa muchísimo para mí que tanta gente haya encontrado esperanza en mi escritura. No me atrevo a asumir nada, pero espero que este libro sea el bálsamo adecuado para al menos una persona más.

La llave



Capítulo uno



El sorcier real, Elias Wilder, nunca había tenido intención de ser padre. De hecho, tampoco entraba en sus planes casarse, pero de alguna manera la señora Theodora Wilder había llegado a su vida, y con ella todos los niños de un orfanato que lo consideraban su padre.

A Elias no le gustaban demasiado los niños. En realidad, soportaba a otros adultos a duras penas, y si podía elegir prefería pasar su tiempo aislado con sus libros y su magia y… bueno, su mujer era una compañía excelente, ella sí que le gustaba.

Pero, al margen de sus preferencias, Elias había salvado a varios niños de un hado, así que, tanto si lo quería como si no, se había convertido en padre, y no era la clase de persona que rehúye una responsabilidad tan importante.

Un domingo por la tarde, el sorcier real comprobó que, como suponía, la paternidad no se le daba demasiado bien.

Llegó a los apartamentos que la Corona le había cedido al atardecer. Su residencia era un edificio de varios pisos en cuya planta baja había una tienda de perfumes que siempre emanaba un empalagoso aroma floral. Los apartamentos debían haber tenido un nombre muy pomposo en algún momento, como *Highcrest* o *Willow House*, pero Elias despreciaba la ostentación, así que su mujer y él se limitaban a llamarlo *la Casa*.

Cuando Elias divisó la Casa, lo bastante cerca como para que le llegara un tufillo a la empalagosa mezcla de rosas, azucenas y lavanda, captó también el

destello de una vela solitaria en la ventana del tercer piso. La vela en cuestión se encontraba en su estudio, entre los libros de magia y sus artilugios para lanzar hechizos. Su primer pensamiento fue que Dora habría entrado en el estudio para satisfacer su curiosidad sobre algún asunto particular. Dora, que le hacía preguntas inesperadas sobre teoría mágica en numerosas ocasiones, era muy capaz de investigar las respuestas por sí misma. Aunque el estudio podía ser peligroso, a Elias no le preocupaba su seguridad, al fin y al cabo su mujer ya había matado a un hada ella sola, estaba claro que podía cuidar de sí misma a la perfección, muchas gracias.

El hechicero se aflojó el pañuelo del cuello al subir las escaleras.

—Me pregunto lo que habrá captado su atención esta vez —musitó.

Pero, al abrir la puerta del comedor del segundo piso, descubrió a Dora sentada a la mesa y rodeada de niños. Todos iban vestidos de domingo, así que se topó con un mar de pequeñas capotas y abrigos largos y recios.

—Tienes que comerte los guisantes, Roger —le decía Dora a un niño pequeño de pelo castaño sentado a su lado—. No te confundas, me alegro de que ahora puedas permitirte ser quisquilloso, pero el señor Lowe dice que, si no te comes todos los alimentos saludables, tendrá que volver a examinarte.

Roger hizo una mueca, como si Dora le hubiera presentado un ultimátum imposible.

—¿Sabes lo que creo? —respondió—. Me parece que algún hada inventó los guisantes para torturarnos. ¿No puedo rezar un par de Ave Marías y comer más pastel de carne?

Para diversión de Elias, Dora consideró su respuesta con detenimiento. Su mujer solo poseía media alma, lo que la volvía distraída y fantasiosa a veces, pero era precisamente esa cualidad la que le había granjeado el cariño de los niños, siempre estaba dispuesta a considerarlo todo desde su perspectiva infantil.

—¿Por qué iba un hada a hacer los guisantes asquerosos a propósito, a no ser que intentase que no te los comieras? —se preguntó Dora—. No irás a consentir que te engañe un hada, ¿no?

Roger entrecerró los ojos, desalentado por la respuesta… pero todavía invicto. Antes de que respondiera, Elias carraspeó.

—Dora —dijo—. ¿Has dejado una vela encendida en el estudio?

Dora alzó la vista hacia Elias, y Roger aprovechó el descuido para envolver los guisantes en su pañuelo a toda prisa.

—No he ido al estudio en todo el día —contestó Dora—. Llevé a los niños a misa y después a los Jardines de Kensington, y ya estamos con la cena.

Elias frunció el ceño.

—Si no has ido tú al estudio —dijo lentamente—, ¿quién está allí ahora mismo?

Los niños intercambiaron miradas culpables y Elias supo que habían tramado una pequeña conspiración. Dora contó las cabezas de los niños en silencio, mientras Elias se lanzaba escaleras arriba.

—Ay —suspiró Dora—, Abigail.

Elias subió los escalones de dos en dos. El corazón le latía con fuerza en el pecho, tenso ante el peligro como no lo había estado en años. Los libros y herramientas que guardaba en el estudio podían herir a un adulto incauto; una niña de la edad de Abigail podría sufrir consecuencias mucho peores si tocaba el objeto equivocado.

No dejaba de imaginar escenarios horribles en su cabeza. A lo mejor la niña había invocado alguna criatura oscura por error, o se había borrado sus propios recuerdos, o provocado un incendio…

No encontró evidencias de ninguna de esas espantosas fantasías al abrir de golpe la puerta del estudio. Lo único que vio, en realidad, fue una niña de doce años sentada en el gran sillón de cuero y estudiando con atención un enorme libro que apoyaba en el regazo. Seguía llevando el vestido del domingo, uno blanco un poco usado que alguna de las mujeres de la junta de damas de la caridad había donado al orfanato.

La capota la había lanzado al suelo y se le había desecho el moño, así que varios mechones lacios de un rubio pajizo le enmarcaban el rostro.

Abigail levantó la vista con rapidez cuando la puerta se abrió de golpe. Mantuvo una expresión serena, pero sus ojos delataban su culpabilidad, y se colocó el pelo detrás de las orejas nerviosamente.

Una oleada de alivio invadió a Elias al acercarse al sillón. Le arrancó el libro a Abigail de las manos como si fuera una víbora a punto de atacar,

posándolo lejos de su alcance, en una esquina del escritorio. Abigail dio un respingo cuando la atención del mago se centró en ella.

—¿Estás herida? —preguntó Elias buscando indicios de alguna lesión—. ¿Has hecho algo de magia, aunque fuera por accidente?

Abigail se encogió en el sillón. Era el doble de grande que ella, así que ahí sentada parecía todavía más pequeña.

—Yo… no, señor —farfulló la niña—. Solo estaba leyendo.

Elias dejó escapar un suspiro tembloroso. Todavía no se le había pasado el susto, y el corazón le seguía latiendo en los oídos.

—Tienes prohibido entrar aquí. ¡Sabes que está prohibido, y desde luego también tienes prohibido leer estos libros! —se le ocurrió algo e hizo una pausa—. ¿Sabes leer? La señora Dun dijo que ninguno de los niños de Vallebaldío sabían leer.

Abigail tragó saliva.

—La señora Dun empezó a enseñarnos hace unas semanas —explicó.

Elias se llevó la mano a la frente, consternado.

—Acabas de empezar a leer y te encuentro aquí, en mi estudio, intentando descifrar uno de los libros más peligrosos de toda Inglaterra. ¿Lo he entendido bien?

Abigail decidió no responder esa vez. En cambio, se miró las manos en el regazo en silencio, como hacen los niños cuando no tienen una respuesta adecuada.

Elias sacudió la cabeza.

—Arriba —dijo con voz cortante—. Fuera. No dejes que te pille aquí otra vez. Tienes suerte de seguir viva, jovencita.

Abigail apretó los labios y se levantó de la silla, todavía con la cabeza gacha.

En cuanto se fue, Elias colapsó en el sillón de cuero. Le temblaban las manos por la emoción contenida; y sentía punzadas en el corazón temiendo que cayera algún peligro sobre él en cualquier momento.

Respiró profundamente durante largo rato para intentar contener el mareo que amenazaba con sobrepasarlo. Un rato después, el pánico cedió lo

suficiente como para permitirle ponerse de pie, aunque sabía por experiencia que tardaría horas en desaparecer del todo.

Elias no había necesitado cerrar el estudio con llave hasta entonces; conocía y confiaba en todos los sirvientes que trabajaban en la Casa, y su mujer era tan peligrosa como los propios libros. Hasta aquel día, no se le había ocurrido que los niños del orfanato de la señora Dun podrían andar por allí. Pero Dora los quería mucho a todos, comprendió, así que parecía lógico que quisiera traerlos a la Casa de vez en cuando.

Por primera vez en mucho tiempo, Elias rebuscó en los cajones de su escritorio hasta encontrar una llave enorme y muy decorada. Al salir del estudio, cerró la puerta con llave tras él, guardándosela después en el bolsillo de la chaqueta.

Capítulo dos



Quizá sea importante empezar este cuento de hadas por el principio.

Había una vez un niño llamado Elias cuyo padre era un hado. O, al menos, Elias estaba bastante seguro de que lord Raudallama era su padre… al fin y al cabo, la criatura alta y esbelta que lo observaba desde las alturas solo le respondía si lo llamaba «padre».

Lord Raudallama era un apuesto elfo con el pelo rubio platino muy largo y penetrantes ojos dorados. Teniéndolo todo en cuenta, era un padre terrorífico. «Todos los padres deben resultarles aterradores a sus hijos» le decía a menudo lord Raudallama al niño. El hado siempre acompañaba la frase con una risa encantadora y despreocupada y los ojos brillantes. Elias temía esa risa más que ninguna otra cosa, aunque las hadas que los visitaban a veces parecían encontrarla de lo más cautivadora. La risa de lord Raudallama siempre presagiaba un cambio brusco e inesperado en las circunstancias de Elias, sobre las que ya de por sí tenía muy poco control.

Igual que su señor, las tierras conocidas como Raudallama eran al mismo tiempo hermosas y engañosamente espeluznantes. En aquel lugar había enormes bosques y praderas doradas, todos ellos secos por completo por falta de lluvia. El cielo, siempre oscuro y ominoso, estaba cubierto de nubes de tormenta veraniegas, pero nunca llovía; en cambio, un viento huracanado azotaba la tierra y hacía ondear el follaje seco con silbidos y chisporroteos, y los truenos rugían amenazadoramente.

En todo Raudallama había una única edificación: una gran mansión de piedra ennegrecida por el hollín que el padre de Elías llamaba la Residencia Borrascosa. La Residencia Borrascosa se encontraba en la cima de una colina muy alta en la que nunca crecían árboles ni hierba; las ventanas de guillotina estaban siempre tan sucias que Elias pasaba gran parte de su tiempo frotándolas para quitarles el hollín y poder ver algo. El niño casi nunca se atrevía a abandonar la Residencia Borrascosa, Raudallama era dado a estallidos peligrosos, cuyas consecuencias podía observar con frecuencia desde la posición privilegiada de la ventana de su habitación.

En muchas ocasiones, un rayo extraviado caía en algún punto de Raudallama como una chispa en una caja de cerillas. Cada vez que eso ocurría, el mundo de Elias se transformaba en un infierno rabioso y bello. Láminas de fuego dorado peinaban la tierra y bailaban con alegría por el paisaje reduciéndolo todo a cenizas. Las llamas siempre trepaban hasta engullir la Residencia Borrascosa, pero el edificio nunca ardía. En cambio, Elias se maravillaba ante la visión del fuego lamiendo las ventanas, como una mascota que venía a saludar. Aunque el terreno sufría una devastación espantosa, los árboles crepitantes y las hojas secas siempre volvían a crecer deprisa, y cuando Elias se levantaba al día siguiente todo había vuelto a la normalidad.

Vivir en Raudallama era muy peligroso para un niño mortal, pero Elias se esforzaba por no salir de la Residencia Borrascosa y obedecer los deseos cambiantes de su padre. Durante muchos años, fue suficiente.

Pero llegó el momento en que a lord Raudallama le vino la inspiración de salir de sus dominios.

—¡Me voy de vacaciones a Inglaterra! —le dijo el hado a Elias cuando se sentaban a cenar en el gran comedor—. Quizá esta vez engañe a algún inglés para que me insulte ¡así podré castigarle!

Elias, que solía quedarse callado para esquivar la atención de su padre, no pudo evitar sentir curiosidad ante aquello.

—¿Qué es Inglaterra, padre? Nunca lo había oído antes.

Lord Raudallama sonrió a su hijo.

—Es un país extranjero en el que viven mortales. Hay muchos caminos ocultos en Raudallama que llevan a Inglaterra, ya que me gusta visitarla. Hoy

tomaré uno de esos caminos para cazar a un mortal.

Elias sabía que él mismo era mortal, aunque no comprendía el significado de la palabra. Ante esa nueva información, frunció el ceño pensativo.

—¿Yo soy de Inglaterra? —preguntó.

—Ah, no me acuerdo —dijo lord Raudallama distraído agitando el brazo —. Tampoco importa. Ahora estás aquí y eres mi hijo. No hablemos más de eso.

Entonces se frotó la barbilla con uno de sus largos dedos, sumido en sus pensamientos.

—No puedo llevarte conmigo, por supuesto… me arruinarías las vacaciones. Pero tampoco puedo dejarte en la Residencia Borrascosa. ¿Quién sabe las travesuras que cometerías si no estoy yo aquí para controlarte?

Elias cerró los puños bajo la mesa, preocupado de pronto, pero consiguió mantener un tono de voz firme gracias a largos años de práctica.

—Pero ¿qué pasaría si Raudallama se incendiara mientras estás fuera? —preguntó—. Tendré que esconderme en la Residencia Borrascosa ¿no?

Lord Raudallama sacudió la cabeza como si su hijo hubiera dicho una tontería.

—Estaré fuera muy poco rato, seguro que está todo bien. Elias no tenía ninguna seguridad de que todo fuera a estar bien.

—Me portaré muy bien, padre —añadió rápidamente—. Si me permites quedarme dentro de casa, no saldré de mi habitación y no haré ningún ruido…

Lord Raudallama miró a su hijo con una expresión sombría, y Elias cerró la boca de golpe.

—¡Un buen hijo no discute con su padre! —dijo el hado con voz suave—. ¿Acaso no te he educado para que te comportes mejor, Elias?

Las velas de brillo dorado colocadas sobre la mesa titilaron a modo de aviso, ardiendo más alto, más fuerte y más cálidas. Elias tomó aliento, asustado. Por supuesto, sabía que quedarse atrapado fuera podría significar la muerte… pero contrariar a su padre también era peligroso. Además, por encima de todo, lo que más deseaba era ser un buen hijo.

—Sí que me has educado bien —dijo Elias con voz queda y la vista fija en el plato—. Lo siento, padre. No discutiré más.

Lord Raudallama dejó escapar un sonido agudo e impaciente y se levantó de su sitio.

—Demasiado tarde. Has estropeado la cena por completo. Será mejor que me vaya de inmediato. Levántate —dijo señalando a Elias—. Fuera. Podrás volver a entrar en la Residencia Borrascosa cuando regrese.

Elias observó impotente a su padre, pero sabía que discutir solo complicaría más las cosas, así que se dirigió a la puerta de la mansión arrastrando los pies.

Fuera, el cielo negro de tormenta se extendía sobre él. Elias dudó en el umbral de la Residencia Borrascosa, aterrorizado de cruzarlo, pero lord Raudallama lo arrastró del brazo y cerró la puerta manchada de hollín detrás de ellos. El hado se sacó una llave de la chaqueta y cerró con pestillo.

—Me llevo la llave —declaró—. Abriré la puerta a mi regreso.

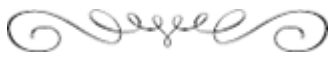
Sin añadir nada más, el hado bajó la colina camino de Inglaterra. Un tiempo después, su pelo rubio platino se esfumó entre los árboles y Elias se quedó solo en la entrada de la Residencia Borrascosa.

Se quedó unos minutos allí sentado, con la mirada perdida y sintiéndose indefenso.

Con cada rayo que iluminaba el cielo, Elias se ponía en tensión y escudriñaba el bosque en busca de señales de un incendio.

«Es seguro que voy a morir —pensó Elias—. A padre se le romperá el corazón cuando regrese… pero yo seguiré muerto».

El miedo le oprimía la garganta y le nublaba la mente. Pero Elias era un muchacho inteligente acostumbrado a sobrevivir en el Mundo de las Hadas. Respiró varias veces para dominar su mareo y al darse la vuelta para mirar la Residencia Borrascosa por fin se le ocurrió una idea.



Elias vio el mundo arder dos veces desde la ventana de su habitación antes de que lord Raudallama regresara de sus vacaciones en Inglaterra. Tenía la intención de escabullirse de la Residencia Borrascosa antes del regreso de su

padre, pero el hado había llegado mientras Elias dormía y el chico descubrió que había regresado al ser arrastrado fuera de la cama.

—¡Esto qué es! —lo increpó lord Raudallama—. ¿Qué haces tú aquí? ¡Estoy seguro de haber cerrado la puerta con llave!

El muchacho se incorporó a trompicones, pestañeando para despejarse. Su padre parecía frustrado y desaliñado, tenía el pelo rubio platino muy despeinado y lleno de paja.

—Tardaste mucho en volver —respondió Elias con cautela—. Tuve que refugiarme de un incendio mientras estabas fuera. Pero ¿qué te ha pasado, padre?

Los ojos de lord Raudallama brillaron de cólera.

—¡Me disfracé como un anciano desdentado y asqueroso! —dijo—. Llame a la puerta de un granjero y le pedí que me dejara entrar. ¿Y sabes lo que hizo?

Elias frunció el ceño, desconcertado.

—Eh ¿no te insultó, padre?

—¡No! ¡En absoluto! —lord Raudallama levantó las manos al cielo, recorriendo de arriba abajo la habitación—. ¡Me invitó a entrar, el muy desgraciado! ¡Me guardó un sitio en su mesa para cenar! ¡Hasta me ofreció su propia cama para dormir esa noche!

El rostro de lord Raudallama se deformó a causa de la ira.

—Ya sabes que no puedo aceptar regalos… me veo obligado a devolverlos por triplicado. ¡Llevo días quitando la maleza de sus cultivos y limpiándole el establo!

Elias sintió que se le caía el alma a los pies. Al principio había tenido la esperanza de que su padre viera lo bien que se había portado y su enfado se esfumara. Pero lord Raudallama lo había pasado fatal durante todas las vacaciones, y estaba de un mal humor espantoso.

—Y ahora descubro que mi propio hijo es otro hombrecito igual de listo —se indignó lord Raudallama—. Veo manchas en el hollín de la ventana. Has trepado hasta aquí ¿no? ¡Muy bien! Eso no volverá a ocurrir. La próxima vez que me vaya cerraré todas las ventanas con llave. —Agarró a Elias del brazo con sus largos dedos y lo arrastró hacia la puerta—. Mientras tanto… los niños

desobedientes no tienen dormitorios. A partir de ahora dormirás en el ático. ¡Veremos qué tal te lo pasas!

De nuevo, Elias no se atrevió a discutir. Lo que hizo en cambio fue seguir a su padre hacia el ático de la Residencia Borrascosa dando tumbos. El hado lo arrojó en la vieja habitación oscura y gélida, y lo encerró allí de un portazo.

Capítulo tres



Unos días después, Elias regresó a casa a última hora de la tarde y descubrió a Dora sentada en la mesa del comedor con una adusta mujer de edad madura. Estaban tomando el té cuando llegó Elias y Dora le dedicó una cálida sonrisa.

—Ah, ahí estás —dijo—. Señorita Langley, este es mi marido, lord Elias Wilder. Preferirá que se dirija a él de cualquier otra manera, estoy segura. Elias, esta es la señorita Langley. Es institutriz. Viene muy recomendada por la señora Lowe.

Elias estudió a las dos mujeres que tenía delante.

—Ya veo —respondió, aunque no tenía la menor idea de lo que estaba ocurriendo—. Es un placer conocerla, señorita Langley. Pero, si me permite ser franco… ¿qué hace usted aquí?

La señorita Langley dio un respingo, y Elias recordó demasiado tarde que, aunque Dora prefería que le hicieran preguntas directas, el resto de la sociedad las consideraba groseras. No le importaba ser grosero con la mayoría de la gente, pero sí que intentaba ser cortés con los invitados de su mujer.

—La junta de damas de la caridad tenía la esperanza de contratar una institutriz para los niños —le recordó Dora—. Han escogido a la señorita Langley. Pero necesita un sitio donde vivir y que se ocupen de su manutención, y el orfanato está tan lleno que la señora Dun no puede

ofrecerle una habitación. Estoy discutiendo las opciones con todos los implicados.

Elias frunció el ceño.

—Nosotros tenemos varias habitaciones vacías en la Casa —comentó—. Supongo que la señorita Langley podría quedarse con nosotros, si le pareciera una solución agradable.

—Oh, eso es… muy generoso por su parte, mi señor sorcier —respondió ella sorprendida.

Le crispaba que utilizaran su título, pero Elias se contuvo de dar una respuesta cortante.

—Si vamos a contratarla, es evidente que debemos proporcionarle un alojamiento, y si no hay ninguno disponible en el orfanato, es lógico que se quede aquí. No se me ocurre qué otras opciones podría haber.

Dora observó a Elias con serenidad.

—Sí que hay otras opciones —explicó—, podríamos acoger a algunos de los niños en cambio. Como tú mismo has mencionado, tenemos sitio en la Casa. Además, eso liberaría habitaciones para más niños en el orfanato.

Elias sopesó con atención la propuesta de su mujer.

—Eh… podríamos hacer eso, sí —dijo despacio. La idea de tener niños atravesados por casa no le resultaba en absoluto agradable, pero, a pesar de sus escasas habilidades con los niños, sí que quería protegerlos, y la idea de ampliar las habitaciones en el orfanato le gustaba—. En ese caso ¿necesitaríamos otra institutriz aquí?

Dora le dedicó una amplia sonrisa.

—Es cierto. En ese caso supongo que seremos nosotros quienes contratemos a la señorita Langley. Ya buscaremos otra candidata para el orfanato.

Elias asintió, aunque aún tenía el estómago un poco revuelto.

—Me veo en la obligación de advertiros a ambas de que no seré de mucha ayuda. No sé cómo criar a un niño mortal.

La señorita Langley enarcó las cejas ante su comentario.

—¿Un niño mortal? —preguntó posando la taza de té—. ¿Y sabe cómo criar niños inmortales, mi señor sorcier?

—No, ni unos ni otros —respondió Elias con un suspiro—. Pero soy particularmente inadecuado en lo referente a niños mortales. Mi padre era un hada, y no puedo decir que haya aprendido demasiado de él sobre ese asunto. En realidad, estuvo a punto de matarme en varias ocasiones.

Dora le sonrió con una expresión de solidaridad apagada en el rostro.

—Ah —respondió ella—, creo que a mí tampoco se me dan especialmente bien los niños… pero cualquier figura parental será mejor que el dueño de un asilo. —Dora bebió un sorbo de té antes de continuar—. Te viste obligado a matar a tu padre ¿no? No me gustaría que ninguno de los niños te matara a ti, por supuesto. En ese caso quizá sea mejor que me encargue yo. Al fin y al cabo, la idea ha sido mía.

La señorita Langley parecía escandalizada por la inusual deriva de la conversación, pero como estaba en minoría ante dos desconocidos que habían decidido contratarla, guardó un prudente silencio en lugar de exigir explicaciones.

Elias le sonrió de pronto.

—Sería usted perfecta, señorita Langley. Espero que supere su turbación y acepte el trabajo.

La señorita Langley estudió su taza de té con detenimiento.

—El salario es muy generoso, mi señor sorcier —observó ella—, y de momento estar desempleada me está resultado mucho más turbador.

Elias asintió.

—La Casa es el lugar más seguro de Londres para quienes son bienvenidos —dijo—. Siempre y cuando no entre en el estudio, no tendrá nada que temer.

—Oh —exclamó Dora enderezándose en su asiento—. Ay, madre. Hoy llevé a Abigail a tomar un helado. Ha vuelto a desaparecer ¿verdad?

Elias entrecerró los ojos. Dora era propensa a distraerse a causa de su media alma, a una muchacha habilidosa no le costaría demasiado escabullirse de ella.

—No puede estar en el estudio —respondió Elias—. Le dije que no entrara, y la puerta ha estado cerrada con llave desde la primera vez que la encontré allí.

—Quizá deberías comprobarlo de todas formas —observó Dora mirándolo con pesar—. Abigail es muy ingeniosa.

Elias sacudió la cabeza y puso rumbo a las escaleras.

Capítulo cuatro



He tramado un plan mejor —anunció lord Raudallama en el desayuno del día siguiente—. ¡Me disfrazaré de liebre y desenterraré la cosecha del granjero! ¡Cuando me insulte e intente ahuyentarme, revelaré mi verdadera forma y lo castigaré por su insolencia!

Elias se había pasado la noche entera temblando en el ático; no había dormido demasiado, así que tuvo que repetir las palabras en su cabeza para encontrarles sentido. El terror se asentó en su corazón al comprender que lord Raudallama pronto volvería a dejarlo solo.

—¿Crees que el granjero sabía quién eras la otra vez, cuando te presentaste como un anciano? A lo mejor vuelve a reconocerte y a darte regalos.

Lord Raudallama respondió con su risa encantadora.

—No, no. Los granjeros no poseen magia, estoy seguro de que no me reconoció. A veces los humanos son amables sin motivo, es imposible predecir los disparates que harán. Pero, si amenazo sus cultivos ¡estoy convencido de que intentará aplastarme!

—¿Amables sin motivo? —repitió Elias con expresión sorprendida—. ¿Quieres decir que a veces los mortales dan regalos sin esperar nada a cambio?

La idea le resultaba tan ajena, después de todos sus años en el Mundo de las Hadas, que por un momento mantuvo a raya el pánico que había empezado a invadirlo.

—Oh, sí —dijo lord Raudallama—. ¡Los humanos no tienen que seguir ninguna regla! Son absolutamente impredecibles, ¡en parte por eso disfruto tanto las vacaciones en Inglaterra!

Elias observó a su padre con atención.

—Y… ¿hay muchos incendios en Inglaterra, como en Raudallama?

—No, no muchos —respondió lord Raudallama—. Aunque yo provoqué un pequeño incendio en Londres durante una de mis visitas —recordó con una sonrisa soñadora—. No, Inglaterra es bastante aburrida, al menos según los estándares feéricos.

Inglaterra, pensó Elias, sonaba maravillosa. Pero no se atrevió a decírselo a su padre.

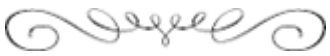
—¡Bien! —dijo lord Raudallama—. Tengo que irme a mordisquear unos nabos.

—Le echó a Elias una mirada de advertencia—. Te quedarás fuera, por supuesto. Ya he cerrado con llave todas las ventanas.

Elias ahogó un gemido de desesperación, pero se levantó y siguió a su padre fuera de nuevo, observando sin esperanza cómo echaba el pestillo en la puerta y se guardaba la llave en el bolsillo de la chaqueta.

—Esta vez sí que regresaré muy rápido —dijo lord Raudallama con una carcajada—. Me temo que ese granjero se va a sentir muy estúpido dentro de poco.

Elias contempló cómo se desvanecía en el bosque una vez más, mientras las nubes tormentosas se agitaban sobre su cabeza.



Lord Raudallama regresó al Mundo de las Hadas muchos días después, y volvió empapado, lleno de barro y acompañado por un segundo elfo que caminaba a su vera. El otro hado era algo más bajo, tenía el pelo pálido y la piel todavía más, y vestía un atuendo negro muy formal. Elias lo reconoció, era lord Luengasombra, que a veces les visitaba para tomar el té.

—Quizá deberías olvidarte del asunto —dijo lord Luengasombra mientras los dos subían la colina camino de la Residencia Borrascosa—. En cien años el granjero estará muerto de cualquier manera.

—¿Olvidarme del asunto? —repitió incrédulo lord Raudallama—. ¿Y permitir que me gane un mortal? ¡Ja! De eso ni hablar ¡Dame una tarde y tramaré un plan todavía más retorcido! ¡Atento a lo que te digo, ese granjero maldecirá el día en que fue bondadoso con una liebre!

Elias esperó su llegada desde su puesto en la escalera de entrada.

—Buenas tardes, padre, buenas tardes, lord Luengasombra. Espero que hayas disfrutado de la visita a Inglaterra.

—Me he pasado los últimos días persiguiendo a varios zorros para proteger el gallinero del granjero —refunfuñó lord Raudallama—. En mitad de una carrera me caí al río. Por lo menos me encontré con lord Luengasombra cuando volvía al Mundo de las Hadas. Tomará el té con nosotros y me ayudará a trazar un plan mejor.

Elias asintió amistosamente. Su padre sacó la llave del bolsillo de la chaqueta y abrió la puerta principal, permitiendo así que todos pasaran dentro.

—No sé si te seré de mucha ayuda —comentó lord Luengasombra mientras se sentaban a la mesa—. Es cierto que hablo mucho con los humanos, pero casi siempre lo hago cuando ya están muertos y es hora de guiarlos al otro lado. A lo mejor podrías pedirle consejo a tu hijo. Es humano ¿no?

Lord Raudallama miró de soslayo a Elias con el ceño fruncido.

—Mi hijo mortal es un listillo —comentó—. Podría mentirme si le preguntara. Ya sabes que los humanos sí que pueden mentir.

Elias paseó la mirada entre ambos con recelo.

—¿Mentir? —preguntó—. ¿Qué es mentir?

—Igual lo descubres cuando seas mayor —dijo lord Luengasombra divertido—. Por cierto, estoy seguro de haber visto Raudallama arder ayer, pero te hemos encontrado fuera de la casa al llegar, joven mortal. ¿Cómo has conseguido sobrevivir?

Lord Raudallama se giró para mirar a su hijo. Su mirada dorada se posó en el hollín que manchaba la ropa de Elias, y se encendió con una furia renovada.

—¡Criatura miserable y traicionera! —lo acusó—. Entraste por la chimenea ¿a que sí? Pero ¿cómo conseguiste volver a salir sin abrir la puerta principal?

Lord Luengasombra miró a Elias arrepentido al comprender la situación.

—Tampoco se puede culpar al muchacho —intervino el otro hado—. Raudallama no es conocido por perdonar vidas humanas.

Pero lord Raudallama, que no atendía a razones, descargó un puñetazo furioso en la mesa.

—¡Dímelo! —exigió—. ¡Dímelo ahora, muchacho, o te arrepentirás!

Elias tragó saliva con la vista fija en su padre.

—Sa-salí por la ventana. Se abren desde dentro.

Lord Raudallama negó con la cabeza asqueado.

—¡A esto tengo que enfrentarme en mi propia casa! —le dijo a lord Luengasombra—. Acogí a esta criatura. Le di de comer. Le he dado un techo…

«Excepto cuando me lo quitas» pensó Elias.

—… ¡y sigue siendo incapaz de hacer lo que le ordenan! —concluyó lord Raudallama—. ¡Ni las cosas más sencillas!

Lord Luengasombra no parecía demasiado sorprendido. Claro que lord Luengasombra nunca se sorprendía demasiado por nada. Siempre había sido tranquilo, hermético, y paciente de una forma espeluznante.

—Bueno —dijo lord Luengasombra—. También él morirá algún día, como todos los mortales, y entonces nada de esto tendrá importancia ¿verdad?

Le sonrió a Elias, como si sus palabras debieran resultarle reconfortantes en vez de aterradoras.

El muchacho se encogió en la silla.

—¿No te importa que Raudallama me mate mientras estás fuera? —le preguntó a su padre en voz baja.

Lord Raudallama respondió con un sonido de repulsión.

—¿Por qué imaginas que Raudallama te mataría? Estás siendo ridículo, Elias —le quitó importancia con un gesto al asunto—. Ve a preparar el té, si te quedas voy a acabar perdiendo la paciencia contigo.

Elias no tenía especial interés en quedarse donde estaba, se levantó de un salto y, con un último asentimiento de cabeza hacia lord Luengasombra, salió

corriendo.

Durante el resto de la visita de lord Luengasombra, Elias mantuvo las distancias, pero cuando el otro elfo se despidió por fin, lo siguió hasta la puerta de la Residencia Borrascosa.

—¿Puedes ayudarme? —le rogó al hado—. Padre volverá a dejarme fuera mañana cuando regrese a Inglaterra, y esta vez Raudallama sí que me matará durante su ausencia.

Lord Luengasombra lo observó con sus ojos negros. De cerca, los recorría una extraña onda de color, un brillo vibrante rosa, amarillo y violeta que parpadeaba en la oscuridad. También descubrió compasión en ellos, pero era distante y ajena.

—Estos no son mis dominios —respondió el elfo con delicadeza—. Aquí soy un invitado y mi poder es limitado. Pero soy el pastor de los muertos, y a tu padre no le sirven de nada los niños muertos. Si Raudallama debe matarte, entonces volveré a rescatar tu alma y te guiaré al otro lado, donde no tendrás que preocuparte ni de tormentas ni de incendios nunca más.

Elias observó con detenimiento a lord Luengasombra. Por un momento, valoró si debería rendirse y morir. Sería más fácil que luchar contra lo que parecía inevitable.

Pero Elias no sabía lo que había en aquel otro lado, y tampoco quería descubrirlo tan pronto.

—¿De verdad no puedes hacer nada por mí? —preguntó—. ¿Nada de nada?

Lord Luengasombra recapacitó sobre la pregunta, dándole vueltas con paciencia. Cuando volvió a hablar, lo hizo con lentitud y comedimiento.

—No puedo hacer nada por ti, pequeño mortal —respondió—, pero hay aquí un poder mayor que tu padre al que podrías apelar. En Inglaterra, los caballeros poseen sus tierras, pero aquí es lo contrario. Si te ganas el favor de Raudallama, ninguna puerta permanecerá cerrada para ti.

Elias tomó aliento, conmocionado.

—¿Raudallama está vivo? ¿Puedo… hablar con él? ¿Cómo lo convenzo de que no me mate?

Lord Luengasombra sacudió la cabeza con tristeza.

—Eso no lo sé. Sé cómo apelar a Luengasombra, que es mi reino y me tiene cariño. Pero Raudallama me resulta tan extraño como a ti.

Alzó la vista hacia el cielo negro y tormentoso y suspiró.

—Debo irme. Los mortales mueren tan rápido que ya me he retrasado demasiado aquí. Seguro que ya hay más almas a la espera de que las guíe.

Lord Luengasombra se adentró en las praderas secas y crepitantes y los árboles que susurraban. Poco tiempo después, las sombras más oscuras de Raudallama lo envolvieron… y desapareció.

Capítulo cinco



La puerta del estudio de Elias seguía cerrada con llave, pero al ir subiendo las escaleras sus sospechas fueron en aumento, y para cuando llegó arriba estaba bastante seguro de a quién se encontraría en la habitación.

Descorrió el pestillo y entró. Al hacerlo, oyó unos piececitos arañando el suelo de madera. Elias volvió la vista a la ventana, donde una niña rubia trepaba hacia el tejado.

—Abigail —dijo el mago con brusquedad—. Baja, que ya te he visto.

La niña se detuvo con una pierna ya fuera, miró a Elias, y este comprendió que estaba calculando en silencio si debía arriesgarse a meterse en más problemas huyendo o aceptar el castigo que le impusieran.

Al ver ese miedo frío y calculado en su rostro, la ira que se había instalado en el pecho de Elias se dispersó, y dejó escapar un hondo suspiro.

—Baja, por favor. Creo que tenemos que hablar. Pediré que nos traigan un té.

Abigail siguió mirándolo insegura un segundo más, pero acabó por bajarse de la ventana y cerrarla. Regresó al escritorio lentamente, donde un viejo libro permanecía abierto. Mientras Elias la observaba, cerró el libro, lo llevó a las estanterías y lo colocó en su sitio.

Elias llamó a una criada y pidió una tetera y dos tazas; cuando llegaron, lo colocó todo en el escritorio y se concentró en Abigail y la estantería ante la

que se había quedado.

—¿Qué has estado leyendo? —le preguntó Elias con voz tranquila.

Abigail tragó saliva, con la mirada todavía fija en el suelo.

—No lo sé. No puedo leer el título. Nada tiene sentido, a pesar de las clases de la señora Dun.

Elias se acercó a la estantería y sacó el libro. La cubierta de cuero no tenía nada de especial, pero el título de la primera página rezaba: *Mystères de fées*. Había una ilustración de un sátiro que bailaba por la página tocando la flauta.

Elias sonrió al verlo.

—Este libro está en francés —le explicó a Abigail—. Ninguna clase de la señora Dun te enseñará a leerlo, yo mismo apenas lo entiendo.

Abigail hundió los hombros, y Elias la observó de reojo.

—¿Buscabas libros sobre las hadas? —preguntó.

Abigail asintió sombríamente, y los últimos rescoldos de la confusión iracunda de Elias se extinguieron. Le tocó el hombro con suavidad guiándola de vuelta al escritorio, y le colocó una taza de té caliente en las manos. Esperó un rato mientras la niña daba unos sorbitos para tranquilizarse.

—Es un lugar muy peligroso —dijo Elias por fin—. Pero tú eso ya lo sabes. Te lo he dicho… y me crees, estoy seguro.

—Buscó en su rostro abatido—. ¿Tienes… miedo de algo peor?

Abigail levantó la vista bruscamente. Había lágrimas en sus ojos azules, a pesar de que había intentado contenerlas.

—Cuando lord Vallebaldío vino a por nosotros no pude hacer nada —dijo —. Hay todo tipo de hadas ahí fuera, y yo sigo sin poder enfrentarme a ninguna de ellas.

Elias cerró los ojos. El terror en la voz de la niña conectaba con algo viejo y temeroso en su interior, y por un momento se sintió pequeño y solo de nuevo, acurrucado en la entrada de la Residencia Borrascosa.

La vergüenza pronto ocupó el lugar del miedo, y Elias abrió los ojos de nuevo para mirar a la niña.

—Es normal estar asustada —dijo suavemente—. En este mundo hay cosas horribles, y ya te han encontrado una vez. Te protegeré de ellas siempre que pueda. Pero no estoy siempre contigo ¿verdad?

A Abigail le tembló peligrosamente el labio, y Elias supo que sus palabras habían dado en el blanco. Le quitó la taza de té de las manos y la abrazó con fuerza aunque el gesto no le saliera natural.

Abigail sollozó contra su pecho. Resultaba evidente que no quería que Elias la viera llorar, y eso le preocupaba todavía más. Pero se aferró a él y ocultó el rostro en su pecho un rato entre temblores.

«He estado ciego, igual que mi padre —pensó Elias agotado—. Estaba convencido de que tenía razón, pero lo estaba mirando todo desde mi propia perspectiva, no desde la suya».

—Tendría que haberte preguntado estas cosas antes —murmuró Elias—, pero por lo menos te las pregunto ahora.

Le alzó la barbilla para poder mirarla a los ojos enrojecidos.

—El estudio sigue siendo muy peligroso, pero puedo enseñarte qué peligros son los que debes evitar si estás dispuesta a escucharme. Y… —dudó —. No soy buen profesor, pero intentaré enseñarte magia de todas formas, si quieres.

Abigail abrió los ojos de par en par ante la oferta. Resultaba obvio que no había esperado nada de ese estilo, pero la esperanza que floreció en su rostro era tan conmovedora que Elias supo que por fin había dicho lo que debía.

—Me portaré bien —juró la niña—. Solo tocaré lo que tú me digas, te lo prometo. Y seré la mejor estudiante que hayas tenido nunca, no importa lo difícil que sea.

Elias sonrió secamente.

—Serás la única estudiante que tendré nunca —la corrigió—. Debes moderar tus expectativas. Pero supongo que lo resolveremos juntos.

La ayudó a sentarse en el gran sillón de cuero.

—Bebe un poco de té, vamos a hablar de hadas.

Abigail volvió a coger la taza con una mirada dura y resuelta.

—¿De hadas y como matarlas?

Elias asintió.

—Y como matarlas.

Aquella noche, Abigail se quedó hasta tarde en la Casa mientras Elias le descubría los entresijos del estudio. La conversación resultó bastante incómoda, pero también supuso un extraño alivio. Cada vez que Elias le contaba algo nuevo sobre las hadas y la magia, el miedo en el rostro de la niña se reducía un poquito más.

Pero llegado a cierto punto la niña se agotó, y al volverse Elias la descubrió dormida en el sillón de cuero.

A Elias no le quedó más remedio que pedirle a una de las sirvientas que le preparara una cama a Abigail, y la llevó en brazos él mismo. Mientras dormía contra su hombro, recordó aquella primera vez que se la había llevado del asilo, cuando estaba enferma, delgada y consumida.

Aquel recuerdo le dolió, y entonces comprendió que ya era padre sin lugar a dudas, a pesar de que no se le diera demasiado bien.

—Soy un desastre para todo esto —le advirtió a la niña dormida mientras la arropaba—, pero lo haré lo mejor que pueda.

—¿Un desastre para qué? —la voz de Dora llegaba desde el umbral de la puerta del pequeño dormitorio de invitados. Al girarse, Elias la encontró observándolos a Abigail y a él con una expresión cariñosa.

—Ya te lo dije —respondió Elias con suavidad—. No estoy hecho para ser padre.

Dora le dedicó una sonrisa distante. La estrella del anillo de boda que él le había regalado, iluminaba su rostro en la oscuridad y Elias pensó una vez más que se había casado con la mujer más buena y maravillosa del mundo.

—Haces bien en estar asustado —dijo Dora—. Es una gran responsabilidad, y las consecuencias de fracasar son terribles. Pero siempre has sido muy inteligente, Elias. Una vez te decidas a lograrlo, estoy segura de que aprenderás a ser padre. Y me hace muy feliz que hayas decidido intentarlo.

Se acercó hasta él dando pequeños pasitos y lo abrazó, y Elias dejó escapar un suspiro de alivio indescriptible.

—No quiero convertirme en mi padre, Dora —susurró el mago—. Ese es mi mayor temor.

Dora le acarició la mejilla. Su mano era cálida y reconfortante, y de alguna manera sus miedos más profundos y oscuros remitieron ante su tacto.

—No te pareces en nada a él —dijo Dora—. Además, no estás solo, Elias. Si eso es lo que temes, te ayudaré a evitarlo.

Elias le sonrió.

—Eres siempre tan sensata, cariño —murmuró—. ¿Qué haría yo sin ti?

Se abrazaron mucho tiempo en la oscuridad de la Casa. Cuando por fin recuperó las fuerzas, Elias subió las escaleras hasta su estudio. Una vez allí, se sacó la vieja y pesada llave del bolsillo de la chaqueta y la devolvió a su sitio en el cajón del escritorio.

Esa vez, cuando volvió a bajar, no cerró con llave.

Capítulo seis



Lord Raudallama se fue otra vez a la mañana siguiente, tal y como Elias había imaginado.

—Ahora sí que he resuelto el problema —dijo el hado al echar el cerrojo a la puerta de la Residencia Borrascosa—. ¡Me convertiré en uno de los hijos del granjero! ¡seré el más vago e indolente, está garantizado que me levantará la mano!

—Me parece muy buen plan —dijo Elias en voz baja.

Le dedicó un solo pensamiento compasivo al granjero inglés, que en realidad no había hecho nada malo en absoluto, pero el asunto de su propia supervivencia era demasiado apremiante para detenerse mucho en las desgracias de aquel pobre hombre.

—¿A lo mejor podría acompañarte a Inglaterra esta vez, padre? —preguntó Elias—. Si no deseas que te ayude, puedo quitarme del medio y esconderme.

Lord Raudallama sacudió la cabeza.

—Los niños son desobedientes por naturaleza —dijo—. No me fío de ti lo más mínimo, Elias. Te quedarás aquí hasta que regrese. Y, para que lo sepas, he bloqueado la chimenea del todo. ¡Esta vez no te colarás en la Residencia Borrascosa!

Elias hundió los hombros.

—Sí, padre —musitó.

Mientras el muchacho observaba la espalda de su padre alejarse, sentado en el escalón de la entrada, se preguntó si debería tener la esperanza de que el granjero se comportara con crueldad aquella vez. Si lo hacía, lord Raudallama lo castigaría rápidamente, y quizá regresaría antes de que otro incendio asolara su reino.

Pero Elias comprendió que en realidad no quería que el granjero fuese cruel. El descubrimiento de que existían seres ahí fuera que se mostraban compasivos sin ningún motivo particular lo había reconfortado mucho. Inglaterra se había convertido para él en una especie de tierra mítica llena de actos generosos, y deseaba con desesperación que siguiera siendo así.

Además, pensó el niño, no se atrevía a apostarse la vida en que la situación entre su padre y el granjero se resolviera en un sentido o en otro. Elias tenía que encontrar una forma de sobrevivir a Raudallama, nadie más iba a ayudarlo, así que se puso en pie y observó con recelo la tormenta que acechaba en la distancia. Solo le llevó un momento sacudirse el hollín de los pantalones, y después se dio la vuelta para estudiar la Residencia Borrascosa.

Primero probó cada una de las ventanas, pero por desgracia lord Raudallama las había cerrado todas con llave, igual que la vez anterior. Lo siguiente que hizo fue subirse al tejado para mirar por el hueco de la chimenea, pero ya desde arriba veía el conducto cerrado.

Los truenos rugían furiosos a lo lejos. Desde su puesto en el tejado, Elias vio un relámpago. Por un momento, se atrevió a esperar que nada hubiera prendido… pero, mientras observaba, el ominoso resplandor de las brasas apareció a lo lejos, en la linde del bosque.

El pánico le recorrió las venas a medida que el fuego se aproximaba. A las puertas de esa muerte tan próxima, se le quedó la mente en blanco, el raciocinio lo abandonó.

«Esta vez sí que voy a morir —pensó Elias—, no puedo hacer nada».

Al mirar al horizonte, sin embargo, recordó las palabras de lord Luengasombra: «Si consigues ganarte el favor de Raudallama, no habrá ninguna puerta cerrada para ti» le había dicho.

Elias volvió a bajar por la pared de la Residencia Borrascosa y se quedó de pie delante de la entrada. Aunque había visto a su padre cerrar con llave,

tironeó del pomo, con la vana esperanza de que Raudallama se apiadara de él.

—Por favor, déjame entrar —rogó Elias en voz alta—. Nunca te he hecho daño. ¿Es que no me he portado bien? ¿No he estado calladito y sin molestar?

Nada ni nadie respondió a sus plegarias. La puerta permaneció cerrada sin importar lo mucho que tirara de ella.

El incendio había arrasado el bosque y las llamas lamían la base de la colina, donde empezaron a ralentizarse. Había menos que quemar en la colina… pero acabaría por llegar a la Residencia Borrascosa de todas maneras.

El miedo que le agarrotaba la garganta era tan intenso que al niño le costaba hablar. Incluso en la cima de la colina, sentía el espantoso calor en la piel.

Pero despacio, muy, muy despacio, ese miedo empezó a cambiar. Frente a su propia muerte segura, Elias descubrió una ira espantosa debajo del miedo.

—¡No he hecho nada para merecer esto! —le gritó a la puerta—. ¡Nunca pedí que me trajeran aquí! ¡Nunca pedí que me alimentaran, me cobijaran ni me criaran! Si pudiera, ¡prefería morirme de hambre en Inglaterra que seguir aquí atrapado!

Le dio un puñetazo a la puerta, no porque pensara que fuera a abrirse, sino porque necesitaba demostrar lo enfadado y lleno de odio que se sentía aunque fuera con un gesto.

—¡Te odio! —le gritó Elias a Raudallama. Las palabras se abrieron paso por su garganta, salvajes y feroces—. ¡Te odio, y odio a lord Raudallama! ¡Os quemaría a los dos si pudiera, y no os dejaría renacer nunca más!

El fuego había llegado a la cima de la colina. Se acercó bailando hasta él en sus arcos dorado rojizos, tan hermoso como mortal. El viento hacía que las chispas le saltaran a los ojos, y el calor le quemaba la cara.

Pero el odio que albergaba su corazón había crecido más y más con sus gritos. Era un odio más caliente que el fuego, más terrible que la tormenta. Le salía de dentro, se abría paso a zarpazos, y de repente el fuego que le lamía el cuerpo dejó de quemarle. En cambio, alimentó su odio hasta que él mismo se convirtió en el fuego, hasta que no fue capaz de sentir nada más que el deseo de destruir las cosas que tanto daño le habían hecho.

Elias centró su atención en la Residencia Borrascosa manchada de hollín, que incluso entonces resistía las tormentas de fuego que la rodeaban. «Odio este lugar con toda mi alma —pensó—. ¿Por qué tendría que seguir en pie, a salvo, mientras yo ardo?»

El mundo que le rodeaba retumbó su ciego acuerdo. Elias absorbió el poder de la tierra, que se derramó junto a su furia, dirigiéndose a la espantosa casa que tenía enfrente.

Y la Residencia Borrascosa empezó a arder.

Las piedras impenetrables prendieron. Las ventanas manchadas de hollín se rajaron y explotaron. La chimenea se tambaleó y derrumbó.

Y al final, mientras Elias lo observaba con una satisfacción oscura, la puerta principal se convirtió en rescoldos ennegrecidos.

El fuego arrasó con la colina, y la limpió de todo lo que se había alzado sobre ella.

En algún momento, siguió su camino hacia los bosques de más allá, dejando a Elias atrás, vivo, tembloroso, y con repentinas náuseas.

Donde una vez se había alzado la Residencia Borrascosa, solo quedaban cimientos calcinados.

Capítulo siete



Aunque los bosques y las praderas volvieron a crecer, la Residencia Borrascosa continuó siendo una ruina vacía.

Elias sabía que su padre nunca se lo perdonaría, que sería mejor estar muy lejos cuando lord Raudallama regresara por fin. Pero estaba cansado y derrotado, y no tenía ningún sitio a donde ir. Por eso, cuando lord Raudallama regresó por fin un día entero después, se encontró a Elias sentado en el escalón calcinado de la Residencia Borrascosa.

—¿Qué ha pasado aquí? —le increpó el elfo mientras subía la colina a grandes zancadas. Su mirada dorada ardía de furia al asimilar la magnitud de la destrucción que tenía ante sí—. ¡Criatura infame! ¡Sabía que no podía dejarte solo ni un minuto!

Elias quería estar enfadado con su padre, como lo estuvo en el fragor del incendio, pero lo único que sintió ante su rostro ensombrecido fue un vacío.

—Lo siento, padre —dijo con suavidad—. No fue mi intención.

—¡Ja! —escupió lord Raudallama—. Si fuera un granjero inglés, a lo mejor te abrazaría y te preguntaría cuál es el problema. ¡A lo mejor sería tan insoportablemente bondadoso que te verías obligado a alejar una tormenta de mis cultivos! —entrecerró los ojos en un gesto que denotaba peligro—. Pero no soy ningún granjero inglés, muchacho, soy un padre feérico hecho y derecho, y me temerás como es debido. ¡No consentiré que te apoderes de mi reino a mis espaldas!

La mirada del hado brillaba con un fuego familiar, poco a poco, ese fuego lo envolvió hasta que se convirtió en una hoguera abrasadora en la cima de la colina que bloqueaba todo lo demás.

Sin embargo, en el pecho de Elias todavía quedaba una chispa de algo terrible, un rescoldo que no se había apagado del todo, y cuando el niño comprendió que esta vez su padre sí iba a matarlo, sintió que las ascuas se avivaban hasta provocar una nueva llama.

—Puede que sea cierto que, como eres mi padre, puedes decirme lo que debo hacer —respondió Elias con calma—, pero Raudallama no obedece tus órdenes. Es tu dueño, padre, y hará lo que desee.

El calor atravesó su cuerpo, como si confirmase sus palabras. El infierno que ardía en su alma se volvió candente y hambriento, y las llamas que bailaban alrededor de lord Raudallama parpadearon y se fueron apagando. El fuego que le lamía las manos crecía por minutos.

«En Raudallama todo debe arder antes o después —pensó Elias—. Incluido tú».

El pensamiento no era suyo por completo, pertenecía al fuego que ardía en sus venas y a las cenizas bajo sus pies. Pero estaba lleno de odio y era innegable, le dio fuerzas para alcanzar a su padre con el poder que se le había concedido.

Lord Raudallama solo tuvo un instante para comprender la magnitud de su error. Sus ardientes ojos dorados rojizos emitieron un destello de sorpresa y miedo y, al instante siguiente, el fuego de Elias lo devoró.

Se escuchó entonces un grito horrendo y agudo interminable. La voz de lord Raudallama parecía llegar de muy lejos, y cuando el grito se apagó por fin, también lo hicieron las llamas.

Todo lo que quedó ante el muchacho fue un buen montón de cenizas blancas… y una llave oscurecida por el fuego.

El calor del alma de Elias se retiró hasta convertirse de nuevo en un minúsculo rescoldo y, cayendo de rodillas, el niño se echó a llorar al comprender lo que acababa de hacer.

Lord Luengasombra lo encontró todavía arrodillado frente a las ruinas de la Residencia Borrascosa.

—¡Ay! —dijo lord Luengasombra—. Raudallama ha elegido a un nuevo señor.

Elias levantó la vista hacia el elfo oscuro con expresión vacía.

—No lo entiendo —respondió con voz ronca.

—Has impresionado mucho al reino —dijo el hado—. Cualquiera que fuera la cualidad de tu padre que atrajo a Raudallama, debes poseerla en mayor cantidad que él.

Elias cerró los ojos.

—Estoy lleno de ira y de odio —susurró—. ¿De verdad es eso lo que Raudallama desea de su señor?

Lord Luengasombra consideró la pregunta seriamente.

—Bien podría ser eso. Tu padre ha debido criarte bien, para que fueras más que él.

Elias escondió el rostro entre las manos.

—Pero yo no quiero ser el señor de Raudallama —sollozó—. No quiero ser como mi padre.

Lord Luengasombra guardó silencio durante largo rato. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz suave.

—El reino te ha ofrecido su título, pero eres libre de rechazar ese honor —hizo una pausa—. Será difícil para ti de cualquier manera, humano. No perteneces al Mundo de las Hadas, nunca lo has hecho, pero tampoco sabes nada de tu verdadero hogar, y puede que te resulte todavía más ajeno que las cenizas bajo tus pies.

Elias dejó caer las manos, todavía entre temblores de desesperación y autodesprecio. Su mirada se posó en la llave, y se tragó una nueva ola de una emoción confusa.

—Mi verdadero hogar —susurró—. ¿Es que pertenezco a Inglaterra?

Lord Luengasombra inclinó la cabeza como hacen los pájaros.

—Lo cierto es que no lo sé. Es posible que lord Raudallama te raptara de Inglaterra, o puede que seas su hijo con una mujer humana. En cualquier caso,

eres sobre todo mortal, a excepción de la chispa de Raudallama que ahora arde en tu interior.

Elias alzó la vista hasta el elfo.

—No quiero ser como mi padre —repitió con voz ronca—. Quiero irme a la tierra en la que las personas son buenas sin motivo.

Lord Luengasombra asintió despacio.

—Puedo llevarte a Inglaterra, si ese es tu deseo.

—Lo es —susurró Elias—. No quiero saber nada más de este lugar —dudó un momento—. Me gustaría convertirme en alguien muy distinto a mi padre. Lo más diferente posible.

—Como eres humano —dijo lord Luengasombra—, puedes convertirte en lo que desees.

El hado le ofreció una mano pálida a Elias, que alzó el brazo para aceptarla.

El muchacho se puso en pie junto al elfo, todavía sujeto de su brazo, y lord Luengasombra lo condujo colina abajo dejando atrás las ruinas de la Residencia Borrascosa; la llave quedó intacta entre las cenizas.

Nota de la autora



Mi definición personal de un villano es la de alguien que tiene poder sobre otros y elige ejercerlo en perjuicio de los demás. Creo que ese es el motivo por el que los adultos se pueden convertir con tanta facilidad en villanos para sus hijos, aunque deseen con fuerza ser lo contrario.

En ese sentido, Elias tiene razón en temer convertirse en su padre. Pero, a diferencia de él, Elias comprende lo que es sentirse indefenso, y es consciente del gran poder que ejerce sobre sus hijos. Al final, Elias Wilder evita convertirse en villano porque está dispuesto a ver el mundo desde el punto de vista de Abigail en lugar de insistir en que es él quien siempre tiene razón. Yo misma intento recordar esta lección todo lo que puedo.

Como siempre, me gustaría darle las gracias a mi maravilloso marido y a mis comprometidas lectoras alfa, Laura Elizabeth y Julie Golick, por su ayuda con este relato. También debo dar las gracias a mi editor y experto histórico, Tamlin Thomas, y a Sophie Ricard por ayudarme con su francés perfecto una vez más.

Aunque la historia de Elias y Dora está casi completa, espero que disfrutéis de encontraros con ellos de nuevo en *Luengasombra*, el tercero de los libros de los Cuentos de Hadas de Regencia, en el que se encuentran Abigail y lord Luengasombra.

También en el mismo universo...



Media alma

Olivia Atwater

El Londres de la época de la Regencia, unas hadas traicioneras, una misteriosa plaga, un hechicero malhumorado y una joven con tan solo media alma.

www.duermevelaediciones.es